



Cuentos de la Dragonlance · Volumen 1

La magia de Krynn

Edición de Margaret Weis y Tracy Hickman



Lectulandia

En el prólogo de esta obra, Margaret Weis y Tracy Hickman se dirigen a los lectores y les comentan: «Aquí estamos otra vez, dispuestos a vivir nuevas aventuras. Si sois antiguos compañeros de viaje, os damos la bienvenida. Si nunca habéis recorrido el mundo de Dragonlance, esperamos que esta trilogía sea una introducción emocionante que capte vuestro interés».

En estas diez narraciones breves se hace un variado repaso a la intensa y misteriosa historia de Krynn y sus habitantes. Así, viviremos los peligros que sufre el valeroso Riverwind en su búsqueda de la Vara de Cristal Azul, conoceremos las terribles pruebas por las que pasó el mago, Raistlin, en la Torre de la Alta Hechicería y las vicisitudes de la doncella elfa Laurana para encontrar el Orbe de los Dragones en el castillo del Muro de Hielo. Del mismo modo, leeremos nuevas y apasionantes historias del incorregible kender Tasslehoff Burrfoot, de Tanis y Flint, o de los malvados draconianos.

Se inicia, pues, una sorprendente trilogía de la saga «Dragonlance» por la que desfilarán, además de los personajes conocidos, monstruos, guerreros, elfos, serpientes con cabeza de hidra y otras criaturas fantásticas que sólo hallamos en sueños... o en pesadillas.

Lectulandia

VV. AA.

La magia de Krynn

Cuentos de la Dragonlance - 1

ePub r1.0

EtrioI 07.12.13

Título original: *The magic of Krynn*

VV. AA., 1987

Traducción: Mila López

Ilustraciones: Victor Viano

Diseño/Retoque de portada: Fenikz

Editor digital: Etriol

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prologo

Margaret Weis & Tracy Hickman

—¡No! ¡No os marchéis, por favor! —gritó Tasslehoff Burrfoot y, antes de que pudiéramos evitarlo, el kender se apoderó del ingenio mágico con el que nos íbamos a transportar fuera de Krynn, y echó a correr camino adelante.

Así pues, aquí estamos otra vez, dispuestos a vivir nuevas aventuras. Si eres uno de nuestros antiguos compañeros de viaje, te damos la bienvenida una vez más. Si nunca has recorrido el mundo de Dragonlance, esperamos que esta trilogía sea una introducción emocionante que capte tu interés.

De la narrativa fantástica, uno de los temas preferidos es el de la magia; en estas páginas encontrarás relatos sobre su práctica en Krynn, algunos escritos por nosotros mismos, y otros por viejos conocidos, así como también por nuevos amigos que hemos encontrado a lo largo del camino.

«Riverwind y la Vara de Cristal Azul» es un poema narrativo en el que se relata se marcha errante a la búsqueda de dicho objeto mágico.

«A tiro de piedra» nos cuenta la aventura, tan cómica como peligrosa, de ese incorregible kender, Tasslehoff Burrfoot, y el anillo teleportador.

«El monstruo del mar sangriento» nos habla de cómo un elfo huye de un peligro para meterse en otro mayor.

«Sueños de tinieblas, sueños de luz» narra la historia de William Cara de Cerdo y la moneda mágica.

Al posadero Otik se le presentan ciertos problemas poco corrientes en «El Último Hogar».

Raistlin, el joven mago, se enfrenta al peligro en la Torre de la Alta Hechicería en «La prueba de los gemelos».

Un grupo de draconianos que patrulla por un bosque llega hasta un misterioso pueblo elfo en «Generación perdida».

«En busca de la fe» describe la gran aventura de la doncella elfa Laurana, en su búsqueda del famoso Orbe de los Dragones, en el castillo del Muro de Hielo.

Un joven Tanis, junto con su amigo, el enano Flint, descubre en «La cosecha» la diferencia entre un amor que redime y otro que destruye.

Por último, en la novela «El Legado», un joven mago debe enfrentarse al hecho de su malvado tío, el poderoso hechicero Raistlin, tal vez intente escapar del eterno tormento. El medio para llevar esto a cabo es apoderarse del alma de su sobrino.

Margaret Weis y Tracy Hickman

Riverwind y la vara de Cristal Azul

Michael Williams

I

*Aquí en las llanuras donde el viento
abraza la luz y su ausencia,
donde el viento es la voz
que baja de los dioses
y el rumor de la tonada antes de que el canto comience,
aquí, el Pueblo camina en un continuo errar
hacia el hogar, bajo los vientos,
en perpetuo movimiento.*

*Un anciano canta la canción de un país ausente,
hermoso, despiadado como la luz del sol,
frío como vientos imaginados tras el ojo de la lluvia;
y allá lejos, hijos y padres míos,
la canción del campo se cierne y abate
sobre la tierra dormida
como un halcón,
hijo del hambre y las corrientes térmicas,
cantando eternamente,
cantando.*

No siempre fue después de las guerras.
Hubo un tiempo en que el fuego
no prendía por sí mismo en la hierba marchita,
un tiempo de aguas abundantes
y luz evanescente,
cuando no imaginábamos
que surgiera un nuevo país
del largo espejismo de países
relatados de madres a hijas,
en un sueño yermo
en el que nada de esto habría sucedido.
Ni las lunas en su danza
ni los corazones francos de los halcones
ni el propio viento
previeron que los fuegos,
ardientes como sangre de arpías,
en las venas de la tierra,

consumieran nuestro sueño
mientras dormíamos al final de la jornada, mientras todo esto ocurría.

Una patrulla encontró al niño
entre olas de hierba y oscuridad,
la noche de la conjunción de las lunas
en que la luz se desvaneció,
dejando el cielo negro
a excepción de un cuña de plata,
curva como hoja de espada,
en el corazón del firmamento.

Y fue con el nombre de la noche
en que lo encontraron
por el que se le conoció.
Atrás dejó los años sin nombre,
los de su tiempo entre los leopardos
que debieron de criarlo
entre olas de hierba y oscuridad,
aunque él no lo recordara,
ni hablara de las tumbas apiladas
en las que sepultó su niñez
y sus primeras palabras infantiles.

Fue la noche en que lo encontraron
la que le dio nombre.
Riverwind, nombre prestado,
tomado de la hierba,
de la oscuridad en movimiento,
del temor provocado por el cielo
y la afilada hoja de una luna devorada.

Y fue respetado por las familias
al irse perdiendo entre las gentes
el origen de su sangre,
enterrado, al igual que se entierran con palabras
la senda del antílope y el grito del halcón.
El viento perpetuo murió tras su cabeza
al ir caminando y caminando,
al ir haciéndolo suyo los que-shu,

al ir haciéndolos él su pueblo,
hasta que el sueño de los que-shu
se unió a su sueño
como la noche a la luna,
y sus únicos recuerdos fueron
la llanura
y el viento
y el continuo vagar errante.

II

Riverwind, tomado de la noche,
creció siendo los ojos del Pueblo,
el lector del aire, del viento descendente.
Y, en su subconsciente,
un profeta, un chacal,
porque el rugido del leopardo,
inaudible para el Pueblo
salvo en el lugar donde el mundo se precipita,
resonaba en el fondo de su mente.
Y su mano ágil,
como la del halconero, o como el propio halcón
surcando el aire libre de correas,
era la mano del Pueblo,
la mano izquierda,
la impetuosa,
la que sujeta firme el arco.
Y así habría seguido siendo, hijos y padres míos,
pero llegó la noche de las lunas danzantes,
la del cielo negro y plata en el este
y rojo en el ocaso del oeste.
La noche en que presentamos a nuestras hijas.

Arropada en el amor de su pueblo,
en el antílope, en el zorro,
en las altas plumas del halcón,
con diez inviernos contados,
apareció la Hija de Chieftain, la princesa
sin compromiso con hombre ni con aflicciones,
sin compromiso con lo que jamás podría ser.
La apostura de los jefes
corría por sus venas cual viento que domina el mundo.

Ella fue el corazón del cazador
en el corazón del Pueblo errante,
oro en los ojos que imaginaron ver,
oro descendiendo de la luna

la noche que le dio nombre.
Y Riverwind supo que aquella jornada,
tregua con el horizonte, llegaba a su fin,
envuelta en el luz y su promesa.
Benditos los días que lo acercaron a ella,
bendito el aire
que le llevó sus cantos de enamorado.
Y en campo, a sus espaldas, cual coro de abejas
bordeando lo inaudible, le decía:
«Aquí está la mayor dulzura.
También está el dolor,
y tú tendrás que aprenderlo».

Siete los veranos
que ella lo eludió,
inviernos en los que el frío y el campo
chocaron con las palabras: Hija de Chieftain.
El corazón del antílope, partido en dos,
se desgarraba
sobre el polvo arremolinado a sus pies.
Y el anciano, el abuelo,
el peregrino, Wanderer,
lector de los cielos,
vio emerger un rostro de niño
eclipsando al del hombre,
como ocurriera con las lunas
la noche que le dio nombre;
un rostro infantil repitiendo como un hechizo,
como un amuleto Hija de Chieftain. La vieja historia repetida
de amor y lejanía,
de fronteras
ante las cuales el corazón se doblaba.

No fueron los de Wanderer
los únicos ojos vigilantes
mientras todo esto ocurría.
En los ojos de la princesa,
el ojo del leopardo
fue reflejo sobre reflejo
mirándose en la eternidad,

como pensamientos en un largo camino.
No fueron los que Wanderer
los únicos ojos vigilantes.
En los de Goldmoon observó el jefe
la danza de miradas y murmullos,
y lo vio desde su posición de juez,
sentenció que era imposible,
y llamó a Riverwind para encomendarle
tres tareas inalcanzables:
«Podrás cortejar a mi hija
cuando vuelvas junto a mi hoguera
llevando la luna en tus manos,
las estrellas en un manto de colores,
y regreses del este portando
la Vara de Cristal Azul,
brazo de los dioses en un país olvidado,
fuente de toda magia».

Al escuchar esto,
Wanderer oyó el *NO* y otra vez *NO*
en el fondo de las palabras.
Él sabía que la magia
es luz fraccionada,
luz en el corazón de un cristal,
retorciéndose y enroscándose en sí misma
sin cambiar jamás su esencia;
sabía que la magia es luz fraccionada
cuando Riverwind extendió su manto sobre la hierba
y en las gotas de rocío atrapadas
relumbraron las estrellas;
lo sabía cuando el cazador tomó el líquido luminoso
en el cuenco de sus manos
y volvió ante el jefe
llevando la luna en sus manos,
las estrellas en un manto de colores.
Pero aún quedaba la tercera tarea,
la terrible,
pues las otras eran sólo acertijos
que se plantean a niños, a cazadores,
a tantos otros que el jefe no recordaba.

El corazón y la mente de Wanderer
se retorcieron como la luz
del único y verdadero cristal,
plasmándose en palabras, susurros,
en consejos que oyó Riverwind
aquella noche, al filo de su marcha.
Y al dirigirse hacia el este
bajo las lunas titilantes,
hacia la fuente de luz
del núcleo de la Vara,
esa noche, una vez más,
fue la noche que le dio nombre.

III

Las llanuras son anchas como el pensamiento,
como la memoria, donde el viajero
percibe en el límite del cielo
a los errantes niños muertos;
y más adelante, al irse estrechando el cielo,
bajo el terrible polvo,
los niños aceptan su nombre,
pues ellos son sus propias facetas
arrancadas a jirones durante el peregrinaje.

O así es como lo cuenta la historia
referida a la ceguera
en el país de los leopardos,
donde los ojos se quedan mudos
tras decir: somos parte de los niños
de la piel, del polvo, de la memoria.
Pero el tiempo de la Vara no es tiempo,
como advirtió el anciano que ocurriría,
por saberlo al leer el corazón del halcón
e interpretar el sesgo del viento;
por saber que la llamada de la Vara
altera el paisaje y el corazón y el modo
en que la memoria vaga por el corazón.
Y las lunas se cruzaron
en un ángulo imposible,
para reposar Solinari en la fuente del sol,
y Lunitari en los dragones.

Así supo Riverwind
que el leopardo se aproximaba,
con la piel desbordante de luz y oscuridad,
de oscuridad bullendo en luz,
hueso y músculo cometidos
ante túneles imaginados de llanuras y movimiento.
A sus espaldas,
algo se unió al canto del leopardo,

y brilló su ojo izquierdo
a través del leopardo
hasta alcanzar el límite del mundo.
Y a sus espaldas,
algo le dijo:
«Acuéstate, renuncia a esto de inmediato,
renuncia antes de que comience,
hijo, cachorro nuestro,
pues no conseguirán nada de este misterio;
nada, excepto
hierba agostada, tinieblas, anhelos; nada excepto
las tumbas de tu infancia
expuestas a la luz de las lunas;
y la muerte.
La muerte callada que ves
allá donde el cielo se une con las llanuras,
será tu muerte que se aproxima».

Él sabe que toda esta historia
es un sueño producto del peregrinaje;
producto de la noche y del persistente coro de voces
que ocultó al Pueblo,
a Goldmoon, al jefe,
incluso al anciano.
Es la trama de la sangre,
el sueño que no puede recordar,
en el que el halcón baja en picado
arrastrando las alas como un trofeo, una presa,
con el viento rendido a sus ojos.
Mas, cuando él se acerca,
el leopardo y el halcón
se escabullen como el agua,
reflejos de luna sobre luna,
en el centro del reino de la Vara;
y persigue cada desaparición
acechando las trampas de las lunas.
«Anciano —susurra—. Anciano,
voy conociendo este país inexplorado».

Pero el peregrino viaja

a través de hambres emboscadas,
de campos sedientos que ahuyentan
conocimiento y sabiduría;
y las palabras del anciano
interpretan el camino que deja atrás,
pero el que aguarda frente a él, es un rumor de aguas,
de cristal que se alza desfigurado
por la luz de las lunas,
por el pensamiento y la ausencia del pensamiento.
Por fin, surge el agua ante él,
cual cristal azul.
«Esta vez, el sueño ha terminado —piensa—.
Esta vez... Esta vez...».
Pero el gua lo elude, se escapa
llevándose las lunas
a sus profundidades cual recuerdos
o conjeturas de dioses, hasta que, de nuevo,
el agua aparece,
y en su espejo se ve a sí mismo
mirando a lo alto,
con las lunas enredadas en sus hombros,
y se arrodilla a beber, mas bebe demasiado tiempo,
pues desde el agua
se alzan sus propios brazos,
terribles, fríos como el viento,
arrastrándolo al fondo,
hacia las lunas y las tinieblas,
hacia la paz recordada del pasado
que murmura sobre su rostro difuso:
«Ven a mí, hermano mío, mi doble...».
Mas la voz del anciano regresa,
sacándolo a la superficie,
y el aliento de sus palabras
que lo sostiene más allá de la fe,
cae sobre el fondo de las aguas que nunca fueron,
pues, en alguna parte,
el abuelo repite, repite:
«La fe es una faceta del cristal
que, al girar, capta la luz

y la moldea en formas y espejismos,
en un fuego fatuo
situado en el corazón del cristal,
donde no existe nada excepto luz,
dañada y rota,
más allá de las cosas.
Recuerda, hijo mío, recuerda...». Y Riverwind, renovado y redimido por las palabras cual, por el aire purificador, dice: «Anciano, también he sopesado esto, voy conociendo este país inexplorado».

Va conociéndolo hasta que el rojo y la plata de las lunas se mezclan en el aire, y la luz es dorada como las vidas perfumadas de Istar, olvidadas, tal vez terribles, y allí, caminando cual leopardo, al filo de lo inaudible y de la fe, ve a Goldmoon que le dice: «Acuéstate, abandona de inmediato, renuncia a esto antes de que comience, amado, joven nuestro, porque puedes aprender todo con este misterio, todo por este misterio, hierba agosta y tinieblas y anhelos y el origen de los niños floreciendo para ti en invierno. Acuéstate, mi amor, descansa».

Aún así, camina hacia la hija de los jefes; mas ella, en silencio se aleja. La historia de días y de años gira cual remolino de aguas. «Anciano —susurra él—. Anciano, voy conociendo este país inexplorado». Pero ella se aleja en silencio, hacia el refugio y los brazos de innumerables hijos de jefe,

que ante él se alzan eternamente
como pieles de muertos
relucientes de estrellas,
y que se abrazan eternamente a ella, que se vuelve,
—saetas de luz sus verdes ojos,
sus ojos, los de él bajo la luna sinuosa—,
y le sonría mientras lo entrega a los guerreros.
«Anciano —susurra él—. Anciano,
voy descubriendo este conocimiento,
este sueño de la Vara
que es horrible cuando la Vara se rinde».
Bajo las lunas, continúa su marcha
de pasos extraviados,
hasta que su piel se vuelve contra él,
moteada, oro sobre negro, sobre oro,
y sus fuertes manos semejan
un nido de cuchillos,
y su frente se inclina ante el tórrido viento,
ante el coro de leopardos.
En la garganta de ella,
esa garganta de innumerables jefes,
la sangre bulle, se alza
como espejismos, como corrientes térmicas,
y ya no quedan palabras
mientras él sueña su sueño,
y las gargantas se esclarecen.

Adelante. Sigue adelante sin recordar nada,
ni marcha, ni grito del Pueblo,
ni caza a la cabeza de la marcha,
ni horizontes, ni conjunción de lunas
en noches que le dieron nombre.
Ha dejado todo atrás, completamente,
rindiéndolo a la piel desbordante de luz y oscuridad,
de oscuridad bullendo en luz,
hueso y músculo sometidos
ante túneles imaginados de llanuras y movimiento.
Algo a su espalda
le canta al oído, y su ojo izquierdo brilla
directamente, a través de espejismos,

hasta alcanzar el límite del mundo;
y el olor a sangre
se mezcla con el olor de la roca, del agua,
de las cosas bajo la roca y el agua
que son sabias y letales y buenas más allá de la razón.
Erguido y vertical,
más allá de la protección del leopardo,
entra cauteloso y en la luz,
su primera y última piel
recordada y vencida,
de nuevo arropado por el largo sueño deslumbrante.
Y allí, en un templo de roca frío,
insustancial como la lluvia,
impasible como el silencio pétreo,
se encuentra la Vara, que canta,
que canta:
«Levántate. Te has ganado esta paz
del límite del mundo.
Atrás dejas un país que se desvanece.
Álzame como un trofeo,
como una tercera luna en el cielo conocido,
y, en lugar de ser brazo de jefe,
sé tú el jefe mismo,
el señor de la tierra del leopardo».
Y Riverwind, impassible
como el silencio pétreo,
evoca el límite del cielo,
y los niños vagabundos muertos.
La Vara brilla de súbito
y alcanza la mano que la rechaza;
y allí, entre sus dedos, el mundo gira,
y en su subconsciente
la voz del leopardo, hecha palabras, canta:
«Acuéstate, renuncia a esto de inmediato,
renuncia antes de que comience,
hijo, cachorro nuestro,
pues no conseguirás nada de este misterio;
nada, excepto
las tumbas de tu infancia

expuestas a la luz de las lunas.
Y la muerte;
la muerte callada que ves,
allá donde el cielo se une a las llanuras,
es tu muerte que se aproxima».

Pero se somete a luz de la Vara
que resplandece con más fuerza al alumbrar el país afligido,
a las tres lunas, ahora equilibradas,
a la noche replegada en el corazón de la noche.
Y emite luz azul,
la luz del cristal revelada, por la mano de un guerrero
descendiente de la estirpe del leopardo;
y el perpetuo corazón del Pueblo
recobró la memoria del pasado.
Pero Riverwind, impasible, como el silencio pétreo,
ríe por vez primera
desde que el oeste desapareció,
porque sabe que éste es el país
al que no ha logrado conquistar,
porque bajo las llanuras yace la nada,
porque la victoria camina
de la mano de niños muertos
a través de perturbadores años de luz.

IV

El resto de la historia, ya la conocéis:
cómo Riverwind, portando la Vara,
regresó con el Pueblo,
—oscuridad pétrea sus ojos—;
y lo que el jefe ordenó
—yo estaba allí y fue testigo,
mas mis palabras no los detuvieron—;
y lo que la Vara significó
en la mano de Goldmoon.

Pero quizá, no sepáis que,
cabalgando por senderos de luz,
desde las llanuras hasta El Último Hogar,
ella le dijo:
«ahora te has hecho digno,
no sólo ante mis ojos,
sino ante los del reino del halcón;
por siempre la historia prosigue;
por siempre la historia».

Pero Riverwind *NO, NO,*
y otra vez *NO,*
a la luz fraccionada de la Vara,
porque, atrapada en el resplandor,
su mano, ahora incorpórea,
atravesaba las facetas hasta alcanzar
el núcleo luminoso,
y ve que no es de este mundo
la tercera luna que está saliendo.
Desde entonces,
la noche del corazón de la Vara
fue la noche que le dio nombre.

Aquí, en las llanuras donde viento
abraza la luz y su ausencia,
donde el viento es la voz que baja de los dioses

y el rumor de la tonada antes de que el canto comience,
aquí el Pueblo camina en un continuo error,
hacia el hogar, bajo las vientos,
en perpetuo movimiento.

Un anciano canta la canción de un país ausente,
hermoso, despiadado como la luz del sol,
frío como vientos imaginados tras el ojo de la lluvia;
y allá lejos, hijos y padres míos,
la canción del campo se cierne y abate
sobre la tierra dormida
como un halcón,
hijo del hambre y las corrientes térmicas,
cantando eternamente,
cantando...

El monstruo del mar Sangriento

Barbara y Scott Siegel

Sin resuello, y a punto de desesperar, eché a correr por la arena húmeda buscando un lugar donde esconderme. Tras la terrible tormenta desatada a primera hora de la mañana, atravesar ahora la fangosa playa era como meterse en una inmensa cazuela de espesas gachas.

Aún así, seguí corriendo a toda prisa, ya que Nick Cuello de Toro, el panadero del pueblo, me perseguía con intenciones poco aconsejables para mi salud.

Le había dado esquinazo al girar de improviso por un callejón que conducía hacia el mar, pero mi perseguidor no tardaría en darse cuenta de la estratagema. De repente, la solución apareció ante mí.

A lo largo de la playa había un gran número de barcas de pesca, alineadas sobre la arena.

Apreté ansiosamente contra mi pecho el trozo de pan robado y eché una fugaz ojeada sobre el hombro para cerciorarme de que Cuello de Toro no había aparecido todavía.

Por fortuna, no se veía un alma por los alrededores. Aproveché la ocasión y me introduje en la primera vasca que tenía delante.

Tras ocultarme bajo una tupida red, respiré hondo varias veces para recobrar el aliento. Sin duda, si Nick Cuello de Toro paraba cerca de la barca, oiría mis jadeos a pesar de sus torpes y fuertes pisadas.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Cuando se está asustado, sin resuello, sumergido hasta la barbilla en un charco de agua fría, y con una pesada red aplastándote, no hay nada que mueva con más lentitud que el tiempo. Absolutamente nada.

De pronto, los latidos de mi corazón se aceleraron cuando escuché unos pasos apresurados que se aproximaban a mi escondrijo. Me aplasté contra el fondo de la barca hasta que el agua me cubrió la boca, por lo que tuve que respirar por la nariz. Las pisadas se acercaban.

«Es inútil —pensé—. No tengo escapatoria».

Me incorporé un poco para sacar la boca del agua y di un buen mordisco al pan. Si Cuello de Toro me iba a propinar una paliza, al menos tendría algo en el estómago que la justificara.

A despecho de lo espantosamente seca que tenía la boca, empecé a masticar muy deprisa.

Los pasos sonaban cada vez más cercanos.

¿Se daría cuenta de que aquella red se movía? ¿Escucharía mi respiración agitada? ¿Me oiría masticar el pan?

Sin haberme tragado todavía el primer bocado, di un segundo y otro más y otro, hasta que tuvo los carrillos tan hinchados que debían de igualar las dimensiones de los de un dragón.

Bueno, quizá no tanto. Pero lo cierto es que tenía más pan en la boca que el que me restaba en la mano. ¡Y aún no me había tragado ni un solo bocado!

Los pasos se detuvieron junto a la barca. Desesperado, cerré los ojos. ¡El pan se me había atragantado!

Me sobrevino un violento ataque de tos, y la red que me cubría saltó por los aires. Al mismo tiempo que trataba de respirar, me tapé la cabeza con los brazos a fin de protegerme lo mejor posible de los golpes de Cuello de Toro. Mas los esperados golpes no llegaron.

Sorprendido, miré a hurtadillas entre los brazos cruzados, a la vez que me dio escupía, medio vomitaba, un pedazo enorme de pan masticado.

—¿Qué es esto? —Preguntó perplejo un anciano mirándome de hito en hito—. ¿Un joven elfo? ¿Y solo?

Fui incapaz de responderle porque seguía tosiendo y escupiendo trozos de pan medio masticar sobre la cubierta del bote.

Malhumorado, el anciano me dio unas palmadas en la espalda.

Cuando por fin pude volver a respirar, miré más allá de donde se encontraba el viejo y constaté que la playa seguía vacía, a excepción de nosotros dos. De Nick Cuello de Toro no había señales.

El anciano advirtió mi mirada furtiva.

—¿Estás en apuros, elfo? —preguntó.

Asentí con un cabeceo mientras calculaba las posibilidades de aprovecharme de su aparente comprensión.

—A Nick Cuello de Toro no le caigo muy bien —contesté evasivo.

—A ése no le cae bien nadie —se mostró de acuerdo el anciano, a la vez que suspiraba. Luego, dedicándome una sonrisa socarrona, agregó—: En particular, detesta a los elfos que tienen la mala costumbre de llevarse el pan sin pagarle.

Sentí que mis mejillas enrojecían.

—¿Cómo te llamas, elfo? —se interesó el viejo.

—Duder.

—¿Sólo Duder? ¿Nada más?

A fin de evitar que insistiera en aquel tema, molesto para mí, pregunté a mi vez.

—¿Cuál es su nombre?

—Me llaman Fiske Seis Dedos.

De inmediato, mi mirada se dirigió hacia sus manos.

—No esperes ver un dedo de más, elfo —comentó con aspereza—. El médico que atendió a mi madre en el parto era un borrachín, y el muy estúpido creyó verme seis

dedos en una mano. Mi pobre madre no sabía contar y, en fin... Los apodos se popularizan con gran facilidad, ya me entiendes.

Asentí en silencio. ¿Qué otra cosa podía hacer?

De improviso, el viejo y apergaminado pescador me cogió de las axilas, me sacó de la barca en volandas y me dejó caer en la fangosa arena.

—Jovencito, eres un tipo muy gracioso. Por otro lado, es una novedad encontrarse con un elfo en los tiempos que corren. Pero no puedes quedarte en mi barca porque voy a salir a la mar.

—¿Vas a pescar? —balbucí boquiabierto. No pude por menos de hacer un comentario—. Todos se han quedado en tierra por la tormenta, y ahora es ya demasiado tarde para salir. ¡Se hará de noche en pocas horas!

A Fiske Seis Dedos no parecía importarle ni poco ni mucho esa circunstancia.

—Los peces pican mejor después de llover —respondió de manera evasiva—. Además, ahí fuera, en alguna parte, hay un pez al que he de atrapar, y ya no me queda mucho tiempo.

Su último comentario me resultó incomprensible. De cualquier forma, no me interesaba. Como tampoco me importaba si hablaba en serio o no. Lo único importante para mí era mantenerme fuera del alcance de Cuello de Todo, algo bastante difícil de conseguir en un pueblucho tan pequeño. Por consiguiente, y sin pensarlo dos veces, le hizo una propuesta.

—Me gustaría acompañarle. Si va a poner rumbo a mar abierto tan tarde, es probable que se haga de noche antes de que regrese. Mi vista es excelente, y podría ayudarlo a encontrar el camino de vuelta al puerto.

El viejo rompió a reír.

—Jovencito, no necesito tu ayuda para navegar por el mar Sangriento. He pescado en sus aguas desde antes de que tú nacieras.

Yo tenía sesenta y dos años, lo que para un elfo significa estar en plena adolescencia, pero no cabía duda de que Fiske Seis Dedos me superaba al menos en diez o quince años. Tendría que inventar otra cosa si quería convencerlo de que me dejara acompañarlo.

A diferencia de la mayoría de los de mi raza, soy muy capaz de estirar una verdad hasta el límite que roza la mentira.

—Si es cierto que pesca desde hace tanto tiempo como asegura —comenté con astucia—, entonces no es tan joven como aparenta. Pero, si de verdad es tan mayor como dice, señor Fiske, no sería mala idea que aceptara mis servicios como remero. Lo haría por la módica tarifa del diez por ciento de la captura.

El viejo arqueó las cejas. Su voz tenía un deje de admiración cuando habló.

—Eres un tipo listo, elfo.

—Puede llamarme Duder, señor.

—Muy bien, Duder. Aunque tienes aspecto de no valer un pimiento como remero, tal vez tu compañía me ayude a mantener abiertos estos cansados ojos míos en una noche oscura. Sin embargo, si de verdad estás dispuesto a acompañarme, he de advertirte del peligro al que te enfrentarás. Salgo a la caza del monstruo del mar Sangriento.

Estallé en carcajadas sin poder remediarlo.

—¡Vaya! ¿Con que eres de los que no creen que existe? —preguntó sin el menor atisbo de enfado.

—He oído contar historias sobre él, lo admito. Pero sólo son eso: historias. Todo el mundo lo sabe. ¡Incluso los kenders!

—No me importa —porfió con terquedad—. Hoy me hago a la mar para capturar a ese monstruo. Así que te preguntaré otra vez: ¿Todavía insistes en venir conmigo?

Puesto que lo que de verdad no me apetecía era quedarme rondando por el pueblo, ya que acabaría por darme de bruces con Nick Cuello de Toro, me mordí los labios para no reírme en las narices del viejo y me esforcé por hablar con seriedad.

—Sí, insisto en ir con usted.

Sin darle oportunidad de añadir una palabra más, ni tiempo para reflexionar, empujé la pequeña barca hacia las olas del mar Sangriento.

—¡Duder! —llamó de repente.

—¿Sí, señor?

—Tendrás el dos por ciento de la captura. Es mi última oferta.

Asentí con un gesto de la cabeza y sonreí para mis adentro. ¡Salía de pesca!

Remé largo rato y la costa se perdió de vista en el horizonte, pero progresábamos con lentitud a causa de la resaca que quedaba de la tormenta.

Me sentía algo mareado por el continuo cabeceo de la barca al subir y bajar las encrespadas olas. Seis Dedos había reparado en mi malestar, pero un trato era un trato, y no se ofreció a relevarme en los remos, si bien hizo un comentario animoso.

—No te preocupes. El mar se calmará al anochecer. Siempre lo hace.

Estaba en lo cierto. Cuando el sol se puso en el mar Sangriento, sus deslumbrantes rayos carmesíes centellearon en la, para entonces, lisa superficie de las aguas.

El mar estaba en calma, como también lo estaba —¡por fin!— mi pobre estómago. Aunque no gracias a tener algo de comida dentro.

De repente caí en la cuenta de que Seis Dedos no había preparado los aparejos.

—Si no echa al agua los anzuelos, lo único que pescará será una buena pulmonía —comenté.

—¿Ya empiezas a querer dar órdenes? —Refunfuñó desabrido—. Sé muy bien lo que me hago. Lo he intentado en otras ocasiones y por esta zona no hay rastro del

monstruo.

A mí aquello me traía sin cuidado. Si había hecho el comentario era porque, al haberseme pasado el mareo, volvía a sentir el aguijonazo del hambre. En consecuencia, y ya que el sabor del pescado crudo no era nada nuevo para mí, le preguntó:

—¿Le importa que utilice una de las líneas para ver si consigo pescar algo de comer? Después de todo, me corresponde una parte de la captura.

Seis Dedos se encogió de hombros.

—Si vas a pescar, pásame los remos —ordenó con brusquedad.

Sin hacer más comentarios, empezó a bogar con movimientos firmes y seguros, y la mirada fija en el ardiente crepúsculo.

El anzuelo se hundió en las rojas aguas y fue arrastrando tras la estela de la barca, que seguía internándose en el mar.

Cerré los ojos y disfruté del rítmico balanceo propiciado por el seguro remar del viejo. «Esto sí que es vida —pensé—. Alguien hace el trabajo duro por ti, y la cena sólo espera a que la cojas».

Pero entonces, como siempre me ocurre, empecé a soñar con tener más.

Llegaría a ser el dueño de una flota de barcos pesqueros, tripulados por un montón de viejos que traerían a puerta diariamente unas capturas abundantes. Les daría el diez por ciento de las ganancias. Enseguida rectificué. Les daría sólo el dos por ciento. Sonreí para mis adentros y suspiré satisfecho.

Se me conocería por «Duder, el capitán del mar Sangriento» y me convertiría en el elfo más rico del mundo. Mis congéneres me envidiarían. Se arrepentirían de haberme tratado tan mal...

Años atrás, en castigo por un acto delictivo, fruto de mi inconsciencia juvenil, me habían expulsado de mi país. Aislado, despreciado, me obligaron a vagar por el mundo a solas. ¡Cómo odiaba la soledad!

Pero cuando necesitaran mi pesca, mi dinero, mi poder, mi influencia..., entonces vendrían ante mí y me dirían «Duder Bosillart, lo sentimos. Perdónanos y regresa con tu pueblo». Yo, condescendiente, les contestaría...

—¡¡Ayyy!!

Un brusco tirón del sedal había estado a punto de cortarme las manos. Abrí los ojos de par en par, a la vez que sujetaba la línea con firmeza.

Me consolé de que mi sueño se hubiese interrumpido de un modo tan brusco ante la perspectiva de tener tan cerca la cena.

—Parece que ha picado algo grande —comentó el viejo al observar mis esfuerzos.

—Le dije que era una buena idea llevar un anzuelo al arrastre —contesté jactancioso—. Esta captura dará mucho dinero. ¡No olvide que me corresponde el dos

por ciento!

—No lo he olvidado.

Braza a braza, fui recogiendo el sedal en tanto que calculaba el dinero que obtendría, aún antes de que la presa saliera a la superficie.

Cando por fin emergió, casi dejé escapar el aparejo.

¡Del anzuelo colgaba el cuerpo inerte de un hombre muerto!

Seis Dedos sujetó el sedal que se me había escapado de las manos y me ayudó a mantener a flote al marinero ahogado.

—No me sorprende —dijo con un suspiro.

—Ah, ¿no? —pregunté desconcertado—. ¿Acaso pesca hombres muertos a diario?

El rostro del anciano no mostraba expresión alguna.

—Existe un viejo dicho popular referente a las tempestades de estas aguas —repuso—. «Siempre que haya tormenta, ten por seguro que algún barco acabará en la sima del remolino».

La idea me hizo estremecer. Eran muchas las tormentas que había presenciado en aquellas aguas a lo largo de mis solitarios viajes.

—Es una pena que nuestra salida al mar termine de este modo —comenté, imaginando que daríamos la vuelta y regresaríamos a puerto con el cadáver.

—¡No seas necio! —espetó el viejo.

Acto seguido, cortó el sedal y dejó que el cuerpo cayera de nuevo a las aguas con un chapoteo.

—¿Qué ha hecho? —grité horrorizado.

—El lugar más apropiado para enterrar a un marinero es el mar —explicó con calma—. Además, todavía sigue por ahí la criatura a la que he perseguido toda mi vida. Quizás esa noche tenga suerte y consiga atraparla.

Fue en aquel momento, mientras observaba el cadáver que se alejaba a la deriva, cuando realmente me di cuenta de la desesperación que afligía al viejo. Estaba agotado; más aún: consumido. Sabía que ya no tendría muchas ocasiones de capturar al quimérico monstruo del mar Sangriento.

Seis Dedos no dedicó siquiera una mirada al cuerpo del marinero cuando éste se hundió bajo las olas.

Me puse a remar otra vez y, poco después, aparecieron flotando los restos del naufragio. Entre los trozos de madera astillada esparcidos por el agua vi un fragmento que debía de haber pertenecido a la proa del barco. A pesar de la mortecina luz del crepúsculo, leí sin dificultad las palabras: El percherón. Luego, la tabla se hundió en el seno de una ola y la perdí de vista.

¿Había sido un barco grande? ¿Habrían sido muchos los marineros que habían

perecido? Jamás lo sabría. La única certeza que tenía era que otro barco más nunca regresaría a puerto, que otra tripulación no volvería a contemplar la luz del sol, que otro cargamento de pobres almas jamás retornaría al hogar... Como yo.

Desde mi marcha, cada día transcurrido me había ido alejando más y más de mi patria, y ahora me hallaba en un pequeño bote, en plena noche, lejos de tierra firme, en algún punto del tenebroso mar Sangriento. Pero aún: me había embarcado con un viejo chiflado que estaba convencido de poder capturar una bestia legendaria que sólo existía en la imaginación de los necios.

No soy cruel por naturaleza, pero de pronto se me ocurrió divertirme un rato a costa del viejo.

—¿Qué aspecto tiene el monstruo? —pregunté, sin dejar de remar.

—Lo ignoro. Nadie lo sabe, porque todos aquellos que lo vieron están muertos.

Reprimí a duras penas una sonrisa burlona.

—¿Cómo sabe entonces que existe? —insistí.

—Porque lo sé. Estoy seguro. Aunque no haya una sola persona que pueda describirlo, corren historias, cientos de historias sobre el gran monstruo. —Apartó los ojos de mí y los fijó en el agua antes de proseguir—. Algunos dicen que es tan grande como mil barcas juntas. Otros, que no es su tamaño lo más temible, sino los largos dientes y las afiladas garras.

»Hace tiempo conocí a un hombre que aseguraba haber visto el reflejo del monstruo en un espejo, y afirmaba que tenía una cabeza escamosa cubierta de sangre, y que rezumaba pus negro.

»Sin embargo, su aspecto me trae sin cuidado. Lo que de verdad me importa es capturarlo.

—¿Por qué?

El viejo estrechó los ojos hasta que se convirtieron en rendijas.

Al hablar, su voz estaba enronquecida por la furia, pero su cólera no iba dirigida contra mí, sino contra la bestia marina.

—Mató a mi padre, como antes lo había hecho con el suyo. Acabó con mi único hermano, con mis hijos, con mis sobrinos, todos ellos pescadores, y los arrastró a una muerte espantosa en este mar de sangre. Por último, mi esposa fue incapaz de soportar tanta desdicha y murió de tristeza.

»Me he quedado solo, sin familia, sin nadie. Soy un viejo amargado, con el corazón seco, vacío de sentimientos, salvo este vehemente anhelo de venganza.

Seis Dedos alzó la cabeza hacia el cielo con un gesto de desafío. Los ojos le echaban chispas.

—¡Y juro que satisfaré este deseo! ¡¡Lo juro!! —gritó a la noche.

Me dije que, si el viejo seguía vociferando de aquel modo, espantaría a toda la pesca. A mí, al menos, ya había conseguido asustarme.

No obstante, pronto olvidé sus desvaríos cuando me dio un panecillo que sacó de una bolsa de provisiones. Lo engullí tan deprisa que el viejo no dudó en ofrecerme también una pieza de fruta.

—¿Y usted? ¿No va a comer nada? —pregunté, con el propósito de que mi anfitrión no pensara que era un desagradecido, pero sobre todo para hacerle olvidar al monstruo.

—No tengo ya el apetito de antaño —comentó pesaroso—. No como ni la mitad de lo que traigo cada día. Casi siempre echo al agua lo que me sobre para que se lo coman los peces. No debe sacarse provecho del mar Sangriento sin dar algo a cambio. Si los peces crecen y se multiplican, también lo harán los pescadores.

El viejo concluyó la frase con un tono reverente. La idea era muy hermosa, pero yo deseé fervientemente que no tirara nada por la borda aquella noche. Tenía un hambre atroz.

Debió de leerme el pensamiento porque, tras reservarse un panecillo para él, me tendió la bolsa con las provisiones.

—Coge lo que te apetezca —me ofreció.

Lo cogí todo.

La luna había alcanzado su cénit cuando terminé de comer. Fue entonces cuando Seis Dedos echó el sedal al agua.

El bote flotó a la deriva un buen rato, mecido por el tranquilo mar, sin que ninguno de los dos hubiéramos vuelto a decir una palabra. Me pregunté cuánto tiempo tendría que pasar antes de que el viejo se cansara y se diera por vencido. También pensé en las perspectivas que me aguardaban una vez que hubiéramos regresado a la costa.

No me seducía la idea de marcharme del pueblo para robar el pan al panadero de otra aldea. Esperaba de la vida algo más que unas simples migajas.

Mi espíritu bullía en todo momento con un ansia insaciable por vivir nuevas experiencias, por presenciar cosas extraordinarias. Ello fue lo que me había inducido, allá en mi país, a robar el medallón del cabecilla elfo. Creía que aquella joya guardaba algún conjuro secreto con el que obtendría poder y sabiduría, mas todo cuanto conseguí fue atraer la desgracia sobre mí.

Al descubrirse el hurto, me expulsaron de la comunidad, y me convertí en un proscrito, un desterrado, un renegado... Un elfo oscuro. Así dio comienzo mi larga marcha. ¿Pero adónde y a qué me conducía ese camino? ¿Cuál era mi destino? La barca y la noche discurrían a la deriva, al igual que mis pensamientos.

No sabía qué hora era, ni me importaba. Esa cualidad de intemporal era lo que más me gustaba del mar.

El viejo continuó absorto en la pesca, y yo en mis reflexiones hasta que de pronto

se oyó un chapoteo en el agua.

—¡Ha picado algo! —exclamó Seis Dedos.

El sedal estaba tenso y la proa del bote se inclinó cuando el animal atrapado al otro extremo de la línea empezó a sumergirse, con el anzuelo enganchado en la boca.

Me dije que el viejo no pensaría de verdad que había capturado al monstruo. ¿O sí lo pensaba?

Haciendo gala de su gran experiencia, el anciano pescador largó sedal con lentitud, permitiendo que el animal se alejara. Después, al notar que se detenía, volvió a tirar con fuerza y jaló hacia la superficie. Cada vez que el pez recobraba energía e intentaba escapar, el viejo repetía toda la maniobra con gran paciencia.

Sin embargo, era evidente que Seis Dedos se agotaba poco a poco. Lo que fuera que estaba al otro extremo de la línea, era fuerte, no se rendiría sin haber presentado antes una terrible batalla.

Aún así, Seis Dedos aguantó firme hasta que, por fin, el animal salió a la superficie, muy cerca de la popa del bote, en medio de sacudidas que levantaban gran cantidad de agua.

—¡Es grande! —grité a mi pesar, al percibir la sombra que se proyectaba a la luz de la luna.

El viejo se limitó a fruncir el entrecejo. Sabía lo que había capturado, y no era lo que esperaba. A pesar de todo, arrastró al pez hasta la barca, y yo lo ayudé a sacarlo del agua utilizando una de las redes.

Al dejarlo caer en el fondo del bote, vi lo que había pescado el viejo: un extraño, y ciertamente pendenciaron, pez Bela.

Había oído hablar de esta especie, pero jamás había tenido oportunidad de ver uno porque los pescadores los devolvían siempre a la mar, ya que no se vendían pues su carne tenía un gusto horrible.

Además. Se decía traía mala suerte matar a un Bela, pues esta rara especie tenía la facultad de comunicarse con las criaturas terrestres.

—¡Me hace daño el anzuelo! —protestó—. ¡Sacádmelo de la boca!

Me arrodillé de inmediato a su lado y se lo extraje con toda clase de cuidados.

—Gracias —dijo con educación—. Y ahora, espero que seas tan amable de devolverme al agua.

Sin dudarlo un momento, pasé las manos bajo su cuerpo a fin de echarlo por la borda, pero Seis Dedos me lo impidió propinándome un golpe en las muñecas.

—¡Déjalo! Creo que me quedará con él. Quizá me sirva de carnada.

Al oír esas palabras del viejo, el pez Bela empezó a brincar y a dar coletazos sobre las tablas en un intento de escabullirse saltando por el costado del bote. Sus esfuerzos fueron en vano.

—¡Soltadme, por favor! —suspiró.

Yo estaba estupefacto. No alcanzaba a comprender por qué el viejo se mostraba tan cruel. ¿Cómo era posible que la misma persona que había compartido con generosidad su comida, torturase poco después a un animal indefenso?

—¡Suéltelo! —exigí—. Si no vuelvo pronto al agua morirá.

Seis Dedos se mostró inflexible.

—Pues que muera. No obstante... Quizá le dé una oportunidad de salvar la vida. ¡Pero sólo una!

—¿De qué se trata? ¡Haré lo que sea! —gimió el Bela.

—Dime donde puedo encontrar al monstruo del mar Sangriento.

El pez nos miró con incredulidad. Luego, se dirigió al viejo.

—¿Estás seguro de que lo quieres saber? —preguntó.

—Desde luego que sí —rezongó Seis Dedos—. Y, si quieres seguir vivo, me lo dirás ahora mismo.

—Y, si tú quieres seguir vivo, pondrás rumbo de la costa sin perder un instante —replicó el Bela.

Abrí los ojos de par en par al comprender el significado de las palabras del animal.

—¿Quieres decir que esa bestia existe de verdad? —exclamé desconcertado.

—Existe, sí. ¡Ya lo creo que existe! Tan cierto como que todos los que habitamos en estas aguas nos alejamos a toda velocidad cuando presentimos su presencia.

—¿Pero, por qué?

El Bela nos miró y parpadeó con evidente desconcierto.

—¿Acaso no lo sabes? —Inquirió.

No tuve más remedio que confesar mi ignorancia y negué con un gesto de cabeza.

El animal trató de reír, pero empezaban a fallarle las fuerzas y hubo de conformarse con esbozar una mueca.

—La razón por la que ningún ser que lo haya visto sigue con vida —explicó con voz débil— es que en el agua es una sombra tenebrosa, y su estela es un vacío gélido... letal.

—No lo comprendo —contesté, confuso.

—Lo comprenderás, y muy bien, si os obstináis en seguir adelante con vuestra estúpida idea. Os lo ruego, no...

—¡Basta! —interrumpió iracundo el viejo. Luego cogiéndole con ambas manos, lo zarandeó—. ¿Dónde está la bestia? —Inquirió con voz tensa—. ¡O me lo dices, o te juro que serás mi almuerzo a pesar de tu asquerosa carne!

—Sólo intentaba salvaros —protestó el Bela, que boqueaba de manera espasmódica—. Mas, si estás tan ansioso por saberlo, te lo diré.

—Habla pues, y no me hagas perder más tiempo —increpó el anciano.

La voz del pez era tan débil que Seis dedos tuvo que inclinarse sobre el animal

para no perderse sus palabras.

—La bestia está cerca. En las proximidades del centro del mar Sangriento, donde hoy fue engullido un barco por la fuerza del remolino. Debéis saber que el constante batir de su cola es lo que provoca esa turbulencia, y los efluvios que se desprenden de su cuerpo son los que causan la violenta y perpetua tormenta que se cierna sobre el remolino.

Un escalofrío me recorrió la espalda al evocar el cadáver del marinero, y la tabla con el nombre El Percherón.

Las palabras del pez Bela no asustaron al viejo como me habían asustado a mí. Por el contrario, lanzó un gruñido de satisfacción. Al fin, después de tantos años, tenía la venganza al alcance de la mano.

Cumpliendo lo pactado, Seis Dedos echó al Bela por la borda y, sin más preámbulos, agarró los remos con gran excitación y empezó a bogar hacia el mortífero centro del mar Sangriento. El Bela nos siguió nadando junto al costado de la barca, y nos lanzó una advertencia:

—¡Cometéis una locura! ¡Volved! ¡No sigáis adelante!

Puesto que el viejo no le prestaba atención, el animal se dirigió entonces a mí.

—Fuiste bueno conmigo, y quiero ayudarte. Hazme caso y salta al agua. ¡Sáltate!

Yo estaba paralizado. Los elfos marinos son parientes lejanos de mi gente, pero ello no significaba que yo fuese capaz de nadar como un pez. Nos encontrábamos a varios kilómetros de la costa, y arrojarme al agua en medio del mar Sangriento rozaba el suicidio.

Alejé las reflexiones tomé la decisión de quedarme con Seis Dedos, a pesar de todos mis temores y recelos.

De todas formas, me dije, no lo habría dejado solo.

Había algo en la fiera determinación del viejo que calaba hondo en mi ser. Se mostraba tan seguro de sí mismo, tan impávido, que me inspiraba confianza. Antes ya me había dejado impresionado con su actitud segura mientras capturaba al Bela, y con la experiencia que había demostrado para lograr jalarlo hasta la barca.

Pero lo que influyó de manera decisiva en mi determinación fue imaginar lo maravilloso que resultaría ser testigo presencial de una proeza tan grande. Si es que el viejo conseguía atrapar al monstruo, se entiende.

Fiske Seis Dedos se haría famoso, sí. ¡Pero yo también! Entraría a formar parte de la leyenda más importante del mundo entero si colaboraba en la captura del monstruo del mar Sangriento.

Hacía mucho tiempo que el viejo remaba y su respiración se había hecho trabajosa y entrecortada.

—Deje que reme yo un rato —ofrecí—. Usted necesita todas sus fuerzas si ese

monstruo engancha el anzuelo.

—Tienes razón, Duder —se mostró conforme el anciano—. Por cierto. Me alegra que decidieses quedarte conmigo.

Su encubierto agradecimiento me hizo sonreír. Hundí los remos en el agua, y bogué con todas mis fuerzas.

Al cabo de un rato, unas nubes turbulentas ocultaron la luna y las estrellas, señal inequívoca de que nos aproximábamos a la tormenta que azotaba de manera constante el centro del mar. Soplaban ráfagas de viento frío y desapacible; incluso el agua se había encrespado.

Cada vez estábamos más cerca del remolino... y también del monstruo.

—Recoge remos —ordenó el viejo—. Echaré el anzuelo aquí.

Me sentía tan cansado por el esfuerzo que me alegré de hacer un alto. Aproveché la pausa para darme unos masajes en los brazos entumecidos mientras observaba admirado la gran destreza de Seis Dedos para manejar el aparejo y lanzar el anzuelo al oscuro mar púrpura.

Me quedé como hipnotizado mirando el sedal que colgaba flácido del costado de la barca; no sé por qué, pero suponía que el tirón se iba a producir en cualquier momento.

Muy pronto, mis ojos estaban tan cansados como mis brazos, y me derrumbé en el fondo del bote, acurrucado entre los pliegues de las redes para protegerme del frío. Una vez al abrigo del viento, me sentí mucho mejor y más seguro. Poco a poco, me relajé de la tensión vivida durante las últimas horas, y el agotamiento acabó por vencerme; me sumí en una tranquila somnolencia.

No sé cuánto tiempo duró mi duermevela, pero cuando abrí los ojos, escuché al viejo toser y rezongar.

Sentí pena de verlo allí sentado, soportando el frío y la humedad, luchando por mantener vivo su sueño de capturar el enorme pez antes de morir; un sueño que, al parecer, no tenía visos de cumplirse, ya que la noche avanzaba y el sedal no se movía, no acusaba el más leve roce en el anzuelo. Ni una sola vez.

Una idea repentina acudió a mi mente: era imposible que durante tanto tiempo no hubiese picado nada, a menos que aquellas aguas estuvieran realmente muertas. Lo que significaba...

Mi garganta se contrajo de una manera repentina y dolorosa. Un terror espantoso hizo presa en mis entrañas. Quise gritar al viejo que recogiera el sedal, pero no tuve oportunidad de hacerlo. En aquel mismo momento, algo ocurrió.

—¡Ha picado! —vociferó como un poseso.

A pesar de que Fiske Seis Dedos largaba línea para que el animal enganchado al otro extremo pudiese tirar, no lo hacía con bastante rapidez, y el sedal estaba tan tenso que parecía a punto de chascar. El pequeño bote empezó a moverse.

¡La bestia nos remolcaba!

Al principio nos deslizábamos con lentitud sobre el picado mar, pero poco a poco, la barca ganó velocidad hasta que, como un dragón que alza el vuelo, nos encontramos de repente surcando las crestas de las olas sin apenas rozarlas.

El viejo era lo bastante experto para no sujetar el sedal con las manos desnudas y, en algún momento de la demencial carrera, se las había ingeniado para encajar en la proa uno de los remos, al que había amarrado la punta del cabo.

Demostró una gran astucia al obrar de aquel modo, pero no fue suficiente. La invisible criatura no aminoraba la velocidad, y el sedal empezó a humear a causa de la brutal fricción ejercida contra la reala.

Temeroso de que se rompiera el aparejo al acabarse el rollo de sedal y que su presa escapara, Seis Dedos desató del remo la punta del cabo y se lo amarró alrededor del cuerpo, dispuesto a presentar la batalla final. Me contagió su loca temeridad y me planté junto a él de un salto, decidido a ayudarlo. Si se acercaba el momento de gloria, yo quería tener parte en él.

Agarré el cabo y jalé con todas mis fuerzas, con la esperanza de contribuir a que el monstruo redujera velocidad.

Seis Dedos, que ni siquiera había reparado en mi presencia, tenía los ojos fijos en el cielo y gritaba de modo desaforado:

—¡He atrapado al monstruo del mar Sangriento! ¡Lo he atrapado y no lo dejaré escapar!

Seguí la dirección de su mirada, pero sólo vi los ominosos cúmulos de nubes.

Fue aquel detalle lo que me hizo caer en la cuenta de la dirección que llevábamos: el inmenso animal nos arrastraba directamente hacia el remolino.

Si no cambiábamos pronto de rumbo, la vorágine del torbellino nos engulliría y nos precipitaríamos en las tenebrosas profundidades del mar Sangriento.

—¡Tenemos que dar la vuelta! —Grité a pleno pulmón—. ¡Mire hacia dónde nos lleva!

El viejo reaccionó al oír mis gritos destemplados, y captó de inmediato el peligro de la situación. Respiró hondo dos o tres veces, y luego jaló del cabo, empleando hasta el último vestigio de fuerza que le restaba en su desgastado cuerpo.

Yo me sumé a sus esfuerzos. ¡Teníamos que detener a la bestia!

La tensión del sedal cedió de manera repentina, y la línea flotó mansamente sobre la superficie del agua. ¡La maniobra había resultado!

—¡Lo vencimos! ¿Te das cuenta? ¡Está agotado, derrotado! ¡Ha renunciado a la lucha! —Gritó alborozado Seis Dedos.

La respiración del viejo era entrecortada a causa de la reciente contienda, pero, a despecho de su debilidad y la agitación espasmódica de su pecho, se apresuró a recoger cable para remolcar a la bestia.

Me aparté a un lado y contemplé regocijado cómo recogía el sedal braza a braza. ¡Lo había conseguido! ¡El viejo lo había logrado!, me repetía, sin salir de mi asombro.

Seis Dedos se convertiría en una leyenda viviente y, cuando llegara a la costa arrastrando el monstruo tras su barca, sería yo quien estaría codo con codo a su lado. La gente me diría: "Mirad, es Duder Bosillart, ese elfo oscuro que sólo era un ladronzuelo, pero ahora ha realizado una gran hazaña. ¡Ayudó al viejo pescador a capturar al monstruo del mar Sangriento!"

Me asomé por la borda, ansioso por echar una ojeada a nuestra presa. Después de todo, me correspondía el dos por ciento, según lo acordado con Seis Dedos. Se lo recordaría una vez que estuviéramos cerca de la costa. No cabía duda de que un dos por ciento de tan singular captura me reportaría una verdadera fortuna.

Me hallaba inclinado sobre la regala, escudriñando el mar en busca del enorme pez, cuando de repente las aguas empezaron a hervir y se escuchó una especie de rugido que parecía proceder de debajo de la barca. Dondequiera que mirara, el enfurecido mar espumeaba.

—¿Qué ocurre? —chillé asustado.

El viejo cesó de recoger línea y guardó silencio, estático, con una expresión de alarma pintada en su semblante demudado. Una turbulencia inmensa se formó debajo de nosotros, y en aquel instante tuve la certeza de que no había sido el viejo quien había capturado al monstruo sino todo lo contrario.

—¡Corte el sedal! —aullé aterrorizado—. ¡Suéltelo!

El viejo vaciló, indeciso. Era evidente que en su interior se había entablado un conflicto entre el deseo de venganza y el instinto de supervivencia.

El mar rugía embravecido, la pequeña embarcación se zarandeaba como un borracho, y chocaba contra las olas. Seis Dedos no había tomado aún una decisión.

Quizás estuviera recordando a su padre, a su hermano, a sus hijos, o a su pobre e infeliz esposa. Yo no alcanzaba a imaginar qué era lo que lo mantenía paralizado, pero sí sabía que, si se retrasaba unos segundos más, acabaría por reunirse con su familia en el tenebroso reino de la muerte.

La intensidad del bramido que se escuchaba bajo las aguas aumentó, y en la superficie se alzó una nube de vapor que nos envolvió como un sudario.

El rugido de la bestia y la agobiante blancura sacaron, por fin, al viejo de su estupor. Echó mano al cuchillo para cortar el sedal, pero le temblaban tanto los dedos que se le escapó y cayó en el fondo de la barca, perdiéndose de vista.

En ese mismo instante, el mar hizo erupción frente a la popa y levantó una inmensa y espumeante columna de agua.

Algo atroz emergió de las profundidades, pero no fue mucho lo que llegué a percibir a través de los miles de litros de agua, rojiza como sangre, que se

precipitaban de aquella descomunal mole que era el cuerpo del monstruo.

Unas alas gigantescas se agitaron con tal fuerza que me quedé sin aliento cuando me golpeó la terrible tromba de aire.

No se distinguía nada del lóbrego y oscuro rostro de la bestia, salvo el brillo metálico del anzuelo clavado entre los dientes colosales.

Nuestra única oportunidad de escapar era que se soltara el sedal, pero sin el cuchillo no podíamos cortarlo, y el viejo lo sabía. En un desesperado gesto final, propinó un brutal tirón del cabo para arrancar el anzuelo de las fauces del monstruo.

La bestia lanzó un alarido tan furioso que me arrastré al fondo de la barca y me cubrí la cabeza con los brazos. Oí el estrépito de algo que caía junto a mí, pero estaba demasiado asustado para abrir los ojos y mirar qué era.

Me alegré de no haber levantado la vista, pues, sobrepasando los atronadores rugidos de bestia y mar, escuché algo que no deseaba contemplar.

El viejo, que al parecer había perdido por completo la razón, hablaba con el monstruo como si lo conociera. Y se reía. Se reía con amargura.

—Sólo a un loco se le ocurriría ir en tu busca antes de que llegara su hora. ¡Y ese loco he sido yo! —dijo, con voz enronquecida.

Después, más sosegado, como si respondiera a una pregunta que sólo él hubiera escuchado, añadió:

—Sí, tendría que haberlo comprendido. No fui yo quien te encontré, sino tú a mí. —Tras un breve silencio, lo oí lanzar una súbita y ahogada exclamación—: ¡La luz!

Aún era de noche y no comprendí a qué se refería, pero tampoco me importaba lo más mínimo. Mi única preocupación era por mí mismo y, en aquel momento, estaba convencido de que iba a morir.

Como respondiendo a mis temores, en lo más recóndito de mi conciencia retumbó una voz cavernosa y rechinante. Una voz que poseía el peso de innumerables siglos.

—No es tu hora.

Acto seguido, se elevó un estruendo ensordecedor, y una ola gigantesca atrapó el pequeño bote entre sus garras espumeantes.

Me aferré a las tablas de la cubierta, esperando que la ola rompiera sobre mí en cualquier momento y me arrojara a las aguas, pero la barca se mantuvo sobre la cresta y salió lanzada a través de kilómetros y kilómetros, hasta que la ola perdió fuerza y se deshizo.

Tras unos postreros zarandeos, la pequeña embarcación se quedó inmóvil. Sólo entonces reuní el valor suficiente para abrir los ojos.

No había rastro del viejo. Había desaparecido.

Confuso y asustado, oteé los alrededores con la esperanza de descubrir alguna señal de Fiske Seis Dedos, pero sin resultado. En medio de la oscura noche, supe lo que significaba sentirse total y profundamente solo.

Las palabras oídas al monstruo resonaron de nuevo en mi cerebro.

—No es mi hora —mascullé entre dientes.

Estaba sentado en el fondo de la barca y, al moverme inquieto, mi mano chocó contra algo afilado y puntiagudo. Di un respingo. Tenía un corte profundo en el pulgar.

Me llevé el dedo a la boca para chuparme la sangre y aliviar el dolor mientras bajaba la vista para buscar lo que me había cortado. El corazón me dio un vuelco. A mis pies yacía tirado un diente gigantesco.

Preso del pánico, cogí uno de los remos y lo utilicé para alejarlo de mí cuanto me fue posible. Sólo pensar en las cavernosas fauces de las que había sido arrancado, me daba escalofríos.

Alcé la vista al cielo. Seguía oscuro, pero la posición de las estrellas indicaba que no tardaría en amanecer. ¡Cómo ansiaba un rayo de sol que templara mi alma entumecida! Quería escapar de aquel maldito mar Sangriento. Lejos del recuerdo de esta horrenda noche. La suerte corrido por Seis Dedos me entristecía profundamente, y no podía dejar de pensar en él y en las extrañas palabras que había pronunciado antes de desaparecer bajo las olas.

Sin embargo, ahora debía preocuparme por mi propia seguridad y, en consecuencia, localicé mi posición con ayuda de las estrellas y remé rumbo a la costa, de vuelta a la playa y al pequeño pueblo pesquero donde la aventura había dado comienzo.

Bogaba despacio y, a medida que avanzaba, la sensación de alegre gratitud por haber sobrevivido se hacía más cálida e intensa.

Recobré la calma poco a poco; al sentirme más tranquilo, mi cabeza empezó a trabajar de nuevo.

Toda la escena se desarrolló ante los ojos de mi imaginación con claridad deslumbrante. Yo, Duder Bosillart, había estado frente al monstruo del mar Sangriento, cara a cara, ¡y seguí vivo para contarlo!

Para contarlo... Un momento... ¡Claro!

Todo el mundo, enanos, minotauros, kenders, vendría desde los más apartados rincones de Krynn para escuchar mi relato sobre el osado intento de capturar a la enorme bestia marina. Les contaría que había jalado el cabo con todas mis fuerzas hasta frenarlo y obligarlo a dar la vuelta. Y también que había intentado salvar la vida del viejo advirtiéndole que cortara el sedal. Sobre todo, les describiría la imponente y diabólica criatura, sus alas, el profundo bramido de su voz. Les contaría que me había hablado y que me había perdonado la vida por mi valentía.

Sí, todo eso les diría. ¿Quién iba a ponerlo en duda?

Al fin y al cabo, tenía en mi poder un diente de la bestia, y no existía otro igual en todo Krynn. Era la prueba irrefutable de mi extraordinaria aventura. Una aventura,

por otro lado, que no sólo aseguraría mi futuro, sino que lo haría perfecto.

De pronto, comprendí que no podía arriesgarme a perder el diente. Sin esa evidencia, mi historia valdría menos que una moneda de cobre.

Olvidado ya el terror que antes me había inspirado, me acerqué al rincón donde lo había apartado con el remo, y lo rodeé con mis brazos. Después, sirviéndome del trozo restante de sedal que Seis dedos había utilizado, lo até y me lo colgué del cuello. Era tan largo que me llegaba debajo de la cintura.

Ahora nada me separaría de mi valioso tesoro. ¡Nada!

Excitado ante el maravilloso futuro que me aguardaba, bogueé con más ahínco hacia la costa. Remé aún más rápido al imaginar los regalos que me ofrecerían y la excelencia del banquete con que se celebraría mi regreso triunfal.

Mis compatriotas se arrepentirían de haberme desterrado, de haberme convertido en un elfo oscuro. ¡Sí. Se arrepentirían!

Mi nombre correría de boca en boca, pronunciado por millones de seres. ¡Sería el elfo más famoso que jamás había pisado Krynn!

El cielo empezaba a clarear anunciando la proximidad del alba. Allá, en la línea del horizonte, se distinguía una borrosa mancha oscura que no podía ser otra cosa que la costa.

Remé con mayor entusiasmo si cabe. Mi cabeza bullía con ideas de grandeza...

De improviso, el mar se puso a espumear a mi alrededor, muy agitado. Las olas subían y bajaban encrespadas y zarandeaban el pequeño bote sin que yo pudiese hacer nada para controlarlo. ¡No! ¡¡Por favor, no! ¡Estaba ya tan cerca!

En una de las sacudidas perdí un remo, que se escurrió de entre mis dedos como un pez vivo y fue a zambullirse en el revuelto mar, junto al costado de la barca.

«He de llegar a tierra —me dije—. ¡Necesito ese maldito remo!».

Me asomé por la borda y entonces, justo frente a mí, emergió tempestuoso el monstruo del mar Sangriento.

En mi mente resonó la conocida voz cavernosa y chirriante.

—Ahora sí llegó tu hora.

Alcé la vista hacia su rostro y quedé estupefacto.

¡Era el reflejo de mi propio semblante lo que contemplaba!

La imagen sufrió constantes y rápidos cambios. Primero era joven, luego viejo, más tarde una ruina devastada por el tiempo. Por último, sólo quedó una calavera con las cuencas vacías... Y, sin embargo, todas las veces era yo. ¡Siempre yo!

Quise oponerme, luchar, escapar. ¡Hacer cualquier cosa! Pero la voz retumbó una vez más en mi cerebro y me paralizó.

—Algunos mueren viejos, satisfechos con su sabiduría. Otros mueren jóvenes con la cabeza rebotante de sueños necios. Pero yo no hago distinciones. Me lleva tanto a unos como a otros. A todos.

Me aferré al diente con desesperación. Al fin y a la postre, era lo que me iba a cambiar la vida.

Y lo hizo.

Estaba con más de medio cuerpo inclinado fuera e la borda y, al bambolearse la barca, el peso del diente atado a mi cuello me hizo caer a plomo y me arrastró a las profundidades.

Fue entonces cuando me cegó el destello de la luz resplandeciente.

Ahora lo veo todo... y nada.

A tiro de piedra

Roger E. Moore

La ciudadela del mago se asentaba en la cima del monte más yermo de todo Krynn, sobre el que se cernían, perpetuos y amenazantes, unos negros cúmulos nubosos que descargaban turbonadas de rayos y relámpagos sobre las desoladas laderas. Los escasos indicios de vida que en su tiempo se aferraban a las rocas, habían sido barridos por el persistente y gélido ventarrón.

A lo largo de tres centurias, ningún ser vivo se había atrevido a poner los pies en las cercanías del monte.

Viajeros y curiosos eludían los senderos adyacentes, arredrados por la bullente turbulencia.

Reyes y nobles dirigían sus intereses y codicias hacia otros puntos.

Hechiceros poderosos investigaban secretos menos peligrosos.

No es de extrañar pues que el amo de la fortaleza recibiera una sorpresa cuando se descubrió la presencia de un intruso en el recinto del castillo.

Furioso, aunque no por ello menos intrigado, convocó a los muertos vivientes, sus esbirros, y les ordenó que capturaran al transgresor y lo llevaran a su estudio para interrogarlo.

Sin embargo, apresar al merodeador resultó casi una hazaña, ya que se trataba de un personaje de extraordinaria habilidad para escabullirse y se zafó de sus perseguidores en varias ocasiones. No obstante, llegó el momento en que dos de los zombis irrumpieron en el estudio llevando en volandas y sujetos por ambos brazos al intruso, quien cesó de patalear de inmediato al reparar en la presencia del hechicero y su inquisitiva mirada.

El prisionero, de constitución menuda, no sobrepasaba el metro veinte de estatura. Los ojos vivaces, de color avellana, relucían en un rostro aparentemente infantil. Las orejas, estrechas y puntiagudas, se pegaban contra el cabello castaño claro, que llevaba recogido en un ridículo copete.

Todas esas características hicieron que el mago identificara la raza del intruso sin la menos dificultad: un kender. Una especie secundaria y absolutamente molesta que se extendía por todo Krynn como una plaga.

El hechicero estaba acostumbrado a ver los rostros de sus prisioneros desfigurados por el terror cuando se encontraban ante él, y le desconcertó la animada expresión de franca curiosidad con la que el kender lo observaba mientras esbozaba una sonrisa tan inocente, en apariencia, como la de un niño al que se sorprende con la mano dentro del tarro de las galleras.

—¡Eh! ¡Tú debes de ser unos de esos tipos «nigrománticos», «taumatúrgicos», o

«como-necrotáurgico-quiera» que os llaméis! —Exclamó con voz estridente, a la vez que estiraba el cuello para inspeccionar el estudio como si se encontrara en la sala de estar de un amigo—. ¡Qué estancia tan interesante! Me gusta...

Irritado, el mago asintió con un cabeceo y aprovechó la ocasión para interrumpir a su locuaz cautivo.

—Hacía muchos años que no recibía visitas y, de pronto, apareces tú e irrumpes en mi fortaleza. Sólo por no mostrarme descortés, preguntaré primer cómo te llamas antes de pasar a exigirte una explicación del cómo y el porqué de tu presencia aquí.

El pequeño personaje se debatió un momento entre las garras de sus aprehensores, pero poco podía hacer contra la inflexible presa de los gigantescos zombis y sus casi dos metros y medio de altura. Suspiró resignado y se dispuso a soltar una parrafada que lo sacara del embrollo en que se había metido.

—Mi nombre es Tasslehoff Burrfoot —dijo con tono alegre. Estuvo en un tris de agregar que sus amigos lo llamaban Tas, pero lo pensó mejor y, en lugar de eso preguntó—: ¿Te importaría ordenar a tus guardianes que me soltaran? Me hacen daño en los brazos.

El mago hizo caso omiso de la sugerencia.

—Tasslehoff, ¿eh? Un nombre poco corriente, aunque reconozco el Burrfoot como un patronímico habitual en los de tu raza. Bien, Tasslehoff, dime cómo penetraste en mi fortaleza.

—Oh, pues, la verdad es que no lo sé. Daba un paseo por los alrededores y vi tu ciudadela. Pensé que podría dejarme caer por aquí y entrar a saludarte...

El hechicero emitió un sonido siseante que recordaba el silbido de una víbora a la que se pisa la coa. El kender enmudeció.

—No resulto muy convincente, ¿verdad? —aventuró.

El semblante del mago, ya de por sí pálido, estaba demudado por la cólera.

—¡Rata miserable! ¡No me hagas perder más tiempo y habla claro! —espetó enfurecido.

A los kenders les apasiona gastar bromas irritantes, pero también saben cuándo han llegado demasiado lejos con sus chanzas.

—Bueno, verás... —balbuceó Tasslehoff—. Es que no sé cómo llegué hasta aquí. Quiero decir que..., eh... —Tragó saliva y señaló con la cabeza su mano izquierda, atrapada todavía entre las zarpas del zombi—. Me puse este anillo —explicó— y me teleportó dentro del castillo. Pero... No sé cómo lo hizo. Ocurrió, simplemente.

—¿Te refieres al anillo que llevas? —preguntó.

Tasslehoff soltó otro sonoro suspiro.

—Sí. Lo encontré la semana pasada, y en aquel momento me pareció un objeto muy interesante. Bien, pues, como iba diciendo, me lo puse en el dedo y empezó todo este lío de la teleportación que me ha llevado de un sitio a otro sin parar y sin que

pueda hacer nada para evitarlo.

El kender esbozó una tímida sonrisa, como si lo avergonzara admitir tal cosa. Luego, ante la impasividad del mago, pensó que no le creía.

—Así que, te lo pusiste, y apareciste aquí. Un anillo que teletransporta a quien lo lleva...

El hechicero se quedó absorto, considerando, al parecer, aquella posibilidad. Tasslehoff se encogió de hombros e hizo un nuevo comentario.

—Bueno, también tiene su lado negativo, no vayas a creer...

—Quítatelo —ordenó el mago.

—¿Qué me lo quite? —Repitió con voz débil el kender, a quien se le había borrado de golpe la sonrisa—. Eh... Bueno... Lo intentaré, si estos grandullones amigos tuyos me sueltan.

El hechicero hizo un gesto conminatorio y los muertos vivientes aflojaron la presa de los brazos del kender, que cayó al suelo. Tasslehoff se incorporó, se frotó los doloridos músculos, dio un profundo suspiro, y agarró el anillo con gesto firme. Tiró y tiró hasta que la cara se le congestionó por los esfuerzos, pero sus afanes no dieron el resultado apetecido.

—Lo haré yo —dijo el mago.

De manera automática, el kender escondió la mano tras la espalda. No es que el hechicero lo asustara, pero tampoco estaba ansioso por tenerlo más cerca.

El nigromante pronunció unas palabras y el aire se cargó súbitamente de poder. Una aureola luminosa le rodeó la mano derecha, con la que apuntó al kender.

—Muéstrame el anillo —ordenó con sequedad.

Bien que de mala gana, Tasslehoff sacó la mano de detrás de la espalda, con la ferviente esperanza de que el hechizo no le arrancara el brazo de cuajo. Con tranquila seguridad, el mago hizo ademán de coger el anillo. Al tocarlo, un deslumbrante fogonazo de luz verdosa restalló en la sala, seguido de un estruendo ensordecedor.

Tasslehoff dio un respingo y apartó la mano sorprendido, si bien no había sufrido daño alguno. Cuando los efectos del deslumbramiento remitieron en sus ojos, el kender observó que el mago estaba a gatas en el suelo, intentando incorporarse, al otro extremo de la habitación, donde lo había lanzado la fulgurante descarga como si pesara menos que una pluma.

—¡Guau! —Exclamó admirado el kender, con los ojos abiertos de par en par—. ¿El anillo hizo eso? No tenía ni idea...

El prolongado siseo que escapó de entre los apretados dientes del nigromante hizo que Tasslehoff enmudeciera a instante. Durante casi un minuto, el mago permaneció en silencio; luego, se sacudió la túnica y miró a los zombis.

—Cogedlo —siseó.

Su voz chirriante recordó a Tasslehoff el sonido de la puerta de un mausoleo al

cerrarse.

—Bueno —se dijo Tasslehoff, y su voz levantó ecos en los muros de la celda—. Supongo que he pasado por situaciones más difíciles.

Por desgracia, en aquel momento no recordaba ninguna que hubiera sido peor que la presente. Llevó a pensar que, por algún motivo que escapaba a su comprensión, había despertado la ira de los dioses, y que ellos se divertían ahora a su costa, hasta que le llegara el castigo final.

Se estrujó el cerebro en un intento de recordar algún pecado cometido, aparte, claro está, de lanzar algún que otro juramento, y de coger prestadas cosas que luego olvidaba devolver a sus legítimos dueños. Los demás llamaban a eso robo, pero a él le encrespaba tal definición. Entre tomar algo prestado y robarlo existía una gran diferencia; aunque tenía que admitir que tal distinción le resultaba tan confusa que nunca había logrado precisarla.

Tas giró sobre un costado y se incorporó. Tras abandonar el estudio del mago, los zombis lo habían arrojado en aquella celda donde la única luz la proporcionaba la diminuta llama de una vela. Una multitud de telarañas colgaba del techo en un profuso revoltijo. Tasslehoff empezó a dar golpecitos con la mano en el suelo, y recreó un soniquete monótono con el golpeteo metálico del anillo contra la piedra.

«Debería haber hecho caso a mi madre y haberme dedicado al oficio de escribiente», reflexionó. Pero hacer mapas y recorrer mundo era mucho más interesante que pasar a limpio unos libros de contabilidad.

Cuando era niño, su habitación estaba abarrotada de docenas de mapas, y llegó a memorizar hasta el último nombre reflejado en ellos, así le resultaba más fácil seguir los relatos de sus imaginados viajes, con los que tanto había distraído y divertido a sus amigos.

A menudo, Tasslehoff intentaba hacer sus propios mapas, pero carecía de la paciencia y la minuciosidad requeridas para llevar a cabo la tarea de un modo correcto; estas deficiencias las encubría describiéndose a sí mismo como un explorador experimentado que no precisaba tantos detalles, y que dejaba para los que viniesen detrás menudencias tales como encontrar en qué dirección estaba el norte. Lo que contaba era ser el primero en llegar a un lugar, y no el que dibujaba la ruta después.

Llevaba ya muchos años recorriendo el mundo, y tenía grabadas en la memoria infinidad de marcas e indicaciones, tanto las importantes como las que pasaban inadvertidas para otros.

Sobre la cima de una montaña desolada había contemplado la lucha a muerte entre una quimera dorada y una mantícora de colmillos sanguinarios. Los qualinestis, el pueblo elfo de las praderas altas, lo invitaron a presenciar la coronación de uno de

sus príncipes de los reinos boscosos y le proporcionaron una vestimenta de seda y plata de raros diseños. Había conversado con nómadas de una docena de razas, muchos de ellos amistosos, y otros pocos no tan amables.

De tanto en tanto, Tasslehoff había coincidido con algún antiguo compañero de aventuras ocurridas años atrás, y habían viajado en compañía. Tenía esbozados toscos mapas de sus recorridos a fin de enseñárselos posteriormente a sus amigos; los había hecho sólo con vistas a sus correrías y para que causaran el efecto apetecido, es decir, la sonrisa de sus oyentes. Le encantaba relatar los sucesos acaecidos siguiendo la trama sobre un mapa.

No era aquélla, sin embargo, su única afición. En ocasiones, ocurría que cualquier cosilla que tenía al alcance de la mano llamaba su atención, y, si no había nadie observándolo, la cogía prestada para examinarla. A menudo, cuando el kender daba por finalizada la investigación del objeto, el propietario ya se había marchado. Entonces, con un suspiro, el kender lo dejaba caer en uno de sus innumerables saquillos y seguía su camino mientras pensaba lo descuidada que era la gente con sus posesiones. Su intención no era robar. Simplemente, las cosas ocurrían así siempre.

Tasslehoff había encontrado el anillo una semana tras. A la mortecina luz de la vela, el kender se rascó la nariz mientras rememoraba lo ocurrido.

Por entonces, se encontraba pasando unos días en una pequeña comunidad agrícola llamada Esker. Aquella mañana se había levantado temprano con el propósito de conseguir unos pastelillos recién horneados en la cercana panadería. Mientras aguardaba a que abrieran el establecimiento, escuchó a dos individuos que discutían en un callejón adyacente.

La disputa acabó por desembocar en un violento altercado y, un momento después, oyó un alarido espeluznante que le hizo dar un brinco.

Tres vigilantes que pasaban por allí echaron a correr hacia el callejón, al tiempo que un hombre de rostro descarnado se alejaba poniendo pies en polvorosa.

El asesino estaba demasiado nervioso y, en su precipitación, tropezó con una piedra. Al intentar sujetarse para evitar la caída, extendió la mano que un instante antes llevaba cerrada con fuerza. Un pequeño objeto reluciente saltó de su palma y fue a caer rebotando cerca de Tasslehoff, que se había escondido tras una caja, en la puerta de la panadería.

En un abrir y cerrar de ojos, el kender escamoteó el objeto. El homicida titubeó unos segundos mientras se maldecía por haber dejado caer el anillo, pero salió disparado al ver que los vigilantes se aproximaban con gran rapidez.

En cuestión de segundos, tanto perseguido como perseguidores se habían perdido de vista al doblar una esquina. Tasslehoff se guardó la sortija con indolente desenvoltura, y se alejó de allí a fin de examinarla con tranquilidad.

Cuando por fin lo hizo, se quedó impresionado. La joya era de oro macizo, con

diminutas esmeraldas incrustadas, y rematada por otra enorme esmeralda tallada, tan impresionante que con sólo mirarla al kender le dabas vuelta la cabeza. No cabía duda de que valía una fortuna y con ella podría adquirirse incluso una pequeña mansión, o casi cualquier cosa que Tasslehoff pudiera imaginar.

Por pura curiosidad, comparó el tamaño de su dedo corazón de la mano izquierda con el diámetro del anillo, y luego se lo puso para admirarlo.

Fue entonces cuando descubrió que no había forma de sacárselo. Tiró con fuerza de él, lo retorció sobre su dedo, le dio agua y jabón, pero todo sin resultado alguno.

Unos cuantos minutos después de que hiciera el último intento de quitárselo, el anillo centelleó, cegó al kender con una luz verde aterciopelada, y lo transportó hasta un océano que, supuestamente, se encontraba a cientos de kilómetros de distancia.

La transición ocurrió de manera tan brusca que faltó poco para que Tasslehoff se ahogara, antes de reaccionar lo suficiente para bracear y mantenerse a flote.

Se debatió contra las aguas un buen rato, pero, poco a poco, las fuerzas lo abandonaron conforme transcurría el tiempo. Después una ola inmensa lo azotó, le hizo tragar un buen buche de agua salada, y casi lo asfixió. De repente, el anillo centelleó de nuevo y lo transportó lejos, a un terreno boscoso, cuajado de espinos punzantes.

El proceso se repitió durante días. Cada pocas horas, la sortija lo trasladaba hasta un nuevo lugar que le era desconocido y, al menos atisbo de peligro o amenaza, la joya lo sacaba de la situación con brusquedad transportándolo a cualquier otra parte. El kender llegó a la conclusión de que el anillo estaba hechizado y no había modo de controlarlo, pero más valía que discurriera algo para detener aquellos locos desplazamientos antes de que se encontrara dentro de un volcán en erupción o cualquier cosa por el estilo. Desde luego, lo que no podía negarse era que estaba adquiriendo una gran soltura para nadar a costa de tanta práctica.

No tardó mucho en advertir que la distancia entre salto y salto iba decreciendo; hubo ocasiones en las que sólo lo transportó un par de kilómetros, pero en tales casos los desplazamientos se volvían más frecuentes.

Tomó nota mental de las marcas y accidentes del terreno y comprobó que se desplazaba en línea recta, cosa que le levantó el ánimo. El anillo lo conducía a un lugar específico, no cabía duda. ¡Una aventura a la vista!

Su euforia se vino debajo de manera estrepitosa al aparecer en el horizonte un gigantesco frente tormentoso. Bajo la turbonada, e iluminado por los rayos zigzagueantes, se distinguía un pico vasto y árido, coronado por una ciudadela de piedra negra. A juzgar por las apariencias, aquél era el punto de destino del anillo.

Tasslehoff pronunció un juramento que había oído utilizar en cierta ocasión a un bárbaro enfurecido. Le gustaban las aventuras, sí. ¡Pero todo tenía un límite!

Como si el exabrupto lo hubiera espoleado, el anillo trasladó al kender a menos

de dos kilómetros del monte.

Los kenders no conocen el miedo, pero sí distinguen algo maligno cuando lo ven, y, a su entender, un buen ejemplo de maldad eran la tormenta, el pico y la ciudadela. Tasslehoff gateó entre las rocas y cascotes en un intento desesperado de alejarse de aquel pernicioso lugar, pero el anillo volvió a centellear, y el kender reapareció a tan sólo quince metros de las funestas murallas de la fortaleza.

—¡No! ¡No! ¡Detente! —Vociferó frenético, a la vez que intentaba amedrentar al anillo amenazándolo con una piedra del tamaño de su puño—. ¡Volvamos al océano! ¡No quiero entrar en...! ¡Guau!

Un destello verdoso iluminó la celda e interrumpió con brusquedad los recuerdos del kender. Una araña que lo observaba desde el oscuro techo de la mazmorra se encogió sobresaltada. Ahora, ella era la única ocupante del calabozo.

Al principio, Tasslehoff creyó que había sido transportado a una cueva. Como en ocasiones anteriores, el destello lo había cegado, pero, al remitir los efectos del deslumbramiento, todavía seguía inmerso en una oscuridad absoluta. Tanteó a su alrededor y descubrió que se encontraba en un túnel estrecho y cuadrado, de apenas unos noventa centímetros de altura. Gateó despacio, eligiendo al azar la dirección mientras examinaba con cuidado el suelo en busca de trampas o fosos, pero no encontró ni lo uno ni lo otro. Al cabo de un rato, vislumbró una luz débil un poco más adelante, y se encaminó hacia ella con presteza.

El origen de la claridad era un pequeña hueco cerrado con barras, semejante a una ventara, que se abría en el muro de la izquierda. Al otro lado de la abertura se extendía una vasta cámara de unos treinta metros de lado y una altura que alcanzaba como mínimo la mitad de su longitud. La ventana se encontraba a dos tercios del suelo y, por lógica, Tasslehoff dedujo que se hallaba metido en una especie de conducto de ventilación. Ya había sentido una ligera corriente de aire mientras gateaba por el túnel, pero no lo había dado importancia.

Dentro de la sala ardía la luz trémula de docenas de braseros repartidos por el suelo en una amplia circunferencia. Al observarlos con más detenimiento, Tasslehoff cayó en la cuenta de que se trataba de un círculo mágico, como los que utilizan los hechiceros para convocar a los espíritus procedentes del más allá. Unos trazos borrosos de tiza coloreada se perdían en la creciente oscuridad que rodeaba las titilantes llamas de los braseros.

Con un sobresalto, el kender reparó en que la cámara no estaba vacía; por el lado opuesto se acercaba al círculo de braseros una silenciosa figura vestida con túnica negra. No tardó mucho en comprender que se trataba del mago, y durante un breve

instante, consideró la posibilidad de esconderse. Sin embargo, pudo más su curiosidad y se pegó a los barrotes a fin de no perderse detalle.

El mago se detuvo a unos tres metros del círculo, dentro de otra pequeña circunferencia dibujada asimismo con tiza. Durante un tiempo, pareció estar absorto en las llamas que tenía ante sí. La luz rojiza se reflejaba en su rostro tenso, pálido como un cadáver; sus ojos oscuros absorbían la luz sin reflejar destello alguno.

Luego, muy despacio, el mago levantó los brazos y habló al círculo de fuego en un lenguaje desconocido para el kender. Al principio, las llamas chisporrotearon y se agitaron, pero, conforme el mago seguía articulando las extrañas palabras, se amortiguaron hasta casi extinguirse. El aire se tornó gélido. Tiritando, Tasslehoff se frotó los brazos para entrar en calor.

De repente, atrajo su atención el centro del círculo mágico, donde unas líneas rojizas empezaban a extenderse en zigzag y se entrecruzaban, sin sobrepasar la circunferencia de los braseros. Daba la impresión de que el suelo se estuviera desgajando al ser presionado por una erupción de lava. Una bruma opaca envolvió la cámara, y las llamas de los braseros ardieron con más fuerza. Una extraña vibración, semejante al avance de una ola gigantesca, resonó en la sala y creció en intensidad hasta convertirse en un rugido atronador que hizo temblar en sus cimientos a la misma roca. Tasslehoff se aferró a los barrotes mientras se preguntaba si el hechicero había provocado un terremoto con sus poderes.

Allá abajo, el mago pronunció tres palabras con lentitud. Tras cada una de ellas, se produjo un estallido de luz y fuego en el centro del círculo mágico, y cada uno de esos destellos se clavó como dardos ardientes en los ojos del kender, que aún así, fue incapaz de apartar la vista.

En el círculo, un magma anaranjado resplandeció y emitió una radiación ardiente que consumió las llamas de los braseros. La onda de calor enrojeció el rostro del kender, al igual que la parte de los brazos que no estaba protegida por el chaleco de piel. Al mago, por el contrario, no pareció afectarlo lo más mínimo.

El oscuro personaje pronunció una última palabra: un nombre. Tasslehoff creyó que el corazón se le paraba cuando reconoció aquel nombre.

El atronador retumbar se desvaneció de súbito, y un silencio espectral saturó el ambiente durante un espacio de tiempo en el que su alborotado corazón palpitó seis veces.

Luego, con un silbido ensordecedor, la lava del círculo desapareció por completo y dio paso a una profunda oscuridad rasgada por hirientes rayos de luz violeta. El efecto visual recordaba un vacío tenebroso en el cielo nocturno.

Tasslehoff se esforzó por distinguir cualquier cosa en aquel pozo de tinieblas, pero, en ese mismo momento, algo titánico emergió del abismo tenebroso y se materializó en la sala.

El kender había oído rumores acerca de eso que ahora tenía frente a él, pero jamás les había dado crédito... hasta aquel momento.

La aparición se elevó sobre el mago hasta triplicar su estatura. Dos grandes tentáculos salían de los hombros allí donde deberían haber estado unos brazos. Dos cabezas recubiertas de pelambre negra reposaban en el lugar donde sólo debería haber habido una. Brillantes escamas protegían la piel y, a la luz de los braseros, Tasslehoff observó que los pies eran como garras de un ave de presa. El cuerpo rezumaba l gamo y aceite que goteaban humeantes sobre las losas del suelo.

Las cabezas se inclinaron y clavaron la mirada en el mago. Las bocas cavernosas, inhumanas, hablaron con voces rechinantes que sonaban ligeramente descompasadas.

—De nuevo me sacas del Abismo, me degradas con tu presencia, e invocas mi divina persona para satisfacer tus mezquinos deseos. Estás provocando mi eterna cólera.  Oh, cómo ansío vengarme de este mundo por haber engendrado un ser como t , que osa tratar al Príncipe de los Demonios como si fuera su esclavo! Anhele tu alma con la misma intensidad que un sediento desea un sorbo de agua.

—No te he invocado para escuchar tus cuitas —replicó el mago con voz quebrada y cortante—. Estás atado a mí. Atado por mi círculo y tendrás que acudir siempre que requiera tu presencia.

— !Aaaaag!!  !Maldito!! Hablarme así,  a m ! Diez mil veces serás condenado si estas cadenas que me atan a ti se rompen.  Diez mil veces te destrozare entre mis espirales hasta que negra alma se pudra!

Durante varios minutos el demonio bramó encolerizado. El mago permaneció ante él, impávido, silencioso.

Llegó el momento en que los alaridos frenéticos del leviatán cesaron, y su respiración se redujo a un lento y amenazante temblor.

—Habla —sisearon las veces con timbre venenoso.

—Ha llegado a mi ciudadela un aventurero que porta un anillo adornado con una gema verde —comenzó el hechicero—. La joya se aferra a su dedo y desafía toda tentativa, incluso mágica, encaminada a sacarla. Ha transportado a ese trotamundos hasta mi fortaleza, aunque no lo deseaba. Quiero saber qué anillo es ése, los poderes que posee, y cómo puedo apoderarme de él.

Los cuellos del demonio culebrearon.

— Me has llamado con el único propósito de que identifique un anillo?

—Así es —respondió con calma el mago.

Las cabezas gemelas se inclinaron para acercarse al hechicero.

—Describe la gema.

—Se trata de una esmeralda grande, del tamaño de mi pulgar. Est  tallada en tabla, facetada en seis gradas, y es totalmente diáfana, sin imperfección alguna. En la cara superior aparece grabado un símbolo hexagonal, dentro del cual hay otro más

pequeño, y un tercero dentro de ese último.

Un silencio denso y opresivo se adueñó de la sala. Tras una pausa, el leviatán se irguió y cada una de las cabezas giró en distintas direcciones. Una de ellas se volvió hacia el respiradero, y el kender reculó y se aplastó contra las sombras de la pared. La testa se detuvo de manera súbita al reparar en el hueco enrejado del conducto del aire. Los ojos despidieron unos destellos rojizos que traspasaron el cuerpo de Tas como lanzas ardientes.

El kender jamás había experimentado el miedo, a pesar de haber presenciado hechos que habrían estremecido de terror a los más avezados guerreros, pero, cuando la mirada del diabólico ser se posó en él, le recorrió por la espalda un prolongado escalofrío que lo dejó sin aliento, y su alma se conmovió con una singular sensación.

Un cruel remedo de sonrisa se dibujó en la faz del demonio, y la cabeza giró con lentitud hacia el hechicero.

—Mago, nada que esté relacionado con ese anillo te incumbe. Dirige tus intereses hacia otros asuntos. Indagas en los extensos confines de lo incógnito e incluso manipulas el destino de otros mundos; mas ni el anillo ni su portador serán de tu incumbencia una vez que se haya puesto hoy el sol.

Sobrevino un tenso y dilatado silencio durante el cual ninguno de los dos oponentes efectuó el menor movimiento. Por fin, fue el hechicero quien rompió el mutismo.

—No es ésa la respuesta que te he pedido.

Pasó un cierto tiempo antes de que se produjese reacción alguna por parte del demonio. Luego, sus cabezas prorrumpieron en una prolongada carcajada.

—He hablado —concluyó con tono cortante, cuando se extinguieron las carcajadas.

Acto seguido, se desvaneció como una sombra más en las tenebrosas tinieblas violáceas.

Mucho después de que hubo desaparecido el leviatán, el mago continuaba de pie frente al círculo con la cabeza inclinada en actitud meditabunda.

Tasslehoff ya había perdido la paciencia y había decidido que tenía que hacer cualquier cosa para romper la tensión o de otro modo iba a reventar, cuando el nigromante giró sobre sus talones y se encaminó hacia el muro del fondo, en el que se abrió una puerta disimulada que se cerró de inmediato a sus espaldas.

El kender, bañado en sudor, se reclinó contra la pared. Si el mago lo capturaba ahora, no tenía salvación. Bajó la vista hacia la esmeralda del anillo mientras ese preguntaba cuánto tiempo sería capaz de eludir al hechicero antes de caer en sus garras.

Veinte minutos más tarde, Tas llegó hasta otro agujero enrejado; éste se abría a

una biblioteca iluminada por las velas de unos candelabros dispuestos sobre una mesa. Conteniendo la respiración, y a fuerza forcejear, el kender consiguió escurrirse entre los barrotes y se dejó caer sobre uno de los anaqueles de la librería por el que descendió hasta alcanzar el suelo.

Echó una ojeada curiosa a su alrededor mientras se sacudía el polvo de las manos. Las sombras danzaban de forma grotesca en los muros de piedra y en las altas hileras de estantes repletos de volúmenes patinados, todos ellos encuadernados en pieles exóticas sobre las que aparecían repujados unos símbolos extraños. Al fijarse con más detenimiento en los tomos, la curiosidad, una vez más, se impuso al sentido común.

Con cierta cautela, extrajo un grueso volumen de entre los varios apilados sobre la mesa. Un rápido vistazo a la cubierta le confirmó que la escritura era ilegible, y, con toda seguridad, de naturaleza mágica. Abrió el libro. A la luz temblorosa de las velas, las añejas páginas crujieron, como si se quejaran de la intromisión.

Tasslehoff dio un respingo y cerró de golpe el libro. Receloso, alargó la mano hacia otro tomo, con la esperanza de que no estuviera tan profusa y asquerosamente ilustrado como el anterior. Comprobó con gran alivio que éste estaba escrito en Común, y carecía de cualquier tipo de dibujo o grabado.

—«Compendio de Protecciones Místicas y Símbolos Mágicos para la Invocación de Criaturas de los Reinos Oscuros» —leyó en voz alta. Era evidente que el libro había sido utilizado hasta la saciedad, y ello le dio una idea. Pasó las páginas con rapidez buscando el nombre del ser que se había materializado en la Cámara de los Conjuros. Al final del volumen había un listado de las criaturas a las que se podía invocar, y entre ellas se encontraba el leviatán.

Leyó para sí el capítulo correspondiente, asimilando cada palabra. Las manos se le fueron empapando de sudor frío a medida que su vista recorría los párrafos y su cerebro registraba las implicaciones. Cuando terminó, cerró el volumen y lo colocó de nuevo con cuidado entre el montón de libros, de manera que pasara inadvertida su fisgona intromisión.

—Bien, bien —comentó en voz alta mientras enjugaba las sudorosas manos en los pantalones. Aunque había recuperado parte de su habitual seguridad, estaba todavía bastante tenso—. La invocación es más peligrosa de lo que imaginaba. Si el hechicero se equivoca... ¡puf!, allá va, atrapado en el Abismo para siempre. Los demonios no perdonan...

Sus ojos lanzaron un fugaz destello al considerar algunas variantes sobre tal posibilidad.

Tachó en su mente de manera definitiva la profesión de mago de la lista que había hecho con las que hasta entonces consideraba más excitantes y sugestivas. Mejor sería dejar tales menesteres para tipos como... Un ruido cortó sus reflexiones.

Desde su favorable posición tras los libros apilados, Tas escuchó abrirse una

puerta y se echó al suelo con rapidez. Gateó hasta esconderse debajo de la mesa.

El suelo crujió seguido del roce susurrante de los gruesos pliegues de una túnica. Después, sobrevino un denso silencio que se prolongó lo que al kender le parecieron siglos.

—Tasslehoff —llamó una voz insidiosa, pero él no respondió—. Tú, infeliz y miserable tarambana, ¿no tienes escapatoria! —La puerta gimió y se cerró de golpe—. Estabas presente en la Cámara de los Conjuros cuando hablé con el Príncipe de los Demonios. Sabía que te encontrabas allí. Vamos, sal de una vez. Es inútil que te escondas, Tasslehoff.

Se oyó una vez más el roce de las vestiduras, susurrante y lento, detrás de uno de los anaqueles. E kender se apretó contra una de las patas de la mesa; un brillo de excitación le iluminaba las pupilas.

—Estás al otro lado del anaquel, debajo de mi mesa. ¡Sal de una vez! —El tono de voz se había endurecido.

Una sombra larga emergió de la parte posterior de la estantería y se proyectó en la pared opuesta.

—¡Tasslehoff! —El mago levantó una mano y le apuntó con el índice.

Estalló un fogonazo de luz verde que arrojó al kender contra el suelo, a la par que la habitación se desvanecía en un abrir y cerrar de ojos, y otra estancia se materializaba acto seguido. Era la Cámara de los Conjuros. Tasslehoff corrió hacia un rincón en un intento desesperado de escalar el muro, pero resbaló y cayó patas arriba. Entonces se dirigió hacia una puerta con la esperanza de que fuera la salida. A mitad de camino, el kender se frenó en seco y adoptó una postura agazapada, listo para huir de un salto en cualquier dirección.

—Me complace que te hayas reunido aquí conmigo —dijo el mago, desde el umbral de la puerta.

—He de confesar que no alcanzo a comprender el motivo por el que ese anillo te transporta de un sitio a otro. Estás a su merced, y, sin embargo, te protege y te pone fuera de mi alcance. Ha salvaguardado tu vida día tras día para traerte, por último, a mi fortaleza. No sé con qué propósito lo habrá hecho, pero sí sé que, sea el que sea, no me gusta.

Tasslehoff observó a su oponente con la fija atención de un halcón.

—A mí tampoco me hace ninguna gracia, te lo aseguro. Preferiría encontrarme en cualquier taberna de mi ciudad.

—No lo pongo en duda —replicó el hechicero mientras caminaba alrededor del kender con lentitud. Luego, frotándose la mejilla con un sarmentoso dedo, añadió—. No obstante, las circunstancias lo han dispuesto de otra manera. Quiero acabar con esta situación ahora mismo, antes de que el sol se ponga. Eres el primer ser vivo que

irrumpe en mi ciudadela, y ello te hace merecedor de un trato muy, muy especial...

—¿Qué te parece si nos hacemos amigos y me permites volver a casa? —propuso Tas, aunque sin mucha esperanza.

El mago esbozó una sonrisa y la piel apergaminada de su enteco rostro se tensó.

—No —fue la seca respuesta.

El kender no esperó más y salió disparado hacia la puerta entreabierta, pero el hechicero efectuó un gesto veloz y Tas se dio de bruces contra la hoja de madera que se había cerrado de golpe. Comprobó, no sin cierta sorpresa, que no se le había roto la nariz, si bien los ojos le lloraban por el encontronazo.

Un resplandor a su espalda le hizo darse la vuelta. Los braseros del círculo mágico ardían y, frente a ellos, la figura oscura del mago, con los brazos en alto, entonaba en voz baja un canto incomprensible.

Como último recurso, el kender registró sus saquillos buscando cualquier cosa que le sirviera para salir de una situación tan peligrosa. Encontró un par de metros de curda, una moneda de plata perforada, un pastelillo, un botón de cristal, un yesquero que no era el suyo y que no recordaba cómo había ido a parar a su bolsa, una pluma azul de arrendajo y un canto de río, de unos cinco centímetros de diámetro.

Muchas cosas, pero nada que le proporcionara el milagro que necesitaba...

En ese mismo momento, retumbó el ya conocido rugido. Las vibraciones hicieron que los dientes del kender castañetearan. A continuación se sucedieron las oleadas de frío y calor, que lo alcanzaron de lleno.

Frenético, Tas pateó y aporreó la puerta hasta magullarse los puños y los pies, pero al oír al mago invocar el nombre del demonio, abandonó la lucha, dio la espalda a la puerta y se enfrentó al círculo para presenciar el espectáculo sin perderse detalle. Ya que no tenía escapatoria, al menos haría frente a la situación con el espíritu de un buen aventurero.

Si hubiese sido un simple escribiente, habría disfrutado de una vida más larga, pero tan aburrida que, en cierto modo, prefería que las cosas sucedieran así. Ese pensamiento le dio ánimos para afrontar la silueta escamosa del leviatán, que en ese momento emergía del tenebroso pozo de tinieblas y relámpagos violetas.

Los ojos del demonio lanzaron un destello al volver una de las cabezas hacia Tasslehoff y otra hacia el hechicero.

—¿Dos veces en un mismo día, mago? —Preguntaron sus voces siseantes—. Y, además, vienes acompañado. ¿Acaso me he convertido en una atracción de feria?

—¡Calla y escucha! —Gritó el nigromante—. Es una ofrenda que te hago. ¡Ahí tienes un alma que podrás devorar a tu placer! ¡Te conmino, bajo pena de eterno tormento y humillación, a que regreses al Abismo llevándote contigo a ese kender y lo retengas allí hasta el fin de los tiempos! ¡Obedece!

A Tas le quedó la mente en blanco. Su mano, metida en uno de los saquillos, se

cerró sobre el canto rodado que había recogido mucho tiempo atrás por llamarle la atención su tersura. Con un movimiento reflejo y fulminante, sacó la mano y lanzó la piedra.

El hechicero se quedó sin aliento al recibir el impacto en la nuca. Perdido el equilibrio, se tambaleó y, llevándose las manos crispadas a la cabeza, dio un paso vacilante. Uno de sus pies se arrastró sobre los desvaídos dibujos de tiza que lo rodeaban y lo traspasó.

Acto seguido, las runas y símbolos que relucían en el suelo se apagaron como la llama de una vela al consumirse el pábilo.

Silencioso, ávido, uno de los viscosos tentáculos del demonio se extendió y atrapó en el aire al nigromante, que lanzó un espeluznante chillido.

Entonces, las voces del leviatán hablaron, temblorosas y conmovidas por una singular emoción:

—Hace miles de años, se me ocurrió que debería contar con alguna defensa contra quienes planearan abusar de mi rango como Príncipe de los Demonios, contra quienes quisieran utilizarme como un escabel en el que apoyar su arrogancia. Tenía que disponer de algo que, llegado el día, volviera las tornas a mi favor, si tal situación se presentaba.

El tentáculo alzó en el aire al hechicero y lo hizo girar con lentitud, como haría un hombre que tiene cogido un ratón por la cola.

—Fueron muchas las defensas que ideé con ese propósito —continuó el demonio—. Pero la que más me enorgullece es esa joya que llevas en el dedo, kender. —Tasslehoff miró de reojo la sortija. La esmeralda emitía un tenue fulgor—. El anillo se activo sólo en el caso de que precise sus servicios. Defiende al portador del peligro y la muerte, aunque admito que sus métodos resultan a veces un tanto incómodos. Lo transporta a pasos agigantados hacia mi ubicación y rechaza todo intento de extraerlo del dedo hasta que el portador lleve a cabo un acto que sea beneficioso para la consecución de mi más ferviente deseo. Tú has sido el instrumento del que me ha servido; un instrumento involuntario, pero absolutamente eficaz.

Tas tenía la mirada prendida en leviatán. La boca se le había quedado seca al comprender todo el alcance de su acción.

—Quítate el anillo —ordenó el demonio con sus voces roncas—. Serás transportado de vuelta a tu hogar. Ya no te necesito.

Aunque receloso, el kender sacó la sortija, que, al quedar libre, emitió un cegador y fiero destello verde. Acto seguido cayó al suelo y, en el mismo instante, Tas desapareció.

Las diabólicas cabezas se sacudieron, agitadas por unas carcajadas estentóreas. El mago gritó, gritó, gritó...

El kender acabó su bebida y apartó la farra. Al otro lado de la mesa de la taberna, dos viejos amigos, un hombre y una mujer, parpadearon al interrumpirse la narración.

Kitiara movió la cabeza con gesto dubitativo.

—Es la historia más inverosímil de cuantas nos has contado, Tas. —Una sonrisa burlona se dibujó poco a poco en sus labios—. Estás en plena forma, amigo. Tu imaginación no ha menguado un ápice.

El kender dio un respingo y su rostro evidenció una gran decepción.

—Sabía que no me creeríais —dijo.

Los ojos de Sturm brillaron divertidos al observar al kender.

—¿Hemos de suponer que todo eso es cierto? —Preguntó el caballero—. ¿Quieres decir que conociste al Príncipe de los Demonios, que fuiste responsable de la destrucción de un nigromante, que encontraste y perdiste un anillo mágico, y que has recorrido medio mundo?

Tas asintió con un cabeceo a la vez que una mueca divertida retozaba en su semblante aniñado. Durante unos segundos, sus dos amigos guardaron silencio, intercambiaron una mirada, y después se volvieron hacia él.

—¡Por todos los dioses, Tas! —Resopló Kitiara mientras retiraba la silla y se incorporaba—. Conseguirías que un goblin creyera que los guijarros son piedras preciosas. Me voy a la cama, y soñaré con tu fantástica historieta. Es un buen cuento para dormir.

Sturm carraspeó, algo apurado. El relato era, sin duda, fantasioso, en efecto. Pero no era preciso restregárselo por las narices. Se volvió hacia Tas y esbozó una sonrisa, dispuesto a ofrecerle una disculpa que no llegó a articular.

Kitiara se dirigía hacia la puerta de la posada y el kender la observaba con una singular expresión pensativa.

Su mano izquierda reposaba sobre el tablero de la mesa, cerca de la vela medio consumida. A pesar de la mortecina luz, en su dedo corazón se distinguía sin dificultad una marca pálida y más ancha de la que dejaría cualquier anillo normal. En los bordes de la marca, la piel estaba escoriada y amoratada, como si hubiera intentado sacarse a la fuerza una sortija que hubiera llevado puesta.

Tas, ajeno al minucioso escrutinio del caballero, se volvió hacia Sturm y se encogió de hombros.

—Bueno, es posible que no sea una gran historia, después de todo. Además ya va siendo hora de retirarse. Te veré mañana. —Esbozó una breve sonrisa y retiró la silla.

Sturm se despidió de él con un ademán mientras el kender se dirigía a la puerta.

Tas salió de la posada dejando al caballero a solas con sus pensamientos, y sumido en una gran incertidumbre.

Sueños de tinieblas, sueños de luz

Warren B. Smith

William Sweetwater era un tipo bajito que no llegaba al metro sesenta, pesaba ochenta kilos y tenía un rostro de rasgos porcinos que resaltaba la nariz achatada a modo de un pequeño hocico.

Y, además...

Además estaba inmerso en un mundo de pesadilla.

Había siglos, o al menos ésa era la impresión que tenía, lo rodeó una vaga y peculiar niebla, un vacío gris. Caminando a tientas, dando traspiés, asustado a cada paso, William vahó por la misteriosa bruma.

A través de los grises remolinos de vapor se escuchaban alaridos y, de vez en cuando, resonaban gritos crueles y guturales. También se oían continuos murmullos, susurros tenues que eran furtivos, insinuantes y, a menudo, obscenos.

En otros momentos, la niebla traía los ecos del lamento de las *bansheas*, los espíritus premonitorios de la muerte, seguidos de un rumor espeluznante de bestias salvajes al triturar alguna sustancia ósea.

Llevado por un impulso intuitivo, William hizo un alto a fin de evaluar su situación. Escudriñó los vaporosos remolinos con el propósito de orientarse. Pasó algún tiempo antes de que descubriera que se había detenido justo al borde de una charca. Se quedó petrificado, rígido como un ídolo de piedra, sin atreverse siquiera a pestañear.

La niebla se abrió un poco, y sus ojos enfocaron una masa espumosa de cieno negruzco.

El espeso fluido atravesaba una fase de fermentación. Unas formas oscuras y, al parecer, de reptiles emergieron a la superficie. Las siluetas, grotescas y perversas, saturaron su campo de visión durante un tiempo, pero se desvanecieron para dar paso a otras formas que ocuparon su lugar.

William temió que la mezcla putrefacta acabara por anegar el universo entero. Infinidad de emanaciones pestilentes hicieron erupción, y en sus gigantescas burbujas se reflejaron las imágenes de unos rostros furibundos, contraídos con expresiones de profundo rencor mientras los ojos relucientes proyectaban un odio mortal.

Una sucesión de imágenes y sonidos asaltó los sentidos de William.

Aquí una pierna amputada pateaba incansable un rostro ensangrentado. Allá, un soldado uniformado arrancaba de su cuna a un bebé y a continuación lo estrellaba contra un muro de piedra. Un grupo de vampiros salió del cieno y ejecutó una danza macabra sobre la negra superficie. Retornaron a las lóbregas profundidades del líquido succionador al tiempo que un lagarto de afilados dientes se enroscaba en

torno a una doncella que gritaba sin cesar. Un obscuro altar se manifestó de repente; sobre su losa, rebosante de suciedad, yacían postrados un hombre y una mujer jóvenes, con las piernas y los brazos atados en cruz, mientras que un clérigo con cabeza de perro y cuernos de minotauro alzaba un puñal, dispuesto a despedazar sus corazones.

—¡SALTA...!

—¡Eres parte de esto! ¡Eres uno de nosotros...! —la voz queda parecía femenina, casi un arrullo maternal.

—¡SALTA! ¡SALTA...!

—¡Todos lo hacen! ¡Tú no eres diferente...! —resonó otra voz enronquecida.

—¡SALTA! ¡SALTA! ¡SALTA...!

—¡Únete a nosotros! ¡Revuélcate en el fango...! —entonó un coro de voces cavernosas.

William se tambaleó.

Una parte remota de su ser, algún gen ancestral de reptil, lo urgió a saltar al abismo y rebozarse en el cieno. Siendo parte del appestoso lodo podría dar rienda suelta a cualquier impulso perverso, incluso podría matar y torturar sin ningún remordimiento. Todo cuanto tenía que hacer era aceptar la ciénaga como algo propio. Además, aquellas voces conocían sus más recónditas fobias, sus deseos más pervertidos... Sabían que William Sweetwater soñaba a veces con cosas ilícitas.

Merced a un último vestigio de voluntad al borde ya del vértigo, William luchó contra el turbio y apremiante impulso de saltar a la ciénaga.

Entonces, de improviso, el lodo hirviente cesó de burbujear, la fermentación se detuvo, las imágenes de desvanecieron, las voces enmudecieron... La superficie del putrefacto lécgamo se quedó inmóvil.

En el centro de la ciénaga apareció una joven y encantadora doncella de cabellos rubios; iba acompañada, para desconcierto de William, por un atroz ofidio que tiraba con fuerza de la trailla metálica a la que estaba atado.

El descomunal monstruo se irguió sobre el lodo y la niebla, con movimientos culebreantes. William se encogió sobre sí mismo, aterrorizado, cuando la cabeza del reptil se dividió en cinco testar individuales que se agitaron sobre el repulsivo buche.

—¡Oh, no prestes atención a este maldito exhibicionista presuntuoso! —Exclamó enojada la joven, con una sorprendente voz de barítono. Acto seguido, propinó un brusco tirón a la cadena que arrastró a la horripilante criatura y la dejó en posición de alerta, medio estrangulada y farfullando iracunda.

Aunque, en apariencia, la muchacha era joven y bella, William creyó escuchar un leve crujido artrítico en sus articulaciones, y su sonrisa irradiaba tal frialdad que lo hizo estremecer.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—William Sweetwater.

La muchacha había tomado asiento en una especie de hongo gigantesco y moteado, de aspecto venenoso, sobre el que dispuso un tintero, una pluma de ave y una hoja de pergamino. Vestía una túnica negra bajo la que asomaban zapatillas de terciopelo del mismo color. A su lado, yacía un desgastado bastón de madera.

La joven empezó a garabatear con ímpetu. Entretanto, la horrenda bestia intentaba por todos los medios echar un vistazo sobre su hombro, pero ella parecía encontrar una maliciosa satisfacción en obstaculizarle la vista, para lo que se movía de un lado a otro sin parar.

—¿Raza?

—Humano.

La doncella hizo un mohín de desagrado y escribió un raro símbolo en el pergamino.

—¿Edad?

—Treinta y ocho años.

—¿Dónde naciste?

—En Port Balifor.

La hermosa joven esbozó una sonrisa sarcástica.

—¡Ah! Es una de mis ciudades preferidas. Tu gente ha sido honrada y bondadosa desde el principio de Krynn. Y dime, William, ¿te queda algún familiar vivo?

—No. Mi madre murió al nacer yo.

—¿Y tu padre?

—También ha muerto. Era marinero, y su barco desapareció poco después de haber cumplido yo los dieciocho.

—¡Qué tragedia! —Exclamó la joven sin perder la sonrisa—. Dime, William, ¿has llevado una vida de gracia?

—No te entiendo.

—¿Has adorado, respetado y guardado fidelidad a los verdaderos dioses?

William negó con la cabeza.

—Nunca me ha preocupado mucho la religión ni los dioses —dijo. La doncella frunció el entrecejo.

—¿Eres valiente? —Preguntó.

—No. Soy un cobarde —admitió con tranquila serenidad el hombre—. Siempre he soñado con llevar a cabo un acto heroico, pero sé que me faltan redaños para hacerlo.

—Sigue actuando conforme a tus instintos en lo que se refiere al valor —aconsejó la muchacha con un tono incisivo—. Y ahora, dime, ¿estás ligado a alguien?

—¿Qué quieres decir?

—Pues ya sabes. Aventurillas... Tontear con mujeres.

William se pasó una mano por sus porcinos rasgos.

—A las mujeres les gustan los hombres atractivos, y yo tengo una cara que sólo una madre sería capaz de amar. La gente comenta que un cerdo volcó mi cuna cuando aún era un bebé, y que la impresión recibida quedó grabada en mi rostro.

Una de las cabezas del reptil se apartó de sus compañeras y se adelantó sinuosa hacia William para examinar con atención su achatada faz. Los duros ojos del ofidio recorrieron sus rasgos mientras la larga lengua bífida salía y entraba de las ensalivadas fauces como un dardo venenoso. A continuación, las mandíbulas de la serpiente —si era de verdad una serpiente— se desencajaron dejando a la vista dos espantosos colmillos, y prorrumpieron en carcajadas. El desagradable sonido estremeció el ya agitado corazón de William, que retrocedió asqueado.

La joven propinó otro fuerte tirón al ofidio, que regresó a su anterior posición y se quedó agazapado y en silencio.

No obstante, la muchacha se acercó también al hombre y lo examinó con detenimiento. Sus ojos se tornaron descarados, crueles, el iris adquirió una consistencia metálica, y en un inmisericorde superficie se reflejó la patética imagen de un William tembloroso.

«Le huele mal el aliento —rezongó para sí el hombre, al tenerla tan cerca—. A decir verdad, toda ella apesta. Debería plantearse la posibilidad de darse un baño o perfumarse de vez en cuando».

La doncella dejó a un lado la pluma y cerró los dedos en torno al bastón. A William le impresionó la rapidez con que su rostro se tornaba retorcido y grotesco, y el timbre estridente y chirriante que adquirió su voz.

—En otras palabras, mi querido Cerdito William —comentó burlona, mientras se aproximaba más a él—: No tienes familiares, ni amigos, ni nadie lo bastante estúpido que te eche de menos cuando... ¡mueras!

La frase terminó con una carcajada cortante que aumentó de tono hasta hacerse ensordecedora. La monstruosa serpiente, a fuerza dar tirones a la trailla, consiguió llegar a menos de medio metro del rostro de William. Las cinco cabezas dejaron al descubierto los colmillos mientras se aproximaban más y más. Unos efluvios de podredumbre, veneno y maldad inundaron las fosas nasales del hombre.

Las risotadas de la muchacha eran ya histéricas, escandalosas, irritantes.

Continuas oleadas de un frío glacial azotaron sin piedad el estremecido cuerpo del pobre William.

Con la garganta contraída, falto de aliento, retrocedió centímetro a centímetro, mientras sollozaba. Mas estaba rodeado por la niebla, la repugnante ciénaga se extendía a sus espaldas, y las cinco cabezas del reptil, brillantes y espectrales en medio de las tinieblas, le seguían los movimientos y le cerraban el paso.

Las risas de la mujer se habían hecho tan hirientes que William tuvo que taparse

los oídos con las manos.

La trailla que sujetaba al reptil emitió un chasquido restallante al romperse.

William sintió que algo fuerte y firme hacía presa en su hombro.

En lo más profundo de su garganta, se inició un desesperado alarido...

—¡William! ¡William, despierta! —dijo una voz fuerte y ronca.

Casi asfixiado por la angustia, William abrió los ojos y se encontró cara a cara con su amigo, Sintk, enano.

El hombre emitió un gemido que recordaba el gruñido de un cerdo, y durante un instante de confusión se debatió con la pesadilla antes de retornar a la realidad.

Estaba sentado en un taburete, tras el reluciente mostrador de El Cerdo y el Silbido. Sintk se apoyaba al otro lado de la barra y sujetaba con mano firme a su amigo mientras lo sacudía por el hombro.

El enano era de constitución fuerte, hombros anchos y un rostro franco y curtido, que en aquel momento esbozaba una sonrisa tranquilizadora. Los brillantes ojos grises rebosaban buen humor. El espeso cabello castaño empezaba a clarear por las sienes.

Sintk era un zapatero remendón de Port Balifor. Los dos amigos se conocían desde la infancia, y ambos compartían la afición de disfrutar de una buena conversación acompañada de una no menos buena cerveza.

—Creo que te has quedado amodorrado. Entré y te oí bufar y resoplar como... — Sintk hizo una pausa con el propósito de darle dramatismo al asunto—. Como un verraco al que arrastran al matadero.

William parpadeó confuso y recorrió con la mirada el familiar entorno de El Cerdo y el Silbido. Su adorada taberna era sala amplia, con un hermoso mostrador de caoba, taburetes de sólida madera, y numerosas sillas y mesas dispuestas al fondo de la estancia, de cara a un pequeño escenario.

El establecimiento estaba limpio y bien cuidado. La madera pulida y lustrosa; el cobre brillante y sin rastro de hollín; las paredes y los suelos resplandecientes. La pulcritud de la taberna hablaba del cariño y el respeto que le profesaba su dueño.

A excepción de Sintk y un par de forasteros que se sentaban a una mesa apartada, el local estaba desierto. Hacía meses que Port Balifor era una ciudad ocupada, controlada por los ejércitos de los Señores de los Dragones, cuyos barcos habían atracado en la bahía y habían escupido en sus muelles un cargamento de brutales draconianos y asquerosos goblins.

Los vecinos de Port Balifor, en su mayoría humanos como el propio William Sweetwater, y al igual que él dóciles y cobardes, se limitaron a compadecerse de sí mismos y a lamentarse de su mala fortuna. La horda invasora había llegado de manera inesperada, sin que antes ocurriera nada que hiciese sospechar lo que se

avecinaba. A causa de su aislamiento geográfico, casi ninguno de los vecinos estaba enterado de lo que pasaba en el resto del mundo; sin embargo, se habrían considerado afortunados en extremo si hubiesen sabido la suerte corrida por otras poblaciones de Ansalon.

No es que los Señores de los Dragones tuvieran un interés especial por conservar indemne aquella zona del extremo oriental del continente. Al fin y al cabo, era un territorio escasamente poblado, salvo unas cuantas comunidades dispersas, semejantes de Port Balifor. O Kendermore, la patria de los kendens.

Una formación en vuelo de dragones habría bastado para dejar arrasada toda la comarca, pero los cabecillas de los ejércitos estaban muy ocupados concentrando sus fuerzas en otros lugares más conflictivos. Por no mencionar que, mientras puertos como el de Port Balifor se mantuvieran operativos, la región les seguiría siendo útil.

A pesar de que los ingresos en la taberna se incrementaron con la llegada de las tropas, la presencia de aquella chusma de razas tan dispares como extrañas había sido la causa de que los antiguos clientes de William dejaran de frecuentar el local.

Draconianos y goblins eran buenos consumidores, ya que las bebidas fuertes eran su debilidad, pero el motivo por el que William había abierto su negocio no era el de enriquecerse, sino disfrutar de la compañía de amigos y vecinos.

Le desagradaba la repulsiva soldadesca draconiana que se enzarzaba en brutales peleas en cuanto el alcohol embotaba sus ya de por sí atrofiados cerebros. Los goblins eran una clientela no menos detestable. Arrogantes y egocéntricos, no dudaban en recurrir al halago con tal de obtener bebidas gratis para sí mismos y su cohorte.

Ante esta situación, William no tardó mucho en subir los precios, de manera que las bebidas en su establecimiento eran tres veces más caras que en el resto de las tabernas de la ciudad. No contento con esto, también empezó a añadir agua a la cerveza. Ambas medidas dieron por resultado que la posada se encontrara vacía la mayor parte del tiempo, si se exceptuaban sus viejos amigos y alguno que otro viajero ocasional. De este modo, William disfrutó de nuevo con su trabajo.

Sintk agitó la mano frente al porcino rostro de su amigo.

—¡Eh! ¿Te has quedado dormido otra vez? Vamos, William, admito que dormir es un buen método para olvidarse de esos desagradables sujetos, pero, por muy triste que nos parezca, la verdad es que cuando uno despierta esa escoria sigue merodeando por toda la ciudad, metiendo sus narices en los asuntos de los demás, y actuando como si fuesen los dueños. Lo que, dicho sea de paso, no es cierto. Y yo sería el primero en proclamarlo a los cuatro vientos si estuviera lo bastante loco como para atreverme a hacerlo. Bueno, amigo, ¿has regresado ya a este mundo, o tendré que ir al herbolario a buscar una pócima?

William sacudió la cabeza para salir de su ensimismado estupor.

—No, no. Me encuentro bien.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó con suspicacia el enano.

—No había movimiento en la taberna y me quedé dormido, eso es todo.

—Pues debiste de tener una pesadilla —replicó mordaz Sintk—. Cuando entré para tomarme me cerveza de todas las tardes, resoplabas y te agitabas como si te acosaran demonios.

—Es que no sólo vi demonios, sino muchas cosas más.

William abrió la mano. En la palma tenía una moneda grande. El pulido disco metálico resplandecía.

—¿Recuerdas la moneda que el Hechicero Rojo utilizaba para sus trucos? —preguntó al enano—. Es ésta. Me la regaló.

—¿Quién? ¿Raistlin? —Sintk se mostraba sorprendido—. Confío en que ese impostor y su pandilla de inadaptados no hayan regresado a la ciudad. Y espero que tú no empieces otra vez con las tonterías de monedas mágicas y demás zarandajas.

—Pero es que realmente tiene algo mágico —insistió el hombre—. Me desplazé a algún lugar y tuve un encuentro... peculiar con una joven muy bella y una bestia abominable. Atravesé una extraña niebla, y estuve a punto de caer de bruces en una ciénaga negra, repleta de demonio, serpientes, vampiros y toda clase de criaturas malignas.

—Todo se torna muy confuso cuando una sueña despierto —sentenció Sintk—. Y ahora, aprovecharé que parece haber recuperado la chaveta y has dejado de gruñir como un verraco para pedirte que me sirvas un pichel de tu mejor cerveza.

—No fue un sueño —porfió enfurruñado William—. Tuve la sensación de que aquello era lo real, y esto..., esto sólo la sombra de lo que podría ser mi vida.

El posadero llenó dos jarras y las colocó frente a su amigo. A continuación, se lanzó a relatar con todo lujo de detalles su ensoñación. O, mejor dio, su vivencia.

Entretanto, Sintk, que tenía la garganta seca, daba buena cuenta del contenido de las dos jarras y las apuraba en un santiamén. Poco después soltaba un bostezo, y no por causa del dorado líquido, que estaba delicioso, sino por la historia del tabernero, que, por otro lado, le sonaba vagamente familiar. Se pasó el dorso de la mano por los labios para enjugarse los restos de espuma, y aprovechó una pausa en la narración de su amigo para preguntar:

—¿Y qué era esa ciénaga negra?

—El abismo que existe al borde del universo, naturalmente —contestó el posadero con actitud categórica.

—¡Naturalmente! ¿Qué otra cosa podía ser? —replicó mordaz el enano, a la vez que dedicaba una mirada encandilada a la hilera de jarras dispuestas tras el mostrador—. Amigo, tienes una imaginación calenturienta. Y ya tengo más sed.

Con un hondo suspiro, William se levantó del taburete y sirvió otras dos jarras. Luego, tras ponerlas sobre el mostrados, buscó los ojos del enano y alzó el índice.

—No fue producto de mi imaginación —afirmó con convicción—. Mira, toca la moneda. Cuando la cogí se puso caliente, como si en su interior latiera algo vivo.

Alargó la mano derecha hacia Sintk y le mostró el disco metálico que, a decir verdad, no presentaba un aspecto fuera de lo normal.

—Simple calor corporal —repuso con voz aburrida el enano—. No es más que una moneda, un trozo de metal fundido.

—Es mágica —insistió William con tozudez.

—No lo es —refutó el enano.

—¡Te digo que sí! —porfió el hombre, que había levantado el tono de voz en contra de su costumbre.

—Dejad que sea yo quien lo juzgue —dijo a sus espaldas una voz insolente.

Los dos amigos se volvieron y se dieron de cara con un draconiano cuyo pecho, amplio como un barril, iba protegido por una apestosa armadura.

Se trataba de Drago, capitán de la guardia de prisiones, un tipo temido y despreciado incluso por sus propios compañeros de armas. El oficial acudía de tanto en tanto a El Cerdo y el Silbido para comer y tomar una cerveza.

El tabernero reaccionó demasiado tarde y, antes de que pudiera cerrar la mano, la moneda voló en un visto y no visto de su palma. Drago la alzó en su escamosa garra y la contempló con avaricia.

—Así que una moneda mágica, ¿eh? —Comentó, sin dirigirse a nadie en particular, ya que los otros parroquianos evitaron mirarlo con simulada indiferencia—. A mí me parece más bien la limosna de un mendigo —concluyó, un momento antes de propinar un mordisco a la moneda con sus dientes amarillentos y rezumantes de mucosidades.

Pálido de vergüenza, William agachó la cabeza y clavó la vista en el suelo.

—Sí, tiene razón —intervino Sintk con voz insegura—. Es una moneda corriente y vulgar...

No concluyó la frase. También él tenía la cabeza gacha y los ojos fijos en la puntera de sus botas. Drago frotaba la moneda contra una de las grasientas mangas de su uniforme.

—Deseo... Deseo... —Comenzó con voz rimbombante—. Deseo tener un año de vacaciones, lejos de este apestoso Port Balifor. Y dos mujeres que me saquen brillo a las botas. Y... Y un montón de monedas de oro que me proporcionen una vida regalada de cerveza y carnero en abundancia.

Los presentes en el local alzaron un poco la vista con la ferviente esperanza de que la moneda fuera realmente mágica y concediera a Drago sus deseos. Así desaparecería de sus vidas.

Pero no ocurrió nada.

—¡Bah! —Gritó furioso el draconiano mientras alargaba el brazo sobre el

mostrados y, atrapando a William por el cuello de la camisa, retorció la tela hasta que la cara del posadero se congestionó.

—¡La moneda se la dio Raistlin, el mago! —intervino de manera impulsiva Sintk. Drago apretó aún más su presa.

—Ese hombre era un farsante —farfulló William, medio estrangulado—. Y yo fui un tonto al aceptarla como pago. Le creí cuando me aseguró que era mágica, pero no es más que... morralla. Quédatela si quieres, amigo mío —terminó sin apartar la mirada de los ardientes ojos del draconiano.

—¡Puaj! —Escupió Drago, a la vez que soltaba al tabernero de un empujón.

Tiró la moneda sobre el mostrador. El disco metálico rodó sobre la pulida superficie de madera dando giros y más giros a la vez que soltaba destellos. William alargó raudo la mano y la atrapó; la apretó con cariño, palpando su calor, temeroso de que se la volviesen a arrebatar. Pero el draconiano había girado sobre sus talones y se dispuso a instalar su voluminoso corpachón en una de las mesas.

—¡Sírreme cerveza y esa porquería de estofado que preparas! ¡Y date prisa, Cara Cerdo! —vociferó, sin volverse a mirar al posadero.

William se apresuró a cumplir sus órdenes. Mientras tanto, Sintk, muy deprimido, apuraba otras dos jarras de dorado líquido.

Unas horas después, a la caída de la tarde, William atrancó la puerta de El Cerdo y el Silbido. A nadie le extrañó que el tabernero cerrara tan temprano. Últimamente lo hacía muy a menudo, pues eran escasos los viajeros honrados que visitaban Port Balifor en aquellos tiempos. La ominosa presencia de las tropas de los Señores de los dragones había ahuyentado a la mayoría.

Además, a William Cara de Cerdo le gustaba pasear por el puerto al anochecer, en compañía de su amigo Sintk. Este paseo vespertino se había convertido en el rato de ocio con el que los dos amigos ponían fin a la jornada.

En ese atardecer tan particular, hacía una agradable temperatura, el cielo estaba despejado, y soplaba una ligera brisa procedente de la bahía. La luz decreciente tenía esa peculiar tonalidad que sólo se da en los crepúsculos litorales.

Los dos amigos llegaban ya al final de la calle, que desembocaba en el puerto y se quedaron sorprendidos al ver atracado en el muelle un enorme velero. Se detuvieron en medio de la calzada, y observaron que el embarcadero y la cubierta de la desconocida nave estaban abarrotados de tropas draconianas.

—¿Algún vasco de suministros? —aventuró Sintk.

William movió la cabeza con un gesto dubitativo.

—El barco que los aprovisiona de manera regular ya estuvo la semana pasada. Tiene que tratarse de ese patrullero del que he oído hablar. Al parecer, a los Señores de los Dragones les molesta que huya tanta gente de la ciudad para ir a refugiarse en

las colinas.

La tripulación draconiana se movía con eficaz diligencia por la cubierta. Poro después, se abrió la puerta de un camarote, del que sacaron a empujones a un grupo de humanos. Los prisioneros llevaban los tobillos amarrados con grilletes por lo que pasaba una cadena que los mantenía unidos los unos a los otros. También estaban maniatados.

Los soldados los condujeron a empellones hacia la pasarela que bajaba al muelle, donde varios guardias draconianos, armados hasta los dientes, aguardaban atentos, al mando de un oficial goblin.

—Mira. Aquel viejo que está casi a lo último de la fila es Thomas, el sastre —susurró el enano—. ¿Por qué demonios llevan encadenado al bueno de Tom? ¡Es sólo un viejo artesano que conoce bien su oficio y que no haría daño ni a una mosca!

El ruido de unas pisadas sobre los guijarros se escuchó a sus espaldas. William volvió la cabeza y se encontró con una patrulla de draconianos que marchaba en formación calle abajo. Los dos amigos agacharon la cabeza y echaron a andar hasta llegar a La Caída del Misionero, una taberna cercana al embarcadero que exhibía una fachada chillona y llamativa. Tomaron asiento en uno de los maltrechos bancos del exterior, frente a la entrada del establecimiento. La taberna era notoriamente conocida en toda la costa oriental de Ansalon, y no por tratarse de un lugar respetable, como era el caso de El Cerdo y el Silbido.

Desde su posición, William y Sintk contemplaron a los prisioneros que bajaban por la pasarela arrastrando los pies, maniatados hombres y mujeres caminaban con actitud aturdida, bajo la estrecha vigilancia de un fornido draconiano que manejaba un látigo corto rematado con puntas metálicas.

Las reflexiones de los dos amigos se vieron interrumpidas por un fuerte crujido que sonó a sus espaldas. Una instante después, Harum El-Halup salía por la puerta de La Caída del Misionero. El minotauro, propietario de la taberna, era un vigoroso individuo de rostro bestial, torso macizo y musculosas extremidades.

Fugitivo de su tierra natal a causa de una sentencia de muerte, Harum El-Halup había encontrado asilo en Port Balifor. De mente ágil, rápido de reflejos, fiero en la lucha, y con la audacia del que nada tiene que perder, se ganó pronto la reputación de ser el luchador más duro de toda la violenta zona portuaria.

Jugador de fuertes apuestas, el minotauro había ganado La Caída del Misionero a su anterior propietario en una partida de cartas. En la actualidad, la parroquia de la taberna se componía de ladrones, degolladores y tropas del ejército de los Señores de los Dragones. También era el lugar de reunión preferido por los goblins cuando no estaban de servicio. Allí era donde llevaban de contrabando los suministros que robaban en la guarnición, y los cambiaban por bebidas.

—¿Por qué han detenido a Thomas? —Preguntó William al minotauro, que se

había detenido junto a ellos y observaba inmóvil la escena.

—Les dije que su plan no funcionaría —respondió Harum con desdén. Bajo la mortecina luz del anochecer, sus rasgos bestiales asumieron una expresión lóbrega—. Thomas y los otros querían escapar por mar. Le dieron dinero a un goblin para que robara un bote y lo tuviera dispuesto para zarpar al amanecer. Pero todos esos bastardos son confidentes del ejército, y éste, en particular, es una escoria que vendería a su propia madre. Tan pronto zarpó el bote, el goblin corrió a denunciarlos a los draconianos.

—Pero Thomas es un hombre honrado, no un delincuente —protestó William.

—Estaba en la barca, y eso es suficiente —razonó el minotauro—. Lo más probable es que acabe en el calabozo con los demás. El ejército no está dispuesto a permitir que la gente vaya y venga a su antojo, sin su autorización. Eso menoscabaría la disciplina y la autoridad. El viejo Tom lo sabía, y corrió el riesgo. —El minotauro chasqueó la lengua—. Tendrá suerte si dura más de un mes en esas infectas mazmorras subterráneas del castillo.

El posadero se estremeció al recordar los rumores que corrían acerca de las torturas infligidas a los prisioneros en aquellos calabozos. Conociendo como conocía la brutal crueldad de drago, no resultaba difícil dar crédito a los comentarios. Se compadeció del viejo Tom, un buen hombre que siempre se había mostrado amistoso con todos los vecinos de Port Balifor.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Sintk con desaliento.

—Es ya carne de presidio. Lo mejor será quedarse al margen —replicó Harum con sequedad.

William bajó la cabeza avergonzado. Ojalá tuviese coraje... Ojalá supiera cómo devolver el golpe... Ojalá...

—¿Sabes William? —La voz del minotauro interrumpió sus reflexiones—. Lo que esta ciudad necesita es un líder, alguien que dirija una rebelión contra esos indeseables. Tú eres una persona querida y respetada en la comunidad, harían cualquier cosa que les pidieras.

El feo rostro de Harum adoptó una expresión tan inquisitiva que William se preguntó si no le habría leído los pensamientos. ¿O acaso se burlaba de él?

—¿Por qué no lo haces tú? —interpeló al minotauro, mientras razonaba que, de haber sido tan fuerte y grande como Harum, no habría vacilado en actuar.

—Porque no soy oriundo de Port Balifor. Además, no estoy seguro de que me importe mucho lo que pasa aquí —contestó con displicencia Harum—. Todos saben que en mi taberna atiendo a ladrones y maleantes, y desconfiarían de mis intenciones. Sin olvidar que soy un fugitivo de mi propia tierra. La gente no aceptaría el liderazgo de un individuo con semejantes antecedentes, pero sí respaldarían a alguien como tú; alguien responsable e íntegro, en quien depositarían su confianza.

—Sería incapaz de hacerlo —musitó el posadero, y volvió la vista hacia la bahía para no encontrarse con los ojos del minotauro.

Los prisioneros se alejaban de muelle custodiados por las tropas y el oficial goblin. El cautivo que cerraba la fila era el sastre. El anciano, de cabello canoso y rostro surcado de arrugas, tenía los ojos embotados por la fatiga. Delgado y alto —sobrepasaba el metro ochenta—, tenía las espaldas cargadas a causa de los largos años que había pasado inclinado sobre telas y agujas.

Al parecer, un guardián había sido algo descuidado al ajustar los grilletes que rodeaban los tobillos de Tom. De improviso, y sin llamar la atención, el sastre se escabulló de la hilera de postrados prisioneros. Su fuga habría tenido éxito si no hubiera tropezado con una gruesa maroma que le hizo caer de bruces.

—¡Atrapadlo! —gritó el oficial goblin.

Para entonces, Tom ya se había incorporado y corría por los desgastados tablones del embarcadero en dirección a la calle que desembocaba en el puerto. Hubo un momento de confusión entre los guardias antes de que salieran en persecución del fugitivo, con lo que Tom ganó una ligera ventaja.

A pesar de ello, uno de los soldados le fue ganando terreno. Ante la mirada consternada de William, Sintk y Harum El-Halup, el draconiano con la faz desfigurada por una mueca cruel, alargó la garra y atrapó los pliegues de la túnica del evadido. El sastre se detuvo bruscamente y se revolvió, a la vez que disparaba un puñetazo al draconiano. La fuerza del golpe desequilibró a ambos contendientes. Tom cayó sobre los guijarros y el guardia se tambaleó, con las piernas temblorosas, mientras se agarraba la dolorida garganta.

En breves instantes, el desesperado sastre se había puesto de pie y reanudaba la carrera calle arriba; pasó frente a la taberna donde William y sus amigos presenciaban boquiabiertos el desarrollo del incidente. Un momento después, Tom se había perdido de vista al girar por un callejón. Dos soldados salieron en su persecución.

Harum hizo un gesto despectivo cuando el oficial goblin pasó ante ellos, convulso, con el descomunal vientre zarandeándose como un saco gelatinoso sobre el ancho cinturón de cuero. El sujeto reparó en los tres amigos y se detuvo frente a ellos. Tenía el rostro demudado por la ira. Hizo caso omiso del robusto minotauro y se dirigió al pobre William; el goblin desenvainó la espada y apretó la afilada punta contra la garganta del posadero.

—Tal vez te gustaría ocupar su puesto ¿eh? —gruñó.

William procuró contener un estremecimiento, y metió las manos en los bolsillos para que sus amigos no vieran cómo le temblaban. Sus dedos agarrotados se cerraron sobre la moneda, su mente elevó un ruego fervoroso implorando un milagro que lo sacara de aquella situación.

Ojalá tuviera coraje...

—Aguardo tu respuesta —se mofó el goblin.

El posadero emitió un sonido quejumbroso, semejante al chillido estridente de un lechón despavorido. El goblin ladeó la cabeza, miró interrogante a Sintk y a Harum, y bajó la espada. Luego, a medida que crecían los temblores del posadero, unas ahogadas carcajadas agitaron su cuerpo seboso.

En aquel momento se escuchó un grito sofocado procedente del callejón, y poco después dos soldados salían del angosto pasaje sujetando con firmeza al sastre. El anciano forcejeaba y se retorcía entre sus garras, en un intento vano de liberarse.

El oficial enfundó la espada y se reunió con sus tropas.

—Casi lo consigue —musitó Sintk.

—Pobre Tom —se compadeció William.

Harum El-Halup guardó silencio, con los brazos cruzados sobre el amplio pecho, mientras contemplaba con gesto altanero a la guardia que conducía a empujones la fila de prisioneros, camino del castillo.

—A cada cerdo le llega su San Martín —dijo al cabo de un momento—. Y el viejo Tom debió pensarlo dos veces. Le advertí que se ocupara de sus asuntos, que siguiera con sus trajes y dejara a un lado las intrigas. —El minotauro se encogió de hombros y palmeó a William en la espalda—. Bueno amigos, vayamos a apagar la sed y olvidemos que esos asquerosos reptiles invaden nuestra ciudad. Algún día los expulsaremos, y serás tú, William, quien nos dirija.

Harum remató la parrafada con una carcajada estruendosa.

William y Sintk, con expresión pesimista y desganada, siguieron al minotauro al umbroso interior de la taberna. La sala estaba abarrotada de enanos, humanos y goblins. Al fondo se hallaba sentada una partida de draconianos de aspecto feroz. En un rincón, un grupo silencioso de semielfos ponía a prueba su agudeza mental descifrando adivinanzas. Un goblin borracho yacía inconsciente en el suelo, junto a una silla caída. Dos mozos de bar corrían de un lado a otro atendiendo la continua demanda de bebidas.

Harum se acodó en un extremo del mostrador e hizo un gesto conminatorio a uno de los sirvientes, que se apresuró a servirles tres jarras de cerveza.

Ni William ni Sintk habían conseguido jamás sentirse completamente a gusto en el local del minotauro. La reputación de la taberna de ser un lugar propicio para toda clase de reyertas y trifulcas era sobradamente conocida.

A menudo, espectadores y curiosos se veían envueltos en las refriegas que, por regla general, desembocaban en lo que había dado en llamarse «las rudas juerguecitas de Harum». El minotauro había impuesto la norma de entregar las armas a la entrada, pero esta regla no solía resultar efectiva cuando se trataba de aplicarla a hechiceros y criminales.

Además de su renombre por los altercados, La Caída del Misionero gozaba de

gran fama por los frescos pintados en el techo. Tiempo atrás, un artista itinerante llegó a Port Balifor con un gran talento para la pintura y una sed insaciable de cerveza. El minotauro contrató los servicios del artista a cambio de pensión completa y toda la cerveza que pudiese beber. El pintor levantó unos andamios y trabajó durante dos años en la creación de un mural en el techo de la taberna.

La pintura representaba a un sátiro y varias doncellas retozando en un paisaje bucólico. La patente falta de recato mostrada tanto por el sátiro como por las doncellas era causa de continuo deleite para la clientela. Se decía que era fácil de reconocer a los habituales de La Caída del Misionero por la peculiar torsión de sus cuellos.

William, tras dar un largo trago de cerveza, sacó la moneda de un bolsillo. Allí, en la palma de su mano, parecía un objeto yerto, un pedazo de metal inanimado.

—¿Qué es eso? —se interesó Harum, cogiéndola entre sus gruesos dedos.

—Es un regalo de alguien muy especial —respondió el posadero.

—William cree que tiene poderes mágicos —intervino, burlón, Sintk.

El minotauro alzó la cabeza y puso la moneda en alto, de modo que hiciera contraluz con un candil colgado de la pared.

—¿Qué propiedades tiene? —preguntó.

—Hace que mi mente se desplace a otros lugares —explicó William, agradecido de que el minotauro no lo hubiese ridiculizado.

—¿Te refieres a viajes astrales? —preguntó Harum.

El posadero lo miró desconcertado.

—No sé qué quieres decir.

Harum esbozó una sonrisa.

—Allá, en mi patria, me aplicaron en cierta ocasión la sentencia de supremo rechazo, que no es otra cosa que un confinamiento absoluto, sin tener contacto con nadie. No podéis imaginar la terrible soledad, la desesperante necesidad de compañía que se experimenta. El cerebro se embota y razona de manera absurda. Creí que me volvía loco. Pero me obligué a realizar viajes mentales, vuelos visionarios. Fue lo que me ayudó a mantenerme cuerdo.

—¿Y eso ocurrió sólo en tu imaginación? —Preguntó receloso Sintk.

—¿Quién sabe? —Respondió Harum con actitud enigmática, mientras se encogía de hombros—. Pero si eres capaz de evadirte de vez en cuando de esta vida que llevamos con la ayuda de esta moneda mágica, puedes considerarte un hombre afortunado, William.

El posadero sonrió, rebosante de felicidad.

—Te dije que tenía poderes mágicos —repitió al enano.

Justo en ese momento, sonó un grito al otro lado del mostrador.

Un hombre soltó su jarra sobre la barra con un golpe seco y descargó un puñetazo

en el estómago de su discrepante compañero de copas. El inesperado ataque tiró de espaldas al bocazas que fue a chocar contra la mesa ocupada por los semielfos. Mueble y parroquianos acabaron patas arriba contra la pared. Con ríos de alcohol corriéndoles por las venas, los semielfos se aprestaron a defenderse de su atacante y se incorporaron de un brinco. Uno cayó sobre el inconsciente goblin. A otro, un enano de largas barbas le asestó un puñetazo que lo hizo dar con los huesos en el suelo. El tumbado goblin se incorporó, abrió los ojos y se quedó sentado. Una bota se estrelló contra su cabeza y lo devolvió de manera drástica a su anterior estado de inconsciencia.

Los parroquianos se acercaron presurosos desde todos los rincones de la taberna, y se apiñaron alrededor de la pelea para no perderse detalle. Otro semielfo se dio de bruces con un humano, que propinó al supuesto ofensor un golpe en la mandíbula.

En pocos segundos, la mayor parte de los clientes estaban dando patadas, puñetazos, mordiscos, bramidos, e intercambiando golpes de manera violenta y escandalosa.

—Disculpad —gruñó el minotauro.

Devolvió la moneda a William y se adelantó unos pasos. Agarró a un semielfo por el cuello y el fondillo de los pantalones, y lo lanzó contra la pared. Luego, Harum atrapó la punta de una larga barba y propulsó al vociferante enano contra otro tabique.

William estaba tan asustado como sobrecogido y admirado por la actitud del minotauro.

—Salgamos de aquí —dijo con voz temblorosa.

—Vete tú si quieres —contestó Sintk, mientras se frotaba las manos de contento—. Yo me quedo. Nunca he tomado parte de una de «las rudas juegucitas de Harum».

El enano se precipitó en medio de la barahúnda. William se guardó la moneda y salió a todo correr de la taberna.

El posadero se hallaba sentado tras el mostrador de El cerdo y el Silbido. Había pasado el resto de velada solo, sin dejar de darle vueltas a la moneda mientras pensaba en el viejo Tom, el sastre, y en lo pacífica y tranquila que transcurría la vida antes de que los draconianos ocupasen Port Balifor. El pulido disco de metal brilló a la luz de las velas bajo la crítica mirada de William. «No cabe duda de que es una moneda singular y hermosa», pensó el posadero.

—¡William, ven rápido!

La voz fue un apremiante susurro al que acompañaba una luz tenue y una discreta llamada a la puerta trasera.

Se levantó del taburete, cogió un candil y se dirigió a la trastienda de la taberna.

Descorrió el pestillo y abrió la puerta; se encontró con dos borrosas siluetas envueltas por las lóbregas tinieblas del exterior. William se echó a un lado para dar paso a Sink y a Harum. Ambos apestaban a cerveza.

—Vamos a rescatar a Tom —anunció el enano con una ferocidad desacostumbrada en su voz—. Nos acompañarás, ¿verdad?

—Estáis borrachos —musitó el posadero.

—No. Hemos tomado unas copas, pero no estamos ebrios —intervino el minotauro—. Hay una diferencia, y tú como tabernero, deberías saberlo.

William consideró bastante acertado este razonamiento.

—¿Cuál es el plan? —Preguntó.

—Para ser sinceros, ninguno —admitió el minotauro.

El posadero estudió con detenimiento los rostros de sus amigos y vio en ellos que hablaban en serio.

Cerró la mano con fuerza, apretando la moneda.

—Sí, ¿pro qué no? —Decidió.

—Aquí tengo un antifaz y una espada para ti —dijo Harum, abriendo una pequeña bolsa de tela de la que sacó un trozo alargado de paño negro.

William cogió la corta y curva espada y la funda que le alargaba el minotauro y se las colgó del cinturón. Después se ajustó la máscara sobre la cara. Empezaba a sentirse diferente... positiva y categóricamente diferente. Echó una apreciativa mirada a su imagen reflejada en el espejo que había tras el mostrador y pensó para sus adentros: «William Sweetwater, esta noche no precisas monedas mágicas para ser todo un héroe».

La ciudad estaba oscura y silenciosa cuando los tres compañeros salieron sigilosos por la puerta trasera de El Cerdo y el Silbido. Se deslizaron furtivamente por los callejones secundarios hasta alcanzar las afueras de la población. Allí hicieron un alto. La luz de la luna perfilaba la silueta oscura del castillo, en la cercana planicie. Un grotesco halo de maldad rodeaba la vieja estructura del edificio, que hasta hacía poco había permanecido abandonado desde tiempos inmemoriales.

Los compañeros, cuerpo a tierra, se arrastraron hacia la fortaleza sin toparse con un solo centinela. Al parecer, los draconianos eran demasiado arrogantes para apostar vigías y consideraban inconcebible que alguien osara asaltar la fortificación.

La única luz que se percibía en todo el edificio salía de un portón entornado que conducía al interior del recinto amurallado. El patio estaba pobremente iluminado por la mortecina luz de una única antorcha que ardía débilmente y proyectaba un tenue reflejo sobre la figura de un guardián que dormía repantigado al otro lado del acceso.

—Estamos de suerte —susurró Harum—. No esperan ningún ataque y están descuidados. Quedaos aquí, yo me ocuparé del centinela.

El minotauro se deslizó sigiloso por el pequeño puente levadizo de madera que

salvaba el foso, pisando con deliberada lentitud para evitar que la vieja madera crujiese. Luego, Harum se introdujo en el patio y avanzó silencioso, ocultándose en las sombras. Acto seguido sacó de sus pantalones un lazo estrangulador rematado en ambos extremos por unos mangos de madera. Mantuvo el lazo tenso entre sus fuertes manos, llegó junto al guardián, y le dio con la punta del pie unos golpecitos en el brazo.

El centinela se despertó de inmediato, y alargó la mano con presteza a la espada enfundada, pero ya Harum le había rodeado el cuello con el lazo y giraba los mangos de forma que actuasen como un nudo corredizo.

El guardián se llevó las manos a la garganta mientras daba boqueadas cortas y estranguladas. Abrió la boca desmesuradamente en busca de aire que llevar a sus pulmones. La cabeza se agitó convulsa de acá para allá. Entonces, la pesada bota de Harum machacó el plexo solar del centinela, que se desplomó de bruces. El minotauro contempló impávido la agonía final del draconiano e hizo una seña a Sintk y William para que se reunieran con él.

El posadero apretó la moneda con fuerza mientras franqueaba el puente levadizo. Pasaron sin detenerse frente al puesto de guardia, atravesaron el patio, y salvaron a grandes zancadas los tres tramos de escalones de piedra que conducían a la entrada del castillo. William tiró de la argolla de hierro inserta en la maciza puerta negra, y ésta se abrió con un estrepitoso chirrido.

Al posadero le palpitaba el corazón de manera desaforada, y las sienes le latían por la excitación. Envalentonado, desenfundó la espada al cruzar el pórtico, dispuesto a enfrentarse con lo que quiera que aguardara al otro lado.

Penetraron en una espaciosa sala de al menos cincuenta pasos de extremo a extremo, era un lugar desolado e inhóspito, desprovisto de muebles y objetos decorativos. Las paredes y el suelo eran de piedra. La estancia estaba iluminada por entorchas colgadas de hacheros metálicos adosados a los muros impregnados de humo. Un laberinto de corredores se ramificaba desde el gran vestíbulo. Los tres compañeros se movieron, raudos y cautelosos, buscando el camino que llevaba a las mazmorras.

William descubrió en uno de los pasillos el arranque de una escalera de caracol que descendía sinuosa y se perdía en las entrañas del castillo. Dio un amortiguado gruñido para alertar a sus amigos. Sintk y Harum se acercaron presurosos a él, y el posadero, tomando una de las antorchas, encabezó la marcha por el angosto pasadizo.

Los peldaños terminaban en un cuarto central de guardia, profusamente iluminado por las trémulas llamas de las antorchas. Dos draconianos, sentados a una mesa destartada, jugaban una partida de cartas. Los carceleros no levantaron la vista hasta que la sombra de William se proyectó sobre los naipes.

—¿Quién demonios eres tú? —masculló entre dientes el draconiano más próximo

al posadero. Luego, tiró las cartas y asió la empuñadura de su espada. El otro guardián hizo intención de levantarse del asiento.

William dejó caer la antorcha, blandió la espada con ambas manos, y enterró la afilada hoja en el pecho del draconiano. La facilidad con que el acero traspasó carne y hueso dejó estupefacto al posadero. Retiró el arma. Creía que el guardián se desplomaría, pero el fornido draconiano se aferró con las dos garras al borde de la mesa en busca de apoyo y, dando un apagado alarido gutural, lanzó una patada a William. El posadero se apartó raudo y eludió el golpe para acto seguido arremeter con la espada, que se hincó en el cuello de su oponente. Luego intentó sacar el arma, pero el acero parecía haberse atascado con algún hueso o cartílago.

—¡Rápido! —Barbotó Sintk—. ¡Sácala! ¡Ese bastardo está punto de convertirse en piedra!

William hizo acopio de todas sus fuerzas y tiró con ambas manos del puño de la espada, cuando, por fin, logró extraerla, un chorro de sangre verdosa corrió a borbotones por la túnica del draconiano.

Por el rabillo del ojo vio que Sintk y Harum se habían encargado del otro guardián, que estaba tendido en el suelo con el arma del enano clavada en el vientre.

Los cuerpos de ambos carceleros sufrieron unas breves convulsiones antes de morir.

William saltó sobre su víctima y cogió un gran manojito de llaves que estaban colgadas en una clavija de la pared.

—Las celdas están por aquí —siseó el enano—. ¡Deprisa, trae las llaves!

Al fondo de uno de los corredores encontraron una espaciosa caverna excavada en la roca viva, clausurada con gruesos barrotes de hierro y una gran puerta cerrada con un candado.

Docenas de prisioneros se apiñaron en la parte delantera del calabozo. Macilentos, esqueléticos, andrajosos y hambrientos, eran muertos en vida marcados por la tortura y la inminente ejecución. Sus crímenes habían sido nimios; sustraer una bolsa, insultar a un soldado, intentar huir de Por Balifor. Y ahora extendían sus huesudas manos cubiertas de llagas implorando ayuda.

—¡Deprisa, muchachos, deprisa! —los urgió Tom, el sastre, mientras se abría paso entre el abigarrado grupo.

—¡Que los dioses os bendigan! —exclamó otro prisionero con voz ronca.

—¡Callaos! —Barbotó el minotauro—. Conseguiréis que todo el ejército se nos eche encima.

El grupo guardó silencio. William manoseó con gesto desmañado el puñado de llaves, y probó una tras otra en la cerradura. Justo cuando empezaba a dudar de que alguna sirviera, la pesada puerta se abrió de golpe. El posadero se hizo a un lado y el primer prisionero salió del calabozo con pasos vacilantes.

La siguió el resto de los cautivos, unos cincuenta hombres y mujeres que habían tenido la fortuna de conservar la vida hasta entonces. El patético grupo se apiñó, apretándose unos contra otros, y aguardaron expectantes las órdenes de William.

El pasadizo estaba lleno de humo y la luz era escasa, pero el viejo Tom estrechó los ojos y estudió con detenimiento a sus enmascarados libertadores. Señaló con el índice al posadero y levantó la voz para que los demás lo oyeran.

—¡Ése es William, de El Cerdo y el Silbido, un valiente que ha tenido el coraje de ayudarnos! ¡Y ése es Sintk, el remendón! ¿Y quién no reconocería en aquel otro a El-Halup, el minotauro?

—¡En marcha! —Masculló Harum—. Guarda tu cháchara para otro momento.

El suelo del cuarto de guardia estaba resbaladizo por la sangre verdosa de los draconianos muertos, y William se escurrió al pisar el viscoso charco. Tras recuperar el equilibrio, se puso a la cabeza de los evadidos. Les impuso silencio posando el dedo sobre los labios, e inició la ascensión de los escalones. No había dado ni dos pasos cuando se detuvo con brusquedad.

Justo encima de sus cabezas, Drago y otros tres oficiales goblins bajaban por la escalera. Iban armados con espadas y hachas de guerra, que balanceaban con una siniestra complacencia ante el inminente derramamiento de sangre.

Drago, llevado por su ansia cruel se adelantó a sus más cautelosos compinches. Aunque miraba con fijeza a William, no hubo en sus pupilas el menos indicio de reconocimiento.

—¡Vamos, adelante! —Invitó provocativo, con un rictus agresivo en la boca—. No recibimos muchas visitas y nos gustaría hacer de vuestra estancia algo memorable... y duradero.

William apremió a los prisioneros para que retrocedieran al cuarto de guardia, donde se quedaron acurrucados, arracimados al pie de la escalera.

De la parte alta del castillo, llegó el alboroto del ejército de los Señores de los Dragones en plena actividad de alerta; la llamada de un cuerno sonó en la distancia, la percusión de pesadas botas sobre la piedra retumbó en galerías y escaleras; golpes de puertas al cerrarse, gritos estentóreos que levantaban ecos al irrumpir las tropas en el amplio vestíbulo superior. Harum indicó con un gesto a sus compañeros que se echaran hacia atrás y se escondieran tras el quicio de la puerta, con la espalda pegada a la pared.

El primero en asomar por el umbral fue el feroz Drago. El capitán de la guardia de prisiones blandía su hacha a la altura de sus hombros, listo para abatir a quienquiera que se pusiera a su alcance.

Justo cuando Drago pisaba el último escalón, el brazo del minotauro se disparó y los fuertes dedos se cerraron en torno al cuello del oficial. Los poderosos brazos de Harum lanzaron al brutal draconiano al otro extremo de la habitación, donde,

encabezados por Sintk, los prisioneros se abalanzaron sobre él y lo machacaron con sus manos desnudas. El enano acabó con la vida de aquella alimaña de una certera puñalada.

Al ver que su jefe no daba señales de vida, los tres goblins se detuvieron titubeantes, sin decidirse a seguir adelante. Los soldados que iban llegando se amontonaban en el hueco de la escalera, pero tampoco ellos daban muestras de estar ansiosos por irrumpir en el cuarto de guardia y enfrentarse al enfurecido minotauro. Sin embargo, sólo era cuestión de tiempo que la horda se decidiera al fin a atacar.

Entretanto, William había reparado en que las llamas de las antorchas se movían siempre en la misma dirección y que la corriente de aire no procedía de la puerta. Rastreó palmo a palmo la pared, y descubrió que por las juntas de un enorme bloque de piedra escapaba el silbido del viento. Apoyó todo el peso de su cuerpo, empujó con fuerza, y el falso muro cedió abriéndose a un oscuro corredor.

—¡Por aquí! —Gritó.

Todos se arremolinaron tras él. El pasadizo era tenebroso e inquietante, pero el posadero los condujo a buen paso durante varios cientos de metros hasta que divisó el plateado filo de la luna. Hizo un gesto conminatorio para que los demás se detuvieran, y él se adelantó hasta llegar a un orificio de salida que daba a un paisaje bañado por la luz de la luna.

El túnel de salida estaba próximo al mar, y el aire se dirigía al pasadizo por la desviación curvada de un dique de piedra.

Al otro lado de la explanada, se veían las luces titilantes de Port Balifor, a menos de un kilómetro de distancia.

Por desgracia, la salida estaba clausurada por un grueso enrejado de hierro.

—Estamos atrapados —farfulló Sintk.

Tom, el sastre, empezó a gemir desolado.

—Nos vienen siguiendo —advirtió un kender que había entre los prisioneros.

Todos escucharon la firme voz del comandante que impartía órdenes a sus tropas para que penetraran en el pasadizo.

—Dejadme ver esos barrotes —pidió Harum, mientras se abría paso entre los aterrorizados cautivos.

El minotauro llegó junto a William y sus macizas manos recorrieron la reja metálica, examinándola.

Luego, apoyó un hombro contra los barrotes por un extremo de la reja. La luz de la luna puso un ligero matiz grisáceo en su faz. Acto seguido, respiró hondo para llenarse los pulmones de aire, y empezó a ejercer una potente presión contra la reja. No obtuvo el resultado apetecido. Resopló, jadeante por el tremendo esfuerzo empleado para arrancar de cuajo las barras de su base de piedra. Una y otra vez, el minotauro llevó sus fuerzas al límite contra la barrera de hierro.

—¡Ya vienen! —Gritó Sintk.

Todos volvieron la cabeza y vieron el trémulo destello de las antorchas al fondo del corredor.

—¡A la retaguardia! —Exclamó envalentonado William, mientras arrastraba a Sintk por el brazo.

Ambos pasaron entre los prisioneros, con las espadas ya prestas a la lucha. Mientras tanto, Harum probaba con el otro extremo de la reja, pero también éste se mostraba inamovible. Exasperado, el minotauro ordenó a todos que se apartaran.

—¡Dejad espacio libre en el centro! —Barbotó.

Harum desanduvo el túnel a todo correr y sólo se frenó cuando tuvo a la vista la avanzadilla de la patrulla de rastreo. Del destacamento de soldados se alzó un clamor de alaridos y maldiciones. Sin prestarles atención, Harum El-Halup se agachó adoptando la postura de un corredor de velocidad. Lanzó a su vez un rugido, echó a correr y ganó velocidad con cada zancada. Justo antes de llegar a la barrera, giró el cuerpo y saltó por el aire. Fue volando de espaldas y se estrelló contra los barrotes con un espeluznante golpetazo.

Las barras soltaron un chirrido y se desgajaron de raíz por la base de piedra. Todos gritaron alborozados a ver desplomarse la verja.

Harum salió dando tumbos por el suelo y levantó nubes de polvo bajo la blanca luz de la luna. Al cabo de unos cuantos metros, frenó y se puso de pie, a la vez que soltaba un bufido.

—¡Volved a poner la reja en su sitio! —vociferó el posadero a los cautivos, que salían amontonados por la boca del túnel.

Sintk se puso al mando de un grupo que levantó el enrejado, Mientras tanto, William y el minotauro cogían por los extremos un enorme madero que encontraron a unos metros de la salida. Todos colaboraron para colocar la pesada viga, de forma que apuntalara con firmeza los barrotes.

A los pocos segundos, la tropa de draconianos llegaba a todo correr al acceso atrancado Aullaron enfurecidos y se abalanzaron contra los barrotes, impotentes al ver que el grupo de evadidos, encabezado por los tres compañeros, se perdía en la noche.

En el exterior, William alzó la vista hacia el castillo y observó que un destacamento de caballería salía a galope por el portón. El jefe dio la orden de rodear la fortaleza.

«Bien, —pensó el posadero—. Eso nos dará un poco de tiempo».

Su mente razonaba de un modo claro y conciso, sin el menor atisbo de temor. Sus ojos hicieron un veloz barrido por la parte baja de la fortificación.

El puntal de la viga debía de haber cedido, pues las tropas salían en oleadas por la boca del túnel. A la vista del resplandor de las antorchas, William y su grupo echaron

a correr en dirección al mar. Allá abajo, en la playa, esperaba dispuesta una docena de sólidos botes de pesca, en los que aguardaban, expectantes y listos a los remos, hombres de Port Balifor.

—¿Lo planeaste tú? —Preguntó sorprendido el posadero a Harum.

—De poco habría servido si no hubieras encontrado la salida al túnel —replicó el minotauro, para restar importancia a su ocurrencia.

Unos tras otros, los botes se ocuparon y se hicieron a la mar. La pequeña flotilla, con los evadidos a bordo, se adentró en las aguas balanceándose en las oscuras olas.

La última en salir fue una pequeña barca a la que subieron William, Sintk y Harum El-Halup, que habían permanecido en la retaguardia para cubrir la retirada. Pero los evadidos no corrían peligro. Cuando los draconianos llegaron precipitadamente a la playa, el grupo se encontraba ya fuera de su alcance.

Una vez en mar abierto, las embarcaciones hicieron un alto a poco más de un kilómetro de Port Balifor.

—Lleváis una buena ventaja a los barcos patrulleros —dijo William a Tom, alzando la voz para hacerse oír sobre el chapoteo de las olas—. Si os ponéis en marcha ahora mismo, podréis escapar y, con un poco de suerte, tendréis ocasión de rehacer vuestras vidas en otro lugar, libres de las cadenas.

—¿Qué será de vosotros? —Gritó Tom haciendo bocina con las manos.

El posadero no consideró necesario consultar con Sintk, que roncaba plácidamente al resguardo de una lona, ni con Harum, que hacía el trabajo de cuatro hombres a los remos. Sabía lo que opinaban sus amigos. Drago estaba muerto. Entrarían en el puerto sin hacerse notar y nadie sospecharía de ellos.

—¡Port Balifor es nuestro hogar! —Gritó al viento, aunque dudó que Tom le hubiese escuchado, pues las embarcaciones se alejaban rumbo al oeste.

Harum y William dejaron dormir a Sintk hasta que pasaron por la bocana del puerto; la barca se deslizó suavemente sobre las tranquilas aguas.

El minotauro amarró el bote y bajaron a tierra en la punta de un pequeño muelle comercial. El otro lado del puerto bullía con una frenética actividad; bengalas, gritos en las naves draconianas... Pero el pequeño embarcadero estaba desierto, sin que hubiese nadie por los alrededores que advirtiese su llegada.

Tras intercambiar unas palmadas en el hombro, Harum se alejó raudo y se perdió en la niebla. Sintk y William echaron a andar por callejones secundarios hasta que divisaron El Cerdo y el Silbido. El enano prosiguió su camino hacia la zapatería.

Una vez dentro de la posada, William se despojó de la máscara negra y la arrojó sobre un barril de desperdicios. Colgó la espada enfundada en un percha de madera. Luego, con la respiración aún entrecortada por la extenuante actividad nocturna, se metió detrás del mostrador y se sirvió un buen trago de aguardiente enano.

El posadero se despertó a causa de un fuerte ronquido. Estaba sentado en el taburete, tras la barra de su taberna. Tenía un terrible dolor de cabeza y los músculos entumecidos. Por un momento, William temió haber cogido las fiebres. Sus dedos, gruesos y cortos, se abrieron y dejaron escapar la moneda, que cayó sobre el mostrador. El disco metálico irradiaba calor.

—¡Qué sueño tan maravilloso! —exclamó. Se había comportado como un valiente.

Dio un profundo suspiro y decidió que era hora de irse a la cama. Guardó la moneda en un bolsillo, cogió un quinqué con la llama casi extinguida, y bostezó mientras salía de detrás del mostrador.

De improviso, sonó un fuerte toque en la puerta principal de la posada.

—¡Abrid, en nombre del Señor del Dragón! —Aulló una voz gutural.

Perplejo, William Sweetwater se encogió de hombros, y se fue hacia la puerta. Se frenó en seco, con los ojos desorbitados por el terror.

Sobre el barril de desperdicios yacía una rasgada máscara negra...

El Último Hogar

Nick O'Donahue

—Una taberna es alabada o denostada por su cerveza. Y la cerveza es alabada o denostada por el agua y el lúpulo que contiene.

La frase, enunciada tan pomposamente, la había pronunciado Otik.

El posadero soltó la carretilla y observó satisfecho que la rueda, forrada con trapos en un alarde de prudencia, no había estropeado el lustre del suelo, conseguido a fuerza de mucho trabajo y cariño.

Tika salió de la cocina tambaleándose, y vació uno de los baldes que traía en el tonel de mezcla que Otik había abierto dando un fuerte tirón a la tapa.

—Lo sé, lo sé —rezongó la muchacha—. Y por eso tengo que traer agua fresca del manantial y subirla hasta aquí, cubo a cubo, en lugar de utilizar el agua de lluvia recogida en la cisterna, que está a mano.

Para demostrar sus esfuerzos, enseñó al posadero las rozaduras producidas por la cuerda en las palmas de las manos. Tika tenía sólo quince años, y carecía de la paciencia que se requiere para fabricar cerveza.

—Más vale que sea a cubos que no a barriles —sentenció Otik, a la vez que daba unas palmadas en la panza del tonel.

El hombre reanudó su disertación mientras fregaba hasta el último rincón del recipiente, asegurándose de que no quedaba la más mínima mancha o rastro de suciedad.

—El anterior tabernero consideraba muy trabajoso tener que limpiar el tonel de la calderada cada vez que había que utilizarlo, y se limitaba a mezclar el lúpulo, la malta y el azúcar con el mosto de la cerveza, dentro de cada barril. Los destapaba y los rellenaba sin limpiarlos siquiera.

—Sé que no debemos hacer tal cosa —replicó Tika—. Pero, al menos, podríamos ahorrarnos el trabajo de subir el agua hasta aquí.

—He probado distintos métodos, muchacha. Mi primera calderada en este mismo tonel la fabriqué abajo, al pie del árbol.

—¿Y por qué no seguimos haciéndolo así? —Preguntó, adoptando una expresión pensativa. De ese modo, sólo tendríamos que llevar rodando los barriles hasta la trampilla de la cocina y dejarlos caer. Atados con cuerdas, claro, para que no se estrellaran contra el suelo. No habría que subir el agua, sólo llevarla al pie del árbol.

Con un gesto maquinal, la muchacha palmeó el tronco vivo del vallenwood sobre el que se asentaba la posada. Los habitantes de Solace eran las gentes más conscientes del crecimiento de los árboles de todo Krynn.

—Cuando la cerveza hubiera madurado y estuviera lista —prosiguió Tika con su

razonamiento—, llenaríamos los barriles y... ¡Oh!

Enmudeció de repente, abrió los ojos de par en par, y se llevó la mano a la boca.

Otik, satisfecho de que hubiera llegado por sí mismo al fondo del problema, asintió.

—Exacto. Como te decía, hice la calderada abajo, a nivel del suelo, y luego me encontré con que no disponía de otros medios para subirla los quince metros que me separaban de la posada salvo acarrear por las escaleras cincuenta pesados barriles. Claro que también cabía la posibilidad de bajar la rampa a la carrera cientos de veces con jarras vacías e ir rellenándolos poco a poco en la taberna.

En un acto reflejo, el posadero se frotó la espalda antes de proseguir.

—Aseguré los barriles con cuerdas y los icé uno por uno. El resultado fue que la mezcla necesitó un mes más para que se asentara la fermentación. Y yo tuve que pasarme tres días en la cama hasta que se me quitaron las agujetas.

Tika estalló en alegres carcajadas.

—¡Pobre Otik! Ojalá hubiera estado aquí para verlo. Nunca ocurre nada emocionante cuando hacemos cerveza.

—Vergüenza debería darte decir tal cosa, muchacha —dijo con tono festivo el posadero—. La producción de otoño siempre es algo emocionante. Hoy llegará un cargamento de lúpulo procedente de las llanuras de Abanasinia. Soy el único tabernero que trae desde tan lejos esa preciada y sabrosa planta.

—Es que eres el único posadero de Solace —observó Tika, aunque se apresuró a añadir—: Pero serías el mejor aunque los hubiera a miles.

El posadero se hinchó de satisfacción y se palmeó el rotundo vientre.

—Vamos, vamos. No es para tanto. Me limito a realizar mi trabajo con cariño, y la posada me lo devuelve con creces. Y ahora, muchacha, ve a buscar más agua.

Como respuesta a su petición, llegó desde la cocina una llamada.

—¿Oyes? —Apuntó Otik—. El cocinero ha subido una carga por ti. Estarás contenta ¿no?

—¡Oh, desde luego! ¡Estoy loca de alegría! Da las gracias a Riga de mi parte —respondió con sorna la muchacha.

El posadero la contempló mientras salía de la sala. Luego suspiró y, para evitar pensar en el largo día de duro trabajo que le esperaba, inició los preparativos necesarios como si ejecutase un ritual. Primero limpió a conciencia un cazo y lo arrojó a la lumbre para que se secara. Mientras se enfriaba, prendió una mecha de sebo que colocó en otro cazo, cuidando de que estuviera bien en el centro para que goteara fuera, y después lo introdujo en el tonel. Revisó los costados en busca de alguna brecha o junta abierta. Que la cerveza rezumara no era un problema, pero sí que el aire se colara en la mezcla.

Repitió la misma operación con cada uno de los barriles en los que echaría el

mosto ya caldeado.

Por último dejó a un lado la vela y llenó el primer cazo, ya seco y frío, con el agua traída del manantial. Dio un sorbo. Acto seguido bebió un largo trago.

—¡Aaah! —Exclamó satisfecho.

Quince metros más abajo, próximo a la base del vallenwood que sostenía y daba forma a la estructura de El Último Hogar, el manantial brotaba a borbotones a través de la piedra caliza.

Se decía que el estrato rocoso alcanzaba tal profundidad que, por mucho que un hombre excavara, nunca llegaría al final. Y el manantial se filtraba a través de toda aquella mole.

Otik apenas había viajado, pero en el fondo de su corazón sabía que no existía en el mundo un agua más pura y más dulce que la que brotaba de este manantial. Resultaba difícil encontrar un lúpulo y una malta que igualaran su calidad.

Tika regresó cargada con los baldes.

—Otik, nunca te he preguntado por qué pusiste ese nombre a la posada —dijo.

—No fui yo, niña. La posada El Último Hogar se lo puso...

—¿Pero por qué tiene ese nombre? —insistió, sin dejarle terminar la frase.

—¿No te lo he contado? —Preguntó él a su vez, con sorpresa. Luego, recorriendo con la mirada cada marca, cada muesca suavizada por el paso del tiempo en la madera oscurecida del vallenwood, explicó—: Los habitantes de Solace construyeron sus casas en lo alto de los árboles porque no tenían otro sitio adonde ir. El Cataclismo no les había dejado otra opción. Merodeadores hambrientos, gentes enloquecidas que habían perdido sus hogares, arrasaban pueblos y saqueaban cuanto caía en sus manos. Los vecinos de Solace comprendieron que, si no presentaban una buena resistencia, estos árboles serían los últimos hogares que habitarían. Pero sobrevivieron. Y, con el tiempo, las cosas volvieron a sus cauces normales. Podrían haberse trasladado de nuevo al suelo, pero... Ven, sígueme.

El posadero cogió la carretilla y echó a andar. Al llegar a la despensa se detuvo.

—El hombre que construyó esta posada fue Krале el Fuerte. Se dice que era capaz de sujetar un barril de cerveza bajo un brazo y trepar por el árbol con la única ayuda de su otra mano. Tal y como estaba la situación, Krале sabía que cabía la posibilidad de que la posada fuera destruida en menos de un año. —Otik dio unos golpes suaves con el pie en el suelo de piedra de la despensa—. Has estado aquí dentro miles de veces, muchacha. ¿Nunca te has parado a pensar un momento en este suelo?

Tika se encogió de hombros.

—¡Bah! No es más que piedra... —comenzó. Entonces cayó en la cuenta—. ¿Un suelo de piedra? Creí que la chimenea era...

—Era la única construcción de piedra en toda la posada —acabó la frase Otik—. Y así es. Esto no es una construcción. Es un bloque entero, una sola pieza que se

colocó aquí para conservar fresca la cerveza a quince metros sobre el suelo.

»Krale fabricó un arnés de cuerdas con el que la izó a pulso. Después excavó el cuarto en la madera viva del tronco, y colocó la piedra como suelo. Éste iba a ser el último hogar de su gente, y lo construyó a conciencia, para que durara siglos.

Como para corroborar sus palabras, Otik propinó un fuerte taconazo en el piso. Los ángulos de los bordes estaban redondeados a causa de las paredes de madera viva, que habían crecido rebasando la piedra a razón de unos milímetros cada año.

—Una vez pasado el peligro —continuó el posadero—, los vecinos de Solace habrían podido reanudar la vida a nivel del suelo, pero no lo hicieron. Éstas eran sus casas, las definitivas. Para entonces, ningún otro lugar en el mundo sería un hogar para ellos. Ni para mí tampoco. —Algo turbado por su discurso, Otik carraspeó—. Bueno, jovencita, ve a traer más agua.

Mientras trabajaban, Tika empezó a canturrear en voz baja. Tenía una voz suave y dulce, y Otik se alegró cuando, por último, empezó a cantar.

La tonada era una balada de las colinas, melódica y melancólica. La muchacha, llevada por el entusiasmo, la entonó con gran tristeza. A la segunda estrofa había soltado la bayeta y tenía los ojos cerrados. Estaba tan entusiasmada que incluso se había olvidado de Otik. Él la escuchó en silencio, sabedor de que cesaría de cantar, avergonzada, si se percataba de su presencia.

En los últimos tiempos, la chica se había vuelto arisca y tímida en el trato con los hombres; una actitud poco favorable para una camarera, pero que era la normal para su edad.

El posadero no le daba importancia, pues sabía que esa timidez no tardaría mucho en desaparecer. Escuchó atento la canción.

*A mi puerta crece un árbol;
cada año lo veo tornar de color,
extender sus ramas, echar nuevos tallos.
Me pregunto si, al llegar al próximo otoño,
seguiré aquí sola, a su lado,
mientras cambia sus verdes en oro.*

*Cuando estaba aquí mi amado,
los pájaros alzaban sus trinos al cielo,
que, como nuestras ilusiones, se remontaban muy alto.
Mi amor se marchó a la guerra, lejos,
y ellos siguen con sus cantos,
que son para mí tristes ecos.*

Mis mejores amigas se casarán,

*se despedirán de mí con lágrimas y besos.
Tendrán esposos con quienes hablar,
hijos a los que arrullar quedo,
y yo pasaré otro año más, aguardando su regreso.
Cantan felices noche y día,
porque les espera un futuro bello.
A mí me complace su alegría...
Miro a los pájaros, y ellos
dulces trinos me dedican,
que son para mí tristes ecos.*

A Otik le gustó mucho la tonada, que le resultaba familiar. Mientras observaba a Tika cantar con los ojos cerrados y siguiendo con los brazos la cadencia de la melodía, una idea repentina, algo dolorosa, cruzó su mente.

«Está ya casi en edad de tener su propia casa».

La muchacha vivía con él hacía tiempo. Ates de que llegara Tika, había vivido solo y feliz durante muchos años, pero ahora le resultaría muy penosa la soledad. Al terminar la canción se volvió hacia la joven.

—Hermosa balada —dijo—. ¿Cómo se llama?

—¿Qué? —Tika se ruborizó—. ¡Ah, la canción! Se titula «Balada de la espera de Elen». La oí anoche por primera vez.

—Sí, ahora lo recuerdo.

El intérprete había sido un joven de unos veintitrés años, y la mayoría de su auditorio fueron quinceañeras. El muchacho tenía un bonito pelo oscuro y rizado, y los ojos de un azul profundo. Cuando inició la segunda tonada, la mitad de las chicas de Solace lo rodeaban.

—¿No era un atractivo joven quien la interpretó? —Preguntó Otik con malicia.

—Te burlas de mí. Nunca me tomas en serio.

Tika frunció el entrecejo, y siguió enfurruñada aunque Otik negó con la cabeza y sonrió.

—Claro que te tomo en serio, niña. Ese joven que cantaba...

—Rian —interrumpió ella. Su tono se dulcificó y desapareció el gesto de enfado—. Y no es tan joven como te figuras. ¿No reparaste en que tenía canas?

—¡No me digas! ¿Siete?

Ella, sin percatarse de la chanza, asintió con un enérgico cabeceo que hizo brincar sus rizos pelirrojos.

—Sí, siete. Cuando acabó su actuación, permitió que tres de nosotras las contáramos, y todas llegamos a la misma cifra.

—¡Qué amable por su parte!

—Bueno, creo que a él le gustó que lo hiciéramos —dijo Tika con inocencia.

Luego arqueó una ceja y añadió—: Sobre todo cuando se las contó Loriel.

—¿Cuál de ellas era Loriel? —Preguntó algo confuso el posadero.

El grupo de jovencitas asistentes había sido muy numeroso y, para regocijo de Otik, tras la actuación de Rian las muchachas se habían dedicado a recorrer la taberna de un lado a otro, con la cabeza muy erguida, como si anduvieran perdidas en los más nobles pensamientos. Un joven de la localidad, pelirrojo y larguirucho, de ojos saltones, se había sentado en un rincón sin dejar de recitar letras de canciones; sus amigos rebulleron inquietos, como si temieran que se pusiera a cantar en cualquier momento.

A la pregunta de Otik, Tika reaccionó restregando el barril con tanta energía que lo hizo tambalear. El posadero lo sujetó mientras ella respondía con aparente indiferencia:

—¿Loriel? Ya saber, la de la nariz respingona que tiene un montón de pecas. La que enseña los dientes cuando se ríe... lástima que los tenga tan torcidos... y que presume por ese montón de pelo color de la paja.

—¡Ah! Es ésa que tiene una preciosa melena rubia...

Otik recordó que la chica en cuestión frecuentaba mucho la posada en los últimos tiempos. En opinión del posadero, se reía demasiado, pero a los chicos de su edad parecía gustarles que lo hiciera. También tenía por costumbre alejarse de la gente dándose la vuelta de manera que la melena ondeara en el aire para después caer sobre su espalda como si acabara de peinarla. El posadero había sorprendido a Tika en dos ocasiones practicando aquel mismo gesto.

—¿De verdad crees que es guapa? —Preguntó la muchacha fingiendo sorpresa—. ¡Qué bueno eres! Pobrecilla. Le alegrará saberlo.

Los restregones al barril eran más enérgicos a cada momento que pasaba. De repente, Tika se llevó las manos a los ojos y el agua sucia se los embadurnó.

—¡Ay, Otik! —Gimió—. ¡A él le gusta ella y yo no!

—Vamos, vamos.

El posadero intentó consolarla y la rodeó con su brazo mientras pensaba, y no por primera vez, que de haber tenido esposa, ahora la pobre criatura contaría con alguien más sensible que sabría cómo ayudarla.

—Vamos, niña. No creo que ese muchacho sea el amor de tu vida. Es sólo un chico con una buena voz, atractivo y mayor que tú. ¿Cómo es posible que te guste alguien así?

—Su comentario consiguió arrancar una sonrisa a la muchacha, que se secó las lágrimas con el antebrazo.

—Tienes razón, pero Loriel... Pensaba que era mi amiga y... ¿Qué habrá visto en ella?

—Eh... —Otik creía saberlo—. Bueno, ella es mayor que tú, ¿no?

—Muy poco. Sólo un año —contestó entre hipidos.

—No empieces a llorar otra vez. ¡Acabarás por salar la cerveza! —dijo el posadero para hacerla reír, y casi lo consiguió—. Has de ser paciente, como la mujer de la canción. ¿Cómo era la historia?

—Era un hombre que se despide de su amada con un beso y se marcha para no volver. Pero ella no lo sabe, y espera su regreso hasta que se hace vieja y muere.

—Y los pájaros le cantan ¿no?

—Sí, pero sus trinos son muy tristes. —Tika suspiró—. Otik, ¿me ocurrirá a mí lo mismo? ¿Crees que acabaré así, sin nadie a quien amar y con quien vivir, durmiendo sola, y cocinando sólo para mí?

El posadero se quedó largo rato contemplándose en el espejo que había tras el mostrador. Después se volvió hacia la muchacha.

—A veces ocurre, pero no creo que sea tu caso. Y ahora, mi preciosa chiquilla, ve a buscar el último barril y tráemelo.

Mientras ella se alejaba, Otik empezó a restregar el tonel con movimientos enérgicos. Más enérgicos de lo que, quizás, era necesario.

Aunque ya había caído la tarde, no se olía el típico aroma de las patatas picantes, ni se escuchaban gritos pidiendo cerveza.

Otik había colocado una jarra boca abajo sobre el poste, al pie de la rampa. Con esa señal, todos, incluso los que no supieran leer, se ahorrarían una escalada innecesaria hasta la posada. Siempre cerraba la taberna cuando preparaba una calderada y no volvía a abrir hasta que la nueva cerveza estaba lista.

El tonel se encontraba frente al mostrador, limpio y lleno de agua del manantial, a la espera del jarabe de malta. Otik tenía el extracto preparado y templado. La levadura, último componente de la mezcla, estaba en una escudilla sobre el mostrador.

Pero el lúpulo aún no había llegado, y Otik empezaba a sentirse tan impaciente como la propia Tika, cuando se escucharon unos pasos lentos y pesados que subían la rampa...

—¡Tika, ven! —Llamó.

La chica salió de la cocina mientras se secaba las manos en el delantal.

—¿Oyes eso, muchacha? Alguien acarrea un bulto pesado. Por fin ha llegado nuestro cargamento de lúpulo.

Ladeó la cabeza y escuchó con atención. La experiencia de los años le hizo comentar:

—No es tan pesado como esperaba. ¿Acaso Kerwin no trae la carga completa?

La puerta de la posada se abrió de golpe, y un saco de arpillera entró en la sala dando tumbos, como si anduviera solo, y fue a parar de un salto junto al tonel.

Un kender, aún doblado por el peso del saco, los miró con unos ojos escrutadores enmarcados por arqueadas cejas.

—Moonwick —dijo Otik, sin el menor asomo de entusiasmo en la voz.

Entre los habitantes de Krynn, los pequeños y traviesos kenders eran conocidos por su afición a gastar bromas pesadas y por su absoluta falta de respeto hacia la propiedad ajena. Moonwick, además, tenía una fama que sobrepasaba con creces a la de los restantes miembros de su raza.

Se comentaba, incluso entre los viajeros más serios, que en cierta ocasión, estando Moonwick en el lago Crystalmir, los componentes de una tripulación con los que había celebrado una fiesta despertaron sobre la cubierta del bote y se encontraron con que su embarcación estaba colgada entre dos árboles, a nueve metros del suelo. En las ramas más altas quedaban marcas de poleas. Unas poleas que, por desgracia, habían desaparecido. Costó dos días de trabajo bajar la embarcación al suelo entre ocho hombres.

Corrían muchos más rumores, historias que, seguramente, habían sido difundidas por el propio kender, sobre cómo había robado en distintas ocasiones la cola de a un gato, la melena rubia a una joven, y, la noche que se produjo un extraño eclipse, la luz de la propia luna... De ahí su nombre, Moonwick, es decir, Pabilo de Luna.

Otik, sin embargo, era de los que apoyaban la teoría más popular de que el nombre del kender se debía a una tergiversación favorecedora de su nombre real, Moonwick, o, lo que es lo mismo, magín Lunático. El kender sonrió al posadero.

—Aquí tienes tu carga de lúpulo. Sólo los dioses saben las veces que he rezado para que le crecieran palas al saco y viniera por sus propios medios. A ver, ¿dónde está mi recompensa? —Su sonrisa se ensanchó—. Me conformo con un poco de oro...

Otik no le devolvió la sonrisa.

—Era Kerwin quien debía traer mi carga. ¿Qué le ha pasado?

—Moonwick adoptó una actitud seria.

—Le pagaste por adelantado. Con dinero fresco en el bolsillo, se le despertaron ganas de jugar. Le dije que podíamos apostar cualquier cosa: botones, guijarros, objetos que lleváramos en los bolsillos... Pero no me hizo caso e insistió en que fuera dinero, argumentó que tenía la corazonada de que estaba de suerte.

El posadero estrechó los ojos.

—¿Y jugó contigo por dinero? ¡Qué la Diosa Fortuna se apiade de sus lunáticos huérfanos! ¿Qué pasó?

—Perdió —comentó el kender con gesto compungido.

—¡Quién lo hubiera imaginado! —El timbre de Otik era irónico, pero, cuando Moonwick inició una protesta, el posadero lo cortó con brusquedad—. ¡Olvídalo! No tiene importancia. Lo que me interesa es por qué has traído tú el lúpulo.

La expresión del kender se tornó agraviada e iracunda.

—Kerwin me dijo que, ya que la paga había pasado a mí poder, también me correspondía el trabajo. Le respondí que era una estupidez, y discutimos. Luego, me propuso jugarnos quién de los dos hacía el viaje.

—Y, por supuesto, aceptaste, ya que eres incapaz de rechazar una apuesta. Sigue.

El posadero imaginaba lo que venía a continuación, pero no acababa de creerlo.

—Ganó él —farfulló el kender—. No alcanzo a comprender cómo ocurrió. Tuvo que hacer trampa.

—Sin lugar a dudas. En cualquier caso, tú ya has cobrado por el trabajo. No obstante, como pago por todas las molestias, te invitaré a una cerveza. Y a comer, si te apetece.

Mientras hacía el ofrecimiento, Otik se arrodilló junto al saco, lo abrió, y hundió las manos en el montón de lúpulo.

El kender manoseó con gestos inquietos su jupak, que llevaba sujeta al cinturón. Daba la impresión de que la vara, que era a la vez la mejor arma y el principal instrumento musical de los kenders, le estuviera estorbando.

—Bueno, verás... Ya tomé algo por el camino. Compartí la comida con un... Bueno, con otro viajero.

Otik, a quien la experiencia de tantos años al frente de una posada le había agudizado el instinto, captó el tono evasivo en la voz del kender.

—¿Qué tipo de viajero? —Preguntó.

Moonwick se encogió de hombros.

—Un humano —fue la escueta respuesta. Tuvo que agarrar otra vez la jupak, que no dejaba de inclinarse hacia un lado—. Este trasto no mantiene el equilibrio como es debido.

De repente, el posadero cayó en la cuenta de por qué el kender se mostraba tan reacio a hablar de su compañero de viaje.

—Quizá se deba al peso del saquillo que cuelga de su punta —comentó con sorna.

—¿Saquillo? ¿Qué saquillo? —Preguntó Moonwick mientras daba media vuelta—. No veo ninguno.

La vara, naturalmente, había girado al mismo tiempo que él.

—Sobre tu hombro —indicó Otik—. ¡No, ése no! El otro. El cordón de cierre está enrollado al extremo de la honda.

El posadero suspiró resignado al ver al kender que escudriñaba acá y allá, con la aparente incredulidad de quien jamás espera encontrar en su poder la propiedad de otra persona.

—¡Caray! ¡Fíjate! Es un saquillo, como dijiste. ¿Quién lo hubiera imaginado?

—Sí, parece increíble —dijo Otik con sarcasmo.

—Y, sin embargo, —continuó el kender—, creo saber cómo ha llegado a parar ahí. ¿Sabes cómo se maneja una jupak?

Tengo una vaga idea, sí.

Es conocido que los kenders son capaces de mover estos artilugios tanto para combatir como para crear sonidos, con una rapidez que el ojo apenas puede captar. Otik había presenciado en cierta ocasión cómo un espadachín borracho perdía una pelea con un kender aparentemente desarmado, ya que el pequeño personaje estaba a más de metro y medio de su jupak cuando empezó la trifulca.

Moonwick se dispuso a exponer su teoría de lo ocurrido.

—Verás, estaba cantando e hice girar la jupak para alcanzar una nota más aguda. Por cierto, en un día seca y algo ventoso, logro sacar dos notas al mismo tiempo. En fin, como iba diciendo, torcí un poco la muñeca mientras la giraba, y, al inclinarse, debió de enganchar el cordón del saquillo.

—Claro, claro. Así debió de suceder... —se mofó Otik.

—Te haré una demostración.

Moonwick empezó a dar vueltas a la vara sobre su cabeza; la jupak, al parecer de manera accidental, pasó rozando el mostrador y llegó hasta la pared.

—Como comprobarás —siguió el kender—, resulta difícil ver hasta dónde llega la punta cuando la estás rotando.

—Sí, ya me doy cuenta —repuso el posadero, a la vez que cogía al vuelo una jarra que se había enganchado al extremo de la vara como por arte de magia—. A veces ocurre de manera accidental —comentó, irónico.

—En efecto —Moonwick adoptó una expresión inocente—. Porque nunca, jamás, se me ocurriría quitarle a alguien su bolsa.

—Desde luego que no.

—En especial, a un tipo tan amable e inteligente como era ése. —El kender se apoyó en la jupak—. Compartimos nuestras provisiones para hacer más variada la comida. Y me relató un montón de historias fabulosas.

»Al parecer ha buceado hasta el fondo del lago Crystalmir para coger peces roca. Y también ha recolectado platas al mismo borde del Bosque Oscuro. En cierta ocasión, trepó por un árbol muerto en una noche de luna llena con el propósito (¡vaya que tiene gracia!) de hablar con el espíritu de su abuela, quien jamás lo había respetado cuando vivía.

»Me dijo que se llamaba Ralf, y que iba a visitar a su madre. —El kender mostró una actitud pensativa—. A ella deben de gustarle las joyas, porque Ralf llevaba un montón de pequeños regalos. Sin embargo, cuando se refería a ella, cambiaba de nombre cada dos por tres. Por ejemplo, dijo que en este saquillo había unos polvos para abrir el apetito a Gwendol. Luego la llamó Genna. Y más tarde Gerria.

—¿Polvos? —Interrumpió Otik—. ¿No sería un mago?

—¡Oh, no! Era un simple buhonero que vendía amuletos, pociones, bebedizos... Nada serio. —El kender cogió el saquillo y se lo tendió al posadero—. Es posible que el pobre hombre se presente aquí cualquier día de estos y pregunte por su bolsa. Si no te importa...

—No. —Se negó en rotundo Otik.

—No le tendrías por mucho tiempo. ¿No creerás que...?

—He dicho que no.

—¿Qué mal hay en que...?

—No tengo ni idea de si hay o no algún mal en ello —interrumpió el posadero con firmeza—. Y no pienso averiguarlo. No quiero tener nada que ver con cosas mágicas.

El kender le dedicó una mirada conmiserativa.

—Con esa actitud, te perderás un montón de emociones —dijo.

—Hace tiempo me juré a mí mismo que renunciaría a darle cualquier emoción a mi vida —replicó Otik.

—De acuerdo. —Moonwick cogió una jarra—. Tal vez me quede a pasar la noche —comentó con un deje esperanzado.

—Ni hablar. Aún estoy reponiendo los tenedores que desaparecieron tras tu última visita.

—¿No pensarás que fui yo? —Preguntó enojado el kender—. ¡Eh! ¿Qué se ha oído en la cocina? ¿Un grito?

En efecto, era un grito. Y lo siguió un estruendo, como si al cocinero se le hubieran caído encima todos los cacharros. Otik lanzó un gruñido de fastidio.

—Otra vez se han caído los estantes de la despensa —dijo, a la vez que corría hacia la cocina.

Acababa de salir de la taberna, cuando la espita del barril que había en el mostrador dijo con voz chirriante:

—Sírvete otra.

—Sí, lo haré —aceptó alegre el kender—. Y gracias por la invitación.

Mientras bebía, y sólo por seguir practicando, hizo que el grito de un cocinero enterrado bajo cacharros saliera de uno de los fardos que colgaban de su hombro.

Después cogió su jupak y la giró de modo que el saquillo enganchado en la horquilla se balanceó a uno y otro lado. Cuando los nudos del cordón se soltaron, cogió la bolsa al vuelo con gran destreza y la olisqueó.

—¡Qué aroma más raro!

La abrió y la inclinó hacia un lado mientras la sacudía con suavidad. Un pellizco de polvillo, semejante a la canela, cayó al suelo. Moonwick torció el gesto.

—Es para un hechizo, no cabe duda —opinó—. Tiene un olor desagradable, demasiado... dulzón, y pecante. Ni siquiera lleva etiqueta. Podría servir para

cualquier cosa. ¿Cómo espera Ralf que quien se encuentre su saquillo por casualidad sepa qué hacer con él? —Suspiró—. Para abrir el apetito ¿eh? ¡Bah! No puede fiarse uno de los magos. —Moonwick hizo saltar el saquillo sobre la palma de su mano—. Aun así, la bolsa es bonita.

El kender se asomó tras el mostrador en busca de un sitio donde vaciar los polvos, y vio el tonel de la mezcla, medio destapado. Esbozó una sonrisa traviesa, levantó del todo la tapa, y sacudió dentro el contenido de la bolsa.

Al poco regresaba Otik. El posadero echó una rápida ojeada por la sala, pero no echó nada en falta. Miró con fijeza a Moonwick, que le sonrió con expresión inocente.

—¿Qué ocurría? —preguntó el kender.

—Nada. No sé de dónde vino ese grito, pero no procedía de la cocina.

—Buena cerveza —dijo Moonwick, con intención de llamar la atención del posadero y que dejara de pensar en el misterioso grito.

—Es mi propia receta —respondió ufano Otik—. Y gracias a tu colaboración, la calidad de la nueva calderada será aún mejor.

El kender se atragantó. Otik se inclinó para darle unas palmadas en la espalda. Entonces se fijó en una bolsa vacía que estaba caída en el suelo.

—¿Qué es esto? —murmuró, mientras la recogía.

—Es mía. —El kender se la arrebató de las manos con un gesto fulgurante—. Espero llenarla algún día.

—No será en mi posada —comentó Otik. Al ver que el kender se levantaba para marcharse, añadió—. Gracias, Moonwick. Deja la puerta abierta al salir. Así se ventilará el olor de la mezcla. Si quieres saborear lo que han transportado, regresa la próxima luna.

—Será mejor que me ponga en marcha —se disculpó el kender. En el fondo, no era una excusa. Ralf aparecería más pronto o más tarde buscándolo—. Espero que me sea posible regresar para probar esa nueva cerveza.

Se despidieron con un apretón de manos, tras el cual el posadero comprobó si su anillo continuaba en el dedo.

Escuchó el tranquilizador ruido de las pisadas del kender que bajaba por la rampa. Suspiró satisfecho y dijo para sus adentros: «ahí va una fuente de problemas y, por fortuna, no ha ocurrido ninguna desgracia. Ahora, a calderar la mezcla».

Se dirigió a la parte trasera de la taberna, en busca de Tika.

Al poco de haberse ausentado de la sala, dos golondrinas, una macho y una hembra, entraron volando por la puerta abierta. Empezaron a picotear el fino polvillo aromático que se había derramado en el suelo. Acto seguido, remontaron otra vez el vuelo mientras habían piruetas, gorjeaban bulliciosas, se daban el pico, y apretaban sus cuerpecillos con frenesí.

Tras echar el lúpulo al caldero, Otik limpió los pulidos cantos refractarios y fregó las tenazas de hierro con las que los manipularía después. La posada empezó a calentarse al encender el fuego y abrir el respiradero para avivar los carbones. Extendió los cantos refractarios sobre una losa rasa y limpia del hogar. Conforme se fueron calentando, los cogió con las tenazas y los introdujo en el mosto.

Al poco, sudaba copiosamente. Con un resoplido, soltó a un lado las tenazas y se enjugó la frente.

Por su propia iniciativa, Tika recogió las herramientas, extrajo del tonel los cantos ahora fríos, y los repuso con los que estaban calientes. Los dejó caer en el mosto con suavidad para evitar que salpicaran.

Otik la observó henchido de orgullo. De haber sido él más joven, no habría tenido que hacer un alto para descansar. Claro que, en tal caso, Tika habría sido demasiado pequeña para que él consintiera en que lo sustituyera en la tarea.

Mientras el tonel empezaba a echar vapor, el posadero pensó por segunda vez: «Ya está casi en edad de tener su propia casa». Sacudió la cabeza para alejar aquella idea, y se esforzó por concentrarse en su trabajo.

Cuando la cocción hubo concluido, Tika y Otik vertieron la cerveza en barriles más pequeños; sólo llenaron las cuatro quintas partes de su capacidad, puesto que el mosto crecía durante la fermentación, y un barril completamente lleno podía reventar. El posadero recordaba todavía aquella ocasión en el que, siendo aún joven, había llenado uno a rebosar y tuvieron que pasar semanas antes de que desapareciera el olor que había impregnado toda la posada cuando el barril estalló.

Cada vez que cerraban un barril, lo llevaban rodando despacio hasta el tronco del vallenwood, y lo colocaban vertical, de manera que le llegaran los rayos de sol, pero siempre alejado de las paredes exteriores.

Durante los primeros siete días, los barriles se mantendrían caldeados, siguiendo el proceso, mientras que la levadura se asentaba.

Una vez transcurrida la semana, los trasladarían con toda clase de cuidados hasta el frío suelo de piedra de la despensa, y los dejarían allí para que la cerveza madurase en la fresca y tranquila penumbra, hasta la siguiente luna llena.

Si para entonces disponían de más barriles —y sobre todo si tenían fuerzas y ganas—, Otik y Tika verterían la cerveza en los recipientes recién fregados para su maduración final. A menudo, el tabernero inventaba cualquier clase de excusa para rehuir ese trabajo extra. Tener que repetir la operación de fregar los barriles y trasvasar la cerveza a medio madurar le parecía una labor excesiva para obtener una bebida agradable.

Por ahora, sin embargo, la parte más dura del proceso de fabricación había concluido, y ambos creyeron percibir un delicioso aroma procedente del mosto.

Tika, que había olvidado o dejado de lado sus problemas; cantó otra estrofa del «Balada de la espera de Elen».

*¿Llegará algún día quien conozca
hacia dónde va el tiempo,
y me guíe de la mano en esa hora?
Sé que me estoy consumiendo
día a día, y el corazón no soporta
la larga ausencia de su dueño.*

*No digo que él más supiera,
ni que otros hombres sepan menos,
pero sí supo colmar mi alma entera.
Los pájaros miran, escuchan, y luego,
año tras año lo esperan,
cantando sus tristes ecos.*

Otik cerró herméticamente otro barril. Lo que cantaba Tika le trajo un vago recuerdo.

—Es muy bonito. —Contempló ensimismado los viejos barriles oscurecidos por el tiempo—. También había canciones así cuando yo era un muchacho.

—¿Cómo ésta? —La chica no salía de su asombro. Era imposible que jamás se hubiese escrito una canción tan profunda y sentida.

—Como ésta, o quizá mejores. Algunas incluso hablaban de los pájaros.

Un estallido de trinos resonó en el exterior y el posadero se asomó curioso sobre la ventana.

—Aunque yo no afirmaré que todos sus cantos sean tristes. Si no estuviéramos en otoño, juraría que las golondrinas se están apareando —comentó.

—Otra vez me tomas el pelo —rezongó la chica.

—Naturalmente. —Otik le dio un rápido y cariñoso abrazo. Luego olisqueó el vaho que desprendía el mosto, y añadió—: Maravilloso, mi avispada jovencita. ¿Querrás ayudarme ahora a terminar de echar la cerveza en los barriles pequeños?

—Tika lo hizo. El resto de la soleada tarde transcurrió de un modo placentero y, al llegar la noche, ambos fueron conscientes de que jamás se habían sentido tan unidos como en aquel momento. Más, incluso, que si fueran padre e hija.

La oronda luna llena acababa de salir y brillaba a través de las gruesas ramas del vallenwood cuando Otik sacó rodando de la despensa el primer barril de cerveza nueva. Apenas acababa de anochecer y el posadero estaba más nervioso que un recién

desposado.

Había taberneros que reservaban el primer barril y no lo destapaban hasta la segunda o tercera ronda de la noche, pero Otik despreciaba esta forma de proceder. ¿Qué mejor manera de apreciar plenamente el sabor de una cerveza que degustándola a lo largo de toda la velada, sin cambios ni mezclas? Era un riesgo, lo sabía. La reputación de algunas posadas se había resentido durante años a causa de la mala calidad de una calderada, incluso los viajeros que no bebían mucho evitaban hospedarse en ellas al juzgar que el servicio y las camas serían de tan baja calidad como su bebida. Sin embargo, una buena casa debe ofrecer lo mejor que tienes, y Otik siempre había dejado de abrir los nuevos barriles para servir la primera ronda después del ocaso.

Un hombre joven y esbelto, buhonero a juzgar por el aspecto de sus bártulos, apareció en el umbral y se sacudió el polvo de sus ropas.

Otik hizo un silencioso gesto de aprobación, que desapareció de inmediato cuando el mercader, amablemente, sacudió también el polvo a un caballero mientras lo despojaba con gran habilidad de su bolsa.

El posadero carraspeó con fuerza. El buhonero sufrió un ligero sobresalto, se encogió de hombros y devolvió a su sitio la bolsa. El caballero lo palmeó con contundencia en el hombro.

—Os lo agradezco, señor. Cuando seáis un viejo añoso, podréis contar a vuestros maravillados nietos que en cierta ocasión, limpiasteis la armadura de Tumber el Poderoso.

El mercader se frotó el dolorido hombro.

—No os quepa duda de que, si llego a esa edad, recordaré a menudo a su señoría—respondió el mercader con actitud obsequiosa, aunque en su voz se advirtió un deje de cierta sorna.

El caballero sonrió complacido y tomó asiento. El buhonero se dirigió a Otik.

—Le limpiaba una mancha que tenía bajo la bolsa y me olvidé de ponerla de nuevo en su sitio. Gracias por... mmmm... recordármelo.

—Fue un placer. —Otik añadió con énfasis—. Siempre estoy atento para que mis clientes no se olviden de esos pequeños detalles.

—Bien, bien. Aunque dudo que yo tenga otro descuido semejante. —El hombre hablaba mientras sus ojos vigilantes recorrían el establecimiento—. Dígame, señor...

—Otik —dijo el posadero, a la vez que ofrecía la mano como tenía por costumbre.

—Yo soy Reger, más conocido por Reger el Buhonero. —Soltó la mano de Otik, miró la suya con asombro y devolvió al posadero su anillo—. ¡Caramba, fíjese! ¡Ha vuelto a fallarme la memoria! Y eso que estaba usted para recordármelo... —concluyó, esbozando una apacible sonrisa. Otik se echó a reír.

—Muy hábil. Un trabajo rápido y limpio —admitió el posadero—. He captado su mensaje, Reger, y, en lugar de vigilarlo, le pido su colaboración.

—Cuenta con ella —respondió el hombre. Por primera vez, se advirtió el cansancio en su rostro—. He tenido un viaje largo y agotador. Sólo quiero comer algo y tomar una buena cerveza.

—Yo mismo le traeré la cena. En cuanto a la cerveza... —Otik rebulló inquieto—. En fin, espero que quede complacido.

—Seguro que sí —asintió Reger con cortesía. Se inclinó hacia adelante para acercarse al posadero—. Doy por sentado que conoce bien a toda esta gente. ¿Sabe si algún vecino se ha quejado últimamente de la mala calidad e los utensilios de cocina, o tiene aparatos que funcionan mal, o se rompen, o les rechinan las juntas?

—No, nadie —respondió desconcertado Otik.

—Bien, qué se le va a hacer. —Reger adoptó una actitud confidencial—. ¿Sabe de algún buen hombre o mujer, quizás usted mismo, que, cansado del engorroso trabajo en la cocina, quisiera hacer su labor más llevadera, o que el mezquino pelar y cortar fuera una tarea más sencilla, y todo ello gracias al asombroso, inédito, eficaz, rápido...? —El hombre rebuscó en su bolsa de viaje.

Otik le interrumpió con cruda franqueza.

—Tengo una herramienta para hacer esa clase de trabajo. Se llama cocinero. El cocinero tiene un dispositivo para pelar y cortar. Se llama cuchillo, y está muy, muy afilado. El cocinero, además, tiene un genio espantoso y una memoria sorprendente. Le aconsejo que no intente vender aquí su mercancía, señor.

—De acuerdo —Reger sacó la mano de la bolsa y empezó a tamborilear con los dedos en el mostrador—. Tal vez sea mejor que me limite a descansar el resto de la jornada. No me vendrá mal un pequeño respiro, después de todo.

—Tampoco a nosotros, señor —dijo Otik con un suspiro.

Tika, que pasaba en ese momento junto a los dos hombres, con la cabeza demasiado gacha debido a su exagerada timidez, dio un tropezón y estuvo en un tris de irse de bruces al suelo. La mano izquierda del buhonero se movió velozmente y asió la bandeja. La sostuvo equilibrada con facilidad mientras que su mano derecha sujetaba a la muchacha por el brazo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí, sí. —Tika se sonrojó—. Se me ha enganchado el pie en... Me he tropezado con... —Balbuceó, y enmudeció consternada al verse el vestido—. ¡Oh, se ha manchado! Debo de tener un aspecto horrible.

—Estás preciosa —dijo él, quitándole la bandeja de las manos—. Demasiado encantadora par que vayas por ahí luciendo esa fea mancha que parece un borrón de pintura. ¡Sería un escándalo!

—Bromea —respondió Tika, que había enrojecido hasta la raíz del cabello.

—Claro que sí —Reger le guiñó un ojo—. Y opino que no lo hago mal del todo. Anda, ve a limpiarte esa mancha. Yo me encargaré de servir la bandeja.

La muchacha miró interrogante a Otik, quien asintió con un leve cabeceo.

—Gracias. —Con los ojos bajos, Tika hizo una breve reverencia, dobló la falda de manera que no se viera el manchón y se alejó precipitadamente.

—Deme la bandeja —pidió Otik.

Reger hizo con la cabeza un rotundo gesto de negación.

Un mechón de cabello se escapó de debajo de la capucha y le dio apariencia de un muchacho obstinado.

—Dije que lo haría yo, y quiero cumplir mi palabra. —Miró a Tika, que se dirigía hacia la cocina, y volvió a sonreír—. Una chiquilla encantadora. Mi hermana tiene más o menos su edad.

—Está bien —accedió Otik—. Lleve la fuente con patatas a la mesa del fondo. Ponga cuatro platos y cuatro cucharas en cada mesa, excepto en la grande del centro. Tendrá lista su cena cuando haya terminado.

—No hay de qué. Es un placer ayudarlos —comentó Regger, empleando de nuevo su tono obsequioso.

Levantó la bandeja sobre el hombro y se abrió camino entre las mesas, sin dejar de canturrear en voz baja. Otik lo observó mientras se alejaba.

En la mesa más cercana, dos hombres, ganaderos a juzgar por sus vestimentas y el aspecto ligeramente bovino que adquieren quienes se dedican durante años a tales menesteres, se abalanzaron sobre la fuente de patatas. Entretanto, Tumber el Poderoso, que se sentaba a la mesa de al lado, enarbolaba la cuchara y les describía un combate.

—Y, señores, imagínenlo, por favor: un mago y dos hombres, la viva estampa de la maldad, plantados ante mí. Y yo, recién salido del arroyo de tomar un baño, desarmado y desnudo. Imaginen al mago torciendo el gesto y dispuesto a conjurar un rayo mortal; e imagínenme a mí, señores. —El caballero se puso de pie. A pesar de la armadura, el estómago le rebosaba sobre el cinto—. Imagínenme, desnudo...

—Por favor —barbotó con brusquedad uno de los ganaderos—. Estamos comiendo.

El otro soltó un gruñido y se tapó la nariz y la boca con la mano, haciendo un gesto grosero.

Tumber el Poderoso no se dio por aludido.

—¿Qué puede hacer un hombre en tal situación? —Continuó, y miró a lo alto, como si esperara encontrar la respuesta en las vigas del techo—. ¡Ah! Pero ¿qué haría un héroe? —Propinó un puñetazo en la mesa que hizo saltar la fuente de patatas—. Di un salto —y saltó adelante, a la vez que los dos ganaderos retrocedían de un brinco—. Rodé por el suelo. —El caballero se balanceó de un lado a otro y estuvo a

punto de atropellar a Reger lo evitó merced a una ágil finta—. Agarré mi espada, esta misma que cuelga de mi cintura, y, con la única ayuda de mis manos y un acero libre de brujerías, detuve el rayo mágico e hice que se volviera contra él. —Tumber cruzó los brazos en un gesto triunfante—. El mago murió, por supuesto. Y yo bauticé a mi espada con el nombre de Rayo Mortal, en honor a la hazaña de aquel día.

Su actitud pomposa se tornó en otra de nerviosa incomodidad cuando los ganaderos, que masticaban al unísono como si la vida les fuera en ello, no sólo no lo aplaudieron, sino que lo observaron con ojos insolentes. El caballero echó una ojeada en derredor, en busca de algún otro oyente, y se encontró con que una mujer de la localidad, de centelleantes cabellos rojizos y brazos musculosos, lo contemplaba arrobada y boquiabierta.

—¿Dónde ocurrió eso? —se atrevió a preguntar la mujer.

—¡Ah, cierto, cierto! ¿Dónde? —El caballero se dirigió a la mesa que ella ocupaba y tomó asiento—. Tuvo lugar en unas tierras tan distantes, tan desconocidas para usted, que si le hablara de ellas...

—¡Oh, sí! ¡Hágalo, por favor! —Exclamó con ansiedad—. Me entusiasman las historias sobre lugares remotos, héroes, batallas, magia. Me pasaría el día entero escuchándolas si no tuviera que hacer mi trabajo. —La mujer tendió una mano enrojecida con gesto desmañado—. Mi nombre es Elga, pero me llaman Elga la lavandera —balbuceó.

Él se inclinó respetuoso, sobre su mano.

—Yo soy Tumber. —Hizo una pausa para darle al asunto cierta intriga—. Conocido por Tumber el Poderoso.

La impresión que espera suscitar se produjo. Sonrió complacido a la mujer.

—Si me hace el honor de cenar conmigo, tendré mucho gusto en relatarle historias de batallas y gloria, de magia y monstruos, de viajes y naufragios, todas ellas presenciadas con mis propios ojos.

En cierto modo, era verdad, ya que Tumber sabía leer y había visto los relatos escritos en los libros. A Elga le traía sin cuidado que el hombre fuera de verdad un héroe.

—Cuéntemelo todo. Hasta el último detalle. Ojalá pudiera presenciar alguna de esas aventuras. —Su voz denotaba amargura, y sus ojos relucían con un fuego más ardiente que los llameantes rizos pelirrojos.

Tumber había iniciado ya la primera narración cuando entró en la taberna una mujer esbelta, a pesar de que aparentaba haber cumplido los cuarenta, y se acercó al mostrador con gráciles movimientos. Llevaba una capa corta, y de la cintura colgaba una pequeña mochila.

—¿Llego tarde para cenar? —Preguntó al posadero con una voz clara y educada.

Otik, a quien había causado buena impresión la sencillez de sus ropas de viaje, se apresuró a contestar.

—No, señora, no es tarde. Tenemos patatas picantes y venado, y sidra, y...

—Huele muy bien. —La mujer sonrió—. Mi nombre es Hillae. Le ruego que me llame así.

A Tika le llamó la atención el cabello de la mujer. Le llegaba casi hasta la cintura, y era muy negro, salvo un mechón gris que crecía a un lado.

—Las posadas están abiertas hasta muy tarde las noches de luna llena —intervino la muchacha, sin dejar de observarla—. La gente viaja más esos días. Suponía que usted lo sabría por experiencia.

Hillae se echó a reír.

—Es decir, que tengo el aspecto raído de una trotamundos, ¿verdad? No, no te avergüences. Es cierto que llevo años viajando, pero las costumbres difieren de unas regiones a otras.

Tika movió la cabeza en señal de asentimiento y después se alejó. La mujer se volvió hacia Otik.

—Me gustaría comer algo.

—¡No faltaría más! —El posadero titubeó un instante al reparar en los dos ganaderos y en un forastero recién llegado que lucía un parche sobre uno de los ojos—. Si lo desea, le serviré la cena en un cuarto reservado, Hillae.

Ella sacudió la cabeza.

—Los cuartos reservados no están hecho para mí —dijo. Luego miró a Otik a los ojos y admitió con sencilla franqueza—: He comido sola muchas veces. Y no por mi gusto.

El posadero sonrió a su vez; comprendía muy bien lo que quería decir la mujer. Era, como él, un alma solitaria por circunstancias de la vida.

—Sé a lo que se refiere, señora. La sentaré en una esquina iluminada. No le faltará compañía.

—Gracias. —Hillae miró a Tika, que observaba de reojo al hombre del parche. El forastero le hizo un guiño y la muchacha se dio media vuelta con brusquedad—. La camarera es preciosa. ¿Hija suya?

—Adoptiva. —De manera inesperada, Otik añadió—: Verá, si entiende de cosas de jovencitas, idilios y esas zarandajas, quizá no le importaría a usted tener una charla con ella. Si no es molestia, claro está. Estos últimos meses ha sufrido desilusiones amorosas a razón de una por semana. Yo ya no sé qué decirle, pero usted, quizá... — Otik no acabó la frase, y abrió los brazos con gesto de desamparo.

—No tardará mucho en aprender de desengaños y corazones rotos sin necesidad de mi ayuda. Crecen muy deprisa a su edad. —La mujer palmeó la mano del posadero con gesto maternal, a pesar de que él era varios años mayor—. Sin

embargo, mándela a mi mesa cuando haya acabado su trabajo. Me gusta tener compañía... como usted muy bien adivinó.

Hillae se alejó con su caminar suave y tranquilo. Otik, aunque se sentía un poco tonto, se alegró de haberle pedido ayuda.

Para entonces, los vecinos de Solace habían empezado a llegar en grupos a la posada tras haber cenado en sus casas, y esperaban disfrutar de una agradable velada en la que no faltarían los chismorreos.

Los primeros en entrar fueron el pelirrojo y larguirucho Patrig con sus padres. Otik los saludó.

—Franken, Sareh. Lo siento, Patrig, pero esta noche no tendremos juglares que nos amenices la velada.

—¿De veras? —La voz del muchacho se encontraba en pleno cambio y sonó como un graznido. Su madre se acercó al posadero.

—No hace más que hablar de las canciones que escucha aquí. ¡Ama tanto la música! —dijo.

—Sí, pero el suyo es un amor imposible. —Franken soltó una risita ahogada y revolvió el cabello de su hijo—. El pobre es incapaz de entonar bien una sola nota.

El muchacho hundió la cabeza en el pecho y murmuró algo entre dientes. Los tres se dirigieron hacia la mesa central. En el camino se cruzaron con Loriel, que acababa de llegar. La chica se dio media vuelta de modo que la melena ondeó al aire en las mismas narices de Patrig. Una voz cascada rezongó junto al brazo del posadero.

—Música y galanteos. ¡Bah! Es lo único que interesa hoy a los jóvenes. Música y galanteos.

Otik saludó con respeto a Kugel el Anciano.

—Supongo que sí, señor. Aunque también a mí me gustaba echar una bailecito en mis años mozos —comentó el posadero.

Kugel torció el gesto.

—Yo me refiero a mucho antes, joven. Cuando la vida era sencilla y digna, y no había tanta novelería sentimental.

—Desde luego, señor. Mire, allí junto al fuego hay un asiento esperándolo. ¿Quiere que lo ayude?

La esposa de Kugel, una viejecita menuda como un pajarillo, salió de detrás de su marido.

—En toda mi vida no ha precisado otra ayuda que la mía. ¡Aunque los dioses saben que bien la ha necesitado!

Kugel la amenazó con la mano, pero consintió en que lo guiara a través de las mesas. Sortearon a un corpulento granjero, que se quitó respetuoso el sombrero al pasar ellos. El hombretón se lo volvió a poner enseguida y ocupó un asiento cerca de Elga y el caballero. Otik volvió a su trabajo.

Aunque siempre llegaba alguien a mediodía para comer, por regla general los vecinos y viajeros no aparecían por la posada hasta el anochecer, e incluso después de que hubiera salido la luna. Pocos eran los que no aprovechaban la luz del día al máximo, pero aún eran menos los que estaban tan ansiosos por llegar a su destino como para no hacer un alto durante la noche.

Para comer, Otik servía las patatas picantes, con sidra caliente o cerveza, y, sólo cuando se lo pedían, carne de venado, «que templaba los corazones en invierno», como le gustaba decir. En esta época del año, se empezaban a formar ya finos parches de hielo en los arroyos, y los árboles habían dejado caer las hojas. Su dicho parecía tener un fondo de razón, ya que a primera horade la noche casi se había terminado el venado.

El posadero no recordaba una velada en la que la posada hubiera estado tan abarrotada como esa noche.

El forastero con el parche en el ojo, que le daba más apariencia de vagabundo maltrecho que de aventurero rudo, se aproximó al mostrador.

—Cerveza —pidió, mientras echaba una ojeada a los vasos, y después, más complacido, a las lustrosas jarras que colgaban de clavijas tras la barra—. Un pichel grande.

—Un momento, señor.

Otik hizo una seña a Tika, que le trajo una espita. El posadero la cogió, cerró los ojos, y sus labios se movieron en una muda plegaria. Después, apoyó la espita contra el costado del barril y, de un único y certero golpe, atravesó el sello y la introdujo en la barrica. El forastero volteó una moneda en el aire, pero Otik la rechazó sonriente.

—Guardé su dinero, señor. La primera jarra de cerveza nueva es siempre una invitación de la casa.

—Muy agradecido. —El ojo sano del forastero contempló con ansiedad el chorro espumoso que salía del barril—. Tiene buen aspecto. ¡Ya lo creo que sí! —sonrió a Tika, que escondió detrás de Otik.

Éste, con una espátula de madera pulida, quitó la espuma sobrante. El corazón le saltó alegre en el pecho al advertir el rico olor de nuez de la cerveza. Por supuesto, la confirmación de su calidad sólo la tendría probándola, pero eso no lo hacía nunca el posadero hasta que el último de sus clientes estaba servido. Esta calderada, sin embargo, tenía cuerpo, llamaba la atención, tenía el mismo encanto que la lustrosa madera de la posada.

—Es cierto, señor. Tiene un aspecto estupendo —se mostró conforme Otik. La olisqueó satisfecho y rodeó con el brazo a Tika en actitud cariñosa—. La hicimos entre los dos, señor. Nos gustaría saber su opinión.

El forastero se abalanzó sobre la jarra con excesiva premura. Luego, en un intento de rectificar su gesto, la observó con atención, la olió y la puso a contraluz de la

ventara, como si los rayos de la luna pudieran atravesar el peltre del pichel. Por fin, la levantó y la empinó lo bastante como para no ver otra cosa que la propia cerveza. Empezó a beber. De repente, se quedó paralizado, mudo, le temblaba la garganta. Otik se quedó también de piedra. ¡Oh, dioses! ¿Se estaba ahogando aquel hombre? ¿Era aquélla su primera calderada mala?

El forastero soltó el pichel y sonrió de oreja a oreja.

—¡Maravilloso!

Los demás parroquianos aplaudieron. Otik ni siquiera había reparado en que los estaban observando. Alzó las manos para corresponder al aplauso, y empezó a llenar vaso tras vaso, jarra tras jarra.

Poco tiempo después, se abrió paso entre una muchedumbre charlatana, afectiva, amistosa. En la primera ronda, Otik sirvió a Tumber el Poderoso y a Elga la Lavandera así como al corpulento granjero, que se llamaba Mort, y también a Reger.

El buhonero se sentía cansado y mustio, y miró anhelante su jarra, pero respetó su propia regla de observar a todos los presentes antes de beber.

Ocurría a veces que coincidía en el mismo establecimiento con alguno de sus clientes, y en cierta ocasión, tras haber saludado a un supuesto desconocido al que debería haber reconocido, cayó redondo en una silla al recibir el golpe del campesino, que esgrimía un exprimidor de manzanas, poco útil como tal, pero excelente como cachiporra.

Habida cuenta que Reger prometía de tanto en tanto más de lo que su mercancía podía ofrecer, prefería ver a sus clientes descontentos antes de que ellos lo vieran a él.

Comprobó que los presentes eran vecinos de Solace, un puñado de gente bastante rústica; miró a Mort el Granjero, que bebía en un rincón, cerca de la puerta; al flacucho Patrig, que ocupaba con sus padres la mesa central; por último, sus ojos dedicaron una mirada apreciativa a Elga, la fuerte pelirroja que se sentaba en la mesa de al lado.

Reger tuvo la fugaz idea de acercarse a invitarla a una cerveza. Sin embargo, Tumber el Poderoso ya charlaba con ella y era evidente que la mujer estaba encantada, con él, pero sí con sus historias. Además, se advertía en ella cierta ferocidad soterrada. Reger, como buen buhonero y a pesar de su juventud, había aprendido a captar estos detalles. No era el mejor momento para interrumpirlos. Se encogió de hombros. Quizá más tarde. Alargó la mano hacia su jarra... y salió rebotado contra el respaldo de la silla al recibir en pleno esternón un empujón. Era el fornido granjero, que lo miraba con fijeza, de pie junto a la mesa.

—Basta ya de eso —farfulló el hombretón.

—¿Basta ya de qué? —Preguntó Reger, observando al granjero con ojos entornados.

Si se juzgaba por sus músculos, Mort debía de ganarse la vida haciendo

malabarismos lanzando al aire veces en lugar de bolas. Mort pasó por alto su pregunta.

—¿Quién te crees que eres?

—¿Quién crees que soy? —Inquirió el buhonero.

—No te pases de listo. Me revienta. Me revienta tanto, como la amo a ella. Deja de mirar a mi chica así.

Mort volvió los ojos, al parecer atraído irremediabilmente hacia la mujer de la mesa de al lado: Elga la Lavandera.

—¿Tu chica? —Reger estaba boquiabierto—. ¡Pero si ni siquiera estás con ella!

—¿Y qué? La amo. La amo sobre todas las cosas, y no permito que la mires de ese modo.

—Yo no la miraba de ningún modo especial —negó el buhonero en tanto acercaba la mano a un corto bastón que llevaba a la cintura. Algunas noches eran buenas para pelearse, otras no. Y ésta era de las segundas, por mucho que le gustaba una buena trifulca—. Amigo mío, lo que ocurre es que crees ver en todos los presentes la misma atracción que sientes por ella. Yo jamás me interpondría entre un hombre y una mujer que se conocer... ¿Desde cuándo has dicho que la conoces?

—Desde siempre. —Mort el Granjero sacudió la cabeza, sorprendido—. La conozco desde que, siendo un mocoso, llegué aquí con las vacas de mi padre y entré en el establecimiento de su madre para que me lavara la ropa. Y allí estaba... ¡Caray! ¡Si esta misma camisa que llevo ahora la ha lavado ella! Esas manos han quitado el sudor y el estiércol de esta tela... —Acarició el tejido y, por un momento, dio la impresión de que acabaría por besarlo.

—Un bonito detalle por su parte. ¿Y desde cuándo la amas?

—No lo sé. Desde hace tiempo, supongo. —Se rascó la cabeza—. Pero al acabar la cerveza fue cuando caí en ello, ¿sabes? Que estaba enamorado, quiero decir.

—Claro, claro. Y acabas de darte cuenta, a pesar de que la conoces hace un montón de tiempo. Discúlpame si te hago una sugerencia, pero pareces un tipo muy perspicaz. ¿No será que has cambiado de gustos? —Reger acompañó las últimas palabras con un guiño cómplice.

—¿Insinúas que es fea? —El granjero levantó un puño inmenso, producto del manejo diario del arado, y lo agitó frente a las narices del buhonero—. No consentiré que la insultes. Es la mujer que amo, y es la más hermosa, la más encantadora...

«Y tú está borracho», pensó para sus adentros Reger.

—Mira, amigo —dijo, con un suspiro de fastidio—. Dime lo que quieres que diga de ella, y lo proclamaré a los cuatro vientos, ¿de acuerdo? No hay por qué enfadarse.

El joven tomó un trago de la cerveza. No tenía sentido esperar a que aquel patán la derramara en cualquier momento. Mort el Granjero lo sacudió pro el hombro.

—No te desentiendas de mí. Y no te burles de ella. ¿Acaso buscas pelea?

Reger soltó la jarra medio vacía. Sus ojos relucían con un brillo inusitado.

—Jamás me burlaría de la mujer más maravillosa que he visto en mi vida —dijo.

El hombretón bizqueó desconcertado, con expresión bobalicona.

—Dijiste que no la amabas.

—Mentí. —Reger agregó con tono circunspecto—: La quiero, ¿te enteras?

A continuación echó otro trago.

—¡Un momento! —El granjero le dio otro empujón—. No puedes hacerme esto. ¿Es que buscas pelea? —repitió.

El buhonero dejó la jarra sobre la mesa y dirigió una mirada radiante a la pelirroja Elga. Los oídos le zumbaban.

—¿Pelea? —Sonrió alegre y agarró su bastón corto—. ¡Me encantaría pelear!

El primer golpe alcanzó de lleno el estómago del boquiabierto granjero. Reger se sacudió las manos, saludó a todos y a nadie en particular, y se quedó mirando embobado a Elga hasta que Mort, que se había incorporado, le propinó un puñetazo en la mandíbula que lo estrelló contra la mesa.

Otik vio venir el estropicio, pero no tuvo oportunidad de hacer nada. Sabía que las reyertas eran una calamidad que ocurría de vez en cuando y que no se podían evitar, pero lo que se estaba cocinando esta noche era algo diferente. La sala entera parecía vibrar con una extraña mezcla de tensión y galanteo.

Por lo general, cuando Otik pasaba entre las mesas repartiendo bebidas, chocaba de manera «accidental» con alguna pareja que se mostraba afectuosa en exceso para el agrado del resto de la clientela.

No ocurría a menudo, pero hoy tenía que ir de pareja en pareja dando topetazos a cada momento. Hubo casos en los que se vio forzado a separarlos de un tirón. Todos buscaban los rincones más discretos en las irregularidades del tronco del vallenwood. ¿Qué demonios le pasaba a esta gente?

El posadero sufrió un sobresalto al separar a la última pareja. Kugel el Anciano, al verse arrancado con tanta brusquedad de los brazos de su mujer, miró a Otik encolerizado. Las palabras escaparon siseantes entre los huecos que años atrás estaban ocupados por sus dientes.

—Déjanos en paz y lárgate, muchacho.

Otik retrocedió pasmado. Kugel era el hombre más viejo de la ciudad y el hecho de que fuera su mujer a la que estaba achuchando en público, no hacía la situación menos chocante. ¿Qué demonios le pasaba a esta gente? Dio un codazo a Tika.

—Haz que corra la cerveza en abundancia. No sé si se debe a la luna, o es que hay algo flotando en el aire, pero más vale que pongamos a dormir a esta cuadrilla de locos cuanto antes.

La muchacha, visiblemente incómoda por lo que sucedía a su alrededor, asintió en silencio y se dirigió presurosa hacia los nuevos barriles que estaban tras el mostrador.

En el centro de la sala, Patrig bailaba con torpeza sobre la mesa grande. Llevaba en la mano una jarra pringosa que se bamboleaba de un lado a otro con evidente peligro para las cabezas de cuantos lo rodeaban. Pero ninguno se daba cuenta, ya que estaban muy ocupados en batir palmas y en abalanzarse los unos sobre los otros para robarse un beso, y ponían ello tanto ímpetu que la mayoría de las veces sus cabezas chocaban entre sí.

Sareh dejó de abrazar a su marido el tiempo justo para advertir a su hijo:

—Patrig, bájate de ahí. Te harás daño.

El muchacho no hizo caso. Abrió los brazos y empezó a cantar con gran apasionamiento y mayor desafinación:

*Nadie sabe de un amor
como mi amor,
porque su amor
es todo amor.*

Carraspeó un poco para aclararse la garganta antes de proseguir con su serenata.

*Y sólo en su amor
yo encuentro el amor
y entonces su amor
es el propio amor*

Recitó otras veinte rimas, igualmente horribles, entre trago y trago de la cerveza.

En opinión de Otik, los esfuerzos poéticos del muchacho estaban recibiendo unos aplausos inmerecidos. Sin embargo, sus ramplones versos parecían tener gran aceptación aquella noche. Lorie, la joven rival de Tika, lo contemplaba embobada, como quien ve salir la luna por vez primera. Su jarra también estaba vacía. Rian, el de las siete canas, había pasado temporalmente al olvido.

Por último, y demasiado excitado para cantar, Patrig alzó los brazos y gritó a pleno pulmón:

—¡Amor, amar, vivir!

Y, acto seguido, cayó redondo sobre la mesa.

Otik se acercó para asegurarse de que no estaba herido o muerto, pero a mitad de camino tuvo que salir corriendo hacia un rincón donde los dos ganaderos se dedicaban a estrangular a un forastero mientras barbotaban los insultos más soeces.

Hillae, la del pelo negro cual ala de cuervo, tenía la mirada prendida en su jarra medio vacía.

—¡Qué mujer tan interesante! —comentó Tika al frenético Otik, que no siquiera la escuchó—. Es tan hermosa... Y, probablemente, muy sabia. Ha viajado, ha hecho

cosas, tiene la experiencia de toda una vida. ¡Quién sabe los secretos que podría transmitirme si fuéramos amigas!

La muchacha se acercó a la mujer para llenarle la jarra. Hillae dio otro sorbo y dijo en voz alta, aunque hablaba para sí misma:

—Farin iba a cumplir los treinta y tres. ¡Que los dioses le hayan concedido la paz! Un cuerpo fuerte como un roble, y lo vencieron las malditas fiebre... —Sus ojos estaban arrasados de lágrimas. Tika la dejó a solas con su dolor.

Entretanto, Otik llenaba otra vez el vaso de Elga la Lavandera, que se hallaba totalmente absorta en los relatos de Tumber. El caballero había consumido cantidades ingentes de cerveza, pero sólo parecía estar enamorado de sí mismo. A cada momento proclamaba su destreza tanto en la guerra como en el amor, y las aventuras relatadas empezaban a alcanzar la categoría de extravagantes. Elga no daba señales de estar más impresionada con sus exageraciones de lo que lo estaba con las bamboleantes reverencias que Reger o Mort le dedicaban cada vez que conseguían ponerse de pie, y antes de precipitarse de nuevo al suelo para machacarse en uno al otro.

La mujer tenía los brazos cruzados y, al ver el vaso lleno, se tomó el contenido de un solo trago. Luego arrojó a un lado el recipiente vacío, que se estrelló contra la frente de Tumber. Éste no pareció advertirlo, pues prosiguió con la descripción de una increíble epopeya de amor y lucha en la que participaban un ejército enemigo, dos doncellas guerreras, una serpiente marina y un laúd.

De manera inesperada, Elga se puso de pie, echó atrás la cabeza y gritó a pleno pulmón:

—¡Dioses, diosas hombres y mujeres! ¡Oídmelos todos! ¡Estoy harte de coladas, comidas, niños y árboles!

Alguien lanzó un grito de aprobación. Ella propinó un puñetazo a la mesa antes de reanudar su arenga.

—¡Dadme un acero! ¡Dadme una armadura! ¡Mostrad una batalla, algo por lo que merezca la pena luchar, y entonces...! ¡Que nadie ose interponerse en mi camino! ¡Amo la aventura! ¡Anhele la gloria! ¡Ansío fervientemente...!

—¡Lo tendrás! —La interrumpió Tumber, que añadió con precipitación—: ¡Encontrarás todo eso y mucho más en mi magnífica persona! Ven, reina de mis batallas, y admira mi grandeza. Tiembla mientras contemplas mis hazañas. Alaba mi pericia, mi destreza, mi habilidad...

—¡Por todos los dioses! —Todas las cabezas se giraron hacia ella. Elga no era de las que tenía un tono bajo de voz—. ¿Tus batallas? ¿Tu grandeza? ¿Tus aventuras? —Por un instante, pareció que Tumber iba a escabullirse bajo la mesa—. ¡No me interesan! Mis batallas, mis conquistas, mis guerras. ¡Eso es lo que deseo!

Él se quedó boquiabierto. La mujer le propinó un fuerte empujón y aprovechó para soltarle un izquierdazo que lo alcanzó de lleno en la desprotegida mandíbula. Al

caer al suelo, Elga le arrebató la espada y la blandió sobre su cabeza.

—¡Oídmelos todos! ¡Olvidad que hubo una Elga la Lavandera! ¡Guardaos de ahora en adelante de Elga la Guerrera! ¡Dejo Solace y marchó en busca del combate, la aventura y la gloria que ansío!

—¡No puedes llevarte mi espada! —Exclamó Tumber desde el suelo—. Es mi honor. Mi única compañera de batallas... Hasta que apareciste tú, claro. Es mi medio de vida... —El caballero vaciló—. Es prestada —acabó declarando con voz desolada.

—¿Prestada? —Elga la sopesó, la blandió con flexibles giros de muñeca, y apuntó con ella a Tumber.

—Bueno, más o menos. Prestada, o alquilada. Perteneció a un caballero que se encontraba en apuros... económicos. En realidad, la he utilizado poco. —Luego, desesperado, añadió—: Acompáñame, querida, e iremos juntos al encuentro de la gloria. Juro que te dejaré utilizarla de vez en cuando, pero ahora devuélvemela.

Hizo intención de coger el arma, pero la mujer le apartó con brusquedad la mano.

—Así que prestada, ¿no? Bueno, pues ahora lo será por segunda vez. —Lanzó entonces un grito tan estridente que hizo vibrar los vasos—: ¡Tras la gloria y la fortuna!

Unas cuantas parejas la vitorearon entre beso y beso. Otik intentó cerrarle el paso, pero Elga agitó el arma robada con gesto amenazador, y el posadero tuvo que lanzarse de cabeza a un lado de la puerta. Un segundo después, la mujer se había marchado.

Tumber el Poderoso pasó corriendo junto al posadero y le arrojó unas monedas.

—Eso pagará sus cervezas y las mías. En verdad, no comprendo qué le ha sucedido. Es una chica maravillosa, le gustan mis historias tanto como a mí. ¡Espera, amor mío! —Gritó en dirección a la escalera, y desapareció en la noche tras apartar a Otik de un empujón.

El posadero fue dando traspiés hasta que chocó con un brazo alzado. Una pareja de campesinos de mediana edad se habían enzarzado en una pelea y se miraban con profundo odio.

—¡No niegues que estás comiéndotela con los ojos, desvergonzado crápula! —voceaba la mujer.

—¡Claro que sí! ¡Cualquier hombre lo habría hecho! —Gritó él con tanta fuerza que debió oírsele en varios árboles a la redonda—. ¡Sobre todo si estuviera casado con una mole sebosa y protestona como tú! ¡Vaca! ¿Cómo te atreves a acusarme? ¿No te has pasado toda la noche dedicando tiernas miradas a ese forastero delgado y taimado que está...? —Se volvió para señalar a Reger, pero hubo de desistir al no distinguir otra cosa que un revoltijo de brazos y puños—. ¡Bueno, por ahí, en alguna parte! ¡Golfá!

—¡Cerdo!

Se enzarzaron de nuevo y se echaron las manos al cuello. Desaparecieron debajo de una mesa.

Tika había presenciado toda la escena consternada, cubriéndose la boca con las manos. De debajo de la mesa llegaron gruñidos y jadeos. Otik se preguntó, mientras pasaba corriendo hacia otro foco de crisis, si es que continuaban peleándose o...

La muchacha chocó contra el posadero y estuvo a punto de volcar la bandeja. Otik la agarró por los brazos.

—¿Les estás sirviendo la cerveza fuerte como te dije?

De pronto advirtió los ojos empañados de la chica; en principio creyó que le había hecho daño al sujetarla, pero enseguida comprendió que sus lágrimas se debían al pánico.

—Sí, Otik. Les he dado la más fuerte, sacada directamente de los nuevos barriles. Pero están cada vez peor, y nadie da señales de tener ni pizca de sueño.

—¡No es posible! —El posadero olisqueó la cerveza. Tika hizo otro tanto—. Entonces, ¿qué es lo que les pasa? —volvió a preguntarse Otik por enésima vez.

En aquel momento reparó en que las pupilas de la muchacha se habían dilatado y tenían un brillo extraño. ¡Pero si sólo había inhalado los vapores! De repente supo la respuesta a su pregunta.

—¡Moonwick!

El posadero recordó que habían hablado de magia y que después había dejado al kender solo, junto al mosto.

¡La bolsa vacía que estaba caída en el suelo...! ¡Alguna poción amorosa!

«Si ese condenado ladrón barullero vuelve a aparecer por aquí le...», farfulló para sus adentros Otik.

Justo a tiempo, se dio cuenta de que el hombre del parche levantaba la jarra sin quitarle el ojo a Tika, y los de la muchacha sostenían con fijeza su mirada. Otik dio un respingo, empujó a la chica tras el mostrador, e interpuso entre el hombre y ella uno de los barriles. El forastero se pasó la lengua por los labios y se acercó con la jarra en la mano.

El haber puesto un barril en su camino le pareció en principio una buena idea al posadero, pero pronto descubrió que su estratagema sólo había conseguido abrir las compuertas de una situación que lo desbordó.

A pesar de sus repetidas protestas de «lo siento, pero la cerveza está en malas condiciones», el forastero sacó rodando un barril tras otro, hasta el último. Los parroquianos hicieron una breve pausa en sus amoríos o peleas para lanzar vítores. Empezaron a correr ríos de cerveza.

A partir de aquel momento, las cosas se volvieron confusas. Los dos ganaderos iniciaron varias peleas en las que perdían interés entre ronda y ronda de bebida, vagaron de acá para allá, y, por último, se abrazaron con entusiasmo para, acto

seguido, empezar de nuevo otra pelea.

Patrig y Lorieel bailaban en el centro de la sala. Los padres del muchacho se besaban, recostados contra el tronco del árbol. Hillae había desaparecido no se sabía dónde. Reger cabalgaba sobre Mort el Granjero, que recorría a gatas toda la taberna; sus gritos y relinchos pasaron inadvertidos en el tumulto de lo que quiera que ocurriera aquí y allá, al abrigo de las sombras.

—¿Esto es a causa de la cerveza? —Preguntó Tika, y miró con interés la farra que tenía sobre la bandeja—. Otik, ¿y si yo...?

—¡¡No!!

¡Pero, es que parece tan...!

—¡¡No!! Esto no sólo parece ser tan, sino que es demasiado.

Otik tiró de ella y la apartó de una fila de parejas danzantes.

—Pero si Lorieel puede, yo...

—¡No, no y no! Tú no eres Lorieel. —Otik tomó una decisión—. Aquí tienes tu capa; pónstela y coge la mía para acostarte en ella. Ve y busca un sitio donde dormir esta noche, y no vuelvas a aparecer por la posada hasta mañana.

—No podrás arreglártelas sin mí.

—No podré arreglármelas si estás aquí —dijo, señalando la sala que bullía de actividad.

—¿Y dónde voy a dormir?

—En cualquier sitio que sea seguro, pero fuera de aquí. Ve, pequeña...

Al salir a la noche, la muchacha se volvió hacia él.

—¿Por qué? —Preguntó con un deje de resentimiento.

Otik se sintió de repente muy cansado.

—Ya hablaremos de ello. Ahora, márchate, niña. Lo siento.

Quiso darle un beso de buenas noches, pero Tika, furiosa, lo esquivó y echó a correr.

—¡Ojalá tuviera mi propia casa! —Gritó mientras se alejaba.

El posadero esperó a que la chica bajara la escalera, luego cerró la puerta e intentó llegar a la chimenea. Pero sólo consiguió alcanzar el mostrador, después de forcejear y sortear a unos y a otros. Tanto los bailarines como los luchadores se habían dividido en grupos más pequeños, pero mucho más alborotadores, y no cesaban de cantar y aullar.

Sin poder siquiera alimentar el fuego de la chimenea, Otik tuvo que presenciar impotente cómo los cuerpos se tornaban siluetas forcejeantes, las siluetas en sombras enlazadas, las sombras en oscuridad ruidosa.

Aquella noche, la posada estuvo repleta de voces alegres o furiosas, pero todo cuanto Otik alcanzó a ver a la titilante luz de la única vela encendida junto al espejo, fue su propia imagen... solitaria.

A la mañana siguiente, el posadero recorrió aturdido la taberna, sorteando vasos rotos y cuerpos entrelazados. La mayoría de los bancos estaban caídos de lado, incluso uno de ellos estaba patas arriba.

Aquello parecía un campo de batalla, pero ¡por los dioses que era incapaz de asegurar quién había vencido!

Los cuerpos aparecían amontonados unos sobre otros, las ropas colgaban de las sillas como estandartes, los brazos extendidos y piernas despatarradas asomaban por debajo de las escasas piezas del mobiliario que se mantenían en pie.

Había jarras caídas por todas partes, como también fuentes y cacharros que vibraban con los ronquidos y quejidos de los durmientes.

El fuego estaba a punto de extinguirse, cosa que no había sucedido ni en las peores noches del Largo Invierno. El posadero colocó sobre las agonizantes brasas un poco de yesca y la sopló hasta que prendieron unas alegres llamas; añadió unas astillas y echó encima las patas rotas de un taburete.

Colocó la sartén sobre la lumbre, procurando no hacer ruido, pero fue inevitable el chisporroteo de los huevos al caer sobre el aceite caliente. Alguien lloriqueó quejoso, y Otik, resignado, apartó la sartén del fuego.

Se dedicó a ir de un lado a otro de puntillas mientras recogía jarras abolladas, restos de vajilla, vasos rotos y unos cuantos puñales y dagas extraviadas.

Un joven forastero ojeroso lo agarró por el tobillo y pidió suplicante un poco de agua. Cuando Otik regresó con el líquido, el hombre se había dormido otra vez, con el brazo en torno a la morena Hillae; su gesto, en lugar de darle un aspecto protector, lo había parecer aún más joven. Ella sonrió entre sueños y le acarició el cabello.

En el exterior sonaron unas firmes pisadas como si alguien quisiera apagar un fuego a pisotones. Se levantaron más lloriqueos y quejidos.

La puerta de la posada se abrió de golpe y chocó contra la pared. Tika, con el cabello recogido hacia atrás, entró en la taberna y miró con desagrado el estropicio y los cuerpos enmarañados.

—¿Empezamos a limpiar? —preguntó con un tono alto en exceso.

El posadero dio un respingo. Los demás se encogieron estremecidos sobre sí mismos.

—Dentro de un rato, pequeña. ¿Por qué no vas a coger agua? Me temo que vamos a necesitar más de la que contiene la cisterna.

—Si de verdad te hace falta... —y salió dando un portazo.

El ruido de sus pasos al bajar la escalera retumbó en el suelo de madera.

—¿Por qué no la matamos? —Gruñó Reger, mientras se cubría los oídos con un brazo y enterraba la cabeza en el amplio pecho de Mort el Granjero.

Unas cuantas voces quejumbrosas se mostraron de acuerdo con su propuesta.

—Otra insinuación así —advirtió Otik con voz queda—, y me pongo a dar golpes con dos ollas.

Tras su amenaza, sobrevino un silencio total.

Poco a poco, los cuerpos se fueron desenlazando y unos cuantos parroquianos se incorporaron vacilantes.

Hillae se acercó al mostrador, caminando con dignidad, y dejó algunas monedas sobre la madera.

—Gracias. —Su voz era reposada—. No ha sido la velada que había planeado, pero al menos ha resultado interesante.

—Tampoco ha sido como yo imaginaba —se mostró de acuerdo el posadero—. ¿Se encuentra bien?

—Cansada —admitió la mujer, mientras se apartaba el cabello de la cara—. Es hora de que regrese a casa. Hay un pájaro al que he de dar de comer.

—¡Ah! Entonces está enjaulado —balbuceó Otik, que, en el momento de decirlo, se dio cuenta que no estaba muy agudo esta mañana—. ¿Un ave cantora?

—Un pájaro de amor. Su compañero ha muerto, y voy a dejarlo en libertad. —Una súbita sonrisa iluminó el rostro de la mujer—. Que tenga un buen día.

Se agachó y besó la mejilla de su dormido acompañante nocturno. Después, salió en silencio de la posada.

Tika hizo una ruidosa entrada al golpear los baldes contra el quicio de la puerta. Algunos parroquianos dieron un respingo, pero no se atrevieron a articular una sola protesta tras mirar con sus enrojecidos ojos el semblante serio de Otik.

El posadero cogió los cubos de la chica.

—Gracias. Ve ahora y di a Mikel Claymaker que necesito cincuenta vasos. Aquí tienes dinero suficiente para pagar el encargo —concluyó entregándole un puñado de monedas.

La muchacha miró estupefacta el dinero. Esta mañana Otik se comportaba de manera despreocupada tanto con el dinero como con su ayuda.

—¿No será mejor que me quede? Hace falta que alguien limpie este suelo —y, para dar más énfasis a sus palabras, pegó un patadón en la madera que levantó polvo.

—La mejor forma de ayudarme es hacer lo que te he dicho. —Otik habló tranquilo. La chica estaba confusa pero obedeció.

Alguien se incorporó de la silla en la que había estado derrumbado como un muñeco de trapo.

—Tika...

—¿Loriel? —Tika no daba crédito a sus ojos—. ¡Dioses, tu pelo parece un nido de pájaros! —Y añadió malintencionada—: Un nido de aves marinas, mojado y sucio.

—¿De veras? —Loriel se llevó la mano al pelo, pero de inmediato la apartó—. No importa. Escucha, Tika, ha ocurrido algo emocionante. Patrig me dijo anoche que

le gusto, y lo ha repetido esta mañana.

—¿Patrig? —Se extrañó Tika, y miró a su alrededor. Un par de botas que le resultaban conocidas asomaban por debajo de la mesa central, cada una apuntando en distinta dirección—. Loriel, ¿estás segura de que ha hablado esta mañana?

—Durante un ratito. Después se volvió a dormir. —Sus ojos relucieron—. Anoche cantó de maravilla.

—Lo recuerdo —dijo Tika con voz carente de inflexiones. No alcanzaba a comprender que alguien admirase las aptitudes del muchacho para el canto. Y Loriel, por regla general, tenía sentido musical...—. Acompáñame, así me contarás lo que ha pasado.

Las dos bajaron la escalera.

Poco después, trabajosamente, los parroquianos empezaron a recoger sus pertenencias, ropas incluidas en algunos casos, y pagaron las consumiciones.

Varios tuvieron que recorrer toda la sala para encontrarlas. Bolsas, sandalias, jubones, aparecían desparramadas por todas partes. Las mochilas colgaban de cualquier clavija o saliente; una, inexplicablemente, se sujetaba en un clavo medio suelto en la viga central del techo.

Al principio, Otik controló las idas y venidas de sus parroquianos a fin de evitar algún robo, pero poco después se daba por vencido.

Reger, el buhonero, dejó caer sobre el mostrador una extraña moneda en la que aparecía en relieve una serpiente.

—Esto cubrirá mi hospedaje y la bebida. ¡Ah, por cierto! Quisiera comprar una partida de su cerveza. Ya sabe, con este tiempo, me vendría bien para el camino...

—No está a la venta —cortó Otik con brusquedad. Mordió la peculiar moneda y la rechazó. El disco metálico cayó sobre el mostrador con un sordo tintineo.

—¡Oh, sí! Bueno... —balbuceó Reger y rebuscó en su bolsa dinero legal—. Si cambia de parecer, volveré. Tenga. —Contó unas monedas y añadió otra de cobre—. Y sirva un desayuno a mi amigo. Creo que no se encuentra muy bien —señaló a Mort el Granero, a quien le sobresalía un enorme chichón en la frente.

—Me ocuparé de ello. Que tengo un buen día, señor.

El posadero suspiró satisfecho cuando vio salir a Reger y bajar la rampa con pasos rápidos. En un acto relejo, como solía hacer cuando se marcha un kender, Otik contó las cucharas. Faltaban varias.

Patrig se despertó despejado y sin resaca, como sólo un joven podría hacerlo, y se marchó cantando de un modo totalmente desafinado, como sólo él lo podía hacer. Al salir preguntó por Loriel.

Kugel el Anciano y su esposa cruzaron la sala de puntillas y agarrados de la mano a la vez que discutían por bobadas. En la puerta se volvieron y contemplaron con un gesto de desaprobación a las otras parejas.

El hombre y la mujer que había peleado, o lo que quiera que fuera que habían hecho bajo la mesa, se marcharon por separado.

Un hombre, en el que Otik apenas había reparado la noche anterior, pagó por una habitación.

—Así, mi amigo podrá dormir cuanto quiera.

Al preguntarle Otik cuándo quería que la despertara, el hombre enrojeció.

—Oh, no hay prisa. No antes del mediodía... Más tarde si es posible.

Otik, como bien posadero que era, había reparado en la marca circular del dedo anular del hombre, donde normalmente debía de llevar un anillo.

El resto de los parroquianos empezaron a levantarse, y esquivaron la mirada, avergonzados, mientras se palpaban las doloridas cabezas y chasqueaban las secas lenguas.

El posadero se adelantó al centro de la sala e hizo una tímida propuesta.

—Si mi estimada clientela cree estar en disposición de tomar un desayuno —oteó por los cristales coloreados de la venta y vio el sol ya alto—, o un temprano almuerzo...

Un murmullo de aprobación se alzó entre los parroquianos, y Otik colocó de nuevo la sartén en la lumbre. Desde la puerta de la cocina pidió a Riga, el cocinero, que trajera unas patatas; sin levantar mucho la voz, por supuesto.

A media mañana ya había calculado las pérdidas y los beneficios de la noche anterior. Aún descontando el gasto de reponer los vasos y arreglar jarras abolladas, la suma representaba la mayor ganancia que jamás había hecho en una sola noche. Eso sí, sin contar con que aún faltaban por pagar varios hospedajes.

Tomó el montón de monedas que le ocupaba ambas manos. Un rayo de sol pasó por un cristal roto de la ventana y cayó sobre ellas arrancándoles un cálido destello.

Con todo, cuando el hombre del parche en el ojo pidió con voz pastosa que le sirviera un trago antes de partir «para alejar el polvo del camino», Otik puso las manos sobre el único barril que quedaba de la nueva mezcla.

—No, señor —dijo con firmeza—. No volveré a servir esta cerveza sin antes haberla rebajado. Si lo desea, le serviré una jarra de nuestro surtido habitual.

—Está bien —gruñó el hombre—. No lo culpo, pero me parece un desperdicio y un crimen que le quite fuerza. ¿Cómo va a conservar todo su sabor si le echa agua?

Apuró la jarra de un tirón y se marchó haciendo eses. A Otik le sorprendió que un bebedor habitual como él ignorara el proceso de rebajar la bebida. Se hacía añadiendo otra clase de cerveza, no agua.

Posó los ojos en el último barril de su primera calderada mágica y —¡los dioses lo quisieran!— la última que pensaba hacer en todo su vida.

Tomó en un mano el sacacorchos, y en la otra una jarra. Se colgó el embudo por el asa al cinturón y recorrió barril por barril. Destapaba, extraía la medida de una

jarra, echaba otra de la mezcla nueva, y volvía a taparlo.

Le llevó la mayor parte de la mañana realizar aquella operación en todos los barriles almacenados, y gastó casi todo el contenido de la barrica restante de la noche anterior.

Al terminar el trabajo, hasta el último barril de la posada contenía cuarenta o cincuenta partes de cerveza normal y una parte de aquel líquido amoroso. Sólo quedaba media jarra de la extraña poción. Otik sudaba y le dolían los músculos de los brazos de tapar y destapar tantos barriles. Se dejó caer con pesadez sobre el taburete que había tras el mostrador. Recorrió con la mirada las barricas que llenaban el almacén desde el suelo hasta el techo. Mientras durasen, en la posada El Último Hogar no surgiría ninguna pelea, ningún rencor, ninguna desilusión amorosa.

Otik sonrió, peor estaba demasiado cansado para mantener la sonrisa. Se secó las manos con el paño de la barra.

—Me he ganado un trago —dijo con voz ronca.

La jarra medio llena estaba sobre el mostrador, y por los bordes escurrían gotitas del dorado líquido. Unas ondas concéntricas se formaron en su superficie cuando el viento agitó las ramas del vallenwood sobre las que reposaba el suelo de la taberna.

Podría dárselo a beber a cualquier mujer y se enamoraría de él. Podría tener a una belleza, o a una jovencita, o una regordeta matrona de su edad que caldeara su cama y le gastara bromas sobre su vientre prominente, y le preparar sidra caliente en las noches frías. ¡Tantos años y casi no había tenido tiempo de sentirse solo!

¡Tantos años...!

Otik recorrió con la mirada la podara El Último Hogar. Había crecido sacándole brillo al mostrador, restregando su suelo irregular, pulido por el paso del tiempo. Los vecinos que acudían a la taberna eran sus amigos, y también los forasteros, a quienes trataba de dar una buena acogida. Se escuchó a sí mismo diciéndole a Tika: «Ningún otro lugar del mundo podría ser ya mi hogar».

Sonrió a la madera. A los cristales coloreados de las ventanas. A los amigos que tenía. A los que aún o había conocido. Levantó la jarra.

—A vuestra salud, señores y señoras.

Y apuró de un trago el resto del brebaje mágico.

Generación perdida

Richard A. Knaak

—¡Esta misión es una estupidez, ni más ni menos! ¡Estoy harto!

Aunque la frase fue poco más que un siseo, B'rak la oyó con toda claridad. Estaba de acuerdo con sus hombres, pero no eran, ni el lugar ni el momento oportunos para admitir que tenía razón; y, sobre todo, habida cuenta que él era el capitán de la patrulla.

Alguien más había escuchado la protesta...

—Si eres incapaz de mantener la disciplina entre tus hombres, me encargaré gustoso de hacerlo por ti, capitán.

B'rak se volvió hacia la alta figura vestida con ropajes negros que había hablado, y dejó escapar un siseo irritado. Si había una cosa en la que el draconiano coincidía con los humanos, era la opinión que tenía de los hechiceros; unos sujetos poco agradables y aún menos fiables. Sin embargo, la presencia del mago no era un asunto en el que contara su opinión, ya que a todas las patrullas se le asignaba uno. Desplegó las alas con el propósito de enfatizar su descontento por estar obligado a llevar al hechicero en esta misión de reconocimiento. La luz arrancó destellos metálicos de su piel plateada cuando levantó una garra con la que señaló al oscuro personaje.

—El Señor del Dragón ordenó que nos acompañaras, Vergrim, no que dirigieses la patrulla. Trataré a mis hombres como juzgue conveniente.

El hechicero esbozó una sonrisa, una mueca que inquietaba incluso a los draconianos. No obstante, aceptó las palabras de B'rak con una leve inclinación de cabeza, y volvió a centrar su atención en el agreste entorno.

Hacía dos días que recorrían los exuberantes bosques situados al norte del Nuevo Mar, con órdenes del cuartel general de asegurarse de que en la región no había focos de resistencia; tal medida hacía que B'rak pusiera en tela de juicio las dotes de mando del Señor del Dragón. Él y sus hombres deberían estar luchando por la gloria de la Reina Oscura, en lugar de desperdiciar su estrategia táctica con algún que otro alce, diversos pájaros e infinidad de árboles que se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

Sith, su lugarteniente, le dio unos golpecitos en el hombro y señaló hacia la derecha. Los ojos reptilianos del capitán se estrecharon mientras oteaba el bosque y, de repente, se abrieron de par en par. ¿Era una figura erguida aquello que se divisaba en la lejanía? Observó con intenso afán; desde luego, lo que divisaba no era un animal. Tal vez se trataba de un elfo o, caso más probable, un humano. Los elfos eran más escurridizos, no se dejaban ver con tanta facilidad. En su fuero interno, el capitán deseó que fuera un humano. Los elfos eran taimados, más aficionados a poner

emboscadas que a enfrentarse cara a cara con su enemigo. Los humanos sabían cómo luchar, y, por lo general, B'rak tenía asegurada la diversión en una batalla contra ellos.

A sus espaldas escuchó unos murmullos quedos, y el crujir de las alas de sus soldados. Los hizo callar con un ademán perentorio, si bien comprendía su ansiedad. Era el primer indicio de actividad que encontraban, e incluso él mismo se sentía un poco excitado. ¿Acaso el Señor del Dragón sabía más de lo que dejaban entrever sus órdenes? El capitán miró de reojo a Vergrim, por el hechicero tenía puesta toda su atención en la borrosa silueta que se movía entre los árboles. Si el mago estaba enterado de algo que él ignoraba, lo disimulaba muy bien, y Vergrim no era muy dado al disimulo.

B'rak destacó a dos de sus mejores rastreadores tras las huellas del desconocido; cabía la posibilidad de que se tratara de un simple cazador, pero no quería correr riesgo alguno. Quizás había un pueblo un poco más adelante, aunque no alcanzaba a comprender cómo se les había pasado por alto tras el rastreo llevado a cabo con anterioridad en esa zona.

Los dos batidores tardaban en regresar, y los constantes murmullos de Vergrim, que memorizaba los hechizos, no contribuían a hacer más llevadera la espera. Más de un soldado tuvo que estirar las alas para desentumecerlas. B'rak, intranquilo, tamborileaba con la garra en la hoja de la espada; la tarde estaba llegando a su fin.

Dos horas más tarde, los rastreadores estaban de vuelta. Informaron que el desconocido había deambulado de un lado a otro sin motivo aparente, y, cuando ya empezaban a sospechar que había advertido su presencia, el solitario caminante llegó a un claro en el que se alzaba un pequeño pueblo habitado por elfos.

B'rak sufrió una pequeña decepción al escuchar este informe, pero la rechazó al punto. Al menos, se les presentaba la ocasión de actuar. Uno de los batidores le tendió un mapa y le señaló la localización del pueblo, en dirección norte. Llegarían justo antes del anochecer.

Avanzaron sigilosos entre los árboles, en dirección al poblado. B'rak envió a varios hombres por delante a fin de evitar una emboscada. Mientras caminaba, empezó a sentir unas suaves palpitaciones en las sienes, algo inusual en él, que no padecía tales debilidades. Por fortuna, el dolor no era tan agudo que menoscabara su razonamiento.

No encontraron la menor resistencia; si se juzgaba pro las apariencias, estos bosques podrían ser un terreno virgen en el que los draconianos eran los primeros seres racionales que lo cruzaban. Los soldados e B'rak se tranquilizaron y pensaron en el inminente saqueo. El capitán frunció el entrecejo al comprender que la disciplina se deterioraba por momento.

Evitó mirar a Vergrim, sabedor de que hechicero estaría sonriendo con sarcasmo.

Al llegar a su destino descubrieron que se trataba de un poblado tan pequeño que casi resultaba inaudito; a lo sumo, había una docena de familias. Las casas eran tan sencillas que más parecían las que habitaban los humanos, y no los elfos.

B'rak comprendió al primer vistazo que, con sólo aquellos veinte soldados y el hechicero, la toma del poblado sería una tarea sencilla. Irritado, escupió en el suelo, los latidos de las sienas contribuían a incrementar su exasperación. Demasiado fácil.

La inquietud se dejó sentir entre los miembros de la patrulla. Incluso Sith, por costumbre impasible y reservado, rebullía intranquilo. La actitud de los soldados era comprensible, habida cuenta del largo tiempo transcurrido desde que había tomado parte en una batalla, y que ahora, tal y como se presentara la situación, tenía todos los visos de que iban a quedarse con las ganas de disfrutar de un poco de acción. Por fin, B'rak dio la orden de avanzar, y la patrulla irrumpió en el claro del bosque.

Al principio no vieron a nadie. Después, poco a poco, algunas cabezas asomaron por las ventanas o los umbrales de las puertas. Era inexplicable, pero no surgieron los esperados gritos de repulsa ni las consabidas miradas de odio. Los elfos salieron de sus casas y se limitaron a observarlos en silencio. Nada más. Daba la impresión de que esperaban algo o buscaban a alguien.

Los draconianos detuvieron la marcha bruscamente, alarmados por el extraño comportamiento de los aldeanos. B'rak se encaró con Vergrim.

—¿Y bien? ¿Percibes alguna clase de amenaza por parte de estas gente? — Preguntó.

—No tenemos nada que temer de esta pandilla de pusilánimes. Sólo se advierte un deseo de ayudar, e interés por nosotros. ¡Puaj! ¡Hasta sus propios congéneres elfos les repugnaría la tolerancia de estos alfeñiques!

Sith se acercó al capitán.

—¿Destruimos el poblado, señor? —Inquirió.

B'rak indicó al lugarteniente que se retirara con un ademán.

No. De momento, no merece la pena. Se éste es un ejemplo de lo que nos espera en esta zona, el Señor del Dragón no tiene mucho que temer de la comarca. —Estudió con detenimiento a los elfos, frunció el entrecejo y se volvió hacia sus hombres—. ¿Dónde están los jóvenes? Aquí yo solo veo adultos, y la mayoría son tan viejos que tienen el pelo cano.

Uno de los rastreadores se aproximó y se cuadró ante su jefe.

—Pasamos un buen rato observando el poblado antes de regresar a informarle, señor. En todo ese tiempo, no vimos a un solo joven.

Para entonces, aunque el dolor de cabeza de B'rak era poco más que una ligera molestia, sirvió para que se desatara su cólera y, cuando habló a los elfos, lo hizo con gritos destemplados.

—¡Quiero que vuestros jefes se presenten ante mí de inmediato! ¡Si no aparecen,

mis hombres arrasarán la aldea y pasarán a cuchillo a todos!

Los elfos guardaron silencio, pero algunos se apartaron hacia los lados y abrieron un paso por el que se adelantó el elfo más viejo que jamás habían visto los draconianos. La barba, que alcanzaba casi la misma longitud que sus brazos, brillaba como plata fundida. El anciano vestía una sencilla túnica de paño que era, al parecer, el único estilo de ropaje del poblado, ya que todos llevaban túnicas similares. Portaba un largo cayado de madera que le servía como bastón; aunque no lucía emblema alguno que denunciara su autoridad, B'rak no dudó ni por un momento que aquel viejo era el cabecilla del poblado. Al aproximarse al capitán draconiano, los ojos del anciano lanzaron un destello.

—Cuidado, capitán —advirtió Vergrim con un siseo—. Quizá sea un clérigo. La propia aldea exuda un singular olor a reliquia sagrada. Observa cómo viven, cómo actúan...

—A juzgar por su aspecto, ese viejo apenas puede sostenerse en pie. ¿Percibes alguna clase de amenaza de él?

—No. Al igual que en los demás, sólo percibo el deseo de ayudar. ¡Qué extraño!

B'rak advirtió un ligero matiz de decepción en las palabras de Túnica Negra. El anciano elfo llegó ante los guerreros draconianos.

—Mi nombre es Elijah, y soy el portavoz de esta aldea. Os damos la bienvenida y os ofrecemos nuestra humilde hospitalidad.

El capitán desestimó el ofrecimiento con un brusco gesto de su garra y fue directo al tema que le interesaba.

—¿Dónde están vuestros jóvenes? ¿Y los niños? Te lo advierto: si no aparecen, daré orden de que os maten a todos.

Elijah suspiró apesadumbrado. Al punto, una sombra de tristeza se extendió por toda la población de elfos. Era tal la intensidad de la emoción que emanaba de aquellas gentes, que causó un profundo desconcierto en B'rak. ¿Acaso alguna plaga había exterminado a la juventud del poblado? ¿Correrían él y sus hombres peligro de contagio? Desechó la idea de inmediato. No se conocía ninguna plaga que afectase a los jóvenes y fuertes, y dejara indemnes a los viejos y enfermos.

El anciano señaló con una mano temblorosa al grupo que tenía a sus espaldas.

—Aquí no encontraréis a nadie más. Nuestros hijos crecieron apartados de nosotros y de nuestras costumbres. Ahora ni siquiera nos conocen. Rezamos para que regresen con nosotros, pero nuestra esperanza se debilita día a día.

La compasión no era uno de los rasgos destacados de los draconianos; aún así, B'rak no pudo evitar sentir parte del dolor que embargaba a los elfos. Incluso Vergrim se mostró cariacontecido durante unos breves momentos.

El dolor de la cabeza hizo que B'rak volviera a la realidad. Se apretó las sienes y soltó un áspero juramento. Elijah puso una mano en su hombro con gesto

preocupado. Sith se acercó solícito a su capitán.

—¿Os encontráis mal, señor?

—Me duele la cabeza, eso es todo. Pasaremos aquí la noche, así que ocúpate de cubrir la zona. Aposta centinelas, y toma algunos rehenes.

En aquel momento se produjo una conmoción en las últimas filas de la columna. B'rak se asomó, pero no alcanzó a ver lo que ocurría. Vergrim, que era más alto, oteó sobre las cabezas de los soldados y después se volvió hacia el capitán.

Parece que uno de los hombres ha sufrido un colapso. Quizá se deba al agotamiento. Iré a ver.

—Capitán...

B'rak se volvió hacia el portavoz.

—¿Qué quieres, anciano?

—Tú y tus hombres necesitáis alimento y descanso. Acompáñame, no tienes nada que temer de nosotros. Mi gente se ocupará de tus hombres, les dará comida, albergue, lo que necesiten...

Sith dio un respingo al escuchar al anciano.

—¡Es una trampa! —Advirtió—. Envenenarán los alimentos y...

—No lo creo probable. Tenemos rehenes y no se atreverán a hacer nada contra nosotros mientras los suyos corran peligro. Cualquier intento de rebelión por su parte, tendría por respuesta la destrucción total de la aldea y sus habitantes. —B'rak llamó a dos soldados—. Vosotros, venid conmigo. —Luego se dirigió al elfo—. Acepto tu hospitalidad. Me instalaré en tu casa.

Sith abrió la boca para protestar, pero lo pensó mejor y guardó silencio. Lanzó una rápida mirada al portavoz, y después se alejó para llevar a cabo las órdenes recibidas. Elijah se inclinó con respeto ante B'rak y le indicó que lo siguiera. Su rostro no reflejaba animadversión alguna ante el hecho de encontrarse de manera tan repentina con un huésped en su hogar. Los pasos del anciano elfo eran tan lentos que el capitán draconiano tuvo oportunidad de estudiar a los otros aldeanos mientras caminaba a su lado.

Formaban un grupo patético y B'rak se preguntó qué clase de calamidad postraría a unos elfos de tal modo que los había llevado a la miserable situación actual. ¿Qué sería lo que había ocurrido en realidad con los jóvenes? ¿Qué los había alejado de sus mayores? Se rio entre dientes. El aburrimiento, sin duda.

Vistas de cerca, las casuchas resultaban ser aún más lúgubres de lo que parecían a distancia. Estaban construidas con madera y en su mayoría constaban de una sola habitación. Considerándolo bajo este punto de vista, la casa del portavoz resultaba lujosa en comparación con las demás. También era de madera, pero lo bastante amplia para acoger a toda la comunidad en su interior. B'rak supuso que hacía las veces de salad e consejo y proyectó diversos usos futuros para el edificio.

Una mujer elfa de largas trenzas plateadas en las que todavía quedaban algunos mechones dorados salió a recibirlos a la puerta. A pesar de su avanzada edad seguía siendo hermosa, pero B'rak sólo vio en ella a una abuela.

—Doy la bienvenida a nuestro huésped —saludó la mujer.

Eliyah la abrazó un momento, y se volvió hacia el draconiano.

—Ésta es mi compañera, Aurilla Starleaf. Ella te preparará un refrigerio mientras yo me ocupo de que tus hombres sean bien atendidos. ¿Te parece aceptable?

El capitán parpadeó. ¿Aceptable? La pregunta lo hizo sonreír. Empezaban a gustarle estas gentes y sus maneras. Con un gesto que nada tenía que envidiar al de un Señor del Dragón, B'rak dio su beneplácito. El portavoz se marchó y su esposa entró en la casa. El guerrero vaciló un momento antes de seguirla al interior. Se encaró con los dos soldados que lo acompañaban.

—Que nadie me moleste. Y no perdáis de vista a estos dos viejos. Sith os relevará cuando llegue el momento, pero hasta entonces, os quiero aquí de guardia.

Los dos draconianos saludaron. B'rak respondió con una breve inclinación de cabeza y giró sobre sus talones. Con pasos tranquilos, penetró en la vivienda. Se sentía un conquistador de los pies a la cabeza.

Si el aspecto externo de la casa apuntaba una apariencia de simplicidad, el interior la ponía de manifiesto. No había más mobiliario que una mesa y un par de sillas. B'rak supuso que estos elfos no habían gran uso de tales muebles a juzgar por los cojines y mantas esparcidos por toda la estancia.

Aurilla volvió a la habitación con una escudilla en sus menudas manos, y señaló la mesa con un gesto.

—Toma asiento, por favor. Te he preparado un poco de sopa. Estoy segura de que te gustará.

De manera deliberada, B'rak dejó al descubierto las largas hileras de afilados dientes adaptados para desgarrar. Quería dejar claro, sin ningún género de dudas, su preferencia por la carne —en especial, carne cruda—, en lugar de vegetales o caldos. La elfa, sin dar muestras aparentes de que la impresionara su exhibición, le sonrió y colocó el cuenco sobre la mesa. El draconiano olisqueó. La sopa tenía un apetitoso aroma que sugería la existencia de carne entre los ingredientes. Se aproximó a la mesa y tomó asiento en una de las sillas.

La escudilla era pequeña, y el draconiano acabó su contenido en tres tragos. Alzó la vista mientras limpiaba con la lengua los últimos vestigios de la sopa. Aurilla volvió enseguida, con una segunda cuenco en las manos. B'rak gruñó satisfecho y ella sonrió, como lo haría una madre a quien su hijo predilecto acabara de dedicar un cumplido. El draconiano no pudo evitar reírse entre dientes ante lo incongruente de la situación.

En esta ocasión tardó más tiempo en dar cuenta de la comida. El dolor de cabeza había empezado a importunarle otra vez, y estaba ansioso por dormir un rato. Esperó impaciente el regreso del portavoz, una de sus garras cogió la escudilla vacía la apretó con tanta fuerza que la hizo añicos. Como si aquel gesto hubiera sido una señal, el anciano elfo regresó en ese mismo momento.

—He dispuesto aposentos para que tú y tus hombres paséis la noche, pero, si lo prefieres, puedes quedarte aquí.

—Sí, me quedaré. Y mi lugarteniente y el mago también dormirán en tu casa. Los soldados se conformarán con cualquier rincón que encuentren para descansar.

Tales eran los privilegios del mando, añadió para sí el capitán.

De repente, se produjo una algarada a la puerta de la casa. B'rak, al oír que las voces draconianas se alzaban coléricas, blandió la espada mientras pensaba: «¡Una trampa! ¡Qué estúpido he sido! ¡Me he dejado engatusar, y me han llevado como a un caballo por las riendas!». Se precipitó afuera.

Vergrim se encontraba en la puerta, demudado por la cólera. Los dos guardias le cerraban el paso. B'rak maldijo entre dientes; sus órdenes de no ser molestado por nadie no incluían al hechicero. Resultaba obvio que lo único que contenía a Vergrim de tomar venganza, era que estaba convencido de que los dos soldados se limitaban a cumplir instrucciones de su oficial. El capitán enfundó el arma y se adelantó hasta el grupo para poner en claro el malentendido.

—¡Alto todos vosotros!! ¿Qué ocurre, Vergrim? ¿Por qué interrumpes mi descanso?

El Túnica Negra se arregló los revueltos ropajes sin apartar los ojos de los soldados.

—Si se me permite hablar contigo en privado... —Siseó.

B'rak apartó a los guardias con un gesto.

—Pasa —invitó.

—No pondré los pies en esta casa. Está corrupta por la debilidad de las criaturas que la habitan.

—Pensaré en ello esta noche, mientras duermo —replicó B'rak con sarcasmo—. ¿Qué quieres?

—He dicho que deseo hablarte en privado. Ordena a esos dos que se marchen.

El cabecilla draconiano extendió las alas en un gesto irritado.

—Acabarás por agotar mi paciencia, hechicero. Está bien. ¡Eh, vosotros! Presentaos a Sith y decidle que os den de comer, pero regresad inmediatamente después.

Los soldados obedecieron prestos, sin poder ocultar su ansiedad. B'rak se encaró de nuevo con el hechicero. La atenta mirada de éste fue más allá del jefe de patrulla; frunció el entrecejo. B'rak siguió su mirada y se encontró con el portavoz y su

esposa, que se habían acercado a la puerta. Los dos parecían preocupados.

—Esperad dentro. ¡Marchaos! —Ordenó el capitán.

Los elfos, aunque reacios, obedecieron la orden.

B'rak centró de nuevo su atención en el Túnica Negra, con la ferviente esperanza de que esta vez, por fin, el hechicero dijera lo que lo tenía tan trastornado. Todos estos retrasos le estaban restando tiempo de descanso y, para empeorar aún más las cosas, las palpitaciones de las sienes se habían agudizado y ahora eran muy dolorosas.

—Dispones de tres minutos, Vergrim. ¡Habla!

—He examinado al soldado que se desmayó. Se llama S'sira.

—Lo conozco. Muy reservado, pero de una eficacia letal. Prosigue.

—No sufre agotamiento. Se queja de dolores de cabeza y mareos, pero no son producto del cansancio. No puedo asegurarlo, pero creo que padece alguna clase de enfermedad infecciosa.

—Y, ni que decir tiene, sospechas que los elfos tienen algo que ver en ello.

—Júzgalo por ti mismo. ¿Dónde están sus jóvenes? ¿Y los fuertes y sanos? Eso explicaría muchas cosas...

B'rak soltó una risa áspera.

—Eso no explica nada, hechicero. También a mí se me ocurrió antes la misma idea, pero dime tú qué plaga mata a jóvenes y fuertes y en cambio no afecta a alguien como el portavoz. No, Vergrim. Sé lo que es una enfermedad. Si no conoces un remedio para aliviar a S'sira, entonces estará en manos de su Oscura Majestad el que se cure o no.

—Eres un estúpido, como todos los guerreros. Tu propia vida puede estar en peligro.

—¡Cuida tu lengua, hechicero! —Siseó B'rak encolerizado.

Pero Vergrim se había dado ya media vuelta y se alejaba para evitar un posible enfrentamiento.

El jefe draconiano se agarró la cabeza. Las palpitaciones habían alcanzado una intensidad que incluso pensar le producía un agudo dolor. Entró en la vivienda del portavoz a la vez que lo llamaba a gritos.

Eliyah estaba allí, esperándolo, como un silencioso espectro.

Sobresaltado, y con el humor bastante agriado para entonces, B'rak lo maldijo. El anciano esbozó una sonrisa comprensiva y le preguntó si deseaba descansar. El draconiano asintió con un murmullo.

El dormitorio resultó ser tan desastroso como el resto de la casucha, aunque a estas alturas, al capitán le traía sin cuidado algo tan nimio. Sólo quería acostarse y olvidar el zumbido de cabeza, a los Túnica Negra y las luchas por el mando y el poder.

Cuando el elfo se detuvo junto a un montón de cojines apilados y varias mantas, el capitán se derrumbó literalmente y se quedó tumbado boca arriba. No era la postura más cómoda para los de su especie, con las alas aprisionadas y oprimidas, pero había llegado a un extremo en el que no le importaba nada salvo dormir.

—Cuida que no se me moleste, elfo. Nadie, en especial el Túnica Negra, interrumpirá mi descanso bajo ningún concepto.

Eliyah lo miró con gravedad.

—Nadie te molestará, hijo mío. Nos encargaremos de que así sea.

B'rak sonrió, extrañamente reconfortado por la voz del viejo, y se hundió en un profundo sueño.

Planeaba como un pájaro y volaba alto, muy alto. Allá abajo vislumbraba algunas criaturas condenadas a permanecer en la tierra, que se arrastraban sobre los pies con su caminar monótono y sombrío. Se dejó caer en pecado sobre ellas, y todas se dispersaron aterrorizadas mientras gritaban con espanto su nombre.

Su intención no había sido asustarlas; de verdad que no. Aquellas pequeñas criaturas eran unos seres interesantes. Lo más probable, enanos. Aterrizó con movimientos gráciles y los llamó, a la vez que les aseguraba que no quería hacerles daño alguno, que sólo deseaba divertirse un rato.

Le costó trabajo engatusarlos para que salieran de sus escondrijos. Cuando, por fin, lo hicieron, fue de manera cautelosa, en pequeños grupos de dos o tres. Sonrió con objeto de tranquilizarlos, y ellos le devolvieron la sonrisa.

Cuando los tuvo cerca, soltó de improviso un chorro de llamas. Sus víctimas huyeron en todas direcciones mientras chillaban como ratas. No estaba seguro de si había quemado a alguno. En realidad, su única intención había sido jugar con ellos. Se horrorizó a sí mismo, lanzó un terrible alarido, y remontó el vuelo como una flecha. Las nubes no eran lo bastante altas para él; voló, voló arriba, más arriba, en un esfuerzo por alcanzar las estrellas y los poderes que había tras ellas. Su alarido rasgó el velo de la realidad y llegó a los oídos de los propios dioses.

Allá estaban los dos. Antagónicos. La Reina de la Oscuridad y la reluciente figura investida con una armadura de platino. Ambos hicieron además de cogerlo. Oyó incontables voces que gritaban su nombre y lo reclamaban como el padre que llama al hijo perdido. Estuvo a punto de ir hacia ellas. Pero la luz lo asustaba. Quería estrujarlo, retorcerlo, hacerlo distinto de cómo era.

B'rak dio la vuelta y huyó volando hacia el refugio y la seguridad de la Reina Oscura. Ella acogió su regreso con una bienvenida.

Las tinieblas se cerraron sobre él. Las voces lamentaron su pérdida y, después, se desvanecieron.

B'rak se despertó sobresaltado y siseó desafiante a la oscuridad al creer que seguía en el sueño. Alguien rebulló cerca de él. El draconiano olfateó el aire: era Sith. No había nadie más. Al parecer, Vergrim había decidido buscar otro lugar en el que pasar la noche.

El lugarteniente gruñó entre sueños, víctima de alguna pesadilla. El capitán se levantó y se frotó las sienes. Aunque las palpitaciones no habían remitido, ahora eran apenas perceptibles. La pesadilla estaba casi olvidada, pero no la sensación de inquietud. B'rak flexionó las alas en un gesto reflexivo.

Abandonó el aposento con rapidez, pasó en silencio junto a los elfos, que dormían en el cuarto de al lado, y salió de la casa. Todavía no había amanecido. El capitán siseó, se volvió hacia uno de los guardias que dormían a la entrada y le propinó una patada.

El soldado lanzó un juramento a la vez que se agarraba el costado dolorido. B'rak masculló una orden escueta mientras advertía al sondado las consecuencias de obedecer con lentitud; el guardia se incorporó raudo y se puso firme. El jefe draconiano se aproximó tanto a su subordinado que le rozó el rostro con el aliento al hablar.

—Ve en busca de los rastreadores y diles que se presenten ante mí de inmediato. ¡Muévete!

El guardia salió disparado y B'rak se volvió hacia el otro soldado, quien, pata entonces, se encontraba firme y atento. El capitán se enfrentó a él y lo miró a los ojos.

—¿Dónde está el túnica negra? —preguntó—. ¿Lo habéis visto durante la noche, o habéis estado todo el tiempo dormidos?

—No, señor. El hechicero está con el enfermo. S'sira.

Una voz flotó en la noche declinante.

—No es preciso que busques más, capitán. Aquí me tienes.

B'rak giró sobre sí mismo y, a pesar de la oscuridad, distinguió los ardientes ojos de Vergrim. El hechicero, envuelto en las profundidades de su negra túnica, exhibía una expresión sombría.

—Rara coincidencia que me buscaras, capitán. Venía a hablar contigo. Interesante, ¿no te parece? ¿Qué tal el dolor de cabeza? ¿Ha mejorado?

—¿Por qué lo preguntas?

—Te lo diré cuando me hayas respondido. ¿Te sientes mejor?

—Sí. Las palpitaciones son ahora mucho más débiles, aunque no he dormido bien.

La negra capucha se movió arriba y abajo en un callado gesto de asentimiento.

—Lo imaginaba. Quizá te interese saber que un cierto número de soldados se ha quejado de dolores de cabeza y latidos. Fuertes en las sienes. Aunque S'sira es, según parece, el único que lo ha afectado gravemente. Balbucea como un loco, y su cuerpo

se retuerce de dolor.

—Anoche no estaba tan enfermo. ¿Cuándo empezó?

A poco de que la patrulla se hubiera instalado. Casi todos los afectados dormían, pero al rato de despertar empezaron a recuperarse.

En ese momento regresó el guardia, acompañado por los dos rastreadores. Los tres se cuadraron, pero B'rak no les prestó atención, pues estaba absorto en sus especulaciones. Por fin, pareció que tomaba una decisión, y se volvió hacia los recién llegados.

—¿Inspeccionasteis los alrededores del bosque? —Los rastreadores intercambiaron una fugaz mirada. B'rak estrechó los ojos—. Es el procedimiento que establece el reglamento, ¿o no?

Fue el mayor de los soldados quien respondió.

—Por supuesto que registramos el bosque, señor. Pero no había nada que informar. Ya veo el mapa. Sólo hay árboles y hierba en varios kilómetros a la redonda.

El jefe draconiano asintió con actitud meditabunda.

—Comprendo. Está bien. Podéis retiraros.

Los rastreadores se alejaron con presteza. B'rak se volvió hacia el Túnica Negra.

—¿Percibes algo de los elfos? —preguntó.

—Lo mismo que antes: el deseo de ayudarnos, y el interés por nosotros. Aunque, a decir verdad, tampoco he ocupado mucho de ellos. Valen menos que unos enanos gullys. Al fin y a la postre, esas criaturas actúan como se espera que haga alguien de tan cortas entendederas, pero lo de estos elfos es patético.

—¿Entonces, cuál es, en tu opinión, la causa de la enfermedad de mi hombre?

—Para ser sincero, no lo sé. Pero consideré oportuno informarte de mi inquietud y, tal vez, advertirte...

—Considérame advertido —cortó el capitán con sequedad.

—Muy bien. Veré qué más puedo hacer por tu hombre —siseó el hechicero—. Aunque me temo que no será suficiente.

—¿Podemos ayudaros?

El portavoz elfo y su esposa estaban en la puerta. El capitán no había reparado en su llegada, ni sabía cuánto tiempo llevaban allí, pero le complació descubrir que el Túnica Negra estaba tan desconcertado como él. Su mirada iba de uno a otro elfo.

—¿Y cómo podéis ayudarnos vosotros?

—Nuestros conocimientos medicinales se remontan a incontables generaciones. Quizá podamos aliviar la enfermedad de tu soldado. Nuestro único deseo es ayudar.

B'rak los miró con escepticismo.

—¿Vergrim?

—Sólo percibo preocupación e interés. —La voz siseante del hechicero era

apenas audible—. No lo entiendo, pero así es. Quizá me sean de alguna utilidad, pero los vigilaré en todo momento. No me fío de ellos.

—¿Ordeno a alguno de los hombres que te acompañe de escolta? —ofreció el capitán.

Vergrim esbozó una mueca sarcástica.

—Creo que seré capaz de arreglármelas con un par de elfos viejos sin correr peligro alguno —dijo.

—Como quieras. —B'rak se volvió a los elfos—. Vosotros, id con el hechicero, y no olvidéis que vigilará todos vuestros movimientos. Si mi hombre muere, no tardaréis mucho en seguirlo.

—Comprendido, capitán. Haremos cuanto esté en nuestras manos.

Vergrim siseó y les ordenó con un ademán que lo acompañaran. Los dos ancianos fueron en pos del hechicero guardando una distancia respetuosa con él. B'rak los observó mientras se alejaban. Se frotó la mandíbula con gesto pensativo.

—¡Sith! —llamó en voz alta.

Su lugarteniente, con un aspecto más muerto que vivo, salió a trompicones de la casa del portavoz. El capitán le dio tiempo para que recobrarla la compostura, al menos en parte.

—¿Señor?

—Te quedas al mando por el momento. Alerta a la patrulla. Que todos estén listos para entrar en acción. No tardaré en regresar.

—A la orden, capitán.

B'rak se ajustó el cinturón de la espada y se dirigió al bosque. En el camino se cruzó con varios elfos, pero todos evitaron su mirada. Siseó entre dientes; era evidente que se había producido un cambio en la actitud de los aldeanos y, aunque no acababa de captar de qué se trataba, notaba que había algo diferente. La tristeza seguía presente, sí, pero tenía una naturaleza distinta.

Dejó atrás el poblado y se internó en el bosque. Hizo un alto donde consideró encontrarse a una distancia prudencial de la aldea. El terreno era irregular y empinado. En un par de horas de marcha, llegaría a las estribaciones menores de la cordillera de la región, pero las colinas cercanas le bastarían para su propósito, sin necesidad de alejarse de sus hombres.

Eligió la más alta y abrupta, una de cuyas laderas terminaba en un escarpado precipicio. Cuando llegó a la cumbre, se sintió tentado por la ligera brisa que soplaba; aunque sus alas no tenían gran utilidad para el vuelo, sí servían para planear una cierta distancia sin grandes dificultades. No obstante, resistió la tentación; no era aquél el motivo por el que había escalado la colina.

Tal como había imaginado, desde la cumbre disfrutaba de una vista excelente de los alrededores, incluida la aldea elfa. Lejos, al sudoeste, se divisaba lo que parecía

ser la orilla del Nuevo Mar. Al otro extremo, unas vastas montañas se proyectaban desde el suelo a semejanza de colosales murallas que protegían la comarca. Las tierras llanas estaban cubiertas de bosques: bosques vírgenes de árboles inmensos y vegetación lujuriente.

Una vez confirmadas sus sospechas, B'rak inició un veloz descenso. Deseó con fervor que Sith hubiera seguido sus instrucciones y que tuviera movilizada a la patrulla. Si lo había hecho así, aún quedaba una posibilidad de vencer, o, al menos, de no ser cogidos por sorpresa cuando los elfos hicieran su jugada.

Habían caído en una trampa. Incluso los elfos dejan otros vestigios de su paso aparte de un único y minúsculo pueblucho. B'rak había oído hablar de las complejas viviendas creadas por aquella raza de notorias tendencias artísticas, de ciudades enteras creadas a partir de la propia naturaleza. Además, una población tiene que alimentarse, y el capitán, veterano de muchas campañas, sabía que los elfos cultivaban los campos y comerciaban con los de su especie. Eliyah y los suyos, sin embargo, no tenían terrenos de labranza, ni árboles frutales, ni jardines, ni ciudades que coexistieran con la naturaleza, ni caminos abiertos al comercio...

En fin, que aquel pueblo estaba allí única y exclusivamente por causa de la patrulla. Era un señuelo. De un modo y otro, los elfos se habían enterado de la llegada de las tropas y, una vez preparada la trampa, sólo era cuestión de esperar el momento propicio.

El draconiano se maldijo por su ceguera. La magia tenía que estar relacionada con este asunto, no cabía otra explicación. De otro modo, un error de juicio tan colosal era inconcebible en un veterano de su talla. Incluso el hechicero había mordido el anzuelo... Vergrim, con todos sus poderes, sus conjuros, su habilidad para leer el pensamiento de los demás... y todo lo que había percibido era un deseo de ayuda.

Había todavía una pieza del rompecabezas que no encajaba. Los elfos habían tenido, ni uno, sino varias oportunidades de asesinarlo. Para ser sincero, debía admitir que había actuado de una manera harto descuidada, con su pretendida arrogancia de ser el conquistador de un puñado de pacíficos aldeanos. Si hubiesen querido, habrían acabado con él mientras dormía y, no obstante, no lo habían hecho.

Llegó a las afueras del poblado, casi esperando encontrarse con el fragor de la batalla. Mas a los elfos no se los veía por ninguna parte. Y tampoco a Vergrim. Sith y su patrulla, por fortuna, lo aguardaban listos para actuar.

—¿Sus órdenes, señor? —Saludó el lugarteniente.

B'rak recorrió con la mirada el pueblo; mejor dicho la trampa.

—¡Quiero ver esta aldea arder por los cuatro costados! —siseó colérico—. ¡Quiero a esos elfos exterminados y sus cuerpos carbonizados! ¡Empezar por los rehenes! ¡Y estad prestos para la batalla! ¡Es una trampa! Sith, encárgate de todo. Yo

he de encontrar al hechicero antes de que sea demasiado tarde.

El capitán se alejó a todo correr. El lugarteniente esbozó una mueca cruel; los dientes le centellearon a la luz del sol cuando empezó a impartir órdenes en el graznante lenguaje draconiano. Por fin llegaba lo que tanto habían esperado. Por fin iban a disfrutar de un poco de acción.

Asió una tea de la fogata que algún soldado había prendido con anterioridad. Otros siguieron su ejemplo, y, a poco, todos competían por ser el primero que desatara el infierno.

B'rak estaba casi al límite de sus fuerzas cuando llegó a la casa donde los elfos habían alojado al soldado enfermo. La choza se alzaba apartada del resto de las viviendas. A sus espaldas, se oyeron los gritos de sus hombres; confiaba en que, llevados por el entusiasmo, no incendiaran también el bosque. Al menos, no hasta que todos se encontraran lejos de peligro.

Vergrim le salió al encuentro. El Túnica Negra, exhausto al parecer, lo miró de un modo peculiar.

—¿Qué has hecho, B'rak? —inquirió.

—¡Era una trampa, hechicero! ¡Como bien sospechaste desde el principio! Una trampa, por cierto, muy sagaz.

El Túnica Negra seguía mirándolo con fijeza.

—¿Qué has hecho? —insistió.

—La patrulla prende fuego a este maldito pueblo, y he ordenado que exterminen a los elfos antes de que lleguen sus refuerzos. ¡Son muy astutos, Vergrim! Lo bastante para haberte embaucado incluso a ti.

El otro draconiano asintió en silencio, con un lento cabeceo.

—Cierto. Pero no nos sirvió de nada. El plan falló. El conjuro de la Reina era más poderoso de lo que imaginábamos.

—¿Nos? ¿Conjuro? —siseó el capitán iracundo—. ¿De qué hablas? ¿Dónde están el elfo y su mujer? ¿Qué te han hecho, hechicero? Te comportas de un modo aún más raro de lo que es habitual en ti.

—Vergrim se hizo a un lado de la puerta.

—Será mejor que lo veas por ti mismo —dijo.

B'rak lo apartó de un empujón e irrumpió con violencia en la cabaña. De momento no distinguió nada a causa de la oscuridad reinante en el interior, y el capitán se preguntó por qué aquel cuarto no tenía ventanas. Sin embargo, a los pocos segundos, sus ojos ya se había acostumbrado al a penumbra, y...

El draconiano retrocedió horrorizado a la vez que barbotaba todos y cada uno de los juramentos que sabía, esforzándose pro apartar los ojos de aquella cosa que yacía sobre una manta. Era S'sira... y no lo era. La forma de su cuerpo se retorció al sufrir constantes cambios, como si dos fuerzas antagónicas se lo disputaran en una lucha

titánica, pero sin ser capaces de inferir una derrota definitiva a su adversario.

B'rak, asqueado, desenvainó la espada y se obligó a llegar hasta aquella repulsiva masa informe. De un certero tajo cercenó lo que debería haber sido una cabeza. El capitán recogió del suelo un trozo de tela para limpiar la hoja de la espada. Entonces se fijó en que el paño era una parte de la negra túnica de Vergrim, y que el cuerpo carbonizado del hechicero yacía retorcido en un rincón.

—La presa de la Reina era demasiado fuerte.

La voz que sonó era la del hechicero, pero la forma de la que provenía era la de un elfo. B'rak, asaltado por un súbito terror irracional, lo miró con detenimiento y descubrió que se trataba de Eliyah... Y, no obstante, no era Eliyah.

—Jamás debimos confiar en que Ella hiciera honor a su palabra —dijo el elfo, que hizo una pausa antes de continuar—. Algunos de nosotros nos negamos a aceptar que no había esperanza. Estábamos decididos a recobrar a nuestros hijos. Si la Reino los había convertido en odiosas monstruosidades, nosotros los devolveríamos a su ser.

El capitán draconiano adelantó un paso.

—¡Eres mi prisionero, viejo! ¡He descubierto tu artimaña! En este mismo momento, mis hombres llevan a cabo una matanza y reducirán a cenizas esta burda imitación de pueblo.

Eliyah movió la cabeza con actitud entristecida.

—Albergaba grandes esperanzas de alcanzar el éxito. Sobre todo contigo. Te reconocí como mi propia carne desde el primer momento en que te vi. Mi misma determinación, la misma fortaleza de ánimo... El sueño estuvo a punto de apoderarse de ti, al igual que lo hizo con este otro —señaló la forma inmóvil, tumbada sobre la manta. En la penumbra del cuarto, la mano del elfo adquirió una consistencia coriácea.

»Dispusimos de muy poco tiempo para preparar el pueblo —continuó Eliyah—. La magia influyó lo bastante para que admitieseis lo que, de otro modo, habría sido inadmisibles. Pero no fue suficiente, y sólo uno de entre todos vosotros respondió plenamente a nuestro conjuro, a despecho de su enorme intensidad. A pesar de todo, no habría resistido la transformación, y ha sido mejor para él que muriese... Pero fui incapaz de hacerlo por mí mismo, después de haber tenido el éxito tan al alcance de las manos.

—¿Qué transformación? —B'rak retrocedió.

El elfo no se comportaba como un prisionero, y su apariencia estaba sufriendo un cambio espeluznante. El rostro se le iba ensanchando, a la vez que adquiría unos rasgos más propios de un reptil.

—Vosotros erais la siguiente generación. Nuestro orgullo y nuestra alegría... Nuestros amados hijos. Mucho tiempo atrás, mientras dormíamos, la Reina y sus

dragones del Mal robaron nuestros huevos. Los tomaron de rehenes y nos obligaron a prestar juramento de no interponernos en sus perversos planes para conquistar el mundo. A cambio prometió que no dañaría los huevos. Pero mintió. Se valió de sus negras artes para pervertirlos hasta transformarlos en criaturas como tú. Te cuento todo esto, hijo mía, para que comprendas que es el amor lo que nos mueve a hacer lo que ahora hemos de hacer. Por amor a lo que debisteis ser, si no hubiera intervenido esa perversa Reina.

Unas alas inmensas se extendieron. Todo vestigio de los rasgos elfos se diluyó en la resplandeciente forma plateada que crecía y crecía. El draconiano cayó hacia atrás mientras procuraba blandir la espada en un vano intento de defenderse. Las paredes de la choza, insuficientes para contener la inmensa mole, se resquebrajaron como pergamino viejo. B'rak saltó a un rincón para esquivar los cascotes de la techumbre que se derrumbaba sobre él.

La inmensa cabeza miró hacia abajo. Un suspiro escapó entre sus colosales mandíbulas.

—Nosotros, vuestros padres, os pedimos perdón por haber fracasado.

Y todo fue una ardiente llamarada.

El fuego rodeó el poblado y lo consumió con todos los que había en él. Se aseguraron de que así fuera. No escapó ni un solo draconiano. Su propia ansiedad por incendiar la aldea propició que todos se encontraran en ella cuando llegó el momento.

Durante tres días, los padres lloraron la terrible pérdida. Fueron tres días de dolor y luto, de cantos fúnebres por aquellos que la Reina deformó. Cuando todo hubo concluido, los dragones del Bien —unos plateados, otros doras y algunos bronceos— remontaron el vuelo y se reunieron con los de su especie para incorporarse a la terrible contienda.

Tras ellos, sólo dejaron cenizas.

La prueba de los gemelos

Margaret Weis

El mago y su hermano cabalgaban por un pasaje umbrío y neblinoso del bosque de Wayreth, donde se hallaba el asentamiento secreto de la Torre de la Alta Hechicería.

—No deberíamos haber venido —masculló Caramon sin dejar de escudriñar cada sombra. Su fuerte manaza descansaba sobre la empuñadura de la espada—. He estado en lugares peligrosos, pero éste los supera a todos.

Raistlin echó una ojeada en derredor. De la espesura llegaban extraños sonidos y, de vez en cuando, se atisbaba el fugaz movimiento de unas sombras informes.

—No nos molestarán, hermano. Son los guardianes del bosque, los encargados de detener a quienes entran en él sin permiso. Nosotros hemos sido invitados.

Aunque su voz sonaba sosegada, lo sacudió un estremecimiento, y arrebujo su delgado cuerpo en la túnica roja. Espoleó a su cabalgadura para alcanzar a Caramon.

—Son magos los que nos han invitado, y yo no me fío de los magos —dijo el guerrero con el semblante ceñudo.

Raistlin lo miró de reojo.

—¿Tu desconfianza me incluye a mí, querido hermano? —preguntó, pero Caramon no le respondió.

A pesar de ser gemelos, los dos hermanos eran muy diferentes.

Raistlin, un aprendiz de mago, delicado y enfermo, reflexionaba a menudo sobre tales diferencias. Era como si entre los dos formasen un solo ser, en el que su hermano era el cuerpo y él la mente.

Quizá por esta circunstancia, la dependencia que existía entre ellos era superior a la de otros hermanos. Sin embargo, tal dependencia resultaba, en cierto modo, negativa, ya que el uno se sentía incompleto sin el otro.

El joven mago estaba profundamente resentido con los dioses por haberle jugado la mala pasada de otorgarle una mente hambrienta de poder albergada en un cuerpo tan frágil.

Por otro lado, podía agradecerles que lo hubieran dotado con una singular habilidad para la magia. Con ella obtendría el poder que anhelaba. Su pericia en el arte era lo único que tenía para contrarrestar la superioridad de su gemelo en todo lo demás.

Caramon, un luchador nato, fuerte y musculoso, reía de buena gana cada vez que su hermano hacía algún comentario sobre sus diferencias. Él disfrutaba con el papel de protector de su «hermanito». Le profesaba un gran cariño, pero, al mismo tiempo, lo compadecía. Tenía la mala costumbre de demostrar su fraternal preocupación sin

ningún tacto, y eran innumerables las ocasiones en las que, con su actitud, ponía de manifiesto la lástima que sentía por él. No se daba cuenta de que su proceder era como una daga que se clavaba en el alma de su hermano.

Además, aunque el guerrero admiraba las habilidades mágicas de su gemelo, lo hacía como quien admira los trucos de un malabarista de feria. Para él, todo lo relacionado con la hechicería era un asunto poco serio. No sabía de ningún hombre, bestia o monstruo a los que no pudiera combatirse con una espada.

Por consiguiente, no alcanzaba a comprender que su hermano hubiera emprendido un viaje tan peligroso inducido sólo pro su amor a la magia.

—Todas esas cosas no son más que trucos de salón, Raist —le había dicho—. Nada por lo que merezca la pena arriesgar nuestras vidas al aventurarnos en esas tierras desoladas.

Su gemelo le había replicado con voz mesurada —aquel tono paciente que siempre empleaba para hablar con él— que estaba decidido a seguir adelante con su proyecto, pues tenía poderosas razones para ello, aunque él no tenía que ir si no quería.

Caramon, ni que decir tiene, lo acompañó. Desde su nacimiento podían contarse con los dedos de una mano las veces que los gemelos se habían separado.

Fue un largo y azaroso viaje durante el cual Caramon tuvo que desenvainar la espada en varias ocasiones. La delicada salud del joven hechicero se resintió a causa del esfuerzo de las interminables jornadas. Por fortuna, se encontraban ya muy cerca de su destino.

Raistlin cabalgaba en silencio, atenazado por las mismas dudas y temores que lo asaltaron cuando decidió emprender el viaje. Quizá su hermano tenía razón. Quizás estaban arriesgando sus vidas innecesariamente.

Todo había comenzado tras meses atrás, con la llegada del jefe del Cónclave de Hechiceros a la casa de su maestro. Ante la sorpresa de éste, el archimago convocó al joven aprendiz para mantener una entrevista con él mientras cenaba.

—¿Cuándo pasarás la Prueba, Raistlin? —preguntó el anciano.

—¿La Prueba? —repitió sorprendido el aprendiz. No era preciso preguntar a qué prueba se refería. Sólo podía ser una.

—Es demasiado joven —argumentó el maestro—. Aún no ha cumplido los veintiún años, y todavía falta mucho para que complete su libro de hechizos...

—Sé que es muy joven —interrumpió el archimago—. Pero él cree estar preparado. ¿No es así, Raistlin? —Estrechó los ojos y dirigió una mirada escrutadora al aprendiz.

El joven, que había mantenido la cabeza agachada y la mirada baja en señal de respeto ante su superior, apartó con gesto brusco la capucha, levantó el rostro y miró

a Par-Salian a los ojos, con orgullo.

—Lo estoy, gran maestro —contentó con frialdad.

Los ojos del archimago centellearon e hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

—Ponte en camino dentro de tres meses —ordenó, antes de reanudar su cena.

El maestro lanzó al pupilo una furiosa mirada de reproche por su imprudencia.

Como, al parecer, Par-Salian había dado por finalizada la entrevista, Raistlin hizo una breve inclinación de cabeza y abandonó la estancia sin decir palabra.

Un criado lo condujo a la salida, pero el joven mago volvió sigiloso sobre sus pasos. Tras lanzar un conjuro de sueño sobre el criado, se apostó en la antesala y escuchó la conversación que mantenía el jefe del Cónclave con su maestro. Fue la voz de este último la que oyó.

—La Orden jamás ha permitido que alguien tan joven se someta a la Prueba. Además, no alcanzo a comprender por qué lo has elegido a él precisamente. De todos mis alumnos, es el que menos se lo merece.

—No lo tienes en gran aprecio, ¿verdad? —La voz del anciano sonaba sosegada.

—Nadie se lo tiene —fue la brusca respuesta del maestro—. Es un ser sin compasión, sin sentimientos, un ser egoísta y codicioso en quien no se puede confiar. ¿Sabes que sus compañeros se refieren a él con el mote de «El taimado»? Es como una esponja que absorbe de manera constante el alma de los demás, sin dar a cambio nada de sí mismo. Sus ojos con un frío espejo que refleja sólo la parte negativa y más débil de aquel o aquello que mira.

—Pero es extremadamente inteligente —señaló Par-Salian.

—Eso no lo niega nadie —reconoció el maestro con despecho—. Es mi alumno más aventajado. Su habilidad en el arte es innata. Desde luego, no es uno de esos aficionados embaucadores.

—Cierto —se mostró de acuerdo el archimago—. La magia de Raistlin mana de los más hondo de su ser.

—El maestro sacudió la cabeza con gesto dubitativo.

—Es posible —dijo—. Pero, en tal caso, mana de un pozo oscuro. A veces, cuando lo miro, me estremezco, pues me da la impresión de que su túnica roja empieza a tornarse negra. Me temo que ése será su destino.

Par-Salian guardó silencio unos momentos mientras reflexionaba sobre las palabras del maestro.

—No opino igual —dijo al cabo, con actitud pensativa—. Ese muchacho tiene algo en su interior que tú no has sabido ver. Aunque he de admitir que lo mantiene tan escondido que apostarí a que ni él mismo lo sabe.

El maestro emitió un sonido inarticulado con el que expresó su desconfianza.

Raistlin sonrió, pero fue una mueca amarga y retorcida. No le sorprendía

descubrir los verdaderos sentimientos que albergaba por él su maestro. El rictus de sus labios se tornó despectivo. ¿Qué importaba lo que aquel hombre pensara de él? Se dijo. El comentario del archimago por el contrario... El joven apartó aquel pensamiento con gesto irritado. Se oía de nuevo la voz de Par-Salian.

—¿Cómo es su hermano?

La pregunta sorprendió al aprendiz, que frunció el entrecejo y se pegó a la hoja de madera para no perderse palabra.

—¡Oh! Son como la noche y el día. —La voz del maestro tenía un tono efusivo—. Caramon es un muchacho fuerte, atractivo. Todos los aprecian. Es un chico honrado en quien se puede confiar. La relación entre los dos es muy peculiar. He visto a Raistlin mirar a su hermano y en sus ojos había un destello de cariño ardiente, salvaje. Sin embargo, un instante después, esa expresión se trocaba en envidia, en odio; un odio tan intenso que he llegado a imaginar que sería capaz de matar a su hermano sin pensarlo dos veces. —El maestro enmudeció de repente. Carraspeó con nerviosismo—. Gran maestro, considero que deberías cambiar de opinión —dijo al cabo de un momento—. Lleva a Algenon en su lugar. No es tan inteligente, pero su corazón es fiel, recto, puro...

—Algenon es demasiado bueno —interrumpió con sequedad el archimago—. Ignora lo que sufrir, lo que es la tortura, lo que es el mal... Abandónalo donde un viento frío lo azote y se marchitará como una flor de primavera. Raistlin, por el contrario... En fin. Alguien como él, acostumbrado a sostener una lucha interna constante contra el Mal, difícilmente se dejará abrumar por un mal que venga de fuera.

Se oyó arrastrar una silla, Par-Salian se había puesto de pie.

—No quiero discutir más sobre este asunto. Tenía que hacer una elección, y la he hecho.

Discúlpame, gran maestro, por haberme opuesto a tu voluntad. —Se advertía tensión en la voz del maestro, como si estuviera ofendido.

—Soy yo quien debe disculparse, viejo amigo. Perdona mi brusquedad, pero es tal el peligro que pende sobre nuestras cabezas, que no estoy seguro de que el mundo llegue a sobrevivirlo. El tener que llevar a cabo esta elección ha sido una pesada carga sobre mis hombros. No olvides que la Prueba puede tener un desenlace fatal para el joven.

—Sí, lo sé —susurró el maestro—. En ella han sucumbido otros con más experiencia y más preparados que él...

A partir de aquel momento, la conversación tomó otros derroteros. En consecuencia, Raistlin se escabulló sigiloso de la antesala y abandonó la casa del maestro.

Durante las semanas que siguieron a la entrevista y mientras hacía los preparativos para el viaje, el joven mago reflexionó muy a menudo sobre las palabras pronunciadas por Par-Salian.

Había momentos en los que se dejaba llevar por el orgullo que significaba haber sido elegido por el jefe del Cónclave en persona para pasar la Prueba. Aquél era el mayor honor que podía otorgarse a un aprendiz.

Pero, por las noches, la frase «puede tener un desenlace fatal para el joven» lo acosaba en la oscuridad y le impedía dormir.

Ahora, conforme se acercaban a la Torre de la Alta Hechicería, pensó en aquellos que no había sobrevivido a la Prueba. Sus pertenencias les habían sido devueltas a sus familias sin una explicación, sin una palabra, salvo las condolecias de Par-Salian.

Ésta era la razón por la que muchos magos no se sometían a la Prueba. Al fin y al cabo, con ello no se adquirirían poderes adicionales ni aumentaba el número de conjuros en el libro de hechizos. Se podía seguir practicando la magia sin tener que sufrir ese trance y, de hecho, eran muchos los que así lo hacían. Pero sus cofrades jamás los considerarían «verdaderos» magos, y ellos lo sabían.

La Prueba confería un halo al que había pasado por ella. Ese halo era perceptible cuando el hechicero hacía acto de presencia, y la causa de que se lo tratara con respeto.

Raistlin anhelaba ardientemente ser respetado, mas, ¿es esa ansia lo bastante avasalladora para arriesgar la vida en el empeño?

—¡Ahí está!

La exclamación de Caramon lo sacó de sus reflexiones. El guerrero dio un brusco tirón a la brida de su corcel para frenarlo.

—La legendaria Torre de la Alta Hechicería —musitó el mago, mientras contemplaba con reverente respeto los tres altos minaretes de piedra que se alzaban contra el cielo y semejaban unos dedos esqueléticos que surgieran de la tumba.

—Todavía estamos a tiempo de dar la vuelta —oyó murmurar entre dientes a su hermano con la voz entrecortada.

Raistlin lo miró estupefacto. Que él recordara, aquélla era la primera vez que veía asustado a Caramon. Sintió que lo inundaba una cálida sensación desconocida, reconfortante.

—No temas, Caramon. Estoy contigo.

El guerrero lo miró sorprendido. Después, sofocó una risita nerviosa, azuzó a su montura y reemprendió la marcha.

Cuando entraron en la Torre tuvieron la sensación de que la oscuridad que acechaba tras sus murallas de piedra los hubiera engullido. Se oyó una voz en medio de las tinieblas.

—Acercaos.

Los dos se adelantaron; el mago, con pasos seguros y decididos; su hermano, con cautela, sin apartar la mano de la empuñadura de la espada.

Llegaron ante una figura de perfiles borrosos que se encontraba sentada en el centro de la fría y lóbrega sala.

—Bienvenido, Raistlin —saludó Par-Salian—. ¿Preparado para enfrentarte a la Prueba?

—Sí, Par-Salian, gran entre los grandes.

El archimago estudió con detenimiento al joven que tenía frente a él. Observó que un ligero rubor febril teñía las pálidas mejillas del aprendiz.

—¿Quién te acompaña?

—Caramon, mi hermano gemela, gran maestro. —Los rasgos del mago se contrajeron por la tensión—. Como verás, no soy muy fuerte, y mi hermano me ha acompañado de escolta.

Par-Salian los miró de hito en hito mientras pensaba en el extraño sentido del humor de los dioses. ¡Gemelos! El tal Caramon era un ejemplar humano formidable, con su metro noventa de estatura y sus más de noventa kilos. Y el rostro... Era un rostro hecho para reflejar sonrisas y alegría bulliciosa. La mirada era tan franca y tan sincera como su corazón. Pobre Raistlin.

Los ojos de Par-Salian se volvieron hacia el aprendiz. La túnica roja le colgaba de unos hombros estrechos, hundidos. Su debilidad era tan patente que Raistlin a brís estado condenado a no conseguir nada en la vida de no ser por la magia. Y él lo sabía. Como sabía también que sólo su arte compensaría esas deficiencias.

El archimago lo miró a los ojos con intensidad. No. No eran unos espejos como había dicho su maestro. No para quien tuvieron el poder de profundizar, de penetrar en su interior, donde también percibía el Bien; y un núcleo recóndito de fuerza que sustentaría el frágil cuerpo para que aguantara más allá de sus límites. Ahora, sin embargo, su alma era sólo una masa amorfa, fría, arropada en las sombras de su orgullo, su avaricia, su egoísmo. Por lo tanto, al igual que se mete en la fragua un pedazo informe de metal para convertirlo en acero, así intentaría Par-Salian forjar el espíritu del aprendiz.

—Tu hermano no puede quedarse —amonestó con suavidad.

—Lo suponía, gran maestro. —En la voz de Raistlin se advertía un deje de impaciencia.

—Se lo atenderá durante tu ausencia —prosiguió el archimago—. Y, por supuesto, se lo autorizará a llevarse tus pertenencias en caso de que no superes la prueba.

—¿Llevarme sus pertenencias? —La expresión de desconcertada de Caramon se tornó sombría al captar el significado de las palabras del archimago—. ¿Quieres decir

que...?

—Lo que quiere decir, querido hermano es que puedo morir —lo interrumpió su gemelo con tono cortante.

Par-Salian se encogió de hombros.

—El fracaso lleva, inevitablemente, a ese trágico desenlace —musitó.

—Es cierto. Había olvidado que la muerte es a veces el resultado de ese... ritual. —La faz de Caramon se contrajo en un rictus de miedo. Posó una mano sobre el brazo de su gemelo, a la vez que lo instaba—: Renuncia, Raist. Volvamos a casa.

—¿Acaso te he aconsejado alguna vez que rehúyas la batalla? —preguntó encolerizado el mago. Luego, tras controlar su acceso de furia, continuó con un tono más sosegado—: Ésta es mi batalla, Caramon. No te preocupes, no fracasaré.

El guerrero no quiso darse por vencido.

—Renuncia, Raist, por favor —insistió suplicante—. He cuidado siempre de ti, y me sentiría responsable si...

—¡Basta! ¡Déjame en paz!

El control que el joven hechicero había mantenido se resquebrajó, saltó hecho añicos en el aire, y Caramon tuvo la sensación de que los afilados cortes le inferían unas heridas casi tangibles. Retrocedió tambaleante.

—Está bien. Te... te esperaré —musitó con voz temblorosa.

Acto seguido se dio media vuelta y, no sin antes lanzar una mirada cargada de amenaza al gran maestro, abandonó la sala. Se escuchó el golpeteo metálico de su descomunal espada al chocar contra la armadura, una puerta se cerró con un golpe seco. Después, sobrevino un gran silencio.

—Te pido disculpas en nombre de mi hermano —dijo Raistlin, sin apenas abrir los labios.

—¿Por qué has de disculparlo?

El rostro del mago más joven se tornó hosco.

—Porque siempre tiene que... —Se interrumpió bruscamente y apretó las manos con fuerza bajo las mangas de la túnica—. ¡Oh, empecemos de una vez con ello!

—De acuerdo.

Raistlin aguardó erguido, tenso, con los ojos muy abiertos. Respiró hondo.

El archimago movió la mano y trazó un símbolo arcano. Se produjo un crujido estridente, desgarrador. Raistlin se desvaneció en el aire.

—¿Por qué se lo somete a unas situaciones tan extremas? —preguntó una voz en las esferas interiores.

Las manos de Par-Salian, agarrotadas, se abrían y cerraban sin descanso.

—¿Quiénes somos nosotros para cuestionar los motivos de los dioses? —El archimago endureció el gesto—. Me han exigido una espada, y yo la he encontrado.

Pero su metal está aún al rojo vivo. Hay que temprarla a fuerza de golpes para que sea útil.

—¿Y si se quiebra?

—En tal caso, enterraremos los pedazos —masculló el archimago entre dientes.

Raistlin yacía malherido y exhausto en el frío suelo de piedra. El cuerpo muerto del elfo oscuro estaba caído sobre él y lo aplastaba. Tras ímprobos esfuerzos consiguió quitárselo de encima y se arrastró hasta el oscuro corredor. Allí se desplomó contra la pared, retorcido de dolor. Se llevó las manos crispadas al estómago y vomitó sangre. Pasado el espasmo se dejó caer al suelo, desfallecido, y esperó que le llegara la muerte.

«¿Por qué han hecho esto conmigo?», se preguntó, aturdido por la angustiosa bruma de dolor.

Era sólo un joven aprendiz y lo había obligado a enfrentarse a unos sortilegios creados por los más renombrados y poderosos hechiceros vivos... y muertos.

En el transcurso de la Prueba su principal objetivo dejó de ser el superarla con éxito y se convirtió en una lucha por la supervivencia. En cada reto al que lo sometieron había recibido una o varias heridas, y su salud, siempre tan precaria, quedó quebrantada de manera definitiva. El último enfrentamiento había sido muy riguroso, y, si sobrevivía, cosa que dudaba, su pobre cuerpo sería como un cristal quebradizo al que sólo una gran fuerza de voluntad podría mantener en una pieza. Aunque, por supuesto, siempre tendría a Caramon, que lo cuidaría solícito.

Aquella idea se abrió paso hasta su cerebro a través de la bruma sanguinolenta que lo envolvía y le hizo soltar una risa áspera, cruel. No. Prefería la muerte a una vida dependiendo de su hermano. Tendido sobre las frías losas del piedra, el mago se preguntó impaciente durante cuánto tiempo más querrían prolongar su sufrimiento.

Una figura borrosa se hizo visible en las oscuras sombras del corredor. «Por fin —suspiró Raistlin—. Ahí llega mi último reto. Un resto al que no sobreviviré».

Decidió no presentar batalla, a pesar de que todavía contaba con otro conjuro. Quizá la muerte le sobreviniera de forma rápida y misericordiosa.

Permaneció inmóvil, tendido de espaldas, mientras observaba la oscura silueta que se acercaba. Pronto la tuvo junto a él. Sintió la presencia de un ser vivo, el latir de un corazón, el calor corporal cuando se inclinó sobre él. En un movimiento reflejo, cerró los párpados.

—¿Raist?

Unos dedos frescos se posaron sobre su carne lacerada.

—¡Raist! —Clamó la voz, ahogada por un sollozo—. ¡En nombre de los dioses! ¿Qué te han hecho?

—Caramon... —musitó con un soplo de voz tan débil que ni siquiera él se

escuchó. Tenía la garganta en carne viva, ulcerada por la tos.

—Voy a sacarte ahora mismo de aquí —anunció el guerrero con actitud firme y decidida.

Raistlin sintió unos fuertes brazos que pasaban por debajo de su maltrecho cuerpo. El familiar olor a sudor y cuero inundó sus fosas nasales. El conocido crujir de la armadura y el golpeteo de la ancha espada acarició sus oídos. Luchando por no desmayarse, el mago intentó apartarse y empujó con su mano temblorosa el macizo pecho del guerrero.

—¡No! ¡Déjame, Caramon! La Prueba no ha terminado. ¡Déjame! —Su voz fue un ronco quejido inaudible que se ahogó en una violenta arcada.

El fornido mocetón no le hizo caso. Lo levantó sin esfuerzo y echó a andar a la vez que lo acunaba en sus brazos.

—No hay nada que merezca la pena este sufrimiento. Olvídate de todo y descansa, Raist —dijo con voz estrangulada.

Al pasar bajo la trémula llamada de una antorcha, el hechicero vio el rostro de su gemelo húmedo por el llanto. Hizo un último intento para convencerlo.

—No nos permitirán salir, Caramon. —Alzó la cabeza y boqueó en un supremo esfuerzo por coger aire—. ¿No te das cuenta de que te estás poniendo en peligro?

—¡Que vengan! ¡Que intenten detenerme! —respondió con gesto sombrío y siguió su marcha firme y decidida a lo largo del corredor envuelto en la penumbra.

Raistlin se dio por vencido y se echó hacia atrás, agarrado. Apoyó la cabeza en el hombro de su hermano, se sintió reconfortado por su fuerza, aunque no pudo evitar maldecirlo para sus adentros.

«¡Terco! —pensó—. ¡Obstinado y grandísimo tonto! Ahora moriremos los dos. Y tú, naturalmente, morirás protegiéndome. ¡Incluso en la muerte estaré en deuda contigo!».

En ese momento, el mago oyó a su hermano lanzar una exclamación ahogada y notó que aflojaba el paso. Levantó la cabeza y miró hacia adelante mientras intentaba ver a través del velo borroso que lo cegaba.

—¡Un espectro! —exclamó con un ahogado resuello.

Un profundo rugido resonó rotundo en el pecho de Caramon. Era su grito de batalla.

—¡No! ¡Sólo la magia le destruirá! —protestó Raistlin cuando su gemelo lo dejó en el suelo con delicadeza. Furioso, el mago intentó recordar las palabras para invocar el conjuro «Manos candentes». No era un hechizo bastante contundente para un espectro, pero al menos lo intentaría.

—Hazte a un lado, Caramon. Dispongo de la fuerza justa para realizarlo.

Su hermano ni siquiera lo escuchó, y se dio la vuelta para enfrentarse al espectro, de manera que se interponía en el radio de acción de su gemelo.

Raistlin se agarró a la pared y se incorporó poco a poco, con grandes esfuerzos, hasta que logró ponerse de pie. Levantó una mano.

Entonces, en el instante en que se disponía a advertir a su hermano que se apartara, se quedó petrificado; miró a Caramon con los ojos desorbitados por la incredulidad.

El guerrero había alzado la mano, la misma con la que antes blandía la espada, y en la que ahora sostenía una varita de ámbar. En la otra, la del escudo, empuñaba unos mechones de pelo de animal.

Frotó entre sí los dos objetos a la vez que murmuraba unas palabras arcanas, y se produjo un rayo deslumbrante que zigzagueó y se estrelló contra el pecho del espectro. El ente lanzó un aullido, pero siguió adelante, dispuesto a absorber la energía vital de Caramon. Éste, con las manos todavía levantadas, pronunció otras palabras, y un nuevo rayo salió de entre los dedos y alcanzó al espectro en la cabeza. El ente se desvaneció en medio de un estallido, sin dejar rastro.

—Ahora saldremos de aquí —dijo el guerrero con satisfacción mientras se volvía hacia su hermano. La varita y los mechones de pelambre habían desaparecido de sus manos—. La puerta está un poco más adelante.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Raistlin, que se apoyaba en la pared para sostenerse en pie.

Caramon, alarmado, reparó en la ardiente mirada salvaje de su gemelo.

—¿Hacer qué? —Parpadeó desconcertado.

—¡El conjuro! —masculló Raistlin con los dientes apretados—. ¡La magia!

—¡Ah! ¡Eso! —Caramon se encogió de hombros—. No tiene importancia. Es un poder que he poseído siempre, aunque casi nunca necesito recurrir a él. Me basta con la espada para solucionar cualquier problema. Si lo he hecho ahora, es porque estás muy malherido, y no quería perder tiempo luchando con armas convencionales. No te preocupes por lo ocurrido, Raist. Olvídalo. Por lo que a mí respecta, puedes seguir considerándote el especialista en esta sencilla disciplina. Como te he dicho antes, casi nunca necesito utilizarla.

«¡Imposible! —Gritaba la mente del hechicero—. Es imposible que haya adquirido en unos momentos lo que a mí me ha costado años de estudio. ¡Vamos, líbrate del mareo, de la debilidad, del dolor! ¡Piensa!» se exhortó.

Pero no era aun dolor físico lo que nublabla su mente. Era ese otro dolor interno, tan conocido, el que lo asfixiaba y clavaba en su alma unas afiladas garras emponzoñadas.

Caramon, el fuerte, el bueno, el amable, el franco, el honrado, el amigo de todos. No como Raistlin, el enfermizo, el enclenque... el Taimado.

«¡Era todo cuanto poseía! ¡Lo único mío de verdad! —Aulló su cerebro en un grito impotente, desgarrado—. ¡Y ahora también me lo ha quitado!».

Entonces, recostando la espalda contra la pared para mantenerse de pie, el mago levantó las manos y unió los pulgares, con los que apuntó a su gemelo. Empezó a murmurar unas palabras arcanas, distintas de las pronunciadas antes por su hermano. Caramon retrocedió.

—¿Qué haces, Raist? Vamos, déjate de tonterías. Te ayudaré a salir de aquí. Ya verás. Cuidaré de ti, como he hecho siempre... ¡Raist, mírame! ¡Soy tu hermano!

Los resecos labios del mago se contrajeron con una mueca retorcida. El odio y el resentimiento que durante tiempo habían bullido en su interior como lava fundida bajo la sólida roca de su férrea voluntad, saltaron en un estallido de furia incontrolada. La magia inundó su maltrecho cuerpo y brotó por sus dedos crispados en forma de llamas devastadores.

Se quedó inmóvil mientras contemplaba impasible la oleada de fuego abrasador que envolvía el cuerpo de su hermano.

Cuando el guerrero no era más que una antorcha viviente, la experiencia de los años de aprendizaje le hizo comprender a Raistlin que lo que contemplaba era sólo una ilusión. En el mismo instante en que llegó a esta conclusión, la imagen de su hermano, consumido por las llamas, desapareció.

Un momento después, el hechicero se desvanecía y caía desplomado al suelo.

—¡Despierta, Raistlin! La Prueba ha concluido.

El joven mago abrió los ojos. La oscuridad había desaparecido, y un rayo de sol pasaba a través de la ventana.

—¿Por qué? —Susurró con voz enronquecida, mientras garraba al archimago pro la pechera de la túnica—. ¿Por qué me habéis hecho esto?

El anciano posó una mano temblorosa sobre el hombro del mago.

—Los dioses nos pidieron una espada, Raistlin. Ahora podemos darles una: tú. El Mal está renaciendo más fuerte que nunca, y el destino de todo Krynn se tambalea en una balanza desequilibrada. Con tu ayuda, y con la de otros como tú, confiamos en que el equilibrio se restablezca.

Raistlin miró al archimago con intensidad. Después, echó una risa breve, amarga.

—¿Salvar a Krynn? ¿Cómo? ¡Me habéis destrozado el cuerpo! ¡Ni siquiera veo bien! —concluyó exhausto.

Porque, cuando Raistlin enfocaba los ojos en el rostro del gran maestro, lo veía envejecer, agostarse por momentos. Al volver la mirada a la ventana, la pared de piedra se desmoronaba y se hacía polvo ante sus aterrados ojos. Dondequiera que mirase, todo parecía sufrir un proceso decadente de envejecimiento, de destrucción.

Luego, tras unos momentos de pánico, su visión se aclaró.

Par-Salian le entregó un espejo. Al mirarse en él, el hechicero vio un rostro marchito, cadavérico. La piel tenía un tinte dorado, con un tenue brillo metálico. Éste

sería el símbolo de la agonía que había padecido.

Mas lo que le hizo apartar el espejo, horrorizado, fueron sus ojos. Las negras pupilas habían dejado de ser redondas para adoptar la forma de unos relojes de arena; y el iris, antes azul, brillaba ahora con tonalidades doradas.

—A partir de este momento, condicionado por esos relojes de arena, verás el efecto del paso del tiempo en todos los seres y todas las cosas. Verás la muerte dondequiera que busques la vida. De ese modo, nunca olvidarás la brevedad de nuestro paso por el mundo. —El archimago sacudió la cabeza con un gesto pesaroso—. Me temo que no habrá mucha alegría en tu vida, Raistlin. Si bien tampoco creo que para el resto del mundo vaya a ser diferente.

El hechicero apartó el espejo y lo puso boca abajo.

—¿Y mi hermano? —Preguntó con un susurro—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Nada. Todo fue una ilusión invocada por mí. Digamos que era aun desafío personal para obligarte a mirar en tu propio corazón y descubrir tus sentimientos para hacerte recapacitar sobre tu actitud hacia las personas más allegadas a ti. —El archimago hizo una pausa. Luego agregó con voz apacible—: Tu hermano está aquí. Ileso. Ahí llega.

Al llegar Caramon a la habitación, Raistlin se incorporó y apartó a un lado a Par-Salian. Reparó que en el semblante del guerrero se plasmaba una expresión de alivio al comprobar que estaba lo bastante fuerte para levantarse a recibirlo. Sin embargo, no le pasó inadvertido el velo de tristeza que empañaba sus ojos, producto sin duda de la revelación de una verdad dolorosa.

El jefe del Cónclave rompió el silencio para dirigirse a Raistlin.

—No creí que llegaras a darte cuenta de que se trataba de una ilusión. Aunque, después de todo, es de sobre conocido que nadie que maneje espada y vista armadura puede a la vez ser hechicero.

—¿Quieres decir que he fracasado? —Inquirió el enjuto mago con voz enronquecida.

Par-Salian sonrió.

—No. Acabaste la Prueba con éxito. El último obstáculo era el elfo oscuro. Tu actuación fue realmente soberbia. Incluso sorprendente, habida cuenta de tu corta experiencia en el arte.

Raistlin volvió los ojos hacia su hermano. El guerrero rebullía inquieto, y su mirada era huidiza. El mago comprendió.

—Presenció cómo lo mataba, ¿no es cierto? —Preguntó a Par-Salian sin apartar los ojos de su gemelo.

—Sí —respondió el archimago mientras los observaba a los dos con atención—. Lamento de veras haberme visto obligado a hacerte pasar por todo esto, Raistlin. Pero es mucho lo que tienes que aprender, joven mago. Entre otras cosas, sentir

compasión, misericordia, indulgencia... Confío en que las arduas tareas a las que tendrás que enfrentarte despierten en ti todos esos sentimientos de los que ahora careces. De no ser así, me temo que sucumbirás al destino que tu maestro predijo.

»Sea como sea, la verdad es que ahora tu hermano y tú os conocéis a fondo. Han caído las barreras que se alzaban entre vosotros y, aunque sospecho que los dos habéis salido heridos de esta contienda, espero que las cicatrices os sirvan para fortalecer vuestros espíritus. —Par-Salian se incorporó y se dispuso a marcharse—. Haz buen uso de tus poderes, mago. Se aproxima la hora en que, con tu fuerza y tu destreza, tendrás en tus manos la salvación de Krynn.

Raistlin hizo una breve inclinación de cabeza, pero guardó silencio y no se movió mientras el archimago abandonaba la habitación. Un momento después, se puso de pie, pero se tambaleó y estuvo a punto de desplomarse.

Caramon llegó de un salto a su lado, dispuesto a sostenerlo, pero el mago, aferrándose al bastón de madera, logró evitar por sí mismo la caída. A la vez que luchaba por sobreponerse al dolor y al vértigo que lo hostigaban, los dorados ojos de Raistlin se quedaron prendidos en los de su gemelo. Caramon titubeó... y se quedó donde estaba, sin atreverse a tocarlo.

Durante unos segundos interminables, los dos hermanos permanecieron estáticos, mirándose. Por fin el hechicero dejó escapar un tenue suspiro, se apoyó en el Bastón de Mago, y obligó a su enjuto cuerpo a adoptar una postura erguida. Luego, echó a andar muy despacio, con pasos vacilantes, y salió de la habitación.

Abatido, con la cabeza hundida en el pecho, su gemelo lo siguió.

La cosecha

Nancy Varian Berverick

Flint alzó la cabeza y estrechó los ojos para otear los parches de mortecino cielo azul que asomaban entre el esquelético entramado de las copas de los árboles. La dorada luz del sol otoñal declinaba, y la perspectiva de tener que pasar otra noche en el lóbrego bosque no mejoraba el humor del enano, bastante agrio ya a causa de las dos noches precedentes, en las que apenas había descansado. Susurros malévolos y gemidos espeluznantes componían la música nocturna de este horrendo lugar. Flint se estremeció, mientras sus dedos tamborileaban nerviosos en el mango del hacha de guerra. Algo no marchaba bien en este bosque. El recuerdo de Solace y su acogedor hogar jamás le había parecido tan apetecible como ahora.

Miró a Tanis con el entrecejo fruncido. ¡Maldita la curiosidad del joven semielfo! Que hubiera salido de su Qualinesti natal poco tiempo atrás, no justificaba que se metiera por cualquier sendero de cabras en busca de aventuras. ¿O es que acaso él, Flint Fireforge, un respetable comerciante, no tenía el suficiente sentido común para saber lo que era juicioso y lo que no? Suspiró irritado. A juzgar por los hechos, no, o, en caso contrario, no se encontraría ahora en el apuro de vagar perdido en un oscuro bosque, que ni siquiera aparecía indicado en su mapa.

—¿Seguirás mucho tiempo ensimismado contemplando el suelo, o buscamos un sitio donde acampar? —rezongó.

Tanis, que se había retrasado a fin de examinar el terreno a la izquierda del sendero plagado de raíces, le hizo una seña para que se acercara.

—Mira esto —le dijo cuando el enano llegó a su lado.

Los arbustos y la hierba agostada por las heladas aparecían tronchados y pisoteados al lado del camino, de modo que marcaban una trocha que se internaba en la espesura. Unas hebras de lana marrón, prendidas en las punzantes espinas de la maleza, todavía se movían.

—Parece que alguien ha pasado por aquí —comenzó Flint—. Y no hace mucho.

Tanis escudriñó el bosque en la dirección tomada por el solitario viajero. A cierta distancia, se escuchaba la canción del agua al correr y saltar entre peñas, y ofrecía un suave contraste al murmullo susurrante de las hojas movidas por un frío vientecillo. Entonces, más próximo, se oyó el apagado sonido de la respiración de algo o de alguien los entrecortados jadeos denotaban un miedo palpable.

—Flint...

—Lo he oído.

Tanis cogió su arco y encajó una flecha con los movimientos seguros, casi mecánicos, de quien tiene la práctica de años. Con un breve gesto indicó al enano que

siguiera. Con el sigilo nato de un elfo, silencioso como un zorro al acecho, dejó atrás el sendero y se internó en la sombría espesura.

La profusión de robles y la maraña de maleza baja formaban una barrera consistente de troncos y sombras. El semielfo se deslizó de árbol en árbol, con movimientos ágiles y veloces, manteniéndose a cubierto en todo momento. Tras un trecho de espeso follaje, los robles acababan de manera repentina en claro que estaba tapizado por las hojas ocres de los árboles.

La muchacha que se agazapaba al borde del claro era la criatura más desaliñada que Tanis había visto en toda su vida. El cabello, del color de las hojas de álamo cubiertas de escarcha, se desparramaba enmarañado sobre sus hombros y le caía en la cara, que estaba marcada con rasguños y cortes, señal inequívoca de un descuidado deambular a través de los arbustos espinosos.

No contaría más de diecisiete años. Muy joven, pensó Tanis, aun considerando la corta vida de la raza humana.

Ella permaneció inmóvil, agachada tras la densa sombra del tronco de un viejo roble. La expresión de sus ojos azules recordaba al semielfo los de una cierva acorralada por el cazador.

Flint, sorprendido, masculló un juramento y, como si el murmullo del enano hubiera sido el impulso que necesitaba, la muchacha saltó como un muelle y huyó a todo correr.

—¡No, espera! —llamó Tanis.

Pero la chica se metió entre los árboles, demasiado asustada para mirar atrás. El semielfo salió en su persecución; aflojó el arco tensado y retornó la flecha a la aljaba mientras corría. A sus espaldas oía a Flint, que acertaba terreno en dirección al arroyo. En lo alto, un cuervo soltó un ronco graznido y remontó el vuelo con ruidosos aleteos. Tanis alcanzó a la muchacha en el arroyo.

—¡Espera! —gritó otra vez.

Ella corrió hacia la musgosa orilla y, una vez allí, se arrodilló mientras buscaba a tientas una piedra. Su mano, enrojecida por el frío y temblorosa de miedo, asió un enorme pedrusco y se lo lanzó al semielfo con todas sus fuerzas, pero con escasa puntería. Tanis se agachó y la piedra pasó sin causarle daño alguno y cayó en los matorrales que había a sus espaldas. Flint salió de la espesura corriente arriba, cerca de donde se encontraba la muchacha. Se acercó silencioso al borde del agua. La atención de la chica seguía prendida en Tanis, que se había plantado en la ribera en un par de zancadas. El enano aprovechó ese momento para agarrarla por los codos y le sujetó los brazos a la espalda, de manera que la obligó a ponerse de pie.

—Basta, jovencita —dijo con brusquedad—. No queremos hacerte daño.

Los ojos de la chica, desorbitados por el terror, fueron del viejo enano al joven semielfo. En medio de jadeos entrecortados, se debatió para soltarse de la presa de

Flint. Tanis adelantó otro paso con las manos en alto para mostrarle que no tenía arma alguna.

—Lo dice en serio. No queremos hacerte daño. Flint, suéltala.

—Lo haré encantado... en cuanto prometa que no intentará otra vez abrirnos la cabeza a pedradas.

—Lo prometerá, ¿no es así? —El semielfo esbozó una sonrisa tranquilizadora.

La chica levantó la barbilla y, a pesar del temblor que le agitaba los labios, lo miró desafiante.

—¿Qué garantía me das? —preguntó.

—Te daré, no una, sino dos —respondió él con suavidad—. La primera, mi palabra de que ninguno de nosotros te causará el menos daño. La segunda, nuestra oferta de compartir el calor de una hoguera para pasar la noche. ¿Te parecen garantías suficientes?

—Sí. —En el quedo monosílabo se advertía tal mezcla de esperanza y temor que conmovió al semielfo.

A la decreciente luz crepuscular, Tanis atisbó el brillo de las lágrimas en sus ojos. La tomó de la mano y la ayudó a salir del agua. Dirigió una mirada a Flint por encima de la cabeza de la muchacha, pero el enano se limitó a encogerse de hombros. Sin embargo, Tanis sabía que su amigo se estaba preguntando lo mismo que él: ¿qué hacía una jovencita a solas en un bosque?

El semielfo se las ingenió para cazar un par de conejos mientras Flint y la muchacha preparaban el campamento. Riana, que así se llamaba la joven, no se prestó a dar otra información aparte de su nombre. Tanis confiaba en que, una vez que hubiera comido y entrado en calor, se mostraría más dispuesta a hablar.

Riana guardó silencio durante todo el rato que tardaron en asarse los conejos, si bien daba la impresión de que perdía poco a poco el miedo a medida que se sucedían las chanzas de Tanis y las siempre bruscas respuestas de Flint. Tampoco habló durante la cena, salvo para darles las gracias y anunciar que iba al arroyo para lavar los platos.

El semielfo la oyó avanzar cautelosa en dirección a la orilla. Una fuerte ráfaga de viento barrió el claro del bosque, agitó las hojas e hizo crujir las desnudas ramas al entrecrochar ente sí. Tales ruidos eran los únicos que escuchaban en un bosque sumido en el letargo del invierno.

El cielo había estado despejado al anochecer, pero ahora el aire arrastraba unos nubarrones procedentes del norte. El rojizo fulgor de Lunitari, que los había alumbrado las noches precedentes, no brillaría hoy. Tampoco contarían con la luz de Solinari, que, de haber sido visible, sólo habría mostrado un estrecho cuarto creciente. Más allá del resplandor de la hoguera, las retorcidas y nudosas ramas de los

árboles se alzaban contra el cielo sombrío. Una niebla fantasmagórica se arrastraba entre los troncos y ocultaba el suelo y la maleza baja.

Flint llevaba siempre entre sus bártulos una pequeña bolsa en la que guardaba trozos de madera. Tanis sonrió al ver que su amigo metía la mano en la bolsa y sacaba el primer pedazo que había cogido. Era un taco del tamaño de su puño, suave y blanco, cortado del mismo centro de un tronco de arce. La daga del enano centelleó con el fulgor de la hoguera mientras su dueño se instalaba cómodamente frente al fuego. Un amable silencio cayó sobre los dos amigos, y, en su transcurso, el trozo de madera se convirtió paso a paso en un conejo con una oreja agachada y la otra levantada en un gesto de alerta. Le faltaban como si vetease el aire de la noche, cuando empezó de nuevo el tenue gemido quejumbroso que los había desasosegado las dos noches anteriores.

Tanis contuvo un escalofrío.

—En nombre de los dioses, Flint. ¿Por qué una criatura tan joven viajará a solas por este espantoso bosque?

Antes de que el enano respondiera, la sombra de Riana se proyectó en la fogata.

—No estaba sola cuando emprendí el viaje —dijo, con voz temblorosa—. Mi hermano y... Karel me acompañaban.

Dejó los platos junto al fuego para que se secaran, y tomó asiento cerca del calor de la lumbre. El semielfo atizó el fuego.

—¿Dónde están ahora, Riana? —preguntó sin apartar los ojos de la llamas avivadas.

La chica tembló de pies a cabeza y se acurrucó para arrebujarse bajo el escaso abrigo que le ofrecía su capa raída.

—No lo sé. Todo ocurrió hace dos noches. Habíamos viajado a Haven y acampamos en el camino de regreso. Nuestro pueblo, Valle Ventoso, está al norte de aquí. Quizá lo conozcáis.

Flint seguía con su tare de cortar en finas virutas la madera y no levantó la vista de la figurilla.

—Sí, lo conocemos —dijo—. ¿Qué ocurrió con tu hermano y ese tal Karel?

—Ataca..., atacaron nuestro campamento. —El viento pasó entre los árboles como un prolongado gemido. Riana, temblorosa, se acurrucó más, y dobló las piernas contra el pecho—. Nos atacaron... Nos atacaron unos entes, fantasmas o espíritus... Ignoro qué eran. Sólo sé que eran espantosos. Cuando Karel atravesó a uno de ellos con su espada, esa cosa no murió. Se echó a reír, y el sonido de aquella risa me heló la sangre. ¡Nunca había visto a Karel tan asustado, y lo conozco de toda la vida!! Se quedó mirándome, como si me suplicara ayuda... Como si se despidiera para siempre.

Riana enmudeció y luchó por contener el sollozo que pugnaba por escapar de su

garganta. Sus ojos azules tenían, una mirada desolada, rayana en la desesperación.

—Entonces —prosiguió con voz entrecortada—, ése... esa cosa lo tocó y lo cogió de la mano, del mismo modo que otro de ellos había cogido a Daryn, mi hermano, y... desaparecieron.

La muchacha apoyó la cabeza sobre las rodillas y empezó a mecerse atrás y adelante, sumida en un opresivo silencio. Conmovidó por su dolor. Tanis la rodeó con el brazo y ella se reclinó en su pecho, temblorosa. El crepitar de la hoguera se tornó ruidoso en medio de la quietud de la noche.

—¿Y has estado perdida estos dos días, vagando por el bosque? —preguntó el semielfo.

—¡No! —La protesta sonó amortiguada al tener la boca apretada contra el hombro de Tanis, que notó el cuerpo de la muchacha tenso por la fuera—. ¡No he estado perdido, sino buscándolos!

—Lo que, desde mi punto de vista, viene a ser lo mismo —intervino el enano sin apartar la vista de la talla.

—No, no lo es —refutó Riana, mientras se separaba del semielfo y apartaba los mechones que le caían sobre el rostro bañado en lágrimas.

—Ajá. Entonces, es que saber adónde se han llevado esos fantasmas o espíritus a tu hermano y su amigo.

—Si lo supiera, estaría en camino, y no aquí, sentada.

—Lo dicho: perdida y vagando de acá para allí...

Antes de que la chica articulara una protesta, Tanis la tomó de la mano e hizo enmudecer al enano con una mirada de reproche.

—Riana, sea como sea, no puedes seguir sola en estos bosques. Nosotros nos dirigimos al noreste de Solace, y estaremos encantados de acompañarte. Al menos, hasta allí.

—Te lo agradezco, pero no. He de encontrar a mi hermano y a Karel. ¿O es que no has oído lo que he dicho? —Sus ojos fueron de Tanis a Flint, y comprendió la razón del brusco interrogatorio del enano—. No me habéis creído, ¿verdad?

El semielfo sacudió la cabeza.

—No se trata de que te creamos o no, Riana...

—No me creéis —lo interrumpió la joven—. ¿Y qué pensáis que les ha pasado? ¿Qué los he matado y me he deshecho de sus despojos? ¿A mi propio hermano y al hombre que... que ha sido nuestro amigo toda la vida? ¿O quizá pensáis que estoy hechizada, o lo bastante loca para vagar sola por este condenado bosque por puro placer? —Su voz se alzó estridente en la quieta noche—. Mi hermano y Karel han desaparecido. ¡Se desvanecieron en el aire!

—Riana, déjanos ayudarte. Permítenos que te llevemos a Solace.

—No. He de encontrarlos. Y en Solace no los encontraré. —Su voz asumió un

tono amargo, decepcionado...

El enano vio a Tanis coger la mano de la muchacha con delicadeza y, de repente, su mente captó lo que iba a decir su amigo, con la misma claridad que su cuerpo percibía el frío aire nocturno.

«Seguirá a esa chica en su loca empresa», pensó, e intentó protestar, pero, antes de que abriera la boca, Tanis se le adelantó.

—En ese caso, no irás sola, Riana.

Los ojos de la muchacha se iluminaron, y sus labios esbozaron una sonrisa de genuina sorpresa y esperanza.

—¿Quieres decir que me ayudarás?

—Sí, te ayudaré.

Los dos jóvenes hablaron durante un rato. Flint los observó de reojo todo el tiempo, sin hacer el menor intento de sumarse a la conversación. Cuando, por fin, Riana, vencida por el cansancio, le dio las buenas noches, el enano se limitó a responder con un breve cabeceo.

Una vez que la muchacha, envuelta en una capa de Tanis, se quedó dormida, Flint se echó hacia adelante y miró al semielfo con fijeza, sumido en un obstinado silencio. Pero Tanis no pronunció una palabra. Sabía por propia experiencia que la mejor defensa contra la oposición del enano era mantenerse callado. Claro que, al no darle argumentos contra los que descargar su enfado, antes o después, Flint hallaría el modo de desafiar su silencio. Con deliberada lentitud, Tanis avivó el fuego, y luego tomó las flechas que había utilizado para cazar los conejos. Los penachos de plumas verde y oro que las distinguían como suyas se había estropeado. Se dedicó a repararlos con estudiada calma. Al cabo, el enano no aguantó más.

—¿Y bien?

El semielfo alzó la vista de su trabajo.

—¿Y bien, qué?

—Mira, Tanis, es ya muy tarde para que andemos con juegucitos de palabras. ¿Qué te ha inducido a entrometerte en esa locura?

—¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Dejarla sola en el bosque?

—La habríamos escoltado hasta Solace.

—No habría venido.

—¿Por qué estás tan seguro? No pusiste mucho empeño en convencerla.

—Estaba muy claro para mí —respondió, mientras alisaba las enredadas plumas de una de las flechas.

—Lo que sí está claro es que te han embarcado en una empresa sin sentido. Tanis, ni siquiera sabemos cuánto hay de cierto en la historia de la chica. ¿Fantasmas? Yo diría más bien salteadores. ¿Pero espíritus que se ríen del acero? ¡Vamos, por favor!

—El enano sacudió la cabeza con gesto enérgico—. O esa chica miente, o no está en

sus cabales.

—No, Flint. Ni lo uno ni lo otro.

—¿Estás seguro?

El semielfo no tenía una certeza absoluta, pero sí sabía que la determinación de la muchacha en buscar a su hermano y a su amigo era cierta. El brillo de sus ojos, sus palabras, tenían la apasionada decisión de quien no cambiará de parecer. Además, aunque no contaba con una razón que confirmara su presentimiento, Tanis estaba convencido de que Riana había dicho la verdad. Movi6 la cabeza. Al menos, lo que para ella era la verdad.

—SÍ, Flint, estoy seguro. Aunque no pueda decirte el porqué. Hay algo extraño en este bosque; tanto tú como yo lo hemos notado. Aún así, ella quiere seguir adelante, con o sin ayuda. No puedo dejarla sola.

—No niego que este lugar rezuma maldad. Casi se huele. Y se acrecienta de día en día, conforme nos desplazamos hacia el norte. Muchacho, tú estás aún en edad de ser temerario, pero no yo.

Tanis miró a su viejo amigo y después a Riana, que dormía sosegada, con la cabeza reclinada en una mano y la otra cerrada con fuerza, como si con ese gesto quisiera, aún en su sueño, mantener el coraje. Cualesquiera que fueran las dudas que albergara sobre el relato de la chica, Tanis sabía que ella no renunciaría a la búsqueda, aunque tuviera que hacerlo sin su ayuda, y, lo más probable, es que se encontraría en una situación peligrosa a no mucho tardar. No estaba dispuesto a permitir que tal cosa ocurriera.

—Flint, no te he comprometido a ti. No quisiera ir solo, pero lo haré si no queda más remedio.

Se había levantado un poco de humo de la hoguera que interponía un velo entre los dos amigos. Con todo, al enano no le pasó inadvertida la expresión apesadumbrada en los ojos del semielfo, y supo que, a despecho de sus protestar, todo estaba decidido.

—No, ya me di cuenta de que ponías buen cuidado en no involucrarme en este asunto. Pero no deja de sorprenderme que pienses que te dejaría ir solo. —Recogió las flechas que se le había caído a Tanis—. Toma, pon más cuidado o acabarás quemándose.

—¿Entonces me acompañas?

El viento susurró tenebrosos secretos a la noche. El crujido de las ramas bajo la escarcha semejó el lamento de almas en pena. Flint fue incapaz de contener un escalofrío al recordar la historia de Riana sobre fantasmas y espíritus.

—Aún no doy crédito a lo que nos ha contado esa chica; pero sí hay algo de lo que estoy completamente seguro: los dos necesitáis que alguien con un poco de sentido común os acompañe en esta misión de locos.

Tanis adoptó una actitud seria para darle las gracias. Sabía que sonreír estaba de más en este momento.

En el parapeto de piedra negra de su castillo, Gadar, el viejo hechicero, alzó la vista hacia el cielo desapacible. El rojizo resplandor de Lunitari se colaba entre las apretadas nubes purpúreas. Las sombras se arrastraban sobre el abrupto terreno, se enroscaban a los troncos grises de pinos alineados en prietas filas, y se deslizaban por las laderas de las montañas. Una rapaz nocturna, cuyas garras centellearon a la creciente luz de la luna, se lanzó en picado desde su nido como una flecha dirigida irrevocablemente sobre su presa el conejo chilló, su primero y último sonido articulado, un breve canto de alabanza a la vida y de protesta por la agonía de la muerte.

Detrás del mago, en una cámara teñida de rojo por las llamas de antorchas y la chimenea, un cuervo grazno, como advirtiéndole que el tiempo pasaba. Gadar dio la espalda a las montañas y regresó a la habitación.

El cuervo graznó de nuevo, giró la cabeza con gesto interrogante y empezó a arreglarse las plumas de las alas con el pico.

—Lo sé —susurró el mago—. Quizá sean un problema, pero me ocuparé de ellos.

El pájaro dejó de atusarse las plumas, volvió la cabeza hacia la larga mesa situada frente a la chimenea y miró con gran desconfianza el cofre que había sobre el tablero. Fabricado con fina madera de palisandro, y con herrajes de plata, el cofre no reflejaba la luz de la lumbre.

—Sí, sí, amigo mío. Será mejor que te marches ahora, cuando aún estás a tiempo —dijo el mago.

El cuervo no vaciló; levantó con torpeza el vuelo, salió por la ventana y se perdió en el mordiente frío de la noche.

Una vez a solas, Gadar cogió el cofre. Con movimientos cuidadosos soltó el cierre, un fino trabajo de plata, y cerró los ojos. Las palabras del conjuro de invocación acudieron de inmediato a su mente y lo inundaron de poder, de la fuerza de voluntad exigida para dominar aquello que iba a invocar.

Sabed quien os llama:

aquel que conserva lo que vosotros abandonasteis.

Levantó la tapa del cofre sin prestar atención al suave tacto de la madera, ni a la queda oscilación de los herrajes. Abrió los ojos y bajó la vista al terciopelo ambarino que protegía el tesoro guardado en su interior. Frías y resplandecientes, plata y oro engastados, las cuatro empuñaduras de espada, ricamente enjovadas, reposaban en el suave acolchado colocadas en forma de cruz.

*Sabed quien os dirige:
aquel que guarda lo que vosotros perdisteis.*

La lumbre del hogar trepidó y las llamas se avivaron mientras bramaban con las voces fantasmagóricas de espíritus errantes. Un viento tan frío que parecía llegar de un glaciar recorrió gimiente la habitación.

*Sabed quién os vigila:
aquel que posee lo que vosotros vendisteis.*

Y entonces, negros como la noche, insustanciales como el humo de una pira funeraria, los cuatro espectros aparecieron ante el mago. Sus cuerpos eran sólo las sombras de lo que antaño había sido seres vivientes. Sus ojos semejaban ascuas ardientes. El lugar ocupado antes por sus corazones era ahora un vacío gélido.

—¿Dónde? —preguntó el más tenebroso de los cuatro, el que llevaba muerto más tiempo.

—A una jornada de camino. Los alcanzaréis antes del amanecer. Son una chica, un enano y un semielfo.

—¿Los traemos?

Gadar vaciló. El espectro se echó a reír, y el mago sintió que le erizaba el vello de los brazos. A pesar de tener bajo control a estos seres, no por ellos dejaba de temerlos. Sin embargo, más temía que algo o alguien obstaculizara sus planes; bajo ningún concepto debía permitir una injerencia en estos momentos. El conjuro se llevaría a cabo mañana por la noche, y dentro de unas horas se elegiría a uno de los dos jóvenes que aguardaban en las mazmorras. No tenía más opción que servirse de nuevo de los espectros. Debía asegurarse de que no ocurriera nada que frustrara el hechizo.

—Acabad con ellos.

—Así se hará —susurró el fantasmal cabecilla.

«Sí, así se hará», pensó Gadar, mientras observaba cómo se desvanecían las siluetas incorpóreas e los espectros hasta que desaparecieron. Jamás había fallado en su cometido, y tampoco fracasarían en esta ocasión.

Un cierto remordimiento agitó su corazón, pero no fue lo bastante intenso para apartarlo del sombrío sendero por el que caminaba hacía tiempo. Su conciencia estaba amordazada y atada con cadenas cuyos eslabones se habían ido forjando con cada asesinato cometido. Y esas cadenas eran muy, muy pesadas, y estabas al rojo vivo, fraguadas por el fuego de la necesidad.

El sueño de Riana fue breve. Se despertó en el momento en que Flint llamaba a Tanis para que se encargara de la segunda guardia de la noche; la joven se había acercado a la hoguera y había mantenido encendido el fuego alimentándolo con cualquier clase de combustible que tenía a mano. No era una compañía muy locuaz, pensó el semielfo mientras la veía remover la lumbre para avivarla. La chica se había pasado casi toda la guardia con los ojos fijos en las llamas danzantes.

Tanis se puso de pie y, con suave firmeza, le quitó de las manos el largo palo ennegrecido por el fuego.

—Basta —dijo, arrojando a un lado el palo—. Conseguirás que muramos achicharrados.

Apenado, Tanis vio a la muchacha encogerse temerosa. Había hecho el comentario con el único propósito de aliviar la tensión, ya que tanto el calor como la luz eran de agradecer, pues la niebla, que al comienzo de la noche desdibujaba las siluetas de los árboles, se había espesado con el paso de las horas.

—Perdona —musitó la joven, mientras se echaba la capa sobre los hombros con manos temblorosas, sin apartar los ojos de la hoguera.

Su miedo era tan palpable que el semielfo casi paladeaba su gusto acre.

—Haces bien en estar asustada, Riana. Si has cambiado de parecer, no tienes por qué sentirte avergonzada.

—¡No!

Flint rebulló entre las mantas con las que se había arropado para resguardarse del frío y la humedad.

—¡Chist! —Susurró Tanis—. Ha estado de guardia, no lo despiertes.

—No abandonaré a Karel ni a Daryn —dijo la chica con un susurro tembloroso. Se mordió el labio con tanta fuerza que Tanis pensó que le iba a sangrar—. Detesto este bosque. No soy tan estúpida como cree tu amigo. Nada me gustaría más que ir con vosotros a Solace, pero... no puedo. ¿No comprendes que, al menos, debo intentar encontrarlos? Son mi única familia.

Enmudeció, como si fuera incapaz de soportar la idea de vivir sin su hermano y su amigo.

Reinaba un profundo silencio, y Tanis tembló cuando el viento arreció de manera inesperada. Las llamas se avivaron y, un instante después, se redujeron hasta convertirse en meros rescoldos. La casi consumida hoguera desprendió un humo espeso y acre que le entró a Tanis en los ojos y lo hizo llorar. Sobre sus cabezas se escuchó el profundo y ronco bramido del viento que agitaba las copas de los árboles. Aunque en principio no la vio, el semielfo supo que Riana se había incorporado; la oyó toser, medio asfixiada, y respirar entre jadeos. A sus espaldas, Flint se había sentado y protestaba furioso contra la gente que era incapaz de mantener una simple

hoguera de campamento sin prender todo el bosque.

El viento arremetió con más fuerza contra el fuego, esparció las brillantes brasas y aspiró el humo, que se elevó en una oscura columna y se perdió entre las ramas altas de los robles. Tanis sintió un aguijonazo de miedo en la boca del estómago.

—¿Riana? —llamó.

La respuesta de la chica fue un apagado y quejumbroso lloriqueo. Entonces, con la misma rapidez con que se había levantado, el viento amainó. Tanis miró en derredor y vio a Riana de pie al otro lado de la hoguera, paralizada. Flint estaba enfrente, con el hacha en la mano. El semielfo leyó el peligro en los ojos del enano y giró sobre sus talones mientras llevaba la mano a la daga sujeta a su cintura.

A juzgar por lo tenebroso e insustancial de su apariencia, aquellos seres parecían hechos de humo, pero sus ojos —cuatro pares de ardientes brasas— hablaban de un hálito de vida maligno, perverso. Uno de ellos, más alto y tenebroso que el resto, se apartó del grupo y se adelantó hacia donde la hoguera, ahora meros rescoldos esparcidos, había estado. Riana dio un respingo y lanzó un quejido de terror.

Tanis vio que la espada estaba fuera del alcance de su mano. El corazón le dio un vuelco al comprender que éstos debían de ser los entes que habían atacado el campamento de Riana tres noches antes. Si lo que la muchacha había contado era cierto, ninguna espada o daga servirían de nada contra estos fantasmagóricos enemigos.

Como si le hubiera leído el pensamiento, el cabecilla de los tenebrosos atacantes rompió a reír; una risa acerba y cruel que helaba la sangre.

—No te lamentes por no tener tu espada. De nada te serviría —dijo con voz cavernosa.

—¿Quiénes...? —Tanis tenía la garganta constreñida por el terror, y le falló la voz. Tuvo que tragar saliva—. ¿Quiénes sois?

—Eso no tiene importancia, pero sí que hemos sido enviados para deteneros. —Las rojas cuencas oculares del espectro centellearon mientras reía otra vez—. Y así será.

El gemido aterrado de Riana fue apenas un tenue murmullo. Hundió la cabeza en el pecho y ocultó la cara con las manos.

—No —sollozó—. Otra vez no...

El espectro se fijó en ella, y un chispazo de reconocimiento brilló en sus ojos.

—Sí, pequeña. Otra vez. Pero esta vez será la última.

Alargó un brazo hacia la muchacha con el movimiento fácil y ligero del humo al ser arrastrado por el viento.

El semielfo se lanzó hacia su espada y esparció los rescoldos de la fogata al patearlos en su carrera. Asió el arma por la funda y la desenvainó a la vez que giraba sobre sí mismo, justo en el momento en que otra de los espectros se desplazaba en su

dirección. Un tercero, en cambio, se revolvió cuando las calientes ascuas, cual relucientes piedras preciosas, rodaron a sus pies. ¡Lo asustaba el fuego!

—¡Flint, la lumbre! ¡La lumbre! —Gritó Tanis.

Pero el enano se enfrentaba al cuarto espectro y no tenía posibilidad de acercarse a la agonizante hoguera. Llevado por el instinto combativo que rehusaba aceptar la invulnerabilidad de estos seres al acero, el enano blandió el hacha y trazó un mortífero arco. El golpe habría decapitado a un enemigo mortal, pero la hoja atravesó inofensiva el cuello de su adversario, y pasó silbando en el frío aire de la madrugada. El viejo enano barbotó un juramento, producto tanto de la rabia como del miedo, mientras hacía una finta para esquivar el contraataque de su enemigo. El espectro pasó tan cerca de él que lo rozó el gélido halo que emanaba del cuerpo translúcido. En su precipitación, Flint tropezó con el círculo de piedras de la hoguera y cayó de rodillas. Al apoyar las manos en el suelo, en un intento desesperado de girarse para presentar defensa, las ardientes ascuas se le clavaron en las palmas.

—¡Flint, el fuego! —Insistió Tanis.

—¡Fuego! —Gruñó furiosos—. ¡Ya sé qué es el fuego!

El semielfo se había interpuesto entre el cabecilla de los espectros y Riana, con la espada enarbolada a pesar de saber que no le serviría de mucho. De pronto, el enano comprendió lo que su amigo quería decir, y supo lo que tenía que hacer para mantener a raya a los fantasmales guerreros.

Se movió veloz, sin osar mirar atrás para comprobar si su adversario se acercaba o no, y recogió trozos de leña que no había consumido el fuego. Haciendo caso omiso de las ardientes mordeduras de las brasas las amontonó en el desbaratado círculo de piedras y apiló sobre los rescoldos un puñado de encendaja. Luego, a pesar de sus entrecortados jadeos, se obligó a soplar con fuerza para que prendieran las llamas.

—¡Flint!

—¡Estoy en ello!

Dos de los espectros, uno por la derecha y otro por la izquierda, convergieron sobre el enano, que sintió su mortífero halo en la espalda. El viento aulló sobre sus cabezas, cargado de amenazadora cólera que prometía una muerte espeluznante. La mano del tenebroso cabecilla estaba muy próxima al cuello de Tanis; su roce acabaría con él al helarle la sangre en las venas.

Riana lanzó un alarido. Su grito fue como una señal.

En aquel momento las llamas brotaron con fuerza, retorcidas, y lamieron la quebradiza encendaja, que chasqueó. Flint agarró un trozo de madera ya encendido y se lo lanzó a su amigo. No esperó a comprobar si Tanis lo había cogido; aferró otro palo prendido y se revolvió contra sus atacantes.

Mas no había ninguno. Se habían desvanecido ahuyentados por las brillantes llamas. Sólo sus voces ululantes y crueles flotaron un instante más en la grisácea luz

del alba.

Incapaz de contener un escalofrío, el enano recogió su hacha y se acercó al fuego. No era calor lo que buscaba, si no la luz. Se llevó a la boca las manos quemadas mientras contemplaba a Tanis y a Riana por encima de los nudillos.

El semielfo bajó la espada, rodeó con un brazo a la muchacha en un gesto protector, y la condujo cerca de la lumbre. En silencio, la ayudó a sentarse. Luego recogió las mantas esparcidas por el suelo y se las echó sobre los hombros. Susurró unas palabras, y ella asintió con un leve cabeceo. Se alejó del círculo de llamas e hizo un gesto a Flint para que se reuniera con él. El viejo enano se apartó reacio de la luz, sin dejar de chuparse las doloridas manos.

—¿Estás bien? —Le preguntó el semielfo mientras lo tomaba por las muñecas y le volvía las manos para verle las palmas.

—¡No! —Replicó con brusquedad—. ¿Cómo esperas que esté bien? ¡Me he quemado, y he pasado tanto miedo que casi pierdo la chaveta!

—¿Son graves las quemaduras?

Flint arrugó el entrecejo y apartó con brusquedad las manos.

—Lo suficiente —rezongó, pero, al ver la preocupación de Tanis, se encogió de hombros—. Aunque no tanto como para ser incapaz de blandir mi hacha si es preciso. En cualquier caso, no sé de qué mi iba a servir contra esos seres...

—¿Has cambiado de opinión acerca de Riana?

—¿De que mintiera? Sí, admito que decía la verdad.

—¿Y de que está loca?

Flint resopló y negó con un enérgico movimiento de cabeza.

—Eso lo mantengo. Y añadiré que nosotros también estamos chiflados si no nos marchamos cuanto antes de este bosque.

—Yo seguiré adelante.

—Lo imaginaba. En tal caso, yo también. —Se miró ceñudo las palmas de las manos, en las que ya se levantaban ampollas—. Alguien tiene que pagarme esto; y no me gusta dejar cuentas pendientes.

Una enfermiza claridad anunció el amanecer y debilitó la confianza de Gadar de realizar la tarea de aquella noche sin que surgieran obstáculos. Los guerreros espectrales había fracasado en su misión y los habían dejado desprotegido y vulnerable; no podía recurrir a ellos hasta que las tinieblas nocturnas engulleran la luz del día. Para entonces, los intrusos habrían tenido tiempo y oportunidad de encontrarlo. O tal vez no. Habría que correr el riesgo. Era el momento propicio para invocar el hechizo, y la víctima había sido elegida. Si esperaba otras veinticuatro horas, sería demasiado tarde.

Durante un instante, el remordimiento, hiriente y amargo, le atenazó el corazón.

Siempre le ocurría igual cuando se enfrentaba a esta tarea. El muchacho rebosaba vitalidad; su sangre corría rauda y bulliciosa por las venas, al igual que en los otros. Sus ojos tendrían el brillo de la fuerza juvenil que iluminaría su rostro con doradas esperanzas...

Los tenues gemidos que se iniciaron con el alba se habían hecho más persistentes, señal inequívoca de sus esfuerzos por romper las oscuras barreras de la inconsciencia, contra la que se debatía con escasa fuerza pero con un ánimo encomiable. Le habría sido más fácil renunciar un momento, darse un respiro, e intentarlo al cabo de un rato; pero aquel muchacho mostraba una voluntad férrea, y por ello sería él quien tendría que dar su esencia vital.

—Muchacho —susurró pesaroso Gadar—, ojalá hubiera otro modo...

Pero no lo había. No lo hubo desde el momento en que dio el primer paso por el oscuro camino que había elegido seguir. Y, después de todo, ¿qué importaba esa vida comparada con aquella otra que debía preservar aún a costa de su propia alma? El remordimiento no le serviría de nada; sólo conseguiría distraerlo, y ello era peligroso. Gadar cruzó la habitación y se detuvo junto a la gran mesa, donde repasó los componentes del conjuro. Todo estaba preparado: la artemisa, el polvo de un zafiro molido, los tallos tiernos de romero, la oscura sangre del corazón de un cervato...

El viejo hechicero no tenía intención de dejar atrapada temporalmente el alma de su víctima, y en ello radicaba la dificultad del hechizo. Con arrojar el espíritu del muchacho a un laberinto sin salida, no lograría su objetivo. La joven vida serviría a un propósito mejor.

Había elegido al fornido muchacho de espeso cabello castaño, Daryn, así se llamaba, porque parecía lo bastante fuerte para proveer al mago de la esencia vital que necesitaba... Al menos, hasta que encontrase a otro más fuerte. El hechicero se quedó inmóvil, mirando ensimismado el cielo que clareaba poco a poco. Quizá no había sido tan desastroso el fracaso de los espectrales asesinos. Tal vez, si permitía que los intrusos dieran con él, obtendría una magnífica recompensa... La tozuda muchacha y el viejo enano no le eran de ninguna utilidad, pero un semielfo, joven y fuerte como aquél, le proporcionaría una vida mucho, muchísimo más larga que la de los patéticos jóvenes humanos utilizados hasta ahora.

—Sí —musitó, acariciando la superficie de la mesa con gesto abstraído—. Tendría paz. Descansaría de esta tare agotadora, aunque fuera sólo durante un tiempo.

Ahora, con la deslumbrante luz diurna, no podía enviar a los espectros a buscar al semielfo. Pero él vendría por propia voluntad. Gadar esbozó una fría sonrisa. La testaruda muchacha se encargaría de ello. Bien. Los dejaría que encontraran el castillo. No levantaría más obstáculos en su camino que los precisos para retrasarlos hasta que llegara la noche y así llevar a cabo el conjuro sin interrupciones. Y hasta que el semielfo llegara, la vida de Daryn le proporcionaría un tiempo que necesitaba.

Al fin y a la postre, ése había sido siempre su propósito: ganar tiempo.

Las sombras cubrieron el bosque mucho antes de la puesta del sol. Los sonidos susurrantes de las noches precedentes se tornaron amenazadores gruñidos en la maleza, llorosos lamentos es las ramas de los árboles. El viento soplaba racheado, y el pequeño grupo de los tres compañeros avanzó con dificultades por el empinado y apenas perceptible sendero que serpenteaba entre pinos. El desapacible frío parecía anunciar un invierno adelantado.

Aquella mañana, con un siniestro sentido del humor, Flint había comentado que, con sólo dejarse llevar por la maldad del bosque, no tardarían en encontrar a sus fantasmales visitantes.

Tanis no tomó en serio las palabras del enano hasta que, después de dirigirse al norte a falta de otra ruta mejor, los dos amigos empezaron a sentir el mismo temor irracional.

—Es como un olor pestilente, o como el roce deslizante de un reptil —había dicho Riana con un hilo de voz. Sus manos, apretadas con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos, le temblaban.

Tenían la sensación de que algo pavoroso se cernía sobre ellos, invisible, alentando susurrante entre los árboles y gimiendo lastimero con el moribundo tono del invierno; era un sonido que Tanis jamás había oído hacer al viento. Tembloroso por el soplo desapacible del aire, el semielfo hizo una seña a Flint.

—Podríamos seguir esta sensación con la misma facilidad que si fuera aun sendero bien marcado.

—Ya lo creo que sí —contestó el enano, mientras pasaba el dedo por el filo cortante de su hacha—. ¿Pero qué encontraríamos al final? Nada agradable, me imagino. —El recuerdo de los espectros lo hizo temblar, más que el soplo cortante del viento.

El desdibujado sendero se ensanchó durante un trecho al abrirse a una vereda rocosa, árida, limpia incluso de tierra, que los llevó hacia arriba en un constante escalada. A veces daba la impresión de que la voz del viento fuera en realidad el lamento de cosas muertas, ávidas por lo vivo. Los árboles, desnudos, atrofiados, como retorcidos por una mano demente, eran unas feas plantas asidas a la vida por el mero capricho de la cruel naturaleza. Más arriba, donde ya no crecía nada y los bosques habían quedado muy atrás, cuando la respiración se hizo trabajosa a causa del aire enrarecido por la altitud, el sendero se estrechó de nuevo hasta convertirse en un angosto paso flanqueado por altos picachos. Un poco más adelante, el paso se interrumpía de manera súbita en lo alto de un risco sembrado de pedruscos. Detrás de los amigos se extendía el oscuro bosque, al frente, allá abajo, se divisaba un estrecho valle.

Riana, temblorosa y agotada, recorrió el último tramo del paso apoyada en Tanis. No obstante, la férrea determinación que la había impulsado a llegar tan lejos, seguía latente en el brillo de sus ojos. «Es más su coraje que su fuerza», pensó el semielfo.

—Descansaremos un rato, Riana. Todos lo necesitamos.

Ella movió la cabeza en señal de asentimiento, demasiado exhausta para hablar, y se dejó caer sobre el helado suelo pedregoso. Tanis la contempló indeciso un momento y luego se reunió con Flint, al borde del risco.

—No aguantará mucho más, Tanis. Está al límite de sus fuerzas.

—Lo sé. Y no es ella la única. Has estado muy callado en las últimas horas, amigos. ¿Cómo te encuentras?

—Tengo los huesos helados. —Flint se sopló los dedos entumecidos y agarrotados por el frío—. Pero ¿qué otra cosa se puede esperar cuando uno presta oídos a descabelladas historias de jovencitas hermosas que han perdido a sus hermanos y a sus amados en un bosque?

—¿Amado? ¿Quién, Karel? ¿Qué te hace pensar eso?

El enano resopló y sacudió la cabeza con actitud irritada.

—Cualquiera que la oyera contar su historia se daría cuenta. Aunque lo más probable es que ella no lo sepa. Que quiere a su hermano, es evidente; pero ha sido del tal Karel del que hemos oído hablar una y otra vez, ¿o no? Además, las muchachas no se sonrojan hasta la raíz del cabello cuando se refieren a amigos de su familia.

—Flint, me sorprendes.

—¿Por qué? ¿Porque tengo los ojos abiertos? Aún no soy tan viejo para no fijarme en ciertos detalles, jovencito. Mas no es eso lo que me preocupa ahora. Lo que quisiera saber es dónde demonios nos encontramos.

Tanis oteó el valle, que no era otra cosa que una profunda fisura entre las montañas, envuelta en la densa niebla.

—Tengo la impresión de que estamos cerca de nuestra meta. Mira —dijo, señalando hacia un punto del valle donde la niebla se había abierto.

Negro, arrancado de las mismas entrañas de la tierra, se alzaba un enorme castillo con torreones que semejaban afilados dedos esqueléticos. El sol poniente parecía una herida ardiente abierta en el quebradizo cielo azul, de la que sangraba luz y se derramaba sobre la repulsiva piedra oscura.

El quejumbroso lamento del viento los rodeó de nuevo.

—¿Lo sientes, Flint?

La sensación de maldad que los había guiado hasta allí parecía bullir en el fondo del valle, como si fuera la fuente de donde manaba el viento ululante y el frío terror.

—¡Vaya si lo siento! Y no me gusta en absoluto.

El enano echó una ojeada a Riana por encima del hombro; la joven seguía

sentada, encogida y temblorosa, con los ojos fijos en las piedras esparcidas a sus pies.

—Tanis no me sorprendería que los espectros procedieran de este lugar. —El enano volvió la vista al valle y sintió que algo más frío que el viento le helaba el alma—. Y también sospecho que, allá abajo, algo o alguien sabe que estamos aquí.

Si no hubiera estado tan cansado, el semielfo se habría reído. Conocía al viejo enano gruñón hacía tantos años que yo no le sorprendían sus extravagantes conclusiones. Lo miró con más detenimiento, y lo que vio lo hizo estremecer; las palabras de Flint las dictaba la certeza, aunque el rictus de sus labios denotaba que no tenía ni idea del origen de tal seguridad.

—Es un presentimiento —musitó el enano.

—Creo que tienes razón. Como también estoy convencido de que ese algo o alguien que conoce nuestra presencia aquí no permitirá que ahora nos volvamos atrás. Pronto oscurecerá, y ninguno de nosotros está en condiciones de hacer el recorrido hasta el castillo en plena noche, por lo tanto, más vale que nos pongamos en marcha cuanto antes.

—Sí, de acuerdo. Pero reflexiona un momento, Tanis. Cuando los espectros atacaron el campamento de Riana, no mostraron mucho interés por ella. Se llevaron sólo a Daryn y a Karel. Algo me dice que tampoco tendrán un excesivo interés en un viejo enano.

—El semielfo fue incapaz de contener una sonrisa.

—No me digas que ahora tienes el don de la videncia, Flint.

—No, por supuesto que no. Me limito a recordar lo que la chica nos contó.

Y lo recordó durante todo el camino de descenso hacia el valle. A pesar de que, merced a su experiencia, no le habría sido difícil encontrar el estrecho sendero de pizarra por el que bajaban, Flint, un Enano de las Colinas que había vivido muchos años en las montañas Kharolis, pensó que la senda había aparecido de manera muy oportuna, demasiado oportuna, a decir verdad. Casi podía jurar que antes no existía. Daba la impresión de estar fuera de lugar.

—Como si fuera reciente —comentó con Tanis—. A pesar de su aspecto antiguo.

—Y también es lo más parecido a un pared vertical —respondió el semielfo mientras sujetaba a Riana, que se había resbalado al pisar un trozo suelto de pizarra—. Cuanto antes salgamos de este sitio, más probabilidades tendremos de no rompernos el cuello.

El enano abrigaba serias dudas al respecto, y, a juzgar por la expresión atemorizada de Riana, ella las compartía. Con todo, la chica recuperó el equilibrio sin perder el gesto de firme determinación, y el enano no tuvo más remedio que admitir un sentimiento de renovado respeto.

—Por aquí, Riana. Ten cuidado. La pizarra está cada vez más suelta. No me gustaría bajar rodando el trecho que queda.

—¿Riana?

«Riana... Riana... Riana...».

La llamada susurrante de Karel levantó ecos en su mente con la fuerza de un trueno. Sentía en su mejilla el frío de las duras losas de piedra. El jubón de cuero no lo protegía por completo de la corriente de aire que barría el suelo.

—¿Daryn?

Poco después comprendió que se encontraba a solas. No estaba sujeto con cadenas ni grilletes, pero era incapaz de mover ni siquiera un dedo.

Estaba solo. ¿Pero dónde? Aunque se esforzó por recordar, Karel no logró llenar el vacío que había en su memoria entre el instante en que sintió la gélida presa del espectro —¿cuánto hacía de eso? ¿Un día? ¿Dos?— y el momento en que se despertó tumbado en las frías losas. Mas el tiempo había pasado, no cabía duda. Por la ventana divisaba Lunitari medio oculta tras los nubarrones. La última vez que había contemplado la luna roja, el satélite se encontraba en cuarto creciente, y ahora, en cambio, mostraba casi la fase llena. ¿Dónde estaba?

—¿Dónde estás?

El terror atenazó a Karel, pero lo que quiera que fuere que lo mantenía inmovilizado era tan inflexible que ni siquiera pudo mover un músculo. La voz era vieja, pero firme, y denotaba un poder abrumador. Semejante a un susurro fantasmal, se escuchó la doliente respuesta.

—Aquí, a tu alcance.

—Dime tu nombre.

—Daryn, hijo de Teorth.

Aunque era la voz de su amigo la que respondía a las preguntas, Karel apenas la reconocía. Inexpresiva, monótona, sin el menos vestigio de la firme seguridad que caracterizaba la de Daryn. Karel sintió una convulsión en el estómago al sobrevenirle una náusea; no era la voluntad de su amigo la que lo impulsaba a responder, sino otra ajena a él.

En alguna parte, fuera del alcance de su vista, el joven escuchó el crepitar del fuego. Un acre olor a artemisa quemada impregnaba el ambiente.

—Atiéndeme, Daryn, hijo de Teorth.

Karel apretó con fuerza los párpados cuando la autoritaria voz inició una susurrante salmodia incomprensible, y el suelo de piedra empezó a vibrar a la vez que emitía un sordo zumbido.

La abrumadora tensión que cargó el aire fue tan real, tan tangible, que se habría podido tocar con sólo alargar la mano.

Las ondulantes llamas proyectaban un enloquecedor juego de luces y sombras. La carga de energía mágica estalló e inundó la habitación con una oleada de destellos

multicolores.

Daryn exhaló un gemido. Fue un sonido que salió de lo más hondo de su ser, retorcido, estremecido, y despertó un terror indescriptible en el alma de Karel. Éste se debatió contra las invisibles ataduras que lo inmovilizaban. Los músculos acusaron doloridos el inútil esfuerzo, y la cabeza pareció a punto de estallarle. El sudor le resbaló por la frente y, al entrarle en los ojos, le produjo un punzante escozor y fragmentó la rielante luz mágica en esquirlas de colores brillantes.

—¡Daryn! —Jadeó.

Pero su amigo no respondió. Le era imposible. En medio del círculo sangriento, reducido por la magia a un estado de estupefacción y aturdido por la horrible certeza de que Gadar le estaba arrebatando el alma, Daryn soltó un espeluznante alarido.

Entraron en el pequeño valle tras haber cruzado un terreno pedregoso. Tanis llevó a cabo una exploración meticulosa de los alrededores, pero no halló señales de que el castillo estuviera custodiado. Sin embargo, nada más regresar junto a sus amigos, una oscuridad densa y tenebrosa como un manto enlutado cayó sobre el grupo con alarmante rapidez.

Riana dio un respingo, pero Flint se limitó a sacudir la cabeza como dando a entender que se esperaba algo parecido.

—La oscuridad de la noche —murmuró— no es tan profunda.

El enano percibía los rojizos contornos difuminados de las siluetas de sus compañeros a pesar de la tiniebla. Y otro tanto le ocurría a Tanis. Riana, en cambio, estaba limitada por su visión nocturna humana, ínfima si se comparaba con la de enanos y elfos; para ella, era como estar metida en un pozo.

—Tanis, dale un minuto —dijo Flint al semielfo, y a Riana le indicó—: Cierra los ojos un momento y, cuando los abras, intenta ajustarlos a la oscuridad.

—Nada. ¡Es como si me hubiera quedado ciega!

—Sí. Y, lo más probable, es como quieren que te sientas. —Flint la tomó de la mano e hizo que la pusiera sobre su hombro—. Recoge los bártulos, Tanis. ¿Qué descubriste?

—No mucho. Hay una puerta en el lado norte. Opino que deberíamos intentarlo por allí. El acceso principal no está vigilado, pero preferiría entrar en el castillo sin llamar mucho la atención.

—Estoy de acuerdo contigo. Ve pues delante, y dirígenos.

El camino por el que los condujo el semielfo era estrecho y pedregoso; trazaba un arco que rodeaba la parte norte del valle y, por último, descendía una suave pendiente que llevaba al pie de un minarete alto y estrecho que sobresalía de la torre principal. Sin apartarse del negro muro, Tanis se deslizó sigiloso hacia la puerta de madera deslustrada por las inclemencias del tiempo, y esperó a que llegaran Flint y Riana. La

muchacha seguir agarrada al hombre del enano.

La puerta se abrió sin dificultad; daba a un empinado tramo de escaleras de peldaños resbaladizos. Rotos y desgastados por el paso del tiempo, tapizados de un musgo pardusco que los hacía peligrosos, era tan estrechos que sólo permitían el paso de una persona.

—Tened cuidado —advirtió el semielfo con un susurró. Aguardó a que Riana se situara entre Flint y él, y a continuación inició la ascensión con toda clase de precauciones. La escalera estaba tan oscura que se vieron forzados a subirla con pasos cautos y lentos. Silenciosos como sombras, ascendieron más y más. El enano se preguntó si los escalones no llegarían hasta la misma cumbre de la montaña.

De pronto, tras un tiempo interminable de buscar a tientas escalón por escalón, de palpar las ruinosas paredes de piedra para guardar el equilibrio, Flint oyó el murmullo del semielfo al anunciar que la escalera finalizaba en un corredor.

La luz se filtraba desde una intersección situada a varias decenas de metros en dirección oeste, y llegaba a un zaguán de techo alto. En la densa penumbra, el enano vio a Tanis tomar la mano de la muchacha para ayudarla a remontar los últimos peldaños.

Mientras respiraba hondo varias veces para recobrar el aliento, y satisfecho de dejar atrás la peligrosa escalera, el enano se llevó la mano a la espalda para equilibrar el peso del hacha y acto seguido se internó en el corredor. Las negras paredes de piedra rezumaban humedad, y el suelo estaba resbaladizo a causa de unos charcos de espuma verdosa.

Fue entonces cuando Flint cayó en la cuenta de que sonaba el gemido del viento en un sitio cerrado, donde era imposible que soplara viento alguno, y a él se unieron unas voces frías, burlonas.

—Tanis, esto no me gusta nada.

Riana se dio media vuelta, con una atemorizada mirada interrogante en los ojos, y soltó la mano del semielfo. Las sombras ondularon sinuosas, como si las proyectara una antorcha manejada por un bailarín enloquecido. Semejantes a murciélagos que hubieran sido ahuyentados de una cueva, las voces, huecas e inhumanas, pasaron ululando sobre sus cabezas y levantaron ecos en el alto techo abovedado. Un frío sepulcral azotó el corredor.

Las sombras, que se tornaron más densas de repente, se arremolinaron hasta formar una silueta oscura, de vaga apariencia humana.

Antes de que Flint tuviera oportunidad de moverse o lanzar un grito e aviso, el negro espectro alargó la mano hacia su amigo y lo agarró por la muñeca. Horrorizado, el enano vio a Tanis darse media vuelta, con los ojos vidriosos e inexpresivos, y el rostro rígido como la mascarilla de un cadáver. Flint saltó hacia adelante y se lanzó tras el semielfo en un intento de arrancarlo de la mortal presa del

espectro. Pero, a despecho de la rapidez con que actuó, llegó demasiado tarde. Durante un breve instante notó el calor natural del brazo de Tanis bajo su mano. Después, no sintió nada.

—¡No! —Bramó. Llevado por el miedo y la ira, la emprendió a golpes con la pringosa pared de piedra—. ¡Tanis! —Pero su amigo había desaparecido como si jamás hubiera existido. Flint aporreó de nuevo la pared, sin reparar en que las afiladas aristas de la piedra le desgarraban la piel de los nudillos—. ¡Tanis! ¡Maldita sea! ¿Dónde estás?

—¡Basta, por favor! —Gritó Riana—. ¡Flint, detente!

El enano se encaró con la joven. Un brillo amenazador iluminaba sus pupilas.

—¿Dónde está?

—Se lo han llevado, como hicieron con Karel y Daryn. ¿Quién sabe dónde?

Uniéndose a los gritos que saturaban el aire, se alzaron unas voces susurrantes que hablaban de tortura e insoportable agonía.

«Ha desaparecido —pensó encolerizado el enano, que se aferraba a su ardiente cólera para contrarrestar el frío que el miedo ponía en su corazón—. Se ha ido y me ha dejado. ¡Maldita sea!».

En el corredor, cerca de la bifurcación donde la luz grisácea de fuente desconocida se abría paso a duras penas, el enano descubrió un hachero viejo en el que había una antorcha apagada. Corrió hacia allí. Encontró una segunda antorcha y, tras coger ambas, regresó junto a la chica. Con gesto precipitado, las encendió y tendió una a Riana.

—Toma, lleva ésta —gruñó—. Y no dejes que se apague. Esos demonios hacen su sucio trabajo amparados en las tinieblas. ¡Vaya que sí! No les gustó ni pizca el fuego de nuestro campamento. Se guardarán mucho de acercarse a las antorchas. Vamos, busquemos a Tanis. Estoy seguro de que cuando lo encontramos, sea donde sea, también habremos encontrado a tu hermano a tu amigo.

Riana sujetó la antorcha con las dos manos. Bajo su luz titilante, los ojos del enano tenían una expresión dura y feroz.

—¿Lo encontraremos?

Flint se cambió la antorcha a la mano izquierda y asió con la derecha el mango de su hacha de guerra.

—No te quepa la menor duda, muchacha. Daremos con él —rezongó.

«Y, cuando lo haga —pensó para sus adentros, alimentando su furia para ahuyentar el miedo—, tendrá suerte si no lo mando hasta Solace de la patada que pienso soltarle en el trasero por haberme metido en esta pesadilla».

Cuando se toparon con los primeros cuerpos, la cólera de Flint se ahogó en un presentimiento tan negro como un pozo sin fondo. Riana, que sollozaba ya sin el

menos disimulo, se quedó paralizada clavada en mitad del corredor, incapaz de apartar los ojos de aquellos despojos humanos que un día habían sido cuerpos jóvenes y fuertes. Ninguno de los cadáveres —algunos todavía en estado de descomposición, y otros simples esqueletos blanqueados por el paso del tiempo— mostraba señales de lucha; sin huesos rotos, ni cráneos astillados. Nada. Al parecer, todos habían ido hacia la muerte sin presentar resistencia. Yacían amontonados en el corredor como juguetes viejos que, una vez usados y rotos, se hubieran desechado.

Flint, aunque se sabía incapaz de mirar aquello sin estremecerse, se obligó a mantener un gesto impasible y se movió con cuidado entre los cuerpos.

La sangre se le agolpó en las sienes, su respiración se tornó jadeante, su voz fue un susurro entrecortado de preguntas a unos dioses que muy pocos recordaban; la mano se le agarrotó en torno al mango del hacha.

Despacio, con delicadeza, empuñó un cuerpo tras otro con la punta de la bota para darles la vuelta y examinarlos.

Mas ninguno era Tanis; ni tampoco Karel o Daryn. Aunque a ellos no los conocía, los cadáveres más recientes llevaban allí demasiado tiempo para que fueran ellos.

Con un profundo suspiro de alivio, se volvió hacia la muchacha y la cogió de la mano para ayudarla a pasar entre los cuerpos.

—No te esfuerces, no te servirá de nada. No podrás moverte.

A despecho de sus propias palabras, Karel intentó alargar una mano hacia el recién llegado, pero fue en vano. El joven torció el gesto.

—No insistas —murmuró—. Desperdiciarás tu fuerza. Y vas a necesitarla.

Sus palabras levantaron ecos en el cerebro de Tanis, y se mezclaron hasta convertirse en sonidos incomprensible. ¿Dónde estaba? El corazón le palpitó con violencia al recordar el roce de los gélidos dedos al sujetar su muñeca, la presa de la esquelética mano, la voz quejumbrosa, persuasivas, que lo inducía a seguirlo. Y lo había hecho, incapaz de resistirse. Después, las tinieblas, negras como la desesperanza, lo envolvieron y lo ahogaron en un terror brutal, devastador.

Flint... Riana... Recordó con amarga desesperación las palabras pronunciadas por el enano al borde del risco: «Esos espectros mostraron poco interés por Riana. Y tampoco estarán interesados en un viejo enano». ¿Qué habría sido de ellos? ¿Habrían muerto? Muerto... Escuchó su propio gemido angustiado y comprendió que, al menos, era capaz de hablar.

—¿Quién eres? ¿Dónde estás? —preguntó.

—Aquí, a tu lado. —La apagada risa de Karel sonó amara—. Si pudieses volver la cabeza, me verías. Pero, tal y como están las cosas, tendrás que conformarte con mirar al techo, amigo. Espera a que ese maldito hechicero esté absorto en el conjuro, y entonces prueba a moverte.

Una luz, centelleante y dividida en todos los colores del arco iris, surgió cegadora ante los ojos de Tanis, y cruzó zigzagueante su radio de visión. El semielfo se vio obligado a apretar los párpados para aliviar el punzante dolor.

—¿Quién eres? —Preguntó otra vez.

—Karel. ¡Chist!

—¡Daryn...! —La voz del hechicero retumbó atronadora en la habitación, cargada de amenaza—. ¡Levántate!

Tanis escuchó el respingo del joven que estaba a su lado. Con los dientes apretados, se obligó a moverse. Con el esfuerzo realizado debería haberse puesto de pie, pero todo cuanto consiguió fue girar sobre su costado. Sin embargo, fue suficiente para permitirle ver toda la habitación... y se estremeció aterrado por lo que apareció ante sus ojos.

El que daba las órdenes era un hombre consumido y muy, muy viejo, al que el paso de los años parecía pesarle como una maldición, si bien en aquel momento el brillo de la magia alentaba en sus pupilas. La túnica roja se agitó a su alrededor al levantar un brazo.

En medio de un círculo sangriento, un hombre joven se debatía con debilidad. «¡Daryn! —Adivinó el semielfo—. ¡El hermano de Riana!»». El susurrante cántico del mago subía y bajaba sinuoso con entonaciones a veces persuasivas, a veces conminatorias.

Después, con movimientos de autómatas, inhumanos, Daryn se puso de pie. Sus manos se crisparon, las piernas le fallaron un instante, aunque se irguieron enseguida, cuando los pies se asentaron con firmeza en el suelo de piedra.

El mago estrujó unas hojas secas de romero. Las echó al brasero, y el fuego siseó. Luego, Gadar trazó un arco en el aire mientras arrojaba el polvo de zafiro de manera que salvara la distancia que lo separaba de la circunferencia de sangre. El polvo, reluciente, quedó suspendido en el aire sobre la cabeza del joven, como un halo azulado, y a continuación cayó con suavidad, con precisión, en el interior del círculo de manera que formó una segunda barrera.

Apresado en los círculos mágicos de Gadar, el muchacho continuó de pie, estático, con el rostro consumido y demacrado. En aquel instante, la certeza del destino implacable que lo aguardaba se abrió paso en su mente de forma violenta, y el horror se plantó desgarrados en sus rasgos. En el mismo momento, la puerta situada al otro lado de la habitación, y por lo tanto apenas visible para Tanis, se abrió con un estrépito de astillas rotas. La luz sobrenatural se reflejó en la afilada hoja del hacha de Flint, refulgente, deslumbrante.

El mismo sollozo angustiado que Karel exhaló al divisar a Riana detrás del enano, podría haberlo lanzado Daryn si no hubiera estado sometido a la parálisis por los dobles círculos mágicos. O también podría haber sido la exclamación de terror del

propio Tanis.

Gadar se había dado la vuelta y la expresión de sus ojos era salvaje, siniestra, rebosante de odio. Unos rayos de luz blanca salieron disparados de sus dedos: los mortales dardos de fuego.

—¡Flint, agáchate!

Pero la advertencia del semielfo no era necesaria. El viejo enano ya se arrojaba al suelo arrastrando consigo a la muchacha, y gateaba para ponerse a cubierto.

Karel palmeó con fuerza la pierna de Tanis.

—¡Ahora! —gritó—. ¡Levántate, amigo!

El aullido del mago, semejante al rugido de un jaguar, se alzó atronador en la cámara mientras se volvía hacia los dos jóvenes. Sin haber tenido tiempo para incorporarse del todo, el semielfo tuvo que zambullirse de nuevo en el suelo. Los dardos de luz al rojo vivo pasaron rozándole la cara, y sintió el punzante ardor de los proyectiles. El aire se impregnó de un olor acre y sulfuroso. De reojo, vio a Karel acercarse de un salto a los círculos que tenían atrapado a su amigo.

Daryn gimió, y Karel, agazapado en el exterior de la circunferencia, le tendió una mano. Al instante lanzaba un grito de dolor y salía despedido hacia atrás, impulsado por la demoledora fuerza mágica de Gadar.

Riana chilló y el semielfo se abalanzó sobre el hechicero; lo atrapó por las rodillas y lo derribó al suelo. De algún rincón oculto en la manga de su túnica, Gadar extrajo una daga. La fría hoja centelleó a la luz de las antorchas al trazar un arco ascendente en el aire. Al bajar, chocó con la mano de Tanis y le produjo un corte profundo en el dorso. El semielfo hizo caso omiso del dolor, y empezó a golpear una y otra vez la mano que así la daga. La hoja de acero tintineó al caer en el suelo de piedra. De un brusco tirón, Tanis sujetó los brazos del mago y se los cruzó a la espalda; luego lo tumbó boca abajo en el suelo y lo inmovilizó apoyando todo su peso en la rodilla que le había clavado en los riñones.

Se oyeron los sollozos de Riana, desconsolados, entrecortados, aterrados. Una seca maldición mascullada en el idioma enano puso de manifiesto que Flint se encontraba bien.

—Libera a Daryn, mago —ordenó con voz tensa Tanis—. Todo ha terminado. Suéltalo.

Sacudido por la ira, respirando entre jadeos, Gadar giró la cabeza para enfrentarse a su aprehensor. La voz, fría y dura como el acero, sonó chirriante:

—Nada habrá terminado mientras el invocador del hechizo, es decir, yo, no lo disponga así. Y olvida la idea de sacarlo del círculo mágico. Cualquiera que intente traspasarlo sucumbirá de manera instantánea.

—Ya no hay razón para que lo retengas. Déjalo libre.

—Para ti no la habrá. Para mí sí.

Un violento ataque de tos sacudió el cuerpo del mago. Por un instante, a Tanis le pareció que los ojos de Gadar se enturbiaban, y un velo de amargura apagaba el oscuro brillo del odio.

—Aunque quizá ni siquiera me quede eso —continuó el hechicero—, a pesar de todo lo que he hecho. —La implacable determinación renació una vez más en su semblante y lo ensombreció—. ¡No! ¡Lucharé hasta el final! ¡Lucharé, como siempre he hecho!

El semielfo levantó el puño, convencido de que debía golpearlo antes de que tuviera oportunidad de utilizar magia. «Pero este hombre es un anciano —se reprochó—. Y está agotado».

«Sí, viejo y cansado —susurró en su mente una voz quebrantada—. Con un solo golpe lo habrás conseguido, muchacho; sólo uno... Si es que te atreves a asestárselo a un oponente tan débil. ¿Qué defensa tengo contra la fuerza de tu joven puño?». La voz denotaba el cansancio de los años, la carga de una amargura interminable. Las borrosas imágenes de una continua lucha desesperada y valerosa surgieron en la mente del semielfo, tan nítidas como si fueran vivencias propias. Bajo la temblorosa luz de las antorchas, su puño se le antojó algo siniestro y maligno. «¡Es sólo un anciano!».

Tanis aflojó la presa y soltó al mago. Entonces, a la vez que agachaba la cabeza, avergonzado por haber estado a punto de golpear a un viejo indefenso, vio que los labios del hechicero se movían lentamente al entonar en silencio las palabras de un conjuro, en tanto que sus pupilas relucían como las de una serpiente presta al ataque.

—Karel se agazapó y agachó la cabeza, dispuesto a arremeter contra la barrera de poder invocada por Gadar.

—¡No! —el alarido de Riana vibró en el aire.

—¡Karel! —En esta ocasión, no fue la muchacha quien gritó su nombre, sino Daryn.

Libre de la influencia del hechicero que lo había manejado como a una marioneta, el joven había recobrado su voluntad. Alzó una mano, como si quisiera frenar a su amigo para que no irrumpiese en el círculo de sangre. Sus ojos, aún desorbitados, estaban ensombrecidos por el miedo. Moviéndose tambaleante, adelantó un paso, chocó contra la barrera mágica y la atravesó con una mano.

—¡No, Karel! —repitió. Su voz sonaba sepulcral, un mero eco de la desolada agonía de los espíritus que vagaban por el castillo. Agarró a su amigo por el hombro y lo empujó con fuerza, de manera que lo hizo retroceder dando tumbos hasta que cayó rodando por el suelo.

Al mismo tiempo, un estruendo sacudió la sala cuando la energía mágica encauzada por el hechizo de Gadar quedó liberada al romperse el círculo.

Daryn, con la boca abierta en un mudo alarido, se retorció a causa de la atrocidad.

agonía que desgarraba su cuerpo, y se desplomo. Su cuerpo se encogió y se sacudió con los últimos espasmos de dolor.

Luego, en medio de siseantes chisporroteos, la luz multicolor perdió intensidad poco a poco, se arremolinó unos instantes y acabó por desvanecerse al no tener razón de ser. Dentro del círculo mágico, no alentaba una vida a la que retener.

Sobrevino un silencio agobiante, durante el cual la certeza del sacrificio realizado por Daryn se abrió paso en la mente de todos.

Tanis se acercó a Riana, que, aturdida, dio un paso vacilante hacia el ahora inofensivo círculo donde yacía muerto su hermano. El semielfo la sujetó por los hombros, la apartó de allí y la condujo con firme delicadeza hasta Karel. Ésta, de rodillas, y con la cabeza hundida en el pecho, alargó una mano, buscando a tientas la de ella.

—¿Por qué? —La pregunta de la muchacha encerraba todo el dolor desgarrador de su corazón—. ¿Por qué, Karel?

El joven la abrazó con fuerza, pero guardó silencio. Alzó los ojos hacia Tanis, como si le hiciera la misma pregunta. El semielfo no tenía respuesta. A sus espaldas se escuchó el gemido del mago, que se estremeció un instante antes de quedarse completamente inmóvil. Al margen de la respiración trabajosa del semielfo y los quedos sollozos de Riana, la habitación se había sumido en un repentino silencio. El viejo hechicero había expirado.

Tenía que existir una respuesta, sí; pero el mago ya no podría darla. Y, aún en el caso de que lo hubiera hecho, Tanis dudaba que hubiera sido capaz de comprenderla o admitirla.

¿Qué oscuro propósito empujaba a un hombre a hacer uso de una magia tan perversa? El mago era un hombre viejo, con la piel apergaminada, las manos como garras nudosas cubiertas de venas hinchadas y retorcidas. ¿La vejes? ¿Habría sido ése el motivo que había impulsado al hechicero a arrebatarse la fuerza vital de Daryn? ¿Retrasar el envejecimiento? ¿Acaso había estado robando la juventud de otros para mantenerse vivo? Una repugnancia vacía de compasión abrumó al semielfo hasta provocarle náuseas.

Agotado, dio la espalda a la pareja abrazada en el suelo, y buscó a Flint. Lo encontró en el rincón más oscuro de la habitación, arrodillado junto a un estrecho lecho. En él, arropado con gruesas mantas, yacía un muchachito delgado, frágil.

En un primer momento, Tanis creyó que estaba muerto. Su respiración, tan leve que apenas se percibía en el movimiento del pecho, era inaudible.

—¿Flint?

—Está vivo... todavía.

El muchacho suspiró y abrió los ojos. El semielfo sintió en su propio corazón el dolor punzante que había en aquella mirada. Era un dolor antiguo, largamente

soportado. Entonces, por un breve instante, los ojos del chico se iluminaron con una súplica empañada por el temor.

—¿Padre?

—No —respondió Tanis mientras se arrodillaba junto al lecho.

—No más, padre...

El semielfo miró a Flint, pero el enano se encogió de hombros.

El chico estaba tan débil que apenas veía, y tan agotado que no alcanzaba a comprender que Tanis no era el padre a quien se dirigía. Llevado por una dolorosa compasión, el semielfo tomó en su mano la del muchacho.

—Tranquilízate —susurró.

Peor el chico hizo un débil intento de mirar la mano.

—No —insistió—. Otra vez, no, padre. Por favor, no lo soporto más.

—No hables, muchacho. Descansa.

—Padre, escúchame. Me... me quedaría, si pudiera. Pero, padre, por favor... basta ya. No... no quiero más vidas robadas —balbuceó.

Al mismo tiempo que oía la ahogada exclamación del enano, Tanis supo el porqué de la enconada lucha del mago para disponer de la vida de Daryn. ¡Era para este muchacho! El chico aparentaba tener doce o trece años, pero sus ojos hablaban de muchos, muchísimos más; y el semielfo comprendió de repente que todos aquellos años no habían sido para esta frágil criatura más que inviernos decadentes.

—Padre, déjame marchar, por favor. Estoy tan cansado... Libérame... ¿Padre?

—Tanis, dale lo que te pide —intervino Flint, mientras se dejaba caer con pesadez en el suelo y apoyaba la espalda en la cama, como si se sintiera incapaz de contemplar más tiempo al muchacho agonizante.

A decir verdad, Tanis habría querido también darse medio vuelta; pero no lo hizo, a pesar de saber que era incapaz de acceder a la súplica angustiada reflejada en las pupilas del chico.

—Lo que me pide es la muerte, Flint.

El muchacho se estremeció, y buscó a tientas la mano del semielfo. El sordo rumor del roce de la manta semejó las tenues pisadas de la Parca.

—Tienes que ayudarlo —insistió el enano—. Cree que eres su padre.

El semielfo abrazó con ternura al muchacho y lo sujetó con firmeza contra su pecho, como si, merced a su piedad, deseara mantener encendida la débil chispa de vida que aún alentaba en él. Al otro extremo de la habitación, Tanis vio a Riana que lloraba silenciosa en brazos de Karel mientras acariciaba con una mano temblorosa el rostro de su hermano muerto. La débil respiración del muchacho moribundo rozó el cuello del semielfo.

«No es la muerte lo que pide —comprendió Tanis de repente—. Sino sólo mi permiso para dejarlo morir».

—Sí. —Musitó la palabra que el chico anhelaba oír, el consentimiento que jamás había otorgado el mago.

Desfallecido, el muchacho alzó los ojos, buscándolo, y sonrió.

—Te quiero, padre.

—Lo sé. —Tanis respiró hondo para deshacer el nudo que le oprimía la garganta y añadió con voz estrangulada—: Puedes irte ya. Y ve con todo mi amor.

Por un instante quiso no haber pronunciado aquellas palabras. Luego, el chico suspiró y un leve estremecimiento le agitó el cuerpo, como el tenue aleteo de una mariposa nocturna. Tanis apretó entre sus brazos el frágil cuerpo sin vida, y hundió la cabeza en el pecho. Transcurrido un buen rato, oyó a Flint moverse a su lado. No opuso resistencia cuando su amigo le quitó al chico de los brazos y lo tendió en la cama.

—¿Te encuentras bien, muchacho?

El semielfo asintió en silencio, con expresión absorta.

—¿En qué piensas? —preguntó el enano.

—En que todas estas personas hicieron lo que hicieron impulsadas por el amor; Riana, su hermano, Karel... Incluso el mago y su hijo. Y, sin embargo, mira qué amarga ha sido la cosecha de ese amor.

—Sí —admitió Flint, mientras lo ayudaba a ponerse de pie—. A veces, los frutos son amargos.

Tanis acarició el rostro lleno de paz del muchacho muerto; pensó que parecía dormir, y que era el sueño, no la muerte, el que suavizaba las profundas huellas marcadas por el sufrimiento.

—Y hay otros frutos que ni siquiera se cosechan —dijo en un susurro.

Flint guardó silencio un momento. Después, sonriendo para sí, cogió a Tanis por el brazo y lo apartó del lecho.

—Sí, es cierto —dijo—. Unos frutos son amargos. Otros no llegan siquiera a madurar. Pero la cosecha que se recoge, Tanis, depende de la tierra en la que se echa la simiente, y los cuidados que se le prodigan mientras crece. —Señaló con un gesto a Riana y a Karel, que seguían abrazados—. La de ellos tiene aún la oportunidad de ser abundante y dulce, ¿no crees?

En busca de la fe

Mary Kirchoff

El calor de la turba que se quemaba en la hoguera comunal del poblado calentaba mis viejas manos, doloridas tras el duro día de trabajo. Yo, Raggart Knug, clérigo verdadero de los Bárbaros de Hielo, acababa de culminar la larga y ardua tarea de forjar otro Quebrantador de Hielo. Suspiré satisfecho y seguí masticando el trozo de pescado crudo mientras acercaba un poco más los pies a la lumbre, y movía los dedos entumecidos. Cuando el sol se hundió en la bahía de la Montaña de Hielo, otros habitantes del poblado se aproximaron a la fogata para calentarse.

—Relátanos otra vez la historia de cuando llegaron los extranjeros —suplicó Mendor, con los ojos relucientes de excitación.

Laina, una preciosa chiquilla con el cabello del color de la grasa de morsa derretida, se sumó a la petición.

—Sí, cuéntanos cómo la hermosa mujer elfa y sus compañeros tenía hechizado a un oso blanco, y lucharon contra el malvado Señor del Dragón con...

—¡Un momento! —La interrumpí, mientras soltaba una risita ahogada—. ¿Quién va a contar la historia, tú o yo?

A pesar de lo cansado que me sentía, fui incapaz de resistirme a la tentación de narrar mi historia favorita, la de aquel tiempo en que me convertí en un clérigo verdadero. Me limpió la grasa de las manos en las perneras de mis polainas de cuero, me acomodé dispuesto a iniciar el relato, y retrocedí en el tiempo hasta aquellos días —parece que fue ayer—, cuando...

Los nueve forasteros llegaron del norte, procedentes de Tarsis, según dijeron. Los vigías los divisaron a bastante distancia del poblado, ya que sus ropajes de vivos colores y las finas pieles de animales con que se cubrían destacaban en la blancura del glaciar como flores primaverales.

Yo no quería unirme a los que salieron al encuentro de los intrusos. A causa de los rumores que corrían sobre las incursiones de algunas partidas de minotauros, me encontraba muy atareado con la labor de forjar cuanto antes el mayor número posible de esa arma preferida por los Bárbaros de Hielo: el Quebrantador. Se tardan muchos, muchos días en hacer uno, y yo no contaba con ayuda alguno, puesto que, como clérigo de los Bárbaros de Hielo, era el único habitante de Krynn que poseía el conocimiento —transmitido de generación en generación pro mi familia— de construir estas extraordinarias hachas de guerra a partir de unos bloques de hielo increíblemente compacto.

Mi intención era terminar la que tenía entre manos antes de la puesta de sol; por lo tanto, mantuve la cabeza gacha cuando el jefe se acercó para escoger a los hombres que saldría al paso de los forasteros. No me sirvió de nada. Por razones que sólo él sabía, el Gran Harald ordenó que me sumara a la patrulla.

Rezongando en voz baja, recogí mi bastón y unos cuantos remedios curativos. Con disimulo, metí en la bolsa el Quebrantador en el que estaba trabajando. No sé qué me indujo a hacerlo, pues carecía de la fuerza necesaria para manejarlo. Había visto transcurrir sesenta inviernos, y mis músculos ya no eran lo que antaño. Por otro lado, mi misión era la de moderador en la entrevista con los extranjeros, no la de presentarles batalla.

Había sido el guía más prudente y diestro de los Bárbaros de Hielo, pero, conforme pasaban los años, de manera paulatina dejé de aventurarme por el mundo que se extendía más allá del poblado.

Mis viejos huesos protestaron cuando descendí por los peldaños cavados en el muro de nieve compacta por el que se accedía al puerto. Poco después, nuestro bote deslizador, con la vela desplegada como un balón hinchado, discurría a toda velocidad sobre el helado páramo llevando en su casco a doce hombres del poblado, en dirección a la llamativa mancha de color que eran los forasteros.

—Son nuevo —gritó Wilmar, el vigía de Harald, que viajaba encaramado a la proa.

—Y los acompaña un oso. ¡Un buen augurio! —Exclamó el jefe—. ¡Orientad la vela!

Los Bárbaros de Hielo reverencian a los osos blancos, a los que admiran por su fortaleza y resistencia.

El deslizador realizó un amplio y grácil arco y se detuvo a unos treinta metros del grupo de viajeros. Con un ademán, Harald nos ordenó que lo siguiéramos. Él se puso a la cabeza de la patrulla y avanzó con su caminar bamboleante, siete metros por delante de nosotros.

—Soy Harald Haakan, jefe de los Bárbaros de Hielo, a quien pertenecen estas tierras que cruzáis sin su permiso. Regresad a dondequiera que sea de donde procedéis, y no sufriréis daño alguno.

—¿Daño? —Preguntó con mala cara un hombre joven que vestía una pesada armadura. El bigote se le torció con un gesto de desdén—. ¡Derek Crownguard, Caballero de la Corona, no admite órdenes de nadie!

Observé que la cólera hacía presa de Harald, y sacudía su enorme corpachón de más de dos metros de altura. Estaba a punto de dar la orden de ataque.

De repente, una joven y esbelta doncella elfa apartó al caballero se abrió paso hasta situarse al frente del grupo. Debo confesar que su extraordinaria belleza me dejó sin aliento. Su tez era tersa, suave, no como la piel de las mujeres del poblado,

siempre tiznada de hollín. Su aspecto era frágil, como el de un carámbano, pero sus ojos poseían la sólida fuerza de un Quebrantador.

—Soy Laurana, princesa de los elfos de Qualinesti —comenzó con una voz dulce, musical, encantadora. A continuación, presentó al resto del grupo, si bien yo estaba tan arrebatado por su belleza que apenas reparé en los nombres.

Con todo, sabía que Harald podía solicitar mi consejo en cualquier momento, y, en consecuencia, me obligué a prestar atención a lo que se decía. Entre ellos había otro elfo, un joven reposado y atractivo al que Laurana presentó como su hermano. Casi no habló, pero en sus ojos se encendía un brillo de cariño cada vez que la miraba.

Conté a otros tres hombres vestidos como Derek, y, por lo tanto, también caballeros como él. Aunque ahí acababa toda similitud. El llamado Aran, alto y pelirrojo, aparentaba ser flemático y afable, si bien era sólo una opinión mía, ya que el encuentro no tenía nada de jovial. Otro, un tal Brian, era un tipo callado en el que se advertía una férrea disciplina.

El cuarto caballero, a quien Laurana había llamado Sturm, resultaba más interesante que los otros, sobre todo porque no era tan fácil de descifrar. Se percibía algo misterioso e impreciso en aquel caballero de largos bigotes y mirada franca, que mantenía una postura erguida y una actitud orgullosa. Pero lo más chocante en él era que, aun encontrándose rodeado de gente, parecía estar extrañamente solo.

—No representamos amenaza alguna para vosotros —prosiguió Laurana—. Viajamos de Tarsis al castillo del Muro de Hielo en una misión vital para la seguridad de Kryn.

La cólera de Harald había menguado, pero no por ello perdió su cautela.

—El oso no lo habéis traído de Tarsis —gruñó.

—No. Unos minotauros lo estaban torturando, y lo rescatamos —se apresuró a explicar la doncella—. Lo dejamos libre pero...

—¡Se ha enamorado de ella! Exclamó un pequeño personaje de aspecto infantil y cabello recogido en un copete, que salió de detrás del grupo y se plantó de un salto en primera fila.

Sin dar la menor muestra de sentirse acobardado por el corpulento Harald, se adelantó un paso y tendió la mano derecha.

—¡Hola, encantado de conocerte! Me llamo Tasslehoff Burrfoot, y...

—¡Cierra el pico, cabeza hueca! —Lo interrumpió un fornido enano, a la vez que lo hacía retroceder al darle un fuerte tirón del brazo, y lo amenazó con voz malhumorada—: ¡O yo mismo me encargaré de que sirvas de almuerzo a un minotauro!

Laurana sonrió con apuro y miró al enorme oso blanco.

—La verdad es que parece haberse encariñado conmigo.

Al igual que a Harald, la presencia del oso me intrigaba. Se advertía que era un ejemplar joven por su manera de caminar, torpe y desmañada. Yo había visto muchas de estas enormes criaturas en el glaciar, pero nunca había oído que alguna de ellas sirviera de tan buena gana a amo alguno, ya fuera humano o de cualquier otra raza. Un collar de hierro apretaba el grueso cuello del animal, y en el blanca pelambre se veían oscuros verdugones que parecían confirmar la historia de la muchacha elfa sobre las torturas infligidas por los minotauros.

—¿Cuántos de esos hombres-toro había? —Preguntó con súbito interés Harald—. ¿Los matasteis?

Me di cuenta de que la joven elfa calibraba la reacción del jefe, y la posibilidad de que los Bárbaros de Hielo fueran aliados de los minotauros.

—Había siete individuos... Y, sí —se arriesgó a admitir, mientras lo observaba con atención—, los matamos a todos. Desde entonces, no hemos visto otros.

A pesar de la sonrisa maliciosa que distendió el ancho rostro de Harald, no me pasó inadvertido que todavía no se fiaba de los extranjeros.

—Hace tiempo que los hombres-toro nos acosan. Estamos en deuda con vosotros. Venid a nuestro poblado y descansad. Os daremos alimentos y ropas adecuadas antes de que prosigáis vuestro viaje a través del glaciar.

Comprendí que no era la hospitalidad lo que lo inducía a hacer tal invitación. Deseaba interrogarlos más a fondo, y llevarlo a cabo en su propio terreno le ofrecía más garantías. Por no mencionar que, si no lo satisfacían sus respuestas, jamás saldrían vivos del poblado.

El enano de rostro malhumorado se adelantó y se echó el petate a la espalda.

—Por lo que a mí respecta, no me vendría mal una comida caliente y ropa de abrigo —comentó—. Este viaje descabellado, al que nos ha arrastrado el kender para buscar un estúpido Orbe de los Dragones del que no sabemos nada, es suficiente para helarle los huesos a cualquiera.

Derek, el caballero, fue incapaz de contenerse más tiempo.

—¡No tenemos tiempo para malgastarlo en celebraciones absurdas! Por otro lado, ¿cómo sabemos que podemos fiarnos de estos bárbaros? ¡Yo digo que partamos de inmediato!

Alargó la mano y cogió a Laurana por el brazo, sin duda para dar más énfasis a sus palabras y obligarla a que lo mirase. Pero el resultado de su acción fue distinto del que esperaba.

El oso blanco, que hasta entonces había permanecido tranquilo junto a la joven, al ver que Derek la sujetaba, lanzó un furioso rugido y se irguió sobre los cuartos traseros. Su enorme tamaño alcanzó una altura que empequeñeció incluso al corpulento Harald. Se inclinó amenazador sobre el caballero, sin dejar de gruñir, como si lo retara a que osara moverse. Derek palideció y soltó con premura el brazo

de la doncella. Los hombres del poblado que estaban a mi lado retrocedieron un poco; sabían que las garras del animal tenían fuerza suficiente para abrir la garganta del caballero en un santiamén. El gélido aire se cargó de tensión, y sobrevivió un silencio en el que se escuchó sólo la respiración entrecortada de Derek.

—Ba..., bájate, oso —logró balbucir por fin la doncella elfa.

Pero el animal continuó erguido frente al caballero. Sabedora de que sólo ella era capaz de persuadirlo, Laurana levantó con valentía una mano y palmeó el flanco de la bestia con un gesto tranquilizador.

—¡Baja! —ordenó con más firmeza.

El oso vaciló un instante; luego, de mala gana, se puso otra vez a cuatro patas, pero sin perder de vista a Derek, al que dedicó un último gruñido. El caballero, aunque visiblemente aliviado al librarse del amenazador animal, enrojeció por la humillación sufrida.

Así pues, ésta era la razón por la que la joven y delicada fémina estaba al frente de un grupo de hombres, razoné para mis adentros. Era la presencia del oso la que imponía su liderazgo. Vi que a Harald tampoco le había pasado inadvertido aquel detalle.

En aquel momento, un hombre con barba, en el que no había reparado hasta entonces, pasó cauteloso junto al animal y se acercó a Laurana. Juzgué que era bastante mayor que el resto de sus compañeros, pero más joven que yo. Habló con la muchacha empleando un tono suave pero firme, y comprendió, por la actitud respetuosa de ella, que debía de ser su consejero desde hacía tiempo.

—Derek tiene razón en una cosa, querida: no hay tiempo que perder. Quizá Tanis esté esperándonos ya en Sancrist.

—No lo he olvidado, Elistan —respondió con suavidad la muchacha. Sus ojos tenían una expresión singular, casi melancólica. Se volvió con gesto pausado hacia Harald—. Mi... Es decir, nuestros amigos esperan nuestro regreso. —Carraspeó para aclararse la garganta. El tono de su voz era apesadumbrado—. Y hemos de llevar a buen término esta misión importante antes de reunirnos con ellos.

—Me temo que mis palabras han sido malinterpretadas, princesa —la interrumpió con brusquedad Harald, en cuya voz había desaparecido el tono amistoso—. No se trata de una invitación, sino de una orden. Los Bárbaros de Hielo estamos en pie de guerra. No podemos permitirnos el lujo de confiar en nadie. —Sus labios se distendieron en una sonrisa tirante—. Si sois tan amables de seguirnos...

Acostumbrado a que lo obedecieran sin rechistar, Harald giró sobre sus talones y se encaminó hacia el deslizador sin volverse a mirar atrás. En consecuencia, no vio que Derek se llevaba la mano a la espada para desenvainarla, ni a Laurana, que lo agarraba del brazo y lo obligaba a enfundarla de nuevo.

—¿Qué he de hacer para convencerte de que no somos enemigos ni espías? —

Preguntó la joven—. Nuestra misión es vital. ¡No debe retrasarse!

Él se volvió con lentitud. La cólera le congestionaba el semblante, ya de por sí bastante rubicundo. No le gustaban las complicaciones, y esta doncella elfa se mostraba muy testaruda. Su expresión se relajó al ocurrírsele de repente una idea.

—De acuerdo. Tienes mi permiso para seguir adelante con esa «misión» —dijo—. Pero algunos de tu grupo se quedarán con nosotros como...

—¿Rehenes? —Laurana finalizó la frase por él, con un tono cortante.

—No. Digamos que lo consideraría una muestra de buena voluntad por tu parte. —Esbozó una breve sonrisa—. Y, en contrapartida, demostraré mi buena disposición prometiendo respetar sus vidas durante los siete días que te concedo de plazo para que regreses... Si entretanto no surge alguna complicación que me obligue a cambiar de parecer, se entiende. Creo que es una solución justa. Y, desde luego, prefiero que sean vuestros guerreros los que se queden —añadió, mientras observaba a los bien armados caballeros—. También el oso, como buen augurio para el poblado.

Laurana apretó los labios con un gesto de impotencia y agravio. Su esbelto cuerpo tembló por el esfuerzo denodado que hubo de hacer para controlarse.

—Sin conocer el glaciar, difícilmente podemos calcular lo que tardaremos en llegar al castillo del Muro de Hielo. Y sin guerreros, ¿qué probabilidades tendremos de obtener lo que venimos buscando?

Harald se encogió de hombros.

—No dije que se quedaran todos los hombres de armas. Con estos dos bastará —dijo, señalando a Aran y a Brian—. Y también los llamados Flint y Gilthanas permanecerán con nosotros. Te sentirás mucho más inclinada a regresar si es tu hermano y tu amigo los que te esperan. —Miró a Derek con desdén—. Puedes llevarte al presuntuoso.

—¡Esto es un ultraje! —Barbotó el aludido, mientras llevaba de nuevo la mano a la espada—. Son sólo doce hombres. Yo digo que debemos arriesgarnos y...

Pero Laurana no lo dejó terminar.

—En todo lo que atañe a la misión, no pienso correr riesgo alguno —declaró con voz cortante—. Si insistes en luchar, Derek, tendrás que hacerlo solo. —El caballero llamado Sturm se puso al lado de la doncella y asintió con un leve cabeceo, como ofreciéndole su apoyo—. Surgieron que ordenes a tus hombres que se unan a Harald... —le falló la voz— como yo lo haré con mi hermano y mi amigo.

El enano frunció el entrecejo.

—No, Laurana —protestó con gesto tozudo—. ¡No consentiré que deambules sin rumbo por este páramo helado en busca de «Reorx-sabe-qué» sin mí! ¡Es demasiado peligroso! —Al caer en la cuenta de que había levantado la voz en exceso, Flint miró de reojo al oso y bajó el tono—. Tanis jamás me la perdonaría.

—Tampoco nuestro padre —intervino sombrío el elfo—. ¡Antes de dejarte ir sola,

sin protección, prefiero que demos media vuelta y olvidemos ese Orbe!

Laurana les sonrió con tristeza, y los tomó a ambos de la mano.

—Los dos sabéis que conseguir el Orbe de los Dragones sea quizá la única esperanza para Krynn. Por otro lado, no estaré sola; Sturm, Elistan y Derek vendrán conmigo. Si hubiera otra opción... Pero, al parecer, no tenemos más remedio que aceptar sus condiciones. Por favor, no me lo hagáis más difícil de lo que ya es.

Flint escrutó sus ojos, dio un sonoro suspiro y sacudió la cabeza.

—Bien, supongo que tampoco querrás que te retrase un viejo enano gruñón —dijo con voz enronquecida.

Gilthanas movió la cabeza con lentitud; su expresión ponía de manifiesto que no estaba conforme. Inició una protesta, pero su hermano le dirigió una mirada suplicante, intensa, hasta que, por fin, el elfo agachó la vista y se encogió de hombros con gesto irritado.

—Me quedaré, si es eso lo que quieres —aceptó.

Laurana suspiró aliviada, y se volvió hacia Harald.

—¿Qué garantía tenemos de que cumplirás tu parte del trato y no causarás daño a los nuestros?

El jefe reflexionó sobre ello, mientras se rascaba la barbuda mandíbula con gesto pensativo.

Yo estaba apoyado en mi bastón mientras observaba distraído al hombre mayor llamado Elistan que adelantaba un paso y se ponía al lado de la doncella elfa.

Fue entonces cuando reparé en el medallón que colgaba de su cuello. Me quedé sin aliento. El brumoso sol invernal brillaba en el colgante de platino con forma de dragón, símbolo del verdadero dios, Paladine. No daba crédito a mis ojos. Mucho tiempo atrás, justo antes del Cataclismo, todos los clérigos de los verdaderos dioses habían desaparecido de la faz de Krynn, entre ellos, mi tata-tata-abuelo. Y, con ellos, también desapareció la facultad de ejecutar la voluntad de los dioses con el don de la curación, y otros dones mágicos. Algunos opinaron que lo ocurrido se debía a que los propios dioses habían abandonado Krynn a sus auspicios. Pero mi familia jamás aceptó ese parecer. Desde entonces, se comprometieron a esperar alguna señal que anunciara el regreso de los dioses. Ninguno había vivido para ver el día en que su fe se viera recompensada.

Nervioso, me restregué los ojos con mis mugrientos puños. Pero, cuando miré de nuevo, el medallón seguía colgado del cuello de Elistan, no lo había imaginado.

Sentí el estómago revuelto. Siempre había rezado para ser el que encontrara a un clérigo verdadero, uno que realizase milagros, como señal de regreso de los dioses. Mas, en el fondo de mi corazón, nunca había creído que llegara a suceder. Y ahora, cara a cara con el símbolo que era el heraldo de tal suceso, seguía sin creerlo. ¡Era imposible! ¡Tenía que tratarse de un charlatán! Sentí un imperioso deseo de escapar,

de alejarme del farsante que quería engañarnos.

—Eres inflexible negociando, mujer elfa —dijo por último Harald—. Me caes bien... No me acabo de fiar de ti, pero me caes bien. —Sus risotadas retumbaron en el helado glaciar—. Como prueba de buena voluntad, y para ayudaron a cumplir el plazo de siete días, os acompañará un guía. —Me palmeó la espalda—. Nuestro clérigo es el mejor que tenemos; él os guiará hasta el castillo.

Las palabras de Harald levantaron ecos no sólo en la helada llanura, sino también en mi dolorida cabeza. ¿Cómo eran tan cruel el destino conmigo? ¿Había entendido bien? La fuerte manaza del jefe sobre mi hombro así los confirmaba. Me oí hablar como si las palabras las pronunciara otra persona.

—No puedo... Mejor dijo, no quiero acompañarlos —balbucí, evitando los ojos de Haral—. No me fío de ellos.

El ancho rostro del jefe se tornó tan rojo como su cabello.

—¿Con que esas tenemos? —Bramó—. ¡No nos atacarán sin sus guerreros, y a ti no te causarán daño mientras sus amigos estén en nuestro poder! —Agachó la cabeza para enfrentar conmigo cara a cara—. No estarás poniendo en tela de juicio mi decisión, ¿verdad?

Me sentí palidecer, y tuve que hacer un esfuerzo para articular unas palabras.

—No..., no. Es sólo que... —¿Debería confiarle mis temores?

—¡Vamos, habla de una vez! —Rugió con impaciencia—. ¡Mientras tú farfullas, los hombres se están congelando!

—El humano, Elistan... ¡Porta el símbolo del verdadero dios, Paladine! ¡Es un farsante!

Los rasgos del jefe perdieron la tensión producto de la cólera, y asumieron una expresión desconcertada.

—Pero, Raggart, ¡si tú y todos tus antepasados habéis dedicado vuestras vidas a mantener la esperanza de que alguien así apareciera! ¡Aquí tienes tu oportunidad!

La simple lógica del jefe tornó mis temores en obstinación.

—¡Eso es precisamente lo que me hace sospechar! —Protesté—. ¿Acaso un personaje tan importante iba a aparecer así, de improviso, un día cualquiera, en el glaciar? —Estreché los ojos—. Además, ¿qué es ese Orbe de los dragones del que hablan? Si de verdad es algo tan valioso, ¿quién iba a guardarlo en un castillo enclavado en el confín de un glaciar? ¡Sólo alguien que tuviera algo que ocultar, ni más ni menos!

Harald negó con un enérgico movimiento de cabeza.

—No soy el más indicado para opinar. Los dioses actúan de manera misteriosa. —Me sacudió pro el hombro con suavidad—. Pero, ya sea un clérigo verdadero o un espía enviado para descubrir el número de nuestros guerreros, necesitamos que nuestro mejor guía se encargue de vigilarlo. Y ése eres tú.

Yo, Raggart Knug, clérigo de los Bárbaros de Hielo, miré a los fríos ojos azules del jefe, y supe que sólo la muerte me eximiría de conducir a los forasteros hasta el castillo del Muro de Hielo.

Nos disponíamos a partir cuando el kender, que había permanecido al lado de Laurana, rebulló con actitud impaciente.

—Bien, ¿con quién queréis que vaya yo? —inquirió con voz animada.

—¡Con ellos! —gritaron todos al unísono, señalándose los unos a los otros.

Parecía que los ánimos iban a encrespase de nuevo al negarse Derek a que Tasslehoff se sumara a su grupo mientras que, por otro lado, el enano insistía en que el kender se largara sin más dilación al castillo del Muro de Hielo. Al final, fue Harald el que decidió la suerte de Tasslehoff.

—¡El kender se va! —dijo con un tono firme que no admitía réplica.

Tuve la impresión de que incluso Laurana se mostraba cariacontecida por esta decisión.

Tampoco resultó fácil convencer al oso, que se negaba —de manera bastante violenta, dicho sea de paso— a separarse de la joven elfa, hasta que por fin le habló ella misma. Ignoro hasta qué punto el animal comprendió lo que le decía, pero me inclino a pensar que fue el tono de su voz lo que acabó por convencerlo.

El oso acompañó a Harald, y no me pasó por alto el hecho de que nuestro jefe procuraba mantener las distancias con el enfurruñado animal mientras, a la cabeza de la patrulla, se dirigía hacia el deslizador.

Por fin, mi grupo y yo nos pusimos en marcha, a la búsqueda del Orbe de los dragones, o lo que quiera que fuera tras lo que iban.

Empecé a caminar ayudándome con el bastón para que mis viejos huesos se movieran. Poco a poco, mi cuerpo se aclimató a los rigores de la travesía por el glaciar. A pesar de que el tiempo y los elementos habían alterado el paisaje, aún sabía las señales que tenía que buscar, y cómo evitar fisuras y grietas ocultas bajo la nieve.

Pese al motivo de la expedición, empecé a disfrutar de la sensación del aire frío y cortante en mis apergaminadas mejillas, y del panorama de los torbellinos de nieve arremolinada. Me di cuenta de que había pasado demasiado tiempo enjaulado en mi cabaña por culpa de la fabricación de Quebrantadoras.

Al recordar mi situación, volvió la vista hacia las personas que tenía bajo mi tutela. Me alegré de que Harald hubiera insistido en que nos lleváramos turba para encender fogatas durante las noches que pasaríamos al raso en mitad del glaciar, y también de que fuéramos abrigados con las pieles de oso y nutria que utilizamos los Bárbaros de Hielo. Con las prestadas prendas de abierto, los forasteros pasaban más inadvertidos en el paisaje nevado que con sus llamativos ropajes de colores.

No me preocupaba el peligro, un factor siempre presente en la vida cotidiana del

poblado. Por otro lado, había disfrutado de una vida larga y plena, y no me asustaba la posibilidad de morir. Con todos, no me apetecía que mis días acabaran en compañía de una partida de embaucadores que utilizaban el nombre de un dios verdadero para engañar a la gente. Faltó poco para que me echara a reír ante lo irónico de la situación; el destino tenía un peculiar sentido del humor.

Por desgracia, no ocurría lo mismo con Derek, a quien todo le parecía mal: iba muy despacio, caminaba muy deprisa, hacía mucho frío, las pieles lo hacían sudar...

Yo no sentía el menor aprecio por el caballero, pero sabía que cualquier réplica a sus protestas sólo conseguiría provocarlo y acrecentar su irritación. En consecuencia, guardé silencio y seguí adelante con la cabeza gacha contra los remolinos de nieve, procurando escoger la mejor ruta a través del glaciar que nos condujera hasta el castillo del Muro de Hielo.

El sol salió y se puso tres veces mientras cruzábamos los páramos nevados. Día tras día, los cinco viajeros de tierras más templadas siguieron mis pasos, en una pugna enconada contra vientos encarnizados y ventiscas capaces de enterrar a un hombre.

El kender me dio más trabajo que un hatajo de chiquillos del poblado. En más de una ocasión, alcancé a verlo por el rabillo del ojo cuando se apartaba de la ruta que yo marcaba, y una vez lo agarré por el cuello del chaleco justo en el momento en que la nieve cedía bajo sus pequeños pies, y dejaba al descubierto una grieta.

—¡Guau! ¿Habéis visto eso? —Exclamó maravillado—. Me pregunto qué habrá ahí abajo... ¡A lo mejor es un atajo que lleva al otro hemisferio de Krynn! Haré un mapa y lo señalaré —dijo, en tanto rebuscaba un trozo de papel en su bolsillo.

—Procura no ser más estúpido de lo que ya eres —rezongó Derek, mientras caminaba con esfuerzo por la nieve que le llegaba a las rodillas—. ¡Yo sería el primero en arrojarme a ese agujero si de verdad condujera a un lugar más caliente!

La habitual expresión risueña del Tasslehoff se ensombreció.

—Me gustaría verlo —masculló.

A pesar de que me había jurado a mí mismo mantener al margen y limitarme a guiarlos como se me había ordenado, me sentía interesado por los forasteros. Después de todo, tenía tiempo de sobra para observarlos.

Mi primera impresión sobre Sturm Brighblade no había cambiado: era un hombre solitario. Por alguna razón que escapaba a mi comprensión, Derek parecía empeñado en quebrantar la voluntad del caballero más joven, pero la lealtad de Sturm hacia Laurana no flaqueó un solo instante, y, aún cuando las provocaciones que hubo de soportar habrían hecho perder los estribos a diez hombres, jamás alzó la voz ni replicó a su superior. Era evidente que Sturm cargaba sobre sus espaldas algún secreto oculto que lo acosaba como una bestia negra, pero nunca descubrí de qué se trataba.

Aunque Elistan guardó silencio la mayor parte del tiempo y nunca se quejó —o, tal vez, por ese motivo—, seguía sin confiar en él. De vez en cuando, sonreía para sí mismo sin motivo aparente, con expresión beatífica y la mirada perdida en el yermo paisaje. Razoné que su satisfacción no podía estar motivada por estar disfrutando del viaje. ¿Acaso se reía de mí? ¿Se burlaba de un viejo y crédulo clérigo que aguardaba el retorno de la fe verdadera? La idea me impulsó a caminar más deprisa, como si quisiera alcanzar cuanto antes nuestra meta y así perderlo de vista.

He de admitir, sin embargo, que a pesar de poner todo mi empeño en acelerar la marcha para poner punto final al viaje, no me apetecía que llegara el momento de separarme de Laurana.

Cuando la conocí, me extrañó que una joven delicada estuviera al frente de ocho hombres, entre los que había cuatro miembros de la Orden de los Caballeros. Creí entonces, al igual que Harald, que el poder que ejercía sobre el grupo se debía a la presencia del oso blanco.

—Mi misión es obtener el Orbe —gruñó el caballero una noche, tras salir de nuevo derrotado en otro debate contra el joven—. Y ahora ya no cuentas con el oso para te respalde.

La encubierta amenaza de Derek levantó resonancias en mi interior, como si mi cuerpo estuviera hueco, y señaló a mi mente el hecho de que la joven elfa me había cautivado, aunque no de un modo romántico, desde el primer momento que la vi.

Cada noche, cuando acampábamos y nos sentábamos en torno a la pequeña fogata para calentarnos y tomar nuestras magras raciones, Elistan se acomodaba junto a ella, y le hablaba en voz baja para darle consejos y ofrecerle la fuerza moral necesaria para seguir adelante. La escena despertaba en mí unos celos abrumadores. Cómo deseaba haber sido yo a quien acudiera en busca de consejo, para recibir a cambio su sonrisa agradecida. Más que su belleza, era la fuerza interna que irradiaba la que me inducía a ponerme bajo su mando aunque ya no estuviera presente el oso.

Todos nos alegramos cuando, en la mañana del cuarto día, el sol salió tras un escarpado promontorio del Muro de Hielo, sobre el que se perfilaba la distante silueta del castillo.

Antes del Cataclismo, el enorme edificio de piedra se alzaba en una isla rocosa, en los mares del sur de Tarsis. Pero la hecatombe había convertido las aguas en hielo y nieve, y había creado el Muro de Hielo donde antes se ubicaba la isla.

Animados al tener a la vista nuestra meta, aceleramos la marcha sin cruzar una sola palabra entre nosotros. Muy pronto me vería libre de los forasteros...

Unas cuantas horas más tarde, llegamos a la base del montículo. Unos cuarenta pasos a la derecha, los helados vestigios de unos escalones ascendían serpenteantes por la cara del rico hasta perderse de vista. Colgado en lo alto de la cima, se hallaba nuestro punto de destino: el castillo del Muro de Hielo.

—¿Y eso es el tan renombrado castillo? —La voz aguda del kender resonó estridente en el aire gélido. Aterrado, intenté taponarle la boca con la mano, pero llegué tarde—. ¡Vaya! ¡Si sólo es un bloque de hielo! ¡No es ni la mitad de interesante que otras fortalezas que conozco! —gritó.

Como me había temido, un lento y sordo rugido retumbó en el Muro y se desprendió una avalancha que se precipitó atronadora en nuestra dirección.

—¡Corred! —Aullé.

Huí brincando tan rápido como le lo permitían mis viejas piernas y la profunda capa de nieve, confiando en que los demás siguieran mi ejemplo.

Cuando, por fin, cesó el estruendo, sólo kender —para su propio deleite— estaba enterrado hasta el cuello en la nieve.

—¡Caray! ¿Eso lo he provocado yo? —Preguntó con actitud inocente, mientras Sturm lo sacaba tirando de él por las axilas.

Luego, de manera inesperada, lanzó un silbido sofocado, y señaló a lo alto hacia un punto oscuro que se distinguía en la pared del Muro, a mitad de camino de la cumbre.

—¡Mirad! ¡La avalancha ha dejado al descubierto una cueva o algo parecido! Debe de ser un atajo para entrar en el castillo. ¡Estoy seguro! Y lo he encontrado yo —añadió con gran satisfacción.

Derek esbozó una sonrisa despectiva.

—Y por ello, precisamente, debemos eludirlo. Por no mencionar la necesidad que sería trepar hacia una mancha oscura que no sabemos si es o no la boca de una cueva, que, a su vez, podría o no conducir al interior del castillo. —El caballero estrechó los ojos y se inclinó sobre el kender con actitud amenazadora—. Y, aun suponiendo que se tratara de un acceso, ¿se te ha ocurrido pensar *quién* lo ha hecho?

—No tengo ni idea. —Tasslehoff se encogió de hombros. De pronto, sus ojos se iluminaron—. Pero tal vez resulte interesante averiguarlo.

Derek resopló con irritación.

—¡Interesante no es la palabra que yo utilizaría para describir a quienquiera que sea el guardián de un artefacto tan poderoso como el Orbe!

—No se me había ocurrido —dijo Laurana con el entrecejo fruncido—. Di por hecho que, al encontrarse en mitad del glaciar, el castillo estaría deshabitado. Mas es probable que Derek tenga razón. Raggart, tú conoces esta región mucho mejor que cualquiera de nosotros. ¿Qué opinas? ¿Es posible que algo o alguien haya ocupado el edificio?

Vací un instante antes de exponer mi sincera opinión. No deseaba alarmarla sin necesidad, pero debía saber la verdad.

—Corren rumores de que un dragón blanco entra y sale del castillo —dijo, de mala gana—. Y también es posible que cualquier otra clase de criaturas hayan hecho

de él su residencia... Ya os disteis de cara con los minotauros, recuerda.

—¡No comprendo cómo no lo pensé antes! —Laurana suspiró y dirigió una mirada escudriñadora al risco helado—. ¿Qué ruta debemos tomar?

Mi mirada siguió la de ella.

—Opino que el kender tiene razón, y que esa mancha oscura es la entrada de una cueva que lleva al interior de la fortaleza. Aunque ignoramos lo que nos aguarda allí dentro, corremos el mismo albur si escalamos hasta la cima, si bien la primera alternativa reduce a la mitad el riesgo de ser descubiertos desde arriba. En cualquier caso, sea cual sea la decisión que toméis, la escalada será más segura si nos atamos en una cordada.

—El viejo bárbaro desvaría —se mofó Derek—. Con todo, su idea de atarnos unos a otros es bastante razonable. No perdamos más tiempo. ¡Allá arriba nos espera un Orbe!

Se amarró una cuerda a la cintura y tendió el otro extremo a Sturm.

—Vamos, Brightblade, átate. Encontraremos el arranque de los escalones.

Sturm arqueó las cejas con gesto interrogante.

—¿Laurana?

—Raggart es el guía —respondió decidida—. Treparemos hasta la hendidura de la pared.

De repente, su rostro se demudó. Una sombra cayó sobre nosotros como si alguien hubiera corrido una inmensa cortina. Sobrecogido, miré hacia donde la doncella tenía la mirada clavada; allá en lo alto, sobre el Muro de Hielo, divisé el vientre inmenso de un dragón blanco que remontaba el vuelo desde la barbacana del castillo.

—¡Agachaos! —siseé.

Por fortuna, todos echaron cuerpo a tierra sin replicar, incluido el kender. Al igual que yo, sabían muy bien lo que ocurriría si la bestia nos descubría. La sola idea me hizo estremecer, y recé para que los colores claros de las pieles de nuestros ropajes nos hicieran pasar inadvertidos en el blanco de la nieve.

Sin volverse a mirar atrás, el dragón se alejó a gran velocidad en la misma dirección por la que habíamos llegado; su inmensa sombra lo siguió deslizándose sobre el hielo. Un súbito terror me atenazó y me revolvió el estómago. Cuando el monstruo era un punto lejano en el horizonte, me incorporé, di media vuelta y empecé a desandar el camino.

—¡Espera, Raggart! ¿Adónde vas? —Me llamó Laurana, que venía detrás de mí dando traspiés. Cuando me alcanzó me retuvo por el brazo.

—Ahora sabemos que son ciertos los rumores acerca del dragón —dijo—. A juzgar por el rumbo que llevaba, me temo que se dirige a mi poblado. ¡He de regresar cuanto antes!

La doncella elfa parecía compartir mi inquietud, pero negó con un firme gesto de cabeza.

No podemos abandonar la búsqueda del Orbe. Sobre todo, cuando estamos tan cerca.

—¿Y qué es ese Orbe de los Dragones? ¿Qué tiene para que lo consideres más importante que las vidas de los míos? —Demandé con tono exigente.

—Comprendo tu preocupación, pero sería raro que un solo dragón atacara un poblado. Además, si hubiera sido ésa su intención, ¿por qué habría esperado hasta ahora para hacerlo? Reflexiona, Raggart —ordenó, mientras me sacudía por el hombro—. Aun cuando nos pusiéramos en marcha ahora mismo, llegaríamos días después que esa criatura. Demasiado tarde ya para servirles de ayuda. No habríamos salvado la vida de los tuyos, ni habríamos recuperado el Orbe.

—¿Y qué me dices de nuestras propias vidas? ¿Tampoco tienen valor? —Grité—. La presencia del dragón me convence de que el castillo es mucho más peligroso de lo que imaginábamos. —Incluso a mis oídos, mis palabras sonaron como las de un anciano aterrorizado, y ello hizo que me encolerizara aún más—. ¡No soy un viejo cobarde, pero tampoco un necio jovenzuelo!

—¡Por supuesto que no lo eres! —Las pupilas de Laurana centellearon—. El Orbe que buscamos tiene el poder de controlar a los dragones. Aunque no lo comprendas, o no lo crear, Raggart, mucha gente sufrirá si no lo encontramos antes de que caiga en poder de alguien que lo utilice con fines perversos. —Me tomó de la mano—. Sé que Harald te ordenó que nos vigilaras..., que nos guaras, quiero decir. Pero no te lo reprocharía si decides regresar sin nosotros. —Su voz adquirió un tono impetuoso—. No obstante, Raggart, el tiempo es esencial si queremos salvar a nuestros amigos... Y a Krynn. Te necesitamos. Yo te necesito. ¿Te quedarás con nosotros?

Durante unos momentos me debatí con la indecisión. A pesar de que las palabras de Laurana me había convencido de que mis temores eran en cierto modo infundados, todavía vacilaba. Por fin tomé la decisión de seguir con ellos por tres razones: la primera, porque para bien o para mal, debía descubrir la verdad sobre Elistan, la segunda, porque Laurana deseaba que los acompañara; y, por último, porque Derek quería lo contrario.

No me seducía la idea de que mi vida dependiera, de un modo y otro, del caballero, pero ello era irremediable, ya que iba atado con él a la misma cuerda. Detrás de mí venía Laurana; la seguían Elistan y Tasslehoff. Sturm cerraba la marcha e izaba nuestros bártulos.

A pesar de las quejas y protestar de Derek durante todo el trayecto a través del glaciar, era demasiado orgulloso y había hecho demasiado alarde de su resistencia

física para dejarse vencer por el agotamiento que cayó sobre todos nosotros durante la durísima escalada por el Mura. Su tenacidad salvó nuestras vidas en más de una ocasión. Siempre que vacilaba o perdía pie, la mano del caballero estaba allí para alzarme a terreno más seguro.

LA cara del risco ofrecía aún menos resguardo contra los elementos que le propio glaciar. Obligados a avanzar mirando a lo alto para seguir la ruta, nuestros rostros quedaron expuestos a los agujonazos del gélido viento, que no los dejó en carne viva. Teníamos las manos agarrotadas de mantener los dedos flexionados de manera continua, y yo ya no soportaba la tensión de los brazos. Los pies me dolían por el constante esfuerzo de encontrar un saliente en el que apoyarlos. Hasta las mandíbulas me dolían de tenerlas apretadas durante tanto tiempo.

Con todo lo mal que yo lo estaba pasando, al menos estaba acostumbrado al frío; por lo tanto, no me costaba mucho imaginar el padecimiento de los demás. Detrás de mí, Laurana se esforzaba por reprimir unos quejidos involuntarios, y, más abajo, escuchaba los resuellos y jadeos de Elistan; daba la impresión de que tenía los pulmones a punto de estallar.

—No es que quiera protestar —oí decir al kender con voz débil—, ¿pero no os sentís también cansados? Siempre me encontraréis dispuesto a correr aventuras, y sé que debemos encontrar el Orbe, pero no había estado tan agotado desde aquella ocasión cuando escapé junto al mamut lanudo. Ya os he hablado de ello, ¿verdad?

—Sí, Tas. Ya nos lo contaste. Pero ahora será mejor que guardes tus energías para escalar —fue la paciente respuesta de Sturm.

—¡Ah, pero es que Raggart no lo sabe! —Protestó el kender con cierta irritación—. Sin embargo, tan vez tengas razón —añadió entre jadeos.

Las horas, que más parecían días, fueron pasando a medida que progresábamos lentamente por la escarpada y resbaladiza pared del Muro de Hielo. A mis espaldas escuché el sonoro suspiro de Elistan. Aunque todavía desconfiaba de él, me parecía un hombre bastante bondadoso, nada propenso a las chanzas o a las burlas. ¿Qué había, mejor dicho, qué había esperado generaciones enteras de Knugs? Puesto que durante años no había salido del poblado, salvo en contadas ocasiones, y no digamos del glaciar, ¿dónde esperaba encontrar al mensajero de los dioses, si no era allí?

—¿Falta mucho? —Tas hizo la pregunta que todos hubiéramos querido plantear—. ¡Me siento como si hubiéramos escalado hasta la cima y hubiésemos bajado otra vez!

—Pronto anochecerá —señaló Laurana—. Quizá sería aconsejable que paráramos.

Yo también había notado que las sombras se habían alargado en la pared del risco. Las lunas no tardarían en salir.

—Si no vamos a alcanzar esa abertura enseguida —intervino Sturm—, propongo

que busquemos una repisa donde pasar la noche y descansar.

—Por una vez estoy de acuerdo con Brightblade —dijo Derek, al que al cabo había vencido el tremendo esfuerzo.

El caballero se secó el sudor de la frente con la manga de pieles, dejó de escalar y nos indicó que no detuviéramos allí mismo.

Habíamos gastado toda la turba durante la travesía del glaciar. La idea de pasar toda la noche colgado en este frígido risco, donde el viento soplaba con más fuerza que los ronquidos de Harald, no me seducía. Entorné los ojos y escudriñé la pared, más allá de Derek. Aunque la luz del crepúsculo pintaba de oscuro cada hendidura del hielo, una, no muy lejana, parecía más amplia y negra que el resto.

Me aclaré la garganta, ya que no había pronunciado una palabra desde que había iniciado la ascensión por la mañana.

—Me parece que casi hemos llegado —dijo, señalando a lo que suponía que era la boca de la cueva.

—¡Lo dices por llevarme la contraria, porque he propuesto que nos detengamos! —Bramó el caballero sin molestarse siquiera en mirar hacia arriba. El cansancio había aumentado su insolencia.

—¿Sabes, Derek? La gente se sentiría más inclinada a escucharte si fueras agradable, como Laurana o Sturm —intervino la aguda vocecilla del kender.

—Tas, no es el mejor momento —le advirtió Sturm.

—Estoy seguro de que Derek agradecerá que se lo diga —prosiguió el kender—. Flint me llamó ladrón en una ocasión. Todo fue por un malentendido con un brazalete, desde luego. Sea como sea, el caso es que Flint me explicó que la gente a veces malinterpreta mis intenciones ¿sabéis?; que me pueden tomar por un ladrón, cuando lo único que hago es velar por sus posesiones. Ahora ya no lo tomo como un insulto. Derek sabe a lo que me refiero.

—*No es el momento, Tas* —repitió Sturm entre diente, mientras observaba el semblante congestionado de Derek y sus puños apretados.

—Bueno... Si... —Laurana carraspeó con desasosiego, o tal vez lo hizo para reprimir la risa—. Lo mejor será que nos apresuremos si es que vamos a continuar.

Derek abrió poco a poco las manos conforme recobraba el control sobre sí mismo. Tras dirigir una mirada asesina al descarado kender, volvió la cabeza y escudriñó la pared envuelta en sombras; a poco reanudaba la escalada con tanta energía que literalmente nos arrastró a los demás. Por fortuna, no estaba lejos nuestra meta.

—Vara, ¿quién lo hubiera dicho? —susurró el caballero.

Remontó una repisa y se perdió de vista. Con el entrecejo fruncido, obligué a mis agotados miembros a moverse más deprisa. Cuando alcancé el punto donde había visto al caballero por última vez, me quedé paralizado, y contuve el aliento.

Habíamos encontrado la cueva, y ésta superaba cualquier expectativa. Paredes, techo y suelo eran de hielo suave y pulido como cristal. Aunque, por lógica, en su interior habría debido reinar una oscuridad total, de las pulidas superficies emanaba un aro iris de colores mortecinos, unos colores que jamás había visto en toda mi vida y que contrastaban con la monótona tonalidad de blanco y negro del glaciar. Estaba petrificado, como si hubiera echado raíces.

—¿Qué ocurre, Raggart? —Laurana remontó la repisa y pasó a mi lado—. ¡Dioses! ¡Es maravilloso! —Balbuceó.

—Y también mágico —apuntó Elistan, mientras lo ayudábamos a subir. Tas y Sturm lo seguían—. Obra de los Túnicas Negras, si no me equivoco.

—¿A qué te refieres? —Preguntó el kender.

—Me temo que no somos los únicos que estamos aquí arriba —intervino Sturm con actitud sombría—. Alguien que poses una magia muy poderosa, y maligno, es el creador de este peculiar resplandor.

—Conozco a algunos hechiceros muy diestros —lo interrumpió Tas—. Por ejemplo, Raistlin, ¿has oído hablar de él? —Me preguntó—. Y también Fizban, aunque éste no es muy hábil que digamos. —Frunció el entrecejo—. Además, ha muerto.

Derek dirigió una mirada al kender como si el hombrecillo fuera una mosca pesada.

—En tal caso, no podemos quedarnos aquí a descansar —decidió—. Por lo que sabemos, quizá nos encontramos en la guarida de un dragón.

—Lo dudo, Derek. La cueva es demasiado pequeña. Además, todos estamos extenuados —se opuso Laurana con voz desfallecida—. Si no descansamos, seremos incapaces de defendernos si se presenta un peligro.

Pero yo apenas prestaba atención a la discusión, ya que en mi cabeza le daba vueltas a una pregunta. Elistan no había dicho que fuera mago. A pesar de que conocía la respuesta de antemano, tenía que plantear el interrogante.

—¿Cómo sabía que éste fenómeno es obra de la magia? —Pregunté a Laurana mientras señalaba al hombre.

—Elistan es un clérigo verdadero de Paladina. Su dios le ha revelado que este lugar fue creado con hechizos. —Se volvió hacia él—. ¿Crees que es seguro quedarnos aquí durante horas?

—Observé con atención el semblante tranquilo y avejentado del que se autodenominaba clérigo verdadero. Vi el amor que profesaba a Laurana, a todo el mundo, y por primera vez, me asaltaron las dudas.

—Opino que no corremos peligro si descansamos un rato; pero, como sugirió Derek, creo que no debemos retrasar mucho nuestra misión —contestó con diplomacia.

Derek resopló despectivo ante su victoria parcial. Rehusó el pedazo de carne seca de morsa que le ofrecía y empezó a pasear arriba y abajo. Laurana, por su parte, extendió con gestos tranquilos una piel el suelo y se tumbó, acurrucada como una gatita, dispuesta a aprovechar tan preciado tiempo de reposo.

Repartí la carne de morsa que nos quedaba entre los otros tres componentes del grupo y yo mismo. Sturm se sentó apartado del resto y masticó su ración con gesto ausente mientras contemplaba las idas y venidas de Derek.

Elistan se acomodó en un rincón y asumió una postura de meditación. ¿Rezaba a Paladine, o algún dios falso? Ojalá tuviera el don de leer las mentes, deseé. Si Paladine existía y Elistan era su clérigo, ¿por qué no me daba una prueba?

—Espero que no te moleste si te lo digo, pero esta carne es asquerosa —intervino Tasslehoff, interrumpiendo mis reflexiones—. No me malinterpretes, aprecio en lo que vale que compartas tus provisiones con nosotros, pero ¿de verdad coméis siempre esto?

—No —respondí esbozando una sonrisa—. A veces también nos alimentamos con pescado crudo.

El pequeño semblante del kender se arrugó con un gesto de repugnancia.

—¿De verdad? ¿No tenéis patatas picantes, ni venado, ni cerveza, ni aguardiente enano? —Un temblor lo sacudió de pies a cabeza—. Supongo que no es culpa vuestra ser como sois per... me alegro de ser un kender y no un miembro de los Bárbaros de Hielo.

No lo dije, pero también yo me alegraba de que fuera así.

Derek estuvo paseando hasta que no lo aguantó más.

—¿Reanudamos ya la marcha, por favor? —Preguntó con sarcástica amabilidad.

Laurana se despertó sobresaltada.

—¿Qué? ¿Cuánto tiempo he dormido? —Balbuceó aturdida. Con un gesto de dolor, se obligó a incorporarse.

—No lo suficiente —murmuró Sturm, mientras dirigía una mirada irritada a Derek.

Laurana se frotó los músculos agarrotados de la espalda.

—No importa. Veamos si esta cueva conduce a alguna parte —dijo, procurando adoptar un tono enérgico.

—Más vale que así sea —rezongó Derek, dirigiéndome una mirada de soslayo antes de salir a toda prisa hacia la parte trasera de la cueva—. Apresúrate, Brightblade.

Con una sonrisa animosa, Sturm me dio una palmada en la espalda y fue en pos de impaciente caballero. Elistan, con su habitual y desconcertante expresión beatífica, recogió las pieles y se unió a Laurana.

Por fortuna, la cueva conducía a un túnel, si bien hacia dónde conducía ese túnel, ninguno de nosotros lo sabía.

—Tengo la sensación de que se nos ha pasado algo por alto —musitó Tasslehoff, que se acercó a una de las frías paredes de hielo y pegó la oreja a ella—. Siento un cosquilleo en la nuca, como si alguien nos vigilara.

—A ti, desde luego qué —dijo Sturm—. Yo no te quito los ojos de encima.

—Quizás a ti te parezca divertido Sturm, pero Tío Saltatrampas asegura que... —comenzó el kender.

—¡Chitón! —Siseó Derek, volviendo hacia atrás la cabeza. De repente, la expresión severa de su rostro se trocó en otra de sorpresa—. ¡Aaah!

El túnel finalizaba de manera repentina en una oscura y profunda sima. Con un pie en el aire, Derek agitó los brazos como un loco para evitar despeñarse.

Laurana alargó la mano con un gesto instintivo y lo agarró por el brazo, a la vez que Sturm la sujetaba a ella. Entre los dos, tiraron del caballero y lo apartaron del precipicio. Jadeante, Derek se desplomó hecho un ovillo. Luego, recordando quién era, se obligó a incorporarse y apartó con gestos bruscos las manos que lo ayudaban.

—¡Fantástico! ¿Y ahora qué hacemos? —Demandó.

—No hay modo, ni tampoco motivo, para cruzar la sima —dijo Laurana con el entrecejo fruncido—. Al otro lado sólo se ve una pared de hielo. Tendremos que volver por donde hemos venido y reanudar la escalada por el risco.

—¡No es necesario! —Gritó Tasslehoff, del que, he de confesar, me había olvidado por completo. El kender estaba arrodillado y golpeaba con los nudillos la pared de la izquierda. Alzó la vista hacia Elistan y señaló la maza que colgaba del cinturón del clérigo—. ¿Me la prestar un momento? —Preguntó con amabilidad.

Sin aguardar respuesta, agarró la maza y la estrelló contra la pared de hielo. Las esquirlas cristalinas volaron en todas direcciones.

—¿Qué demonios haces, Tasslehoff? —Preguntó Laurana, mientras alargaba la mano para frenar el segundo golpe. Se detuvo en seco cuando un trozo de hielo se vino abajo y dejó al descubierto un agujero abierto a otra área.

Antes de que tuviera tiempo de decir una palabra, el kender se coló por la abertura.

—¡Tas, espera! —Gritó, apresurándose a ir tras él.

—Oh, no —masculló Sturm, como si esta escena no fuera nada nuevo para él. Se colocó el equipo para que no le estorbara, y fue en pos de la elfa. Los demás nos apresuramos a seguirlos.

Al cruzar el agujero, me encontré junto con los otros en una vasta estancia hecha con bloques de piedra toscamente labrados. En un rincón había almacenado un montón de turba para quemar. En otro, se apilaban en ordenadas filas unos grandes barriles. Armas y herramientas colgaban de perchas adosadas a las paredes. Al frente

había una puerta rota, sujeta por un solo gozne. Al parecer, nos habíamos metido en una especie de almacén. ¿Pero de quién? Un escalofrío aprensivo me puso de punta el vello de la nuca.

—¡Sabía que algo se nos había pasado por alto! —Gritó Tasslehoff mientras recorría muy excitado la habitación.

Elistan se acercó al kender, con la mano extendida.

—Sí, algo se te ha pasado por alto... Mi maza, por favor —le recordó.

—¡Ah! ¿Ésta? —Preguntó Tas, a la vez que la sacaba de una de sus bolsas, donde, evidentemente, la había guardado para mayor seguridad—. Sí bueno... Pero me refería a otra cosa. Escuchad.

La voz del kender enmudeció, y un extraño e inquietante silencio reinó en la sala. Tasslehoff se dirigió de puntillas al centro, mientras inclinaba la cabeza a un lado y a otro. Todos nos quedamos mirándolo, como si estuviéramos paralizados.

—¿Lo oyes, Sturm? —Preguntó en voz baja—. Suena como un tintineo, o un chirrido. ¿Raggart?

Todas las miradas convergieron sobre mí, como si yo supiera el origen del extraño ruido. Alcé la mano para quitarme las capucha de pieles a fin de escuchar mejor, pero en ese mismo instante Derek lanzó un alarido furioso, y su espada centelleó al salir de la funda. Antes de que ninguno alcanzara a comprender lo que pasaba, la sala estalló en un caótico estruendo de gruñidos y gritos. Por la puerta irrumpieron en avalancha unos minotauros, esas criaturas con cuerpo de hombre y cabeza de todo, y unos thanois, otros extraño mestizaje entre humano y morsa, y se abalanzaron sobre los dos caballeros y el kender.

Cogido por sorpresa, Sturm apenas tuvo tiempo de sacar la espada. Corrió junto a Derek y se esforzó por hacer retroceder hacia la puerta y las espantosas criaturas. Pero los thanois, sedientos de la sangre de los intrusos habían enloquecido. Blandiendo con violencia hachas y garrotes, obligaron a los dos caballeros a retroceder al centro de la habitación.

Capté de reojo la rubia melena de Laurana mientras la joven desenvainaba su arma y se sumaba a la contienda. Su arrojo me hizo caer en la cuenta de que yo no había colaborado en nada por ayudarlos. ¿Pero qué podía hacer un viejo cansado?

Atormentado por las dudas, vi al kender que desaparecía entre las hileras de barriles. Me sorprendió, pues no estaba en su naturaleza esconderse y dar la espalda a una situación tan excitante. ¿Qué se traía entre manos?, me pregunté.

De repente, un rugido sanguinario retumbó en mis oídos. Volví la cabeza y vi a un minotauro que se abría paso entre los contendientes y venía hacia donde Elistan y yo nos encontrábamos. Mas la expresión satisfecha de la criatura se tornó en otra de desconcierto cuando trastabilló y cayó a mis pies sin motivo aparente. Procedente de los barriles, escuché una risita maliciosa, y entonces lo comprendí.

—¡Ahora! —Gritó el kender, y yo di por sentado que me lo decía a mí, ya que, de repente, supe lo que tenía que hacer.

En primer lugar, levanté mi bastón y lo estrellé en la cabeza del minotauro con todas mis fuerzas. A continuación, corrí hacia la primera hilera de barriles y tiré del borde de una de las pesadas cubas hasta que lo que quiera que hubiese dentro empezó a bambolearse e inclinó un poco el barril.

—¡Ayúdame, Elistan! —Grité al clérigo, que permanecía cerca de la trifulca musitando plegarias. Al ver lo que intentaba hacer, sacó las manos de entre las mangas de la túnica y unió sus esfuerzos a los míos; por fin, con un golpe ensordecedor, el barril cayó al suelo de costado. Sin intercambiar una sola palabra, nos pusimos detrás de la cuba y la empujamos con fuerza de manera que cayó rodando como un peñasco desprendido sobre el minotauro.

Aturdido por la caída y mi posterior bastonazo, la criatura alzó los ojos justo a tiempo de ver el barril rodante a punto de estrellarse contra sus astas. Y fue todo cuanto vio, pues la cuba le dio de lleno en la cabeza.

Poco duró mi alegría, pues al punto comprendí mi error. El barril seguía rodando y se dirigía directamente hacia Laurana, Sturm y Derek. Enzarzados con los thanois y minotauros en el centro de la sala, no vieron venir el peligro. Me asaltó el pánico, y llamé a gritos al único que estaba de cara a mí.

—¡Sturm!

El rostro manchado de sangre del caballero se alzó presto, y sus ojos se abrieron de par en par. Sin perder un instante, acuchilló al thanoi que tenía delante. Se inclinó a la derecha y empujó a Derek apartándolo del minotauro contra el que combatía; acto seguido, propinó un empujón a Laurana que la lanzó hacia la izquierda un instante antes de que la alcanzara el barril, que arrolló al minotauro y al thanoi que quedaban en pie. Después, la cuba se paró y empezó a girar sobre sí misma aplastando lo que se encontraba en su camino.

Por desgracia, aquello incluía el pie de Derek, sorprendido por el empujón de Sturm, el tozudo caballero había intentado mantenerse firme en su puesto; al parecer había resbalado en un charco de sangre, y se había ido de bruces al suelo en el mismo momento en que pasaba el barril.

Laurana enarboló la espada, y puso fin a la vida de las feroces criaturas, en tanto que Sturm alzaba el extremo del barril bajo el que estaba el pie de Derek.

—Ha sido culpa tuya, Brightblade —bramó el caballero, a punto de escupir en la mano que le tendía Sturm. Se incorporó sin ayuda, pero pagó caro su esfuerzo. Sturm tuvo que sostenerlo por las axilas para evitar que se desplomara otra vez.

Mi cometido, como clérigo de mi tribu, era sanar las heridas de mi gente del mejor modo posible. Corría junto al Caballero de Solamnia para examinarle el pie. Incluso sin quitarle la bota, vi que estaba torcido de una manera forzada, lo que

indicaba una rotura. Me despojé del gusto y tanteé con suavidad el hueso astillado. La sangre manaba de la herida amoratada e hinchada. Tragué saliva para reprimir la náusea, y me devané los sesos en busca de una solución. Pero no di con ninguna. No tenía la facultad de sanar a este hombre.

Derek, gracias a los dioses, se había desmayado a causa del dolor. Con cuidado manipulé el hueso hasta colocarle en la posición que en mi opinión era la adecuada, y después solté el pie del caballero sobre el frío suelo. Al alzar la cabeza, vi los ojos de Sturm fijos en mí.

—Buen trabajo, Raggart —dijo, con una cálida sonrisa—. Fue una gran idea lo del barril.

Me quedé boquiabierto por la sorpresa. ¿Cómo era posible que me dijera algo así? No sólo había provocado que Derek se rompiera el pie, sino que también le había dado más razones para odiar a su enemigo. Derek jamás se lo perdonaría a Sturm. ¡Y la culpa había sido mía! No lo soporté; me ahogaba la vergüenza. Giré bruscamente sobre mis talones para huir de allí, pero una mano firme me agarró por el hombro.

—No te culpes, Raggart. —La voz cálida de Elistan me envolvió—. Sturm tiene razón. Tu rápida reacción nos salvó la vida a todos... incluido Derek.

Se arrodilló junto al caballero herido y posó una mano en su frente.

A pesar de que sus palabras iban destinadas a levantarme el ánimo, sólo consiguieron incrementar la sensación de vergüenza. Hundí la cabeza en el pecho y, abochornado, me di la vuelta. Dijeran lo que dijeran, sabía que mi atolondrada —aunque bien intencionada—, acción era la causante de la herida de Derek. No sólo lo había herido. ¡Tampoco era capaz de sanarlo! ¡Vaya un clérigo!

—¡Laurana, Sturm! —Chilló el kender—. ¡Creo que sé dónde se encuentra el Orbe!

—Tasslehoff Burrfoot, ¿qué te traes entre manos? —Demandó Laurana con tono severo—. Has estado explorando por tu cuenta y riesgo, ¿verdad?

—Bueno, no exactamente. —El kender mostraba una actitud contrita—. Me pareció ver que uno de esos tipos con pinta de morsa se escabullía por la puerta y me dije que no estaría de más descubrir qué jugarreta tramaba. Cuando quise darme cuenta, lo había perdido de vista. Miré a mi alrededor y entonces reparé en que me encontraba en una biblioteca. ¡Imagina, una biblioteca en este castillo helado! —Su rostro estaba arbolado por la excitación contenida a duras penas. Aunque me abstuve de hacer comentario alguno, advertí que sus bolsas habían aumentado de tamaño.

—Se acabó —lo interrumpió Laurana con firmeza—. Es de suponer que el estruendo de la lucha haya atraído la atención hacia este lugar. Pongámonos en marcha. ¿Podrá Derek moverse o tendremos que llevarlo?

—¡No necesito que nadie me lleve! —Gruñó el caballero. Ante mis

desconcertados ojos, Derek apartó a Elistan y se puso de pie—. ¡Que no se diga que Derek Crownguard retrasó una marcha!

—Eso es algo que jamás podremos reprocharte —susurró Laurana, aunque Derek no captó el doble sentido de sus palabras—. Vayamos hacia esa famosa biblioteca de Tas.

No sin cautela, el caballero apoyó el peso en el pie. Esperaba verlo desplomarse como un puñado de nieve blanda. Sin embargo, la única señal de que hubiera sufrido una herida en el pie fue la leve cojera que le notaba mientras se dirigía a la puerta. ¡No daba crédito a mis ojos! Yo había visto la gravedad de la rotura. ¿Acaso su mera fuerza voluntad le permitía caminar sobre la destrozada extremidad que había examinado hacía un momento con mis propias manos? Lo más desconcertante de todo era que ningún otro daba muestras de estar sorprendido. Estaba a punto de exigir una explicación, cuando me encontré con los ojos de Elistan. Esbozó esa sonrisa cálida y serena que iluminaba su semblante, mientras me guiñaba un ojo con actitud cómplice. Mi ente se resistía a admitir la única explicación posible. ¿Sería verdad? ¿Elistan...?

—¡Vamos, Raggart! —La voz estridente de Tasslehoff me sacó de mi abstracción. Sacudí la cabeza, miré alrededor y vi que me había quedado solo en el almacén, con los minotauros y los thanois muertos. Todos me esperaban junto a la puerta, al otro lado de la habitación. Tendría que dejar para más tarde las reflexiones sobre Elistan y el pie de Derek. Me apresuré a reunirme con los demás.

Sturm se asomó con precaución, en busca de algún signo de vida. Con un gesto de la cabeza, nos indicó que lo siguiéramos. Salimos a lo que debía de ser el patio de armas central del otrora hermoso castillo. Había cinco o seis puertas en el semicírculo de la derecha, y otras tras en el de la izquierda. El enorme patio estaba vacío, a excepción de un gran fuente en la que unos dragones tallados echaban agua por las fauces. Aquello me llamó la atención de inmediato. ¿Por qué no estaba congelada?

—Magia —dijo Elistan, como si hubiese leído mis pensamientos—. El agua tiene propiedades curativas.

Pero, en lugar de alegrarme, puesto que eran muchos los dolores que me aquejaban y de los que me habría librado con unos cuantos sorbos, la predicción de Elistan despertó mis recelos. Algo o alguien muy diestro en el arte de la hechicería rondaba por el Muro de Hielo.

—¡La biblioteca está pro aquí! —Susurró, aunque de un modo estridente, Tasslehoff, que se dirigió a una de las puertas que había a la izquierda—. La puerta tenía una trampa, pero ya me he encargado de ella —agregó ufano, mientras giraba el picaporte. Desapareció pro el hueco para, un instante después, asomar la cabeza de nuevo—. Por cierto, no piséis en la losa grande —advirtió, señalando la piedra que había nada más traspasar el umbral.

—¡Kenders! —Rezongó desdeñoso Derek, aunque reparé en que se guardaba de no poner el pie en aquel punto cuando entró en la habitación.

Lo siguieron Sturm y Laurana, y a continuación Elistan y yo.

El pequeño cuarto, iluminado por varias velas casi consumidas, estaba repleto de estanterías anaqueles con libros, rollos de pergamino y papeles sueltos. Tasslehoff iba de un lado a otro y daba la impresión de encontrarse en todos los sitios al mismo tiempo, se asomaba bajo las mesas y metía la cabeza entre los estantes.

—¿Qué te hace pensar que el Orbe está aquí, kender? —Preguntó Derek—. No es aconsejable que estemos aquí mucho tiempo, o correremos el riesgo de ser capturados. Si apenas podemos movernos en este cuartucho estrecho, menos podremos luchar.

—Derek tiene razón, Tas. Busquemos de prisa y salgamos de aquí —dijo Laurana. El caballero la miró desconcertado al cogerlo por sorpresa que la joven se mostrara de acuerdo con él—. Raggart, vigila el patio.

Siguiendo sus instrucciones, me aposté junto a la puerta, sin quitar ojo tanto a lo que ocurría en la biblioteca como en el recinto exterior.

—No dije que el Orbe estuviera aquí, sino que tal vez estaba —dijo Tas, a la defensiva—. Quienquiera que sea el dueño de la biblioteca, es un lector empedernido; aunque no sé de dónde saca tanto tiempo... Ah, claro. ¿Qué otra cosa iba hacer en mitad de este aburrido desierto de hielo y nieve? No te lo tomes a mal, Raggart.

Le sonreí para demostrarle que no me había ofendido. Para ser sincero, he de admitir que, de vez en cuando, encontraba el paisaje de mi tierra un tanto monótono. Mas la sonrisa se me heló en los labios cuando leí los lomos de algunos volúmenes; con creciente recelo, descubrí que eran libros de conjuros.

—No había sentido un ambiente tan cargado de maldad desde... desde Pax Tharkas. —Elistan se estremeció, aunque yo no entendí a qué se refería—. Creo que estamos cerca del Orbe, pero dudo que se encuentre en esta habitación.

Laurana dejó de examinar los libros al punto.

—En tal caso, no nos queda más remedio que buscar en todas y cada una de las salas de este castillo helado hasta que demos con él. —Decidió con actitud firme.

—Sabía que no debíamos confiar en un kender —rezongó Derek, mientras se encaminaba a la salida.

—Fuiste tú quien insistió, allá en Tarsis, en que os acompañara —replicó Tasslehoff con la cabeza erguida en un gesto desafiante.

—Una petición de la que me he arrepentido en más de una ocasión —refunfuñó el caballero.

—En tal caso, supongo que no querrás que te hable de cuarto oculto que hay tras esta pared —dijo el kender, con actitud huraña.

—¿A qué cuarto te refieres, Tas? —Preguntó Laurana con voz dulce.

Tasslehoff lanzó una mirada triunfante al caballero antes de dirigir una sonrisa a la elfa.

—Sospecho que hay otra habitación detrás de esta estantería —dijo, mientras se dirigía a la pared más estrecha, la opuesta a la puerta donde yo me encontraba.

Tas golpeó un par de veces con los nudillos en el soporte medio de la estantería. La pared al completo giró sobre sí misma, y estuvo a punto de tirar al kender en el proceso.

—¿Lo veis?

—Lo vemos —dijo Derek, a la vez que empujaba al perplejo kender para asomarse al otro lado—. ¡Veo otro cuarto vacío, sin el Orbe!

El caballero adelantó varios pasos y penetró en el cuarto, de manera que lo perdí de vista.

—¡Pero...! ¿Qué demonios? ¡Eh! —Su grito era de frustración, no de dolor. Todos corrieron a asomarse. Aunque sabía que no debía abandonar mi puesto de vigía bajo ningún concepto, fui incapaz de resistir la tentación de echar una mirada.

Allí, en un dormitorio del mismo tamaño que la librería, se encontraba Derek, con los brazos pegados a los costados. No lo comprendí hasta que vi la figura esbelta de un elfo, vestido con cota de malla y ropajes negros, que blandía una reluciente espada larga en la mano. Se cubría la cabeza con un extraño yelmo adornado con cuernos. Entonces no lo sabía, pero era la primera vez que ponía mis ojos en un Señor del Dragón.

—¡Es un elfo oscuro hechicero y ha lanzado alguna clase de conjuro de paralización sobre Derek! —Gritó Elistan—. ¡Hay que impedir que realice más hechizos!

Laurana y Sturm se precipitaron dentro del cuarto, y su irrupción atrajo la atención del hechicero, apartándolo del indefenso Caballero de Solammia. El Señor del Dragón inició un ataque sobre los recién llegados, pero vaciló un instante al reparar en Laurana.

—Uno de mi propia raza, y, además, mujer, osa invadir el castillo de Feal-thas, Señor del Dragón, y comandante del Ala Blanca —bramó el hechicero, que, de improviso, arremetió contra la joven con una salvaje estocada.

Laurana se agachó y eludió la arremetida, pero perdió el equilibrio y cayó, con tan mala fortuna que se golpeó la cabeza en una esquina del escritorio. Durante unos instantes se quedó aturdida, con las manos en la cabeza, hecha un ovillo. Feal-thas vio su oportunidad y se acercó con la espada enarbolada.

—¡Fueron elfos dirigentes y de alta casta como tú los que me desterraron! —Gritó—. ¡Pagarás por lo que ellos me hicieron!

Mas, en su ansia por acabar con Laurana, el hechicero se había olvidado de Sturm.

El caballero se abalanzó para arrancar la espada al elfo oscuro. Pero, con una rapidez y agilidad desconocidas por la mayoría de los humanos, el Señor del Dragón advirtió la intención de Sturm y giró sobre sí mismo, a la vez que arremetía contra el brazo armado del caballero. Sturm dio un respingo y se sujetó la muñeca ensangrentada. Pagó caro ese instante de debilidad. Con un movimiento veloz, Feal-thas sacó una daba de su manga y se abalanzó sobre el caballero. Un alarido espantoso, seguido de un gorgoteo, salió de la boca de Sturm mientras se llevaba las manos a la garganta. La sangre manó a borbotones entre sus dedos. Un instante después, se derrumbaba.

—¡Sturm! —Chilló Laurana al ver desplomarse a su amigo.

La ira contrajo su bello rostro mientras se enfrentaba a Feal-thas. Con una feroz determinación, la elfa se limpió la sangre que manaba de la herida de la cabeza y le nublabla la visión. Intercambió unos golpes con su adversario, si bien era evidente que las fuerzas se le agotaban con cada arremetida. Feal-thas parecía disfrutar jugando con ellas, y se limitaba a frenar sus débiles golpes sin contraatacar.

Elistan, cuya estrategia hasta el momento había sido mantenerse apartado de los combatientes para no estorbarlos, fue incapaz de contenerse. Al ver sola a Laurana, se abalanzó contra el hechicero y lo golpeó repetidas veces en la espalda con su maza. A pesar de que el ataque lo cogió por sorpresa, Feal-thas hizo uso de la magia para quitarse al clérigo de encima como si fuera una mosca pesada. Una mano enorme y fantasmal aferró a Elistan y lo lanzó por el aire. El clérigo se estrelló contra la pared y se desplomó al suelo, sin emitir un sonido.

Y allí estaba yo, paralizado como si hubiera echado raíces, más inútil que un picaporte roto. ¿Cuál había sido mi estrategia... o, mejor dicho, mi pretexto? Recordé al kender. ¿Dónde se había metido? Antes me había ayudado a salir ileso del enfrentamiento con el minotauro, pero ahora no daba señales de vida. Tampoco había barriles a los que recurrir para salvar mi miserable vida.

Contemplé con impotencia cómo Laurana, agotada por el combate sostenido a solas, caía sobre una rodilla. Hizo un esfuerzo desesperado por incorporarse, pero Feal-thas se inclinó y arrancó de un tirón la espada de sus manos ensangrentadas y doloridas. Con los ojos empañados por ardientes lágrimas de furia e impotencia, la joven lanzó a su adversario un puñetazo. El elfo oscuro la agarró por la muñeca y se echó a reír.

—Qué pena —musitó, con un deje de superioridad. Apoyó la punta de la propia espada de Laurana en la palpitante vena del cuello de la joven—. Por tu aspecto, has crecido en un ambiente refinado, y no eres del todo mal parecida. Quizá me incline a perdonarte la vida si me das una buena razón para hacerlo —ofreció con un tono sugerente.

Laurana, jadeante a causa de sus denodados esfuerzos por soltarse, apartó los ojos

de la daba hincada en el cuello de Sturm y de la sangre que empapaba el pecho del caballero y miró al Señor del Dragón. Tragó saliva y respiró hondo.

—¿Me estás proponiendo que me una a tus filas como una Señora del Dragón? —Inquirió con un tono seductor que jamás imaginé fuera capaz de utilizar.

Estaba perplejo. ¿Cómo se atrevía a coquetear con aquel perverso hechicero mientras que su amigo moría a sus pies? De repente, me fijé en que tenía los puños apretados para contener la ira; comprendí que intentaba ganar tiempo, con la esperanza de recobrar fuerzas.

—Lo que te propongo no tiene nada que ver con concederte el rango de Señora del Dragón —dijo el elfo oscuro, mientras la miraba con lascivia. Alentado por la posibilidad de que la joven tomara en consideración su oferta, convencido de que ya no le restaban fuerzas para oponerse, y habiéndome descartado por completo como una posible amenaza, el hechicero apartó la espada—. Después de un buen baño, tal vez resultes aceptable.

Rompió a reír, a la vez que echaba una ojeada a la cama, e incluso acarició las sábanas de seda.

La bilis me subió a la garganta y creí que me ahogaba. ¡Cómo deseaba acabar con la vida de aquel ser perverso, estrangularlo con mis propias manos! De repente, recordé el Quebrantador que llevaba en mi bolsa. (Ahora sé que fue el propio Paladine quien me inspiró). Mas no era lo bastante fuerte para manejarlo. Sólo un guerrero era capaz de hacerlo. Miré la figura encorvada de Laurana. ¿Podría ella...? Estaba prohibido que nadie, salvo los miembros de los Bárbaros de Hielo, utilizara los Quebrantadores. Sin embargo, mis compañeros de viaje eran gente extraordinaria. La fe se impuso sobre la tradición.

Extraje el arma con forma de hacha de mi bolsa con movimientos cautos y avancé sigiloso. El tiempo pareció detenerse. El hechicero seguía acariciando las ropas de la cama sin dejar de reír; la repugnante sugerencia de lo que se disponía a hacer con la doncella elfa despertó una cólera ardiente en mi alma.

Despacio, de puntillas, llegué a espaldas de Laurana y deslicé el brillante Quebrantador en la mano de la princesa de Qualinesti, a la vez que rogaba a Paladine que le concediera la fuerza que yo no tenía.

Los dedos de Laurana se cerraron sobre el mango del hacha de hielo. La alzó sobre su cabeza, saltó como un lobo lanzado al ataque, y se abalanzó sobre el desprevenido hechicero elfo, el mismo instante que éste se volvía esperando la respuesta de ella. La luz de las velas centelleó en el cortante filo del Quebrantador, que tan concienzudamente yo había labrado, antes de hundirse en la garganta de Fealthas. Un alarido, el último que el hechicero emitiría en el mundo de los vivos, hendió el aire. El suelo del dormitorio se tornó rojo con la sangre del Señor del Dragón muerto.

Unos sollozos hondos y desgarrados sacudieron el cuerpo de Laurana mientras se arrodillaba al lado de Sturm. Sin plena conciencia de lo que hacía, me adelanté y le quité el hacha de hielo de los dedos temblorosos. Posó sus manos sobre el pecho ensangrentado del caballero, sin saber qué hacer. Mordiéndose los labios, aferró con la mano derecha el mango de la daga clavada en el cuello de Sturm. Un gemido angustiado escapó de sus labios, hizo acopio de valor; y tiró de la daga. La sangre salió a borbotones de la herida; Laurana apretó un trozo de tela contra el corte, si bien no sirvió de nada. Sentí un nudo en la garganta y las lágrimas acudieron a mis ojos al contemplar cómo se escapaba sin remedio la vida del caballero.

Tomé conciencia de que se oían otros ruidos en el cuarto. Derek se movió poco a poco y después giró hasta quedar tumbado boca arriba.

—¡Cuidado, Laurana! —Gritó, mientras se incorporaba de un salto, con la espada enarbolada—. ¡Es un hechicero!

El Caballero de Solamnia giró sobre sus talones con rapidez y parpadeó desconcertado. Sus ojos fueron del Señor del Dragón muerto a Laurana, arrodillada junto a Sturm. La comprensión y la admiración iluminaron sus pupilas. Incluyó respetuoso la cabeza ante el caballero moribundo.

De improviso, se oyó un golpeteo apagado en la pared en que se apoyaba Elistan, y el clérigo recobró el conocimiento. Sacudió la cabeza, se incorporó poco a poco y se apartó de la pared.

«¡Oh, no! —Pensé—. ¡Los sicarios del hechicero! ¡Estamos perdidos!».

Con un entrecejo fruncido, Derek alzó el brazo armado cuando se abrió una estrecha grieta en el muro y reveló una puerta oculta, de la que salió de un salto... ¡el kender!

—¿Quién la tenía atrancada? —Protestó—. ¡He llamado una y otra vez, pero todos estabais tan ocupados en los dioses saben qué, que no os habéis dado cuenta! —Sus ojos se posaron en el lloroso semblante de Laurana, en el charco de sangre, y se quedó boquiabierto—. ¡Sturm! ¡Sturm, despierta! ¡Flint jamás me perdonará si permito que te ocurra algo malo cuando él no está para ayudarte! —La voz le falló—. ¡Sabes lo gruñón que se pone cuando cree que he vuelto a liar las cosas! ¡Oh, Sturm! —El kender estalló en sollozos.

Apretando las manos en un gesto de impotencia, me devané los sesos en busca de algunas palabras de consuelo. Me sentí aún más inútil que cuando el barril aplastó el pie de Derek.

—¡Elistan! —Gritó Laurana, volviéndose hacia el clérigo.

Miré a la elfa con tristeza. Ahora se descubriría que el hombre era un farsante. Deseé, por el bien de la joven, estar equivocado.

El semblante de Elistan estaba sereno cuando se arrodilló al lado del moribundo caballero.

—Rogaremos porque Paladine le conceda el favor de la vida, pero quizá su misión en este mundo se ha cumplido. Si es así, daremos gracias de que haya muerto como él hubiera querido, defendiendo a los que amaba.

Transcurrieron los segundos sin que nada ocurriera. Contuve el aliento, esperanzado y, no obstante, reacio a creer. Mantuve la mirada fija en Sturm. Elistan continuaba recitando sus plegarias a un ritmo creciente, a la par que su voz ganaba intensidad.

De pronto, la sangre cesó de manar del cuello de Sturm. Una punzada de miedo se clavó en mis entrañas. ¿Era el fin? ¿Había dejado de latir el corazón del caballero?

Entonces se produjo el milagro. Aún hoy, cuando cierro los ojos, vuelvo a ver lo que presencié en aquel pequeño cuarto del castillo del Muro de Hielo. El color retornó a las mejillas de Sturm. Despacio, tan despacio que casi no daba crédito a mis ojos, la herida se cerró. Sturm gimió mientras la vida fluía de nuevo por sus venas.

—Vivirá —declaró Elistan con voz grave. Estaba exhausto.

Las lágrimas acudieron a mis ojos, incliné la cabeza y caí de rodillas ante el clérigo de Paladine. Pero Elistan me obligó a levantarme.

—No me rindas pleitesía. Sólo soy el mensajero de Paladine en Krynn, al igual que lo serás tú muy pronto.

Oí sus palabras prometedoras como si estuviera en un sueño que apenas podía creer.

—¡Eh, lo había olvidado! ¡Lo encontré! —Exclamó Tasslehoff entre hipidos, mientras se secaba las lágrimas.

—¿Qué encontraste? —preguntó Laurana sin mucho interés, preocupada como estaba por Sturm.

Una expresión de infinita paciencia se plasmó en el semblante del kender.

—¿Qué es lo que vinimos a buscar? ¡El Orbe, desde luego! Por cierto, su aspecto no es tan impresionante como el del dibujo que vi en la Gran Biblioteca. Oh, es de cristal y redondo, y todo lo demás... pero es muy pequeño. Parece que tiene algo rojo dentro... ¡Me gustaría romperlo para ver qué es!

—¡Ni se te ocurra! —Gritó Derek, mientras se dirigía hacia la pequeña puerta por la que había salido Tas.

Regresó al cabo de unos segundos, con un pequeño globo cristalino cuyo núcleo cambiaba de color al tuntún, y pasaba de un tono lechoso a otro azul.

Tampoco a mí me pareció gran cosa. Sin embargo, de repente se entabló una disputa sobre su posesión. Laurana quería guardarlo, pues tenía intención de entregárselo a los suyos, los elfos. Derek exigía su custodia, para ponerlo en manos del consejo de la Orden de los Caballeros. En lo único que se pusieron de acuerdo fue en que estaban en desacuerdo... Y en que yo, como parte imparcial, lo guardara hasta que llegáramos a la aldea de los Bárbaros de Hielo, donde se reunirían con sus otros

amigos.

Con la intercesión de Paladine, Sturm retornó poco a poco de la férrea presa de la muerte. Pasamos la noche en la biblioteca de Feal-thas, al calor de la chimenea, y a salvo de los minotauros y los thanois. Pero no se produjo la menos tentativa de ataque. Tras dejar los restos mortales del Señor del dragón en mitad del patio de armas, ninguno de sus secuaces osó molestarnos. Creo que se dieron a la fuga. Y no los culpo. A juzgar por las apariencias, el hechicero no había sido un amo benigno.

O, quizá, percibieron que dentro de aquel cuarto, donde dormían una valerosa doncella elfa, un kender descarado y dos caballeros de talante muy diferente, el Bien había infligido una nueva derrota al Mal.

Elistan y yo cambiamos impresiones, rezamos y hablamos durante toda la noche. Cuando las dos lunas se ocultaron y dieron paso al sol, yo, Raggart, clérigo de los Bárbaros de Hielo, me había convertido en clérigo de Paladine, uno de los mensajeros largo tiempo esperados.

Me aparté un poco de la hoguera. Mi voz había enronquecido a causa de la extensión del relato. Aunque cansado, me sentía reacio a abandonar la calidez de la lumbre y de mis recuerdos. Cerré los ojos y respiré hondo.

—¿Mantuvo el jefe Harald la promesa de no hacer daño a los amigos de Laurana? —Preguntó Laina.

—Sí, lo hizo. Pero, mientras nosotros nos enfrentábamos con minotauros y thanois en el castillo del Muro de Hielo, otros miembros de sus razas, ayudados por lobos, atacaron el poblado. Muchos de los nuestros murieron, al igual que los caballeros Aran y Brian. Me dijeron que combatieron con valentía.

—¿Y Laurana, Sturm y los otros? ¿Qué fue de ellos? —Inquirió Mendor.

—La doncella elfa que tenía hechizado a un oso blanco... —dijo, al cabo de unos segundos—. Confío en que Laurana se reuniera con su Tanis, como yo he dado en llamarlo.

»Derek y Sturm..., ambos acosados por oscuros secretos —musité, con los ojos entrecerrados—. Aunque creo que Sturm logró sobreponerse al suyo, me temo que el de Derek había arraigado demasiado hondo en él. —Me froté la mejilla y continué más despacio—; No estoy seguro, pero supongo que el viejo Flint estará sentado a la sombra de un gran árbol, en alguna parte, mientras rezonga satisfecho. Y Tasslehoff... —Rompí a reír—. ¡Con un kender, nunca se sabe! Pero, antes de que finalizara nuestra aventura en el Muro de Hielo, Tas hizo un nuevo descubrimiento: la Dragonlance. Me dijo que estaba predestinado a encontrarla. Mas he de confesar que he olvidado las razones que me dio.

Mis ojos contemplaron con fijeza las llamas un rato, antes de proseguir.

—Elistan dedicó su vida al servicio de Paladine. Y, si todavía no ha dejado este

mundo para reunirse con el dios verdadero, no tardará en hacerlo —agregué con convicción.

Sin decir una palabra más, yo, Raggart Knug, clérigo verdadero de Paladine, me puse de pie. Alcé la vista y contemplé las constelaciones; pensé en el día en que, también yo, me reuniría por fin con mi dios.

Estiré mi entumecida espalda, y me alejé de la hoguera, camino de mi cabaña y un merecido descanso.

Mañana empezaré la fabricación de un nuevo Quebrantador de Hielo.

El legado

Margaret Weis y Tracy Hickman

Capítulo 1

Caramon se encontraba de pie en el centro de una vasta sala excavada en obsidiana. Era tan amplia que el perímetro se confundía en las sombras, y tan alta que el techo se perdía en la oscuridad. No había pilares que sustentaran su peso. A pesar de que no se veían antorchas, la iluminaba una claridad de origen desconocido. Era una luz blanca, tenue, tan fría y tan triste que no proporcionaba calor alguno.

Aunque no se veía a nadie más en la sala, ni ningún sonido alteraba el pesado silencio que parecía ser arcaico, Caramon sabía que no estaba a solas, que unos ojos lo observaba, como lo habían hecho años atrás. Por lo tanto continuó de pie estoicamente esperando con paciencia a que los invisibles personajes decidieran que había llegado el momento de actuar.

Sonrió para sus adentros al imaginar lo que estarían haciendo en ese momento. A los ojos de quienes lo vigilaban, el rostro del hombretón permaneció impassible, sereno. Estaba decidido a no dejarse sorprender y a no mostrar debilidad, ni tristeza, ni amargura. Aunque los recuerdos habían hecho presa en él, la evocación era cálida y afectiva. Está en paz conmigo mismo. Lo estaba desde hacía veinticinco años.

Como si le hubiesen leído el pensamiento —algo, por otro lado, más que probable—, los presentes en la sala se dejaron ver. No es que la luz se hubiese intensificado, ni que la peculiar neblina se hubiera disipado, ni tampoco retrocedieron las sombras. Nada de esto ocurrió. La sensación que tuvo Caramon fue de ser él quien entraba de forma repentina, a pesar de que llevaba más de quince minutos allí. Era evidente que los personajes vestidos con túnicas que acababan de aparecer formaban parte de aquel lugar; al igual que la mágica luz blanca y el silencio de siglos. Pero él, no, pensó Caramon. Él era y siempre sería un extraño, un intruso venido del exterior.

—Bienvenido una vez más a nuestra Torre, Caramon Majere —saludó un voz.

El guerrero respondió con una inclinación de cabeza, pero no dijo una sola palabra. Era incapaz de recordar, aunque en ello le fuera la vida, el nombre de su interlocutor.

—Soy Justarius —añadió el hombre con una sonrisa placentera—. Sí, han pasado muchos años desde que nos vimos por última vez, y aquel encuentro tuvo lugar en unos momentos muy conflictivos. No es pues de extrañar que se te haya olvidado mi nombre. Toma asiento, por favor. —Una sólida silla de roble tallado se materializó junto a Caramon—. El viaje ha sido largo y estarás cansado.

El hombretón estuvo a punto de replicar que se encontraba perfectamente y que un viaje como el que acababa de hacer no tenía la menos importancia para quien, como él, había recorrido el continente de Ansalon de punta a rabo en sus años mozos.

Sin embargo, a la vista de aquel sillón y sus blandos e invitadores cojines, Caramon cayó en la cuenta de que el trayecto se le había antojado largo en verdad; más largo de lo que había imaginado. Le dolía la espalda, tenía la sensación de que la armadura había aumentado de peso, y sentía los músculos de las piernas agarrotados.

«¿Y qué esperabas? —Se increpó a sí mismo, mientras se encogía de hombros—. Eres dueño de una posada, de la que nos has salido desde hace... los dioses saben cuánto tiempo, pues tienes que estar pendiente de infinidad de detalles, entre los que se encuentra comprobar la calidad de las comidas...».

Caramon lanzó un apesadumbrado suspiro, tomó asiento y rebulló inquieto en el sillón hasta encontrar una postura cómoda.

—Supongo que me estoy haciendo viejo —comentó, con un remedo de sonrisa.

Justarius movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Eso nos ocurre a todos. Es decir, a casi todos —rectificó, mientras miraba de soslayo a la figura sentada a su lado.

Caramon siguió la dirección de sus ojos y observó que el otro personaje se quitaba la capucha negra festoneada con runas plateadas, de modo que dejó al descubierto un rostro familiar. Un rostro de rasgos elfos.

—Saludos, Caramon Majere.

—Saludos, Dalamar —respondió el hombretón, que permaneció impasible a pesar de que, al reconocer al Túnica Negra, sus recuerdos se tornaron amargos.

El elfo oscuro seguía siendo el mismo de antaño; quizá más sabio, más reposado, más frío. Años atrás, cuando era sólo un aprendiz de mago, a sus noventa y cinco años se lo podía considerar un joven temperamental e impulsivo, habida cuenta de la longevidad de los elfos. Los veinticinco años transcurridos desde entonces no tenían más importancia para los de su raza que el paso de una estación a otra. En la actualidad, a sus ciento y pico de años, su rostro calmo y atractivo, aparentaba el de un humano de treinta. Justarius rompió el silencio.

—El tiempo te ha tratado con indulgencia, Caramon. La posada El Último Hogar, ahora de tu propiedad, es una de las más prósperas de Krynn. Tanto a ti como a tu esposa se os recuerda como a héroes. Imagino que Tika Majere se encuentra bien y, sin duda, tan hermosa como siempre.

—Más, si cabe —contestó el hombretón con dulzura.

Justarius sonrió.

—He oído que tenéis cinco hijos. Dos chicas y tres varones.

Un vago temor ensombreció la alegría de Caramon. «No —dijo para sí—. Ya no tiene poder sobre mí». Se arrellanó en el sillón con gesto firme y adoptó una actitud desafiante, como el soldado presto a la batalla.

—Tus dos hijos mayores, Tanin y Sturm, son guerreros de renombre, y ya empiezan a hacer méritos para igualar las valerosas hazañas de sus famosos padres.

—Justarius hablaba con placidez, como si charlara con un vecino, pero Caramon no se dejó embaucar y mantuvo la mirada fija en el hechicero, que prosiguió—: No obstante, el tercer chico, el menor de los varones, que llama... —Justarius vaciló, como si no recordara el nombre.

—Palin —dijo el hombretón, con el entrecejo fruncido en un gesto de enojo.

—¡Ah, sí! Palin. —El hechicero hizo una pausa. Luego agregó con una voz carente de inflexiones—: Al parecer, sigue los pasos de su tío.

«¡Acabáramos! —Pensó Caramon—. Por eso nos han ordenado venir». Hacía tiempo que venía temiéndose algo así. ¡Malditos! ¿Por qué no lo dejaban en paz? Jamás habría venido si Palin no hubiera insistido tanto. El hombretón soltó un hondo suspiro y clavó la mirada en Justarius, en un intento de descifrara su propósito. Mas obtuvo el mismo resultado que si hubiera intentado leer alguno de los libros mágicos de su hijo.

Justarius, que no sólo era el portavoz de su Orden, la de los Túnicas Rojas, sino que también poseía en la actualidad el título de jefe del Cónclave de Hechiceros y, por ende, era el archimago más poderoso de Krynn, estaba sentado en un sillón de piedra, en el centro de un semicírculo formado por veintiún asientos, y, a pesar de su avanzada edad, los únicos signos exteriores de envejecimiento eran su cabello canoso y las arrugas que le surcaban el rostro. Por el contrario, los ojos eran tan vivaces, y su cuerpo tan fuerte —salvo la pierna lisiada—, como cuando Caramon lo había conocido veinticinco años atrás.

La mirada del hombretón se posó en la pierna izquierda del archimago, oculta bajo los pliegues de la túnica. La cojera del hombre era sólo conocida por los que lo habían visto caminar.

Al reparar en el escrutinio de Caramon, Justarius se llevó la mano de manera automática a la pierna y se la frotó. De inmediato contuvo su gesto con un movimiento brusco y esbozó una sonrisa sarcástica. El archimago estaría lisiado, pensó Caramon estremecido, pero era sólo su cuerpo el disminuido, no su mente ni su ambición.

Veinticinco años atrás, el archimago era el portavoz de la Orden de los Túnicas Rojas, los magos de Krynn que habían dado la espalda tanto al Bien como al Mal para seguir el camino de la Neutralidad. Hoy, era el gran maestro, bajo cuyas órdenes estaban todos los magos de Krynn, ya fueran Túnicas Blancas, Rojas o Negras. La magia de un hechicero era una fuerza tan poderosa que éste debía jurar lealtad al Cónclave por encima de sus ambiciones o deseos personales.

Y todos los hacían. Es decir, casi todos. Hubo uno, su hermano gemelo, Raistlin... Hacía ya veinticinco años.

Por aquel entonces, Par-Salian era el jefe del Cónclave.

Caramon sintió que las garras del recuerdo lo oprimían con más fuerza. Aun así,

cuando habló su voz sonó tranquila e indiferente.

—No alcanzo a comprender qué tiene que ver Palin en todo esto. Además, si deseas conoces a mis hijos, los hallarás en el cuarto que invocasteis a nuestra llegada. Imagino que puedes traerlos a tu presencia con sólo chasquear los dedos, en el momento que quieras. Por lo tanto, y puesto que ya hemos cumplido con los requisitos sociales... Por cierto, ¿dónde está Par-Salian? —Caramon hizo la pregunta de manera inesperada, y recorrió con la vista la estancia, deteniéndola un instante en los asientos vacíos, próximos a Justarius.

—Cesó en su cargo de gran maestro hace veinticinco años, a raíz de..., del incidente en que te viste implicado —respondió el archimago con gravedad.

La cólera tiñó de rojo las mejillas de Caramon, pero el hombretón guardó silencio. Le pareció que los delicados rasgos elfos de Dalamar se distendían con una irónica sonrisa.

—Fui nombrado jefe del Cónclave —prosiguió Justarius—. Y Dalamar fue elegido portavoz de los Túnicas Negras, en sustitución del Ladonna, como recompensa por los peligros corridos, y el valor demostrado durante...

—El «incidente» —lo interrumpió Caramon con rabia—. Enhorabuena.

Los labios de Dalamar se curvaron con una mueca burlona. Justarius inclinó la cabeza, pero era evidente que no iba a permitir que lo apartaran del tema que le interesaba.

—Será para mí un placer conocer a tus hijos —dijo con frialdad—. En especial a Palin. Tengo entendido que el joven ansía llegar a ser mago algún día.

—Estudia el arte, si es a eso a lo que te refieres —comentó Caramon con voz tensa—. Pero ignoro hasta qué punto se lo toma en serio, y mucho menos si proyecta hacer de ello su profesión, como tú has dado a entender. No hemos discutido sobre ello.

Dalamar resopló despectivo al escuchar el comentario del hombretón. Justarius puso una mano sobre el brazo del elfo con un gesto admonitorio.

—Entonces, tal vez no son ciertos los rumores que nos han llegado acerca de las ambiciones de tu hijo —continuó el archimago.

—Es más que probable —replicó Caramon con frialdad—. Palin y yo estamos muy unidos. Estoy seguro de que me lo habría confesado si fueran ésas sus intenciones.

—Es reconfortante que en estos tiempos un hombre tenga la confianza de sus hijos —comenzó Justarius con amabilidad, pero Dalamar lo interrumpió.

—¡Bah! Ya puesto, también podrías decir que es reconfortante ver a un hombre con los ojos cerrados a la verdad. —El elfo oscuro apartó de un tirón el brazo que sujetaba Justarius—. Durante años, estuviste ciego a las oscuras ambiciones de tu hermano, hasta que casi fue demasiado tarde. Ahora también te niegas a admitir la

verdad sobre tu hijo...

—¡Mi hijo es un buen muchacho, tan distinto de Raistlin como lo son la luna blanca y la negra! ¡No tiene tales ambiciones! ¿Qué sabes tú de él? ¿Qué puede saber un... paria desterrado? —Gritó Caramon encolerizado, a la vez que se incorporaba.

A pesar de haber sobrepasado el medio siglo de vida, el hombretón se mantenía en buena forma debido al duro trabajo, y al haber entrenado a sus hijos en las artes marciales. Se llevó la mano a la empuñadura de la espada, sin recordar que en el Torre de la alta Hechicería estaba tan indefenso como un enano gully ante un dragón.

—Y, ya que hablamos de oscuras ambiciones —continuó el hombretón—, tú serviste bien a tu *salafi*, ¿no es cierto, Dalamar? Raistlin te enseñó mucho. Tal vez más de lo que imaginaron...

—¡Y también llevo impresa todavía la marca de su mano en mi carne! —Gritó el elfo oscuro, incorporándose con violencia. Rasgó la pechera de la negra túnica y su torso quedó a la vista. Cinco heridas, las huellas de cinco dedos, eran perceptibles en la suave piel. Un fino hilillo de sangre resbalaba de cada una de ellas—. Durante veinticinco años he vivido con este dolor.

—¿Y qué pasa con mi dolor? —Preguntó Caramon con voz ahogada. Los recuerdos, que eran cálidos y amables al iniciarse la entrevista, se habían tornado hirientes como puñales clavados en el alma. ¿Por qué me habéis hecho venir? ¿Para que mis heridas se abran y sangren como las tuyas?

—Caballeros, por favor —intervino Justarius con voz queda—. Dalamar, domínate. Y tú, Caramon, toma asiento, por favor. Recordad que ambos os debéis la vida, y ello establece un lazo entre vosotros que debéis respetar.

El tono quedo del archimago sobrepasó los gritos que aún resonaban en la vasta cámara. Su fría autoridad hizo enmudecer a Caramon y consiguió calmar a Dalamar. El elfo oscuro se cerró la túnica desgarrada y se acomodó en su asiento otra vez.

El hombretón también se sentó, avergonzado y humillado. Se había prometido a sí mismo que no le harían perder los nervios. Y ya no lo habían conseguido. Se recostó en el respaldo del sillón procurando asumir una actitud relajada, si bien su mano agarrotada no se apartó del puño de la espada.

Justarius posó de nuevo la mano en el brazo del elfo oscuro.

—No se lo tomes en cuenta, Dalamar. Ha hablado así impulsado por la rabia y el dolor. Y tú, Caramon, estás en lo cierto cuando dices que tu hijo Palin es un buen hombre. Y fíjate que digo hombre, no muchacho. Después de todo ya tiene veinte años.

—Acabados de cumplir —puntualizó Caramon, mientras dirigía una mirada recelosa al archimago.

Justarius hizo un ademán, como desestimando el último comentario del hombre.

—Es como bien has dicho, diferente de Raistlin —repitió—. ¿Cómo no iba a

serlo? Es otra persona, nacida de otros padres. Ha crecido en circunstancias distintas y más felices de las que tuvisteis tu hermano y tú. Por lo nos han comentado, Palin es atractivo, simpático, fuerte, bien formado. No tiene que soportar la carga de una salud frágil, como le ocurría a su tío. Adora a su familia, en especial a sus dos hermanos mayores. Y ellos, a su vez, lo corresponden. ¿Me equivoco?

Caramon negó con un brusco movimiento de cabeza, incapaz de hablar por el nudo que tenía en la garganta. Al observar su reacción, la beatífica expresión de Justarius se tornó de pronto aguda y penetrante. Sacudió la cabeza.

—Pero, en cierto modo, es verdad que estás ciego, Caramon. ¡Oh, no del modo que opina Dalamar! —Se corrigió el archimago, al ver que el rostro del hombretón se congestionaba por la rabia—. No como lo estuviste con la maldad de tu hermano. Es esa otra ceguera que nos aflige a todos los padres, amigo mío. —Justarius sonrió con amargura—. Lo sé, porque yo también tengo una hija...

Miró de soslayo a Dalamar. Los sensuales labios del elfo oscuro se curvaron al reprimir una sonrisa, pero no dijo una palabra, y siguió con la mirada prendida en las sombras de la sala.

—Sí, los padres estamos ciegos. Mas no es ése el tema que debemos tratar en este momento. —El archimago se inclinó hacia adelante y enlazó las manos—. Veo que te impacientas, Caramon. Supones bien al imaginar que te hemos hecho venir con un propósito. Un propósito que, me temo, tiene mucho que ver con tu hijo Palin.

«Ha llegado el momento», se dijo el hombretón, mientras abría y cerraba la mano sobre el puño de la espada con gesto nervioso.

—No es algo fácil de decir. Por lo tanto, seré brusco y directo. —Justarius inhaló profundamente. Su rostro se tornó circunspecto, pesaroso, ensombrecido por el miedo—. Tenemos fundadas razones para creer que el tío del joven, tu hermano gemelo, Raistlin, no está muerto.

Capítulo 2

—¡Este sitio me pone la piel de gallina! —Gruñó Tanin, a la vez que miraba de reojo a su hermano menor.

Palin, que tomaba a pequeños sorbos una taza de té, continuó con la mirada fija en las llamas del hogar y simuló no haber oído el comentario de su hermano, que sabía iba dirigido a él.

—¡Oh, en nombre del Abismo! Si no dejas de pasear, vas a abrir un agujero en el suelo, y sólo los dioses saben qué hay debajo —rezongó Sturm, mientras arrojaba bolas de pan a su hermano.

Tanin frunció el entrecejo, sacudió la cabeza y reanudó su ir y venir por el cuarto.

—¡Por las barbas de Reorx, hermano! —Las palabras de Sturm eran apenas comprensibles, ya que tenía la boca llena de queso—. ¡Parece que estemos en un calabozo goblin, en lugar de lo que podría ser una de las mejores posadas de la misma Palanthas! Buena comida, mejor cerveza... —Tomó un trago para ayudar a pasar el queso—. Y lo que podría ser una agradable compañía, si no te estuvieras comportando como un cabeza de chorlito.

—Pero es que no estamos en una de las posadas de Palanthas —replicó Tanin con sarcasmo. Se detuvo un momento para coger un pellizco de pan, que deshizo en migajas—. Estamos en la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth. Nos han transportado a esta habitación con medios mágicos. La maldita puerta está cerrada, y no podemos salir. No tenemos la más remota idea de lo que esos hechiceros han hecho con padre... ¡Y tú sólo piensas en el queso y la cerveza!

—No es en lo único que pienso —dijo Sturm con calma, y señaló con un gesto de la cabeza a su hermano pequeño, que seguía con los ojos prendidos en la lumbre.

—¡Ya! —Exclamó Tanin, con actitud sombría, al seguir la mirada de Sturm—. También yo pienso en él. En primer lugar, es culpa suya que estemos aquí.

El joven descargó su mal humor propinando una patada a la mesa cuando pasó junto al mueble. Al ver que su hermano pequeño se encogía ante las duras frases del mayor, Sturm suspiró apesadumbrado y reanudó su pasatiempo de lanzar bolitas de pan a la espalda de Tanin.

Cualquiera que estuviera observando a los dos mayores, como de hecho ocurría en aquel momento, los habría tomado por gemelos. En realidad, había un año de diferencia entre ellos: veinticuatro y veintitrés, respectivamente. Tanin y Sturm —llamados así en honor de los mejores amigos de su padre, Tanis el Semielfo y el heroico Caballero de Solamnia, Sturm Brightblade— eran iguales y actuaban e incluso pensaban igual. Ni que decir tiene que, en no pocas ocasiones, se hacían pasar

por gemelos, y les divertía mucho que la gente los confundiera el uno con el otro.

Fuertes, con la tez curtida por el sol, los dos jóvenes habían heredado el espléndido físico y las francas facciones de Caramon. Pero los rizos pelirrojos, y los vivaces ojos verdes que tantas víctimas habían causado entre las mujeres que conocían a los hermanos, eran una copia de los de su madre, quien en su juventud también había roto muchos corazones. Una de las reconocidas bellezas de Krynn, así como una renombrada guerrera, Tika Waylan había ganado unos cuantos kilos desde aquellos días en los que abolló infinidad de cráneos draconianos con su sartén. No obstante, las cabezas se volvían todavía cuando pasaba entre las mesas de la posada, vestida con su blusa blanca de amplio escote; eran pocos los hombres que, al salir de El Último Hogar, no juraran que Caramon era un tipo afortunado.

Los ojos verdes del joven Sturm brillaban con un destello malicioso en este momento. Tras hacer un guiño a su hermano pequeño, quien ni siquiera reparó en su gesto, Sturm se incorporó en silencio, se situó a espaldas del despreocupado Tanin y sacó su espada sin hacer el menor ruido. Justo en el instante en que el mayor se daba la vuelta, Sturm le metió entre las piernas la hoja de la espada, y lo hizo caer de bruces al suelo. Se produjo tan estruendo que por un momento pareció que la Torre se tambaleaba en sus cimientos.

—¡Maldito sea tu atrofiado cerebro de gully! —Barbotó Tanin.

Se incorporó y se lanzó sobre su hermano, que trataba de escabullirse gateando bajo una mesa. Tanin lo agarró por el cuello de la camisa, y lo arrojó contra el mueble. La mesa se vino abajo, destrozada. Los dos se enzarzaron en una de sus habituales y violentas peleas que habían dejado varias tabernas de Ansalon hechas trizas.

Una voz reposada puso fin al alboroto.

—Basta ya. —Palin se levantó de la silla—. ¡Deteneos! ¡No os olvidéis de dónde estáis!

—Sé muy bien dónde estoy —replicó Tanin con malos modos.

Palin era tan alto como sus hermanos y estaban bien formado, pero al ser más dado a los estudios que a la práctica de las artes marciales, carecía de la fuerte musculatura de los dos guerreros. Tenía el cabello como su madre, pero sin llegar a ser pelirrojo. Lo llevaba largo, con raya en medio, y le caía sobre los hombros como un suave cascada.

Mas eran el rostro y las manos del joven los que quitaban el sueño de sus padres. De huesos delicados y ojos penetrantes e inteligentes que parecían ver a través de uno, guardaba un peculiar parecido con su tío, como advirtió la persona que los observaba a escondidas. Sus manos eran iguales a las de Raistlin: largas, esbeltas, de dedos ágiles. El muchacho manejaba los delicados componentes de los hechizos con tal destreza, que su padre se encontraba a menudo en la disyuntiva de contemplarlo

con orgullo o apartar la vista con tristeza.

En aquel momento, sin embargo, las tenía crispadas, mientras miraba furioso a sus dos hermanos mayores. Caídos en el suelo en medio de cerveza derramada, trozos de pan, restos de vajilla, un queso a medio comer y astillas de la mesa rota.

—Pues, si sabes dónde estás, procura al menos comportarte con un poco de dignidad —incredó con dureza.

—Claro que lo sé. —Tanin parecía enfadado. Se puso de pie, se acercó a Palin, y lo miró con reproche—. Como también recuerdo quién nos hizo venir y cabalgar a través de ese maldito bosque embrujado que por poco acaba con nosotros...

—El bosque de Wayreth no nos causó daño alguno, como yo había pronosticado, aunque tú no me escuchaste. —Palin miró disgustado el desorden—. Los hechiceros de la Torre tienen el bosque bajo su control, a fin de que los proteja contra intrusos. Nosotros estábamos invitados, y los árboles nos permitieron pasar sin el menor peligro. Las voces que oíste eran producto de tus propios temores. Es la magia...

—¡Magia! Escucha, Palin —lo interrumpió, con ese tono al que Sturm se refería como «La Voz de Hermano Mayor»—, ¿por qué no te olvidas de una vez por todas de este asunto de la magia? Haces sufrir a padre y a madre. Sobre todo a padre. Ya viste su cara mientras cabalgábamos hacia aquí. Sólo los dioses saben cuánto le habrá costado volver a este lugar.

Palin enrojeció, se mordió los labios y se dio media vuelta.

—Oh, deja ya en paz al chico, Tanin —intervino Sturm al advertir el dolor reflejado en el semblante del pequeño.

En cierto modo avergonzado, Sturm se sacudió los pantalones, y luego intentó arreglar la mesa; su esfuerzo fue infructuoso, habida cuenta de que gran parte del mueble estaba hecho añicos.

Tanin hizo caso omiso de la advertencia de Sturm y se dirigió a Palin.

—Años atrás, demostraste tener facultades para ser un buen espadachín, hermanito —dijo con tono persuasivo. Puso la mano sobre el hombro de Palin—. ¡Venga, muchacho! De a quienquiera que esté ahí fuera... —hizo un vago ademán señalando la puerta— que has cambiado de opinión. Nos marcharemos de este endemoniado lugar y volveremos a casa...

—No tememos ni idea del motivo por el que nos han hecho venir —lo interrumpió el joven con voz cortante, a la vez que apartaba con brusquedad la mano de su hermano—. Probablemente no tenga nada que ver conmigo. ¿Por qué se iban a interesar por mí? —Su tono era amargo—. Soy sólo un estudiante, y pasarán muchos años antes de que esté preparado para someterme a la Prueba... gracias a padre y a madre.

Sus últimas palabras fueron apenas un susurro que Tanin no oyó, pero sí el observador escondido.

—¡No me digas! ¡Y yo soy un semiogro! —Fue la brusca réplica del mayor—. ¡Mírame cuando te hablo, Palin!

—¡Déjame en paz!

—¡Eh, vosotros dos!

Sturm se disponía a intervenir para apaciguar los ánimos cuando los tres jóvenes repararon en que no se encontraban a solas en la habitación.

Olvidadas sus rencillas, los hermanos actuaron con rapidez. Sturm se puso de pie con la agilidad de un gato y llegó de un salto al lado de Tanin mientras se llevaba la mano a la espada. El mayor se desplazó para situarse delante del desarmado Palin. Como cualquier mago, el joven no portaba espada ni escudo, ni vestía armadura; pero su mano fue rápida hacia la daga que guardaba bajo la manga de la túnica, y a su mente acudieron los pocos hechizos defensivos que conocía.

—¿Quién eres? —Preguntó Tanin con brusquedad al hombre que había aparecido en el centro de un habitación que estaba cerrada con llave—. ¿Cómo has entrado?

—Respecto a cómo he entrado, has de saber que las paredes no existen en la Torre de la Alta Hechicería para quienes caminan de la mano de la magia. —El hombre esbozó una amplia sonrisa—. Y, en cuanto a la otra pregunta, soy Dunbar Mastersmate, de Ergoth del Norte.

—¿Qué quieres? —Ahora fue Sturm quien hizo la pregunta con voz calmada.

—¿Qué quiero? Pues... asegurarme de que os encontráis bien, nada más. Soy vuestro anfitrión.

—¿Tú? ¿Eres uno de los magos? —Tanin estaba pasmado. Incluso Palin se mostraba algo sorprendido.

En un mundo en el que los hechiceros son más notables por su cerebro que por sus músculos, este hombre era, evidentemente, la excepción que confirma la regla. Era tan alto como Tanin, y su pecho, que incluso Caramon habría envidiado, tenía la anchura de un barril. Los músculos se le marcaban bajo la piel, negra y brillante. Sus brazos podrían haber cogido al corpulento Sturm y haberlo llevado en volandas como si fuera un niño. No vestía túnica, sino que lucía unos pantalones amplios de llamativos colores. El único indicio de su condición de mago eran los saquillos que colgaban del cinturón, y una banda blanca que cruzaba su voluminoso tronco.

Dunbar se echó a reír. La potencia de sus carcajadas hizo que los platos repiquetearan.

—Sí, soy mago.

Acto seguido pronunció unas palabras perentorias, y la mesa se recompuso en un santiamén y la cerveza derramada desapareció del suelo, la jarra se rehízo, flotó por el aire, y se posó sobre la mesa, donde se llenó de espumosa cerveza. Una pata de venado se materializó, así como una hogaza de pan recién horneado, amén de otras apetitosas chucherías. A Sturm se le hizo la boca agua, y el mal humor de Tanin se

suavizó, aunque no por ellos descartó sus recelos.

—Sentémonos y comamos algo —propuso Dunbar, que, al ver a Tanin abrir la boca para decir algo, se apresuró a añadir—: No estéis preocupados por vuestro padre. Se encuentra reunido con los portavoces de la otras dos Órdenes. ¡Sentaos, sentaos! —Invitó con una sonrisa que puso de manifiesto unos dientes blancos en contraste con la oscura piel—. ¿O tendré que sentaros yo?

Ante tal insinuación, Tanin soltó la espada y acercó una silla a la mesa, si bien no comió nada y se dedicó a estudiar con detenimiento al hechicero. Por su parte, Sturm empezó a engullir con entusiasmo. Sólo Palin permaneció de pie, con las manos enlazadas bajo las mangas de su túnica blanca.

—Por favor, Palin, toma asiento —insistió Dunbar con gentileza—. Pronto nos reuniremos con tu padre y sabrás la razón por la que habéis sido llamados. Entretanto, te pido que aceptes compartir el pan y la carne conmigo.

—Gracias, maestro. —El joven hizo una respetuosa inclinación de cabeza.

—Nada de maestro. ¡Dunbar, Dunbar! Ése es mi nombre —le rectificó el mago, a la vez que hacía un ademán como desestimando el respetuoso tratamiento—. Sois mis invitados. No vamos a andarnos con tantas formalidades.

Palin se sentó a la mesa y empezó a comer, pero resultaba evidente que lo hacía sólo por cortesía. Casi no probó bocado. Dunbar, y sobre todo Sturm, lo hicieron por él. También Tanin, olvidado ya su papel de protector, no tardó en dejarse llevar por los deliciosos aromas y el entusiasmo de los otros dos.

—Maestro, dijisteis... —Palin carraspeó—. Dunbar, dijiste que nuestro padre está con los portavoces de las otras dos Órdenes. ¿Acaso tú...?

—Soy el Portavoz de los Túnicas Blancas, sí. —El mago arrancó un trozo de pan con sus fuertes dientes y lo ayudó a pasar con un buen trago de cerveza—. Fui nombrado cuando Par-Salian se retiró.

—¿Portavoz de la Orden? —Sturm miró con admiración al corpulento hechicero—. Pero... ¿qué clase de mago eres? ¿Qué haces?

—Apuesto a que hace algo más que arrancarles las alas a los murciélagos —farfulló Tanin, que tenía la boca llena.

Palin se sobresaltó y dirigió una mirada de reproche a su hermano, pero Dunbar estalló en carcajadas.

—Cuánta razón tienes, muchacho —dijo el mago, que remató la frase con una palabra malsonante—. Soy un Mago del Mar. Mi padre fue capitán de barco, como antes lo había sido su padre. Pero yo no servía para dirigir un velero; mi talento residía en la magia, aunque mi corazón seguía en el mar. Y a él regresé. Ahora navego por los mares y utilizo mi arte para dominar los vientos o disipar las tormentas. Puedo detener al enemigo en una calma chica a fin de darle alcance. O hacer que su puente de mando se prenda en llamas si hemos de atacarlo.

»Y, cuando la ocasión lo requiere, me llega el turno de ponerme a la bomba de achique, o empujar el cabestrante, como el que más. Me ayuda a mantenerme en forma. —Se palmeó el ancho pecho, mientras sonreía entre dientes—. He oído decir que vosotros dos —señaló a Tanin y a Sturm— acabáis de regresar de las costas septentrionales. Yo también tomé parte en esa batalla para cortarles los vuelos a esos piratas. Contadme, ¿estuvisteis...?

Poco después, los tres se hallaban inmersos en la conversación. Incluso Tanin se dejó llevar por el tema, y enseguida se lanzó a relatar con todo lujo de detalles la emboscada con la que habían impedido que los minotauros arrasaran la ciudad de Kalaman. Dunbar escuchaba el relato con atención, planteaba preguntas oportunas, hacía comentarios y, al parecer, disfrutaba en grande con todo ello.

Sin embargo, aunque su mirada penetrante estaba puesta en los hermanos guerreros, su atención se volcaba por completo en el pequeño.

Al verlos tan interesados en la conversación que parecían haberse olvidado de él, Palin se levantó de la mesa satisfecho de poner punto final a la parodia de comer, y regresó frente a la chimenea. Se quedó con los ojos prendidos en las llamas, sin advertir que Dunbar lo observaba.

El rostro del joven estaba pálido y pensativo. Sus manos, cruzadas sobre el regazo, estaban crispadas. Tan perdido se hallaba en sus pensamientos, que dijo algo entre dientes, y, a pesar de hacerlo en voz baja, uno de los presentes oyó sus palabras.

—¿Por qué me han hecho venir? ¿Acaso conocen mis secretos anhelos? ¿Se lo dirán a padre? ¿Cómo voy a hacerle daño a él, precisamente, con lo mucho que ya ha sufrido?

Como si aquellas palabras dieran cumplida respuesta a una pregunta no formulada, Dunbar asintió para sus adentros, suspiró y volvió otra vez su atención a la batalla contra los minotauros.

Capítulo 3

—Os equivocáis —dijo Caramon con calma—. Mi hermano está muerto.

Justarius arqueó las cejas y echó una mirada fugaz a Dalamar. El elfo oscuro se encogió de hombros. De todas las respuestas que esperaban escuchar, esta tranquila negativa del guerrero de antaño y hoy posadero no era, al parecer, una de ellas.

El archimago asumió una expresión grave y volvió la mirada hacia Caramon.

—Lo afirmas como si tuvieras pruebas de ello.

—La tengo —fue la rotunda respuesta del hombretón.

—¿Y puedo preguntarte cuál es? —Intervino sarcástico Dalamar—. El Por tal del Abismo se cerró, con la ayuda de tu hermano, dicho sea de paso, y lo dejó atrapado al otro lado. —El elfo oscuro bajó la voz—. Su Oscura Majestad no lo mataría. Raistlin le impidió entrar a este mundo, y su cólera no tendría límites. Sin duda, querría darse la satisfacción de atormentarlo por toda la eternidad. La muerte habría sido la salvación para Raistlin.

—Y así fue —afirmó Caramon con suavidad.

—¡Palabrería sensiblera...! —Protestó Dalamar con impaciencia, pero Justarius le agarró el brazo otra vez, y el Túnica Negra se sumió en un mutismo cargado de amenaza.

—Advierto certeza en tu voz, Caramon. —En la del archimago había un deje de ansiedad—. Debes saber algo que nosotros, evidentemente, ignoramos. Haznos partícipes de ello. Comprendo cuán doloroso ha de resultarte todo esto, pero nos enfrentamos a una decisión de suma importancia y, sea lo que sea, quizás influya en un sentido y otro.

Caramon, indeciso, frunció el entrecejo.

—¿Tiene que ver con mi hijo esa decisión? —Preguntó.

—Sí.

El semblante de Caramon se ensombreció. Bajó la vista hacia su espada, y entrecerró los ojos con actitud meditabunda. Sus dedos se cerraron con fuerza sobre la empuñadura, con un gesto inconsciente.

—En ese caso, os lo contaré —admitió de mala gana, pero con voz firme—. Es algo que jamás he revelado a nadie. Ni a mi esposa, ni a Tanis... A nadie. —Guardó silencio un instante, como si recopilara sus recuerdos. Luego tragó saliva, se frotó los ojos con la mano e inició el relato—. Me volví medio loco después de... de lo ocurrido en la Torre de Palanthas; de que Raistlin... muriera. Era incapaz de pensar. Mejor dicho, no quería pensar. Era más fácil pasar los días como un sonámbulo. Me movía, hablaba, pero no sentía nada. Era más fácil. —Se encogió de hombros—.

Había mucho que hacer y me mantenía ocupado, la ciudad se hallaba en ruinas. Dalamar... —miró de soslayo al elfo oscuro— estaba medio muerto. La Hija Venerable Crysania gravemente herida. Por no mencionar a Tas, que se había apoderado de una ciudadela flotante. —Caramon sonrió al recordar las barrabasadas del alegre kender. Pero su sonrisa se desvaneció pronto. Sacudió la cabeza, y reanudó su historia—. Sabía que algún día tendría que pensar en Raistlin, que tendría que aceptar lo ocurrido. —Alzó la cabeza y miró a Justarius a los ojos—. Tenía que aceptar lo que había sido mi hermano y lo que había hecho. Llegué a comprender que con su maldad había puesto en peligro a Krynn, y muchos inocentes habían sufrido y muerto por su causa.

—Y, por ello, naturalmente, le fue concedida la salvación. —Las palabras de Dalamar salieron entre sus dientes apretados.

—¡Un momento! —Caramon levantó una mano. Tenía las mejillas encendidas—. También llegué a otras conclusiones. Amaba a Raistlin. Era mi hermano, mi gemelo, y estábamos muy unidos. Nadie se imagina cuánto. —Enmudeció, incapaz de articular una palabra, y bajó la vista hacia su espada, con el rostro crispado. Por fin, domó la emoción y continuó—: Raistlin hizo también cosas buenas. Sin él, no habríamos tenido ocasión de derrotar al ejército draconiano en la Guerra de la Lanza. Y cuidaba de los débiles y enfermos... como él. Sin embargo, sé que, a pesar de todo eso, no se habría salvado al final. —Caramon apretó los labios con fuerza y pestañeó para contener las lágrimas.

»Cuando nos encontramos en el Abismo, estaba muy cerca de la victoria, como muy bien sabéis. Sólo tenía que cruzar el Portal y esperar que la Reina de la Oscuridad lo siguiera. Entonces la habría derrotado, y habría ocupado su puesto haciendo realidad su sueño de convertirse en un dios. Pero habría destruido el mundo. Yo lo había visto cuando viajé al futuro; y él lo vio a través de mí. Raistlin habría llegado a ser un dios, sí, pero abris gobernado un mundo muerto. Entonces comprendió que no podía regresar, que se había condenado a sí mismo. Él conocía los riesgos que corría cuando entró en el Abismo...

—Sí. Y, en su ambición, eligió libremente aceptar esos riesgos —comentó Justarius en voz baja—. ¿Qué quieres decir con todo esto?

—Raistlin cometió un error, un trágico y tremendo error. Pero hizo lo que muy pocos de nosotros seríamos capaces de hacer. Tuvo el coraje de admitirlo, y no dudó en ponerle remedio, aunque ello significaba sacrificarse a sí mismo.

—Los años te han hecho sabio, Caramon Majere. Lo que dices, tiene sentido —Justarius lo miró con respeto y cierto tristeza—. No obstante, es un interrogante que deberán discutir los filósofos, pero no es una prueba. Discúlpame si insisto, Caramon, pero...

—Pasé un mes en casa de Tanis antes de regresar a Solace —prosiguió Caramon,

como si no hubiese escuchado la interrupción del archimago—. Fue en su hogar, tranquilo y apacible, donde reflexioné sobre todo lo ocurrido. Fue allí donde tuve que enfrentarme al hecho de que hermano, mi compañero desde nuestro nacimiento, el ser a quien más había amado en este mundo, ya no estaba conmigo. Lo había perdido para siempre. Y, por lo que sabía, estaba atrapado en un horrible tormento. Estuve... estuve tentado de recurrir de nuevo al aguardiente enano en más de una ocasión para calmar aquel dolor insufrible. Pero, en el fondo, de mi corazón, sabía que aquélla no era la solución. —Caramon apretó los ojos con fuerza antes de continuar.

»Un día, creyendo que no lo resistiría más sin volverme loco, me fui a mi cuarto y cerré la puerta por dentro. Me tumbé en la cama y saqué mi espada mientras pensaba lo fácil que sería... escapar. Cerré los ojos, resuelto a acabar con mi vida, pero, sin motivo aparente, me quedé profunda e instantáneamente dormido.

»Ignoro cuánto tiempo duró mi sueño, pero cuando me desperté, la luz plateada de Solinari brillaba a través de la ventana, y yo me sentí rebosante de una inexplicable sensación de paz. Me pregunté el porqué y entonces..., entonces lo vi.

—¿A quién? —preguntó Justarius tras intercambiar una rápida mirada con Dalamar—. ¿A Raistlin?

—Sí.

Los rostros de los dos hechiceros se demudaron. El hombretón continuó su relato con voz conmovida.

—Lo vi acostado a mi lado, dormido, como cuando..., cuando éramos muchachos. Solía tener unas pesadillas horribles, y yo lo tranquilizaba, y... y lo hacía reír. Al cabo de un rato, suspiraba, recostaba la cabeza en mi hombro, y se quedaba plácidamente dormido. Así es como lo vi.

—¡Bah! ¡Un sueño! —Se mofó Dalamar.

—No. Era demasiado real. Vi su cara como ahora veo la tuya. La vi como la había visto por última vez en el Abismo... solo que las líneas marcadas por el dolor, y el rictus de maldad y ambición habían desaparecido. Su expresión era de reposo... De paz, como dijo Crysania. Era el rostro de mi hermano, de mi gemelo, no el del extraño que llegó a ser. —Caramon se enjugó las lágrimas con el reverso de la mano y prosiguió con un murmullo.

»Al día siguiente regresé a mi casa sabiendo que todo había acabado bien. Por primera vez en mi vida, creí en Paladine. Sabía que él había comprendido a Raistlin y lo había juzgado con benevolencia, aceptando su sacrificio.

—¡Te han pillado, Justarius! —Retumbó una voz en las sombras—. ¿Qué tienes que decir de una fe tan firme?

Caramon volvió la cabeza y vio cuatro figuras que se habían materializado en la penumbra de la sala. Se esforzó por sobreponerse a los penosos recuerdos, y reconoció a tres de los recién llegados. Los ojos se le humedecieron una vez más,

pero en esta ocasión sus lágrimas eran de emocionado orgullo al contemplar a sus hijos. Observó que los dos mayores, cuyas espadas resonaban al chocar contra las armaduras, se mostraban un poco intimidados. Su reacción no era de extrañar, habida cuenta de lo que sabían acerca de esta Torre, no sólo por las leyendas, sino también por los relatos familiares.

Así pues, sus muchachos tenían la misma opinión que él acerca de la magia, se dijo Caramon: desconfianza y desagrado a partes iguales. Los dos flanqueaban protectores, como siempre, a su hermano pequeño.

Fue a este último a quien Caramon estudió con ansiedad. Palin se aproximó al jefe del Cónclave con la cabeza inclinada y los ojos bajos, como era preceptivo para alguien de rango inferior.

El muchacho había cumplido los veinte años, y ni siquiera había alcanzado la categoría de aprendiz de mago. Y, lo más probable, es que no llegara a serlo hasta después de cumplir los veinticinco, edad a la que los magos de Krynn solían tomar la decisión de pasar o no la Prueba, un arduo examen de su habilidad y talento en el arte, al que debían someterse antes de tener acceso a conocimientos más avanzados y peligrosos.

Puesto que los magos tenían en sus manos tamaño poder, la Prueba estaba pensada para disuadir a aquellos que carecían de aptitudes o que no tomaban en serio la práctica del arte. Y lo hacía de un modo muy efectivo el fracaso acarrearía la muerte.

No había vuelta atrás. Una vez que un joven, de uno u otro sexo, de cualquier raza —elfo, humano, ogro—, decidía entrar en la Torre de la Alta Hechicería con el propósito de pasar la Prueba, él o ella se entregaban en cuerpo y alma a la magia.

Palin se mostraba inusualmente serio y circunspecto, al igual que lo había estado durante el viaje a la Torre, como si se dispusiera a someterse a la Prueba.

Pero tal cosa era absurda, se recordó Caramon. El muchacho era muy joven. Ciertamente Raistlin la había pasado a esta edad, pero fue porque el Cónclave lo necesitaba. Raistlin estaba seguro de su destreza, sobresalía en el arte, y, a pesar de todo, la Prueba casi le había costado la vida. Caramon todavía veía a su gemelo, derrumbado en medio de un charco de sangre, en el suelo de la Torre... apretó los puños. ¡No! Palin era inteligente, poseía aptitudes, pero no estaba preparado. Era demasiado joven.

«Además —se dijo Caramon entre dientes—, dejemos que pasen unos cuantos años, y es posible que decida olvidarse de esas ideas estúpidas».

Como si presintiera el preocupado escrutinio de su padre, Palin alzó la cabeza y le dirigió una sonrisa tranquila. Caramon le sonrió a su vez, y se sintió mejor. Tal vez el hecho de conocer este enclave espantoso le había abierto los ojos.

Los cuatro se aproximaron al semicírculo de sillas donde Justarius y Dalamar

aguardaban en silencio.

Caramon los observó mientras avanzaban con mirada crítica, y constató que sus muchachos se encontraban bien y se comportaban del modo que se esperaba de ellos. Los dos mayores, quizás algo bruscos y ruidosos para la ocasión. Ya más tranquilo, Caramon estudió al cuarto personaje, el que había dicho algo sobre la fe a Justarius.

Desde luego, su aspecto era poco corriente. Caramon no recordaba haber visto nunca a nadie tan extraño, y eso que había viajado por casi todo el continente de Ansalon. Que el hombre procedía de Ergoth del Norte era fácil de deducir por el color negro de su piel, un rasgo característico de aquella raza de marineros. Vestía como tal, si se exceptuaban los saquillos colgados al cinturón y la banda blanca ceñida al pecho. Su voz era de las que están habituadas a dar órdenes en un tono que sobrepasaba el golpeteo de las olas en el casco y el rugir del viento. La sensación era tal real que Caramon echó una mirada intranquila derredor. No le había sorprendido haberse encontrado con un barco con el velamen desplegado en mitad de la sala.

—Caramon Majere, supongo —dijo el hombre, mientras se acercaba a él y le estrechaba la mano con una firmeza que lo asombró. El hombre negro hizo un guiño y se presentó—: Soy Dunbar Mastersmate, de Ergoth del Norte, portavoz de la Orden de los Túnicas Blancas.

Caramon parpadeó desconcertado.

—¿Un mago? —Preguntó incrédulo mientras correspondía al apretón de manos.

Dunbar rompió a reír.

—Exactamente la misma reacción que tus hijos. Sí, les he hecho compañía un rato, en lugar de estar aquí cumpliendo con mi obligación, me temo. Unos chicos estupendos. Los dos mayores, según me han contado, participaron en la batalla contra los minotauros cerca de Kalaman. Por poco nos conocemos allí. Ésa es la causa por la que me he retrasado —se justificó con Justarius—. Mi barco tuvo que atracar en Palanthas para reparar los desperfectos sufridos en el combate contra esos mismos piratas. Soy un Mago del Mar —añadió, al reparar en la expresión perpleja de Caramon—. ¡Por los dioses! Tus chicos llevan el mismo camino que su padre. —Se echó a reír y tendió la mano para estrechar otra vez la de Caramon.

Éste sonrió complacido. Ahora todo iría bien, una vez que los hechiceros habían entendido lo de Raistlin. Cogería a sus muchachos, y volverían a casa.

Dunbar lo observaba con atención, y Caramon tuvo la sensación de que le leía el pensamiento. El rostro del mago se tornó grave. Dunbar sacudió la cabeza con suavidad, le dio la espalda y cruzó la sala con pasos rápidos y bamboleantes, como si estuviera sobre la cubierta de su barco. Al llegar al semicírculo, tomó asiento a la derecha de Justarius. Caramon sintió que su confianza se tambaleaba al reparar en la expresión circunspecta y solemne de los tres hechiceros. Su rostro se endureció con un gesto de tozuda determinación.

—Supongo que no hay más que hablar —dijo con frialdad—. Habéis oído lo que tenía que deciros acerca de..., de Raistlin.

—Sí. Todos lo hemos oído. Y sospecho que alguno de nosotros lo ha oído por primera vez —intervino Dunbar, que mantenía los ojos fijos en el suelo. Caramon tosió para aclararse la garganta.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —anunció.

Los hechiceros intercambiaron una rápida mirada. Justarius parecía desasosegado. Dunbar, tenso y serio. Pero ni el uno ni el otro dijeron una sola palabra.

—No puedes marcharte todavía, Caramon —exclamó el elfo oscuro—. Aún queda mucho que hablar.

—¡Decid pues de una vez lo que tengáis que decir! —Gritó iracundo, mientras se volvía para enfrentarse a los hechiceros.

—Muy bien. Lo haré yo, ya que estos dos sienten escrúpulos de desafiar esa fe tan firme de la que haces gala. —Dalamar lanzó una mirada insultante a sus dos colegas—. Quizás hayan olvidado el grave peligro que nos amenazó hace veinticinco años. ¡Pero yo no! —Su mano se crispó sobre la túnica rasgada—. ¡No puedo olvidarlo! Una *visión*, por muy conmovedora que resulte, no es suficiente para que deseche mis temores. —Sus labios se curvaron con una mueca despectiva—. Siéntate, Caramon. Siéntate y escucha la verdad que estos dos los asusta hasta tal punto que les impide hablar.

—No es que me asuste hablar de ello, Dalamar. —En la voz de Justarius había un tono de censura—. Reflexionaba sobre lo que nos ha contado Caramon, y en la incidencia que podría tener sobre el asunto.

El elfo oscuro resopló con desdén, pero, ante la mirada severa de su superior, regresó a su asiento y se envolvió en la túnica. Caramon continuaba de pie, con el entrecejo fruncido, mirando alternativamente a los tres hechiceros. Tras él se escuchaba el ruido de las armaduras de sus hijos mayores, que se movían inquietos. Este sitio los ponía nerviosos, como le ocurría a él. Ansiaba darse media vuelta y marcharse para nunca más volver a esta Torre que había sido escenario de tanto dolor y tanto sufrimiento.

¡Y por los dioses que lo haría! ¡Que intentaran detenerlo!

Caramon se llevó la mano a la espada y retrocedió un paso, a la vez que buscaba la mirada de sus hijos. Los dos mayores hicieron un movimiento hacia la salida. Pero Palin permaneció inmóvil, con una expresión grave y pensativa que su padre no supo descifrar. A Caramon le pareció oír la voz susurrante de Raistlin: «Vete si quieres, querido hermano. Piérdete en el bosque mágico de Wayreth, lo que sin duda te ocurrirá al no ir conmigo. Yo me quedo...».

No. No quería escuchar aquellas mismas palabras en boca de su hijo. Turbado, con el corazón oprimido, Caramon se dejó caer con pesadez en el sillón.

—Decid de una vez lo que tenzáis que decir —repitió con voz cansada.

—Hace casi treinta años, Raistlin Majere llegó a esta Torre para someterse a la Prueba —comenzó Justarius—. En su transcurso entró en contacto con él...

—Eso ya lo sabemos —interrumpió Caramon.

—Algunos de nosotros lo sabemos. Otros no —replicó el archimago mirando a Palin—. O, al menos, no conocen toda la historia. La Prueba fue difícil para Raistlin. Lo es para todos.

Dalamar no respondió, pero su semblante, por lo habitual pálido, se demudó, y los ojos, por lo general brillantes, se enturbiaron. Todo rastro de alegría había desaparecido del rostro de Dunbar. La mirada del Mago del Mar se posó en Palin, e hizo un movimiento de cabeza apenas perceptible.

—Sí —prosiguió Justarius, mientras se frotaba la pierna lisiada con gesto abstraído, como le doliese—. La Prueba es dura. Pero no imposible. Par-Salian y los otros portavoces no habríamos consentido en que Raistlin lo intentara a una edad tan temprana si no hubiéramos opinado que tenía posibilidades de triunfar. ¡Y lo hubiera hecho! ¡Sí, Caramon! Ni en mi mente, ni en la de ninguno de los que estuvieron presentes aquel día, cabía la menos duda. Tu gemelo poseía la fuerza y la habilidad necesarias para haber triunfado por sí mismo. Mas prefirió el camino fácil, y aceptó la ayuda de un perverso hechicero, el mejor de cuantos han existido en la Orden: Fistandantilus.

Sobrevino un tenso silencio.

—Fistandantilus —continuó Justarius, con los ojos puestos en Palin—, tras perder el control en un hechizo, murió en el Monte de la Calavera. Sin embargo, era lo bastante poderoso para desafiar a la propia muerte, y su espíritu sobrevivió en otro plano, a la espera de hallar un cuerpo en el que reencarnarse. Y lo encontró. Encontró a Raistlin.

Caramon guardaba silencio, con la mirada prendida en Justarius. Tenía el rostro congestionado, y los músculos de las mandíbulas tirantes. Sintió que una mano se posaba en su hombro y, al alzar la vista, se encontró con Palin, que se había acercado a su lado. El joven se agachó.

—Vayámonos, pare —le susurró al oído—. Lo siento. Estaba equivocado al insistir que viniéramos. No tenemos por qué seguir escuchando...

Justarius respiró hondo.

—Sí, joven mago. Me temo que tendrás que escucharme. Debes saber la verdad.

—Sabemos la verdad —dijo el hombretón con voz ronca—. El malvado hechicero se apoderó del alma de mi hermano. ¡Y fuisteis vosotros, magos, los responsables de que ocurriera!

—¡No, Caramon! —Justarius apretó los puños y frunció el entrecejo de manera que las grises cejas se unieron sobre el puente de la nariz—. Raistlin hizo la

deliberada elección de dar la espalda a la luz y abrazar las tinieblas. Fistandantilus le otorgó poder para superar la Prueba, y, a cambio, Raistlin le dio parte de su fuerza vital para que ese espíritu corrupto sobreviviera. Eso fue lo que le destrozó el cuerpo, no los retos a los que se enfrentó en la Prueba. ¡El propio Raistlin lo decía, Caramon! «Éste es el precio que he pagado por mi magia». ¿Cuántas veces lo oíste pronunciar esas palabras?

—¡Ya está bien! —Gritó Caramon incorporándose de un salto—. El culpable fue Par-Salian. Mi gemelo cometió toda clase de atrocidades, pero fuisteis vosotros quienes lo pusisteis en el camino que lo llevó a realizarlas.

Caramon hizo un gesto conminatorio a sus hijos, dio media vuelta y se dirigió hacia donde suponía que estaba la salida de aquel lugar tan extraño.

—¡No! —Justarius se incorporó tambaleante, incapaz de sostener el peso de la pierna tullida. Por el contrario, su voz sonó firme, atronadora—. ¡Escucha y haz un esfuerzo por comprender, Caramon Majere! ¡Hazlo, o lo lamentarás!

—No lo entiendo —se obstinó el hombretón, si bien se había detenido como si vacilara.

Dalamar se adelantó en la silla. Semejaba una serpiente presta a atacar.

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que lo entiendes! —Su voz adoptó un tono suave y letal—. Lo entiendes perfectamente. No nos pidas que te demos detalles, porque sería imposible. Pero, por ciertos indicios revelados en contactos con planos del más allá, tenemos razones para creer que Raistlin sigue vivo..., de manera parecida a como lo estuvo Fistandantilus. Busca el modo de volver a este mundo, y necesita un cuerpo en el que reencarnarse. Y tú, su muy amado e irreflexivo hermano, se lo has proporcionado. Un cuerpo joven, fuerte, y dota en el arte...

Las siguientes palabras del elfo oscuro se clavaron en el alma de Caramon como colmillos envenenados.

Capítulo 4

Justarius se sentó de nuevo en el sillón de piedra, y recogió los vuelos de su túnica con unas manos llamativamente jóvenes para su edad. Sus siguientes palabras iban dirigidas a Caramon, pero tenía los ojos clavados en el joven Túnica Blanca que estaba de pie junto a su padre.

—Por consiguiente, Caramon Majere, comprenderás que no debemos, bajo ninguna circunstancia, permitir que tu hijo siga con sus estudios o se someta a la Prueba sin estar antes convencidos de que Raistlin, su tío, no tiene la menor posibilidad de utilizarlo para regresar a este mundo.

—Sobre todo —intervino Dunbar con acento grave—, si se tiene en cuenta la circunstancia de que la lealtad del joven hacia una de las Órdenes en particular no ha quedado establecida hasta el momento.

—¿De qué demonios habláis? —Inquirió Caramon—. ¿Pasar la Prueba? Aún falta mucho tiempo para que esté preparado. Y, en lo referente a la lealtad, eligió llevar la Túnica Blanca.

—Fuisteis tú y madre quienes lo decidisteis, no yo —puntualizó Palin, eludiendo la mirada de su pare. Cuando, por toda respuesta, sólo obtuvo un silencio más expresivo que cualquier palabra de reproche, el muchacho hizo un gesto irritado—. ¡Oh, vamos, padre! Sabes tan bien como yo que ni siquiera me habrías permitido estudiar magia sin esa condición previa. ¡Era tan evidente que ni siquiera me lo planteé!

—Por lo tanto, el joven habrá de decidir, sin que quede la menor sombra de duda, cuáles son sus inclinaciones. Sólo entonces le será permitido hacer uso del verdadero poder de la magia. Y tendrá que hacer la elección en el transcurso de la Prueba —dijo Dunbar con voz queda.

—¡Prueba! ¡Otra vez volvéis con la Prueba! Os he dicho que ni siquiera ha decidido si quiere o no seguir adelante con este condenado asunto de la magia. Y, si está en mis manos, yo...

—Caramon enmudeció de improviso y miró de reojo a su hijo. Palin miraba al suelo, la sangre se le había agolpado en las mejillas, y tenía prietos los labios.

—En fin, dejémoslo —farfulló Caramon a la vez que respiraba hondo. A sus espaldas, oyó los movimientos nerviosos de sus otros dos hijos; el golpeteo metálico de la espada de Tanin; la suave tosecilla de Sturm. Se sabía observado por los hechiceros, en especial por Dalamar, que esbozaba una sonrisa sarcástica. ¡Ojalá estuviera a solas con Palin! Caramon suspiró apesadumbrado. ¿Por qué no habría hablado antes con él de este asunto? Se reprochó. Pero había mantenido la esperanza

de que...

Dio la espalda a los magos y se enfrentó a su hijo.

—¿Y qué otra Orden podrías haber elegido, Palin? —Preguntó, con ánimo de justificarse—. ¡Eres bueno, hijo! ¡Te gusta ayudar a los demás, serles útil! La elección era evidente...

—¡Ignoro si me gusta o no ser útil a otros, padre! —Gritó el muchacho con impaciencia, perdido el control de los nervios—. Tú me marcaste el camino, ¡y mira adónde me ha llevado! Tú mismo has admitido que estoy retrasado, que carezco de la pericia que tenía tu hermano a mi edad. ¿Y sabes por qué? ¡Porque él entregó su vida al estudio! No permitió que nada se interpusiera. En la vida de un hechicero, la magia es lo primero, y después el mundo. Es mi opinión.

Angustiado, con los ojos transidos de dolor, Caramon oyó las palabras de su hijo, pero, en su cerebro, era otra voz la que las pronunciaba; una voz suave, ronca, susurrante: «Un hechicero antepone la magia a todo, incluso al mundo. Si no lo hace así, se limita a sí mismo y limita su poder».

Una mano se apoyó en el brazo del hombretón.

—Padre, lo siento. —La voz de Palin había recuperado su dulzura habitual—. Debí discutirlo contigo antes, pero sabía que hablar de ello te hacía daño. Además, está madre... —El joven suspiró—. Ya la conoces.

—Sí, la conozco —repuso Caramon con voz ahogada mientras abrazaba a su hijo. Carraspeó para aclararse la garganta e intentó sonreír—. Sería capaz de tirarte cualquier cosa a la cabeza, como hizo conmigo en una ocasión. La armadura completa, si no recuerdo mal. Por suerte, su puntería es desastrosa; sobre todo, cuando se trata de acertar a alguien a quien ama.

Caramon enmudeció, conmovido. Siguió abrazado a su hijo. Miró por encima del hombre del muchacho a los hechiceros.

—¿Es preciso hablar de esto ahora? —Preguntó desolado—. Dejad que volvamos a casa y lo discutamos. ¿Por qué no esperar un poco y...?

—Porque esta noche tiene lugar un suceso extraordinario —lo interrumpió Justarius—. La luna blanca, la roja y la negra estarán presentes en el firmamento al mismo tiempo. Esta noche, el poder de la magia alcanzará una fuerza que concurre en contadas ocasiones. Si existe un momento propicio para que Raistlin acumule el poder suficiente para escapar del Abismo, es esta noche.

Caramon agachó la cabeza y acarició el cabello de su hijo. Luego le pasó el brazo por los hombros y se encaró con los magos. Su gesto era sombrío.

—Muy bien. ¿Qué queréis que hagamos?

—Acompañarme a la Torre de Palanthas —dijo Dalamar—. Una vez allí, intentaremos cruzar el portal.

—¿A la Torre? Permítenos acompañaros, padre. Al menos hasta el Robledal de

Shoikan —suplicó Tanin.

—¡Sí! —Intervino Sturm con ansiedad—. Nos necesitarás, padre. Sabes que te haremos falta. Aunque la ruta a Palanthas se mantiene abierta gracias a los Caballeros de Solamnia, nos han llegado informes de Porthios acerca de patrullas draconianas que tienden emboscadas.

—Siento desilusionaros, guerreros —dijo Dalamar, reprimiendo una sonrisa—. Mas no utilizaremos la ruta convencional que va a Palanthas.

Los dos jóvenes estaban desconcertados. Tanin torció el gesto y miró desconfiado al elfo oscuro, como si sospechara que tramaba algún ardid. Palin le dio unas palmadas en el brazo.

—Se refiere a la magia, hermano mío. Antes de que Sturm y tú hayáis salido de esta sala, padre y yo nos encontraremos en el estudio de Dalamar, en la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas... La que mi tío reclamó como suya.

Palin pronunció las últimas palabras entre dientes, para evitar que ninguno de los presentes las escuchara. Mas al mirar a su alrededor, se encontró con la mirada intensa y reflexiva del elfo oscuro.

—Sí. Allí será donde estaremos —musitó Caramon, a quien se le ensombreció el semblante al pensar en ello—. Y vosotros dos regresaréis a casa. —Asumió una actitud estricta al añadir—: Tenéis que decírselo a vuestra madre.

—¡Oh, no! ¡Prefiero enfrentarme a una partida de ogros! —Exclamó Tanin con desmayo.

—Y yo también —se mostró de acuerdo su padre, soltando un resoplido que acabó en un suspiro.

Caramon se agachó y simuló revisar las ataduras de su petate mientras procuraba mantener el rostro oculto.

—Antes de explicárselo, aseguraos de que no tiene a mano los cacharros de la cocina —añadió, intentando bromear.

—Ella me conoce bien —intervino Palin, mientras recordaba el tierno abrazo y la sonrisa de su madre cuando se había despedido a la puerta de la posada—. Esperaba que ocurriera algo así. De hecho, creo que ya lo sabía cuando partimos.

El muchacho recordó haber visto a su madre cubrirse la cara con el paño de cocina mientras su amiga Dezra la rodeaba con los brazos para consolarla.

Caramon se incorporó y miró a sus hijos mayores. El tono con que les habló fue severo.

—No olvidéis que prometisteis a Porthios que iríais a Qualinesti para echarle una mano con esas partidas de draconianos. Ya conocéis a Porthios. Tuvieron que pasar más de diez años para que se dignara hablarnos. Ahora incluso se muestra amistoso. No permitiré que ningún hijo mío falte a su palabra. Y, con más motivo, si el perjudicado es un elfo arrogante... No es mi intención ofender a nadie con este

comentario —agregó, mirando a Dalamar.

—No me has ofendido. —El elfo oscuro sonrió—. Yo también conozco a Porthios. Y, ahora...

—Estamos dispuestos —lo interrumpió Palin, cuyo rostro denotaba ansiedad—. He leído todo lo referente al conjuro que vas a utilizar, desde luego; pero nunca lo he visto hacer. ¿Cómo recitas los versículos? ¿En qué sílabas cargas la voz, en la primera de la primera palabra, o en la segunda? Mi maestro dice...

Dalamar tosió con suavidad.

—Estás descubriendo nuestros secretos, jovencito —reprochó sin alzar la voz—. Ven conmigo y responderé a tus preguntas en privado.

El elfo oscuro puso su delicada mano sobre el brazo de Palin y lo condujo a un extremo de la sala, lejos de su padre y sus hermanos.

—¿Secretos? —Preguntó el joven con suspicacia—. ¿A qué te refieres? No tiene importancia que oigan...

—Era una excusa —replicó con frialdad Dalamar. Sus ojos, sombríos y serios, contemplaron con atención al muchacho—. Palin, no sigas adelante con este asunto. Regresa a casa con tu padre y tus hermanos.

—¿De qué hablas? —Palin estaba desconcertado—. ¡No puedo hacer eso! Ya oíste a Justarius. No permitirán que acceda a la Prueba; ni siquiera me dejarán seguir los estudios hasta que se aseguren de que Raistlin está... está...

—Pues olvídate de la Prueba. —Dalamar estaba en tensión—. Renuncia a tus estudios. Vuelve a casa y confórmate con ser lo que eres.

—¡No! —Replicó iracundo el joven—. ¿Por quién me tomas? ¿Crees acaso que me conformaría con actuar en ferias rurales sacando conejos de un sombrero o monedas de detrás de la oreja de algún campesino? Quiero más, mucho más que eso.

—El precio de tal ambición es muy alto, como comprobó tu tío.

—¡También lo es la recompensa! Estoy decidido.

—Joven... —Dalamar se acercó y puso su fría mano sobre el brazo del muchacho. Su voz fue un susurró tan leve que Palin no supo con certeza si las palabras las captó su mente o su oído—. ¿Por qué no recapacitas sobre el verdadero motivo por el que te envían a la Torre? —La mirada del elfo oscuro fue hacia Justarius y Dunbar, que conferenciaban apartados de los demás—. ¿Crees que lo hacen para que, a saber cómo, cruces el Portal y encuentres a tu tío... o lo que quede de él? No. Eso es imposible. El laboratorio está clausurado, y uno de los guardianes permanece en constante vigilancia. Tiene instrucciones de impedir el paso a quienquiera que llegue a esa puerta, y matar a quien intente traspasarla. Ellos lo saben Palin. Como saben también que Raistlin vive. Te envían a la Torre, *su* Torre, por una sola razón. ¿Conoces el viejo ardid de cazar a un dragón valiéndose de un cervato?

El semblante de Palin se demudó y miró a Dalamar con incredulidad.

—Ya veo que me entiendes. —El elfo oscuro cruzó las manos bajo las mangas de su túnica negra—. Los cazadores atan al cervato frente a la guarida del dragón. Se acercan furtivos, con las redes y las lanzas preparadas, mientras la bestia devora el cebo. Y lo cazan. Por desgracia, es ya un poco tarde para el cervato... ¿Sigues insistiendo en ir a la Torre?

Palin tuvo una súbita visión de su tío, según lo describían las leyendas: cara a cara con Fistandantilus, sintiendo sobre su pecho el roce del rubí del talismán que le absorbería cuerpo y espíritu.

El joven se estremeció. Estaba bañado en un sudor frío.

—Soy fuerte —dijo, aunque le falló la voz—. Puedo luchar como él luchó.

—¿Contra él? ¿El hechicero más grande que jamás haya existido? ¿El archimago que desafió a la Reina de la Oscuridad en persona, y estuvo a punto de vencerla? —Dalamar soltó una risa cruel—. ¡Bah! Estás condenado, jovencito. No tienes la más mínima posibilidad.

»Y sabes muy bien lo que me veré obligado a hacer en caso de que Raistlin tenga éxito. —El elfo oscuro se aproximó tanto a Palin que el muchacho sintió el roce de su aliento en la mejilla—. Tendré que destruirlo... Y lo destruiré. Sin que me importe lo más mínimo el cuerpo en el que se haya reencarnado. ¿Por qué crees que te han puesto en mis manos? Ellos no tienen coraje para hacer lo que habrá de hacerse.

Palin retrocedió un paso y se tambaleó. Mas no tardó en recobrar la compostura y adoptó una actitud estoica.

—Lo... Lo entiendo —balbuceó, si bien consiguió que su voz cobrara firmeza conforme hablaba—. Ya te lo he dicho. Además, dudo que mi tío fuera capaz de hacerme... eso que dicen.

—¡Ah! ¿No crees? —La expresión de Dalamar era de genuina sorpresa. Se llevó la mano al pecho—. ¿Te gustaría ver de lo que es capaz tu tío?

—¡No! —Palin apartó los ojos. Luego, ruborizándose, añadió con voz desmayada—: Lo sé. Sé lo que te hizo. Tú lo traicionaste.

—Sí. Y éste fue mi castigo —barbotó el elfo oscuro—. Muy bien. Si estás decidido...

—Lo estoy.

—En tal caso, te sugiero que te despidas de tus hermanos. Ya me entiendes. En mi opinión, es poco probable que vuelvas a verlos en este mundo.

Dalamar estaba siendo cruelmente sincero. No había en sus ojos compasión, ni piedad. Palin apretó los puños y se clavó las uñas en la carne, pero se mantuvo resuelto y asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Cuidado con lo que dices —advirtió Dalamar—. Tus hermanos no deben sospechar nada. Y él, sobre todo —señaló con un ademán a Caramon—. Si se entera, te impediré que vayas. ¡Aguarda! —El elfo oscuro agarró al joven por el brazo—.

Procuro recobrarte, o notarán que algo te ocurre.

Palin tenía la garganta tan seca que le costaba trabajo tragar saliva. Se pellizcó las mejillas para que cobraran un poco de color, y se secó el sudor de la frente con la manga de la túnica. Luego, mordiéndose los labios para evitar que le temblaran, dio la espalda a Dalamar y se dirigió hacia sus hermanos.

Los dos guerreros se volvieron al escuchar el roce del repulgo de una túnica en el suelo.

—Bien, hermanos —comenzó Palin, obligándose a sonreír—. Siempre fui yo quien se quedó en el porche de la posada y os decía adiós cuando partíais hacia alguna batalla. Al parecer, esta vez será al contrario.

Tanin y Sturm intercambiaron una rápida mirada de alarma. Los tres estaban tan compenetrados que se conocían a la perfección.

«¿Cómo voy a engañarlos? —Se preguntó con amargura el pequeño—. Saben que me pasa algo con sólo mirarme». La expresión de sus rostros confirmaba sus temores.

—Her manos míos, no digáis una palabra. —Los cogió por el brazo y los acercó a él para hablar en voz baja—. ¡Tengo que ir! Padre no lo entendería. Además, bastante penoso es ya para él todo este asunto.

—Tampoco lo entiendo yo —comenzó Tanin con un deje severo.

—¡Oh, cierra el pico! —Barbotó Sturm—. ¿Qué importa si nosotros lo entendemos o no? ¿Acaso nuestro hermano se puso a lloriquear cuando partimos hacia nuestra primera batalla? —Estrechó a Palin entre sus fuertes brazos—. Adiós, muchacho. Cuídate y... y vuelvo pronto.

Sturm sacudió la cabeza y se dio medio vuelta mientras se limpiaba las lágrimas y rezongaba algo sobre «cómo escocían estos condenados polvos para hechizos al meterse en los ojos».

Tanin no se movió y observó a su hermano pequeño con actitud inquisitiva. Palin lo miró suplicante, pero la expresión del guerrero se tornó aún más severa.

—No, hermanito —dijo—. Me vas a escuchar, lo quieras o no.

Dalamar los observaba y vio al joven guerrero poner la mano sobre el hombro de Palin. No era difícil imaginar lo que le decía. El pequeño retrocedió un paso y negó con testarudez. Los rasgos de su rostro se endurecieron bajo una máscara impasible que a Dalamar le resultó dolorosamente familiar. La mano del hechicero fue hacia las heridas del pecho. ¡Qué gran parecido guardaba el joven con Raistlin! Parecidos, aunque diferentes, como había dicho Caramon. Tan distintos como la luna blanco y la negra...

El elfo oscuro se obligó a reaccionar al reparar en Caramon, quien, al percatarse de la conversación que mantenían sus dos hijos, se dirigía hacia ellos. Dalamar actuó con rapidez y se interpuso en el camino del hombretón, al que sujetó por un brazo.

—No les habían contado a tus hijos la verdad sobre su tío —dijo con voz

inexpresiva.

—Lo hice. —Caramon enrojeció—. Les dijo todo cuanto juzgué conveniente. Quise que conocieran sus dos facetas.

—No les hiciste ningún favor con ello. En especial, a uno de ellos —replicó Dalamar, señalando con un gesto a Palin.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? —Inquirió furioso Caramon—. Cuando empezaron a circular las leyendas sobre su sacrificio a favor del mundo, el osar penetrar en el Abismo para rescatar a Crysania de las garras de la Reina Oscura, y todo lo demás, ¿qué iba a decirles? Les conté cómo sucedió todo. Les conté la verdad de aquella triste historia. Les dije que había engañado a Crysania, que sedujo su alma, ya que no su cuerpo, y la condujo al Abismo. También les dije que al final la había abandonado a su suerte y que la dejó sola cuando estaba muriéndose. Se lo dije. Mi amigo Tanis también se lo dijo. Pero creyeron sólo lo que querían creer... Es lo que todos hacemos, supongo. —Dirigió una mirada cargada de reproche a Dalamar—. Ya vi que a vosotros, los hechiceros, o hacían nada para rebatir esas historias.

—Nos favorecían. —Dalamar se encogió de hombros—. Gracias a esas leyendas sobre Raistlin y su «sacrificio», la gente perdió el miedo a la magia y dejó de tratarnos con recelo. Nuestras escuelas florecen. Solicitan nuestros servicios. De hecho, las autoridades de Kalaman quieren que construyamos en su ciudad una nueva Torre de la Alta Hechicería. —El elfo oscuro sonrió con cinismo—. Irónico, ¿no te parece?

—¿El qué?

—Con su fracaso, tu hermano consiguió lo que se proponía. En cierto modo, se ha convertido en un dios...

Palin insisto en saber qué es lo que ocurre. —Tanin puso una mano sobre el hombro de su hermano.

—Ya lo has oído —respondió evasivo, señalando hacia Dalamar, que hablaba con su padre—. Iremos a la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas, donde se encuentra el Portal, y...

—¡Y yo soy un enano gully! —Barbotó Tanin.

—A veces te comportas como tal —replicó el pequeño, perdida la paciencia. Se sacudió de encima la mano de su hermano.

La sangre se agolpó en el rostro de Tanin. A diferencia del calmoso Sturm, el mayor había heredado el genio de su madre. Además, se tomaba muy en serio su papel de «hermano mayor»; demasiado en serio a veces, en opinión de Palin. «Lo dice porque me quiere», se recordó el joven. Respiró hondo, soltó el aire y cogió a su hermano pro los hombros.

—Tanin, por una vez en tu vida, escúchame. Sturm tiene razón. Yo no rompí a

llorar cuando os dirigíais a vuestra primera batalla. Al menos, no lo hice delante de vosotros, aunque pasé la noche sollozando en la oscuridad de mi cuerpo. ¿Acaso crees que ignoro que cada vez que partís puede ser la última que os veo? ¿En cuántas ocasiones te han herido? En la última campaña, una flecha de los minotauros se clavó menos de dos dedos de tu corazón.

—Pero eso es diferente —protestó Tanin, con el rostro ensombrecido y apartando la mirada.

—Ya. Como diría tío Tas: «No es lo mismo un pollo con un tajo en el pescuezo que descabezado; pero esa ligera diferencia no tiene la menor importancia para el pollo». —Palin sonrió.

Tanin se tragó las lágrimas, se encogió de hombros y adoptó una actitud de fingida indiferencia.

—Supongo que tienes razón —dijo. Agarró a su hermano por los hombros y estudió con atención su pálido semblante. Luego masculló entre dientes con rabia—: Ven a casa, muchacho. ¡Renuncia! ¡No merece la pena! Si te ocurriera algo, piensa lo que sería para madre... Y para padre.

—Lo sé. —Las lágrimas arrasaron los ojos del joven, a pesar del denodado esfuerzo por contenerlas—. ¡Ya he pensado en ello! Pero tengo que hacerlo, Tanin. Intenta comprenderme. Di a madre que yo... Bueno, dile que la quiera mucho. Y también a las niñas. Diles que... que les llevaré un regalo, como Sturm y tú hacéis siempre.

—¿Y qué les llevarás? ¿Una lagartija disecada? ¿O quizás el ala reseca de un viejo murciélago? —Bromeó el mayor. Su hermano sonrió, mientras enjugaba el llanto.

—Sí, síles algo así. Es mejor que te vayas ya. Padre nos mira.

—Cuídate, hermanito. Y cuida de él... —Tanin miró a su padre—. Va a ser muy duro para él.

—Lo sé. —Palin suspiró acongojado—. Créeme que lo sé.

Tanin vaciló. El pequeño vio en sus ojos un último intento de disuadirlo.

—Por favor, Tanin. Es suficiente —dijo con calma.

Su hermano parpadeó varias veces, se restregó la nariz y asintió en silencio. Luego le dio un cachete en el cuello, le revolvió el rojizo cabello y se alejó. Atravesó la sombría sala hasta llegar junto a Sturm, que esperaba cerca de la salida.

Palin lo observó mientras se alejaba. Después, dio media vuelta y se encaminó al centro de la sala con intención de ofrecer unas respetuosas palabras de despedida a los dos magos.

—Creo que Dalamar ha hablado contigo —dijo Justarius cuando el joven llegó ante ellos.

—Sí. Me ha dicho la verdad —respondió Palin con voz ronca.

—¿La verdad? —Intervino Dunbar—. Recuerda una cosa, jovencito: Dalamar lleva la Túnica Negra. Y es ambicioso. Todos sus actos tienen el único propósito de redundar en su beneficio.

—¿Negáis pues que lo que me dijo es cierto? ¿Qué queréis utilizarme de señuelo para atrapar a mi tío, si es que sigue vivo?

Justarius intercambió una rápida mirada con Dunbar.

—A veces —dijo el Mago del Mar—, la verdad hay que buscarla aquí, Palin. —Alargó la mano y tocó con delicadeza el pecho del joven—. En tu propio corazón.

El joven apretó los labios con gesto hosco. Sabía el respeto que debía a aquellos dos magos de alto rango; en consecuencia, se tragó las palabras de reproche y se limitó a asentir en silencio.

—Dalamar y mi padre me esperan. Recibid ambos mi más repetuosa despedida. Si los dioses así lo permiten y disponen, regresaré dentro de un año o dos para someterme a la Prueba. Confío en tener el honor de volver a veros un día.

A Justarius no le pasó inadvertido su sarcasmo, ni la amarga y tensa expresión de su rostro, que le recordó la de otro joven que había llegado a la Torre hacía más de treinta años.

—Que Gilean te acompañe, Palin —dijo el archimago con voz queda, mientras metía las manos bajo las mangas de su túnica.

—Que Paladine, el dios cuyo nombre te impusieron, guíe tus pasos —deseó Dunbar y, esbozando una sonrisa que le suavizó los rasgos, agregó—. Y, si es voluntad de los dioses que no vuelvas a ver a este viejo Mago del Mar, no olvides lo que voy a decirte: llegará el día en que comprenderás que, al servir al mundo, te sirves a ti mismo.

Palin no respondió. Incluyó otra vez la cabeza, se dio la vuelta y se alejó con pasos rápidos.

De repente, tuvo la sensación de que la oscuridad caía sobre la sala, y perdió de vista a los demás. No divisaba a sus hermanos, ni a su padre, ni a Dalamar... En la creciente oscuridad, la blancura de su túnica relució, como la estrella vespertina en el cielo nocturno.

Durante un breve instante, el miedo hizo presa en él. ¿Lo habían dejado solo en medio de aquellas vastas tinieblas?

Entonces vio un tenue brillo metálico: la armadura de su padre. Un suspiro de alivio escapó de entre sus labios. Apresuró el paso y, conforme se acercaba a las dos figuras que lo esperaban, pareció que la luz retornaba a la sala. El elfo oscuro estaba junto a Caramon, y, en medio de las sombras de la túnica negra, su cara era el único rasgo perceptible.

También alcanzó a ver a sus hermanos, que se despidieron con un ademán. El muchacho alzó la mano para devolverles el saludo, pero en ese momento Dalamar

inició su cántico y fue como si una nube negra apagara la luz de su túnica y el brillo de la armadura de Caramon. La oscuridad se hizo más densa, se agitó y los envolvió; se tornó tan profunda que semejaba un agujero negro en medio de las tinieblas de la sala. Luego, nada.

La fría y tímida luz volvió a la inmensa cámara y llenó el hueco que había quedado en un punto.

Dalamar, Palin y Caramon habían desaparecido.

Los dos hermanos se echaron al hombre sus petates y abandonaron la Torre. Se internaron a caballo en el mágico bosque de Wayreth e iniciaron el largo viaje de regreso con el pensamiento puesto en las nuevas que llevaban a su pelirroja, agresiva y amante madre. La idea les pesaba más que una armadura enana.

Inmóviles junto a las impresionantes sillas de piedra, Justarius y Dunbar contemplaron su partida sumidos en un ominoso silencio. Después, tras pronunciar una palabra arcana, también ellos desaparecieron.

La Torre de la Alta Hechicería de Wayreth quedó desierta, abandonada al auspicio de las sombras. Por sus atrios caminaban sólo los recuerdos.

Capítulo 5

—Él llegó en medio de una noche silenciosa, negra. La única luna presente en el cielo era la que sólo sus ojos podían ver —dijo el elfo oscuro que miraba a Palin desde las profundidades de la capucha negra que le cubría la cabeza—. Así es como cuenta la leyenda la llegada de tu tío a esta Torre.

Palin guardó silencio. Llevaba aquellas palabras impresas en su corazón, guardadas en secreto, desde que tuvo edad para soñar y forjarse ilusiones.

Miró sobrecogido las impresiones puertas de hierro que impedían la entrada, e intentó imaginarse a su tío allí, en el mismo sitio donde él se encontraba ahora, ordenándoles que se abrieran. Y, cuando lo hicieron..., los ojos de Palin se alzaron hacia la Torre.

Era de día en Palanthas. A media mañana habían abandonado la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth, cientos de kilómetros al sur. Aún era mediodía, lo que significaba que el viaje se había realizado en un abrir y cerrar de ojos. El sol estaba en su cénit, y brillaba justo encima de la Torre. El astro dorado asomaba entre dos de los minaretes que se alzaban en la parte más alta del edificio. Teñidos de rojo por la luz, semejaban dos dedos ensangrentados que sujetaban avariciosos una moneda. Y, a decir verdad, el sol había podido tomarse por un simple disco metálico, ya que sus rayos jamás habían caldeado aquel lugar maléfico.

El inmenso edificio de piedra negra, arrancada de las entrañas de la tierra mediante conjuros, se levantaba a la sombra del hechizado Robledal de Shoikan, una masa compacta de robles que guardaba la Torre con más efectividad de lo que lo habrían hecho cien caballeros armados hasta los dientes. Tan poderoso era el terrible encantamiento que sus alrededores permanecían desiertos, y, a menos que se estuviese protegido por un negro conjuro, nadie que se adentrara en él saldría vivo para contarlo.

Palin giró la encapuchada cabeza a uno y otro lado y contempló los altos árboles del Robledal. Estaban inmóviles, a pesar de la fuerte brisa marina que soplaba. Se decía que ni siquiera los terribles huracanes del cataclismo habían arrancado una sola de sus hojas, aunque en el resto de la ciudad no quedó un árbol en pie.

Una oscuridad escalofriante envolvía los troncos de los robles, por los que trepaba serpenteante una niebla gélida que también se arrastraba sobre el camino pavimentado que llegaba hasta las puertas de hierro. Los siniestros vapores se enroscaban en los tobillos de los tres hombres que estaban en la cancela.

Estremecido por un temblor incontrolable, por un terror alimentado por los propios árboles, Palin miró a su padre con renovado respeto. Por amor a su hermano,

Caramon había osado adentrarse en el Robledal de Shoikan, y había estado a punto de pagar con la vida su atrevimiento.

El muchacho imaginó que debía de estar recordándolo, pues el semblante de su padre estaba demacrado, y unas gotitas de sudor le perlaban la frente.

—Vayámonos de aquí —dijo Caramon entre diente, a la vez que apartaba la mirada de los robles embrujados—. Entremos, o hagamos lo que sea...

—Está bien —replicó Dalamar. A pesar de que las sombras de la capucha le ocultaban la cara, Palin tuvo la certeza de que el elfo oscuro sonreía—. Pero no hay por qué apresurarse. Tendremos que esperar hasta la caída de la noche, cuando las tres lunas, la plateada Solinari, bienamada de Paladine, la negra Nuitari, favorecida por su Oscura Majestad, y Lunitari, la roja luna de Gilean, estén presentes en el firmamento. Raistlin absorberá poder a través de la luna negra. Otros, si lo necesitan y lo desean, lo harán de Solinari...

Dalamar no miró al muchacho mientras hablaba, pero el joven palideció al darse por aludido.

—¿Qué quieres decir? —Exigió Caramon, a la vez que agarraba el brazo de Dalamar con brusquedad—. Palin no es mago; todavía no. Dijiste que tú te encargarías de todo.

—Sé muy bien lo que dije —lo cortó el elfo oscuro, mientras se libraba de la mano de Caramon con una facilidad pasmosa—. Me encargaré de... lo que deba encargarme. Mas tal vez se produzcan sucesos extraños e inesperados durante esta noche, y es mejor estar prevenidos. —Dalamar lanzó una mirada glacial al hombretón—. No vuelvas a interponerte en mi camino, o te arrepentirás. Vamos, Palin. Necesitarás mi asistencia para atravesar estas puertas.

El elfo oscuro le tendió una mano. El muchacho volvió la cabeza hacia su padre y se encontró con sus ojos. «No entres ahí. Si lo haces, te perderé», suplicaban angustiados. Palin aludió la mirada y pretendió no haber captado aquel mensaje, a pesar de ser tan claro como las primeras palabras que le había enseñado a pronunciar.

De mala gana, posó la mano sobre el brazo del elfo oscuro. La túnica negra tenía la suave textura del terciopelo. Bajo el tejido se notaban los fuertes músculos y la delicada estructura ósea del elfo, casi frágil al tacto, y, sin embargo, firme, estable, resistente.

Una mano invisible abrió las puertas que otrora eran de plata y oro, pero que ahora estaban negras y retorcidas, vigiladas por seres espectrales. Dalamar las cruzó conduciendo a Palin.

Un dolor abrasador atravesó al muchacho que exhaló un gemido a la vez que se llevaba las manos al pecho. Caramon dio un paso hacia su hijo, pero Dalamar lo detuvo con una firme mirada.

—Tú no puedes ayudarlo. Así es como su Oscura Majestad, castiga a quienes, sin

serle leales, osan poner el pie en este sagrado suelo. Apóyate en mí, Palin. Agárrate con fuerza, y no dejes de caminar. Una vez que hayamos entrado en la Torre, el dolor remitió.

Con los dientes apretados, el joven siguió sus consejos y avanzó a trompicones, agarrado el brazo de Dalamar con las dos manos.

Por suerte, el elfo oscuro lo guiaba, pues, de haberse encontrado a solas, Palin habría huido de aquel lugar tenebroso.

A través del velo de dolor que lo envolvía, oyó unas voces susurrantes e insidiosas.

¿Por qué entrar? ¡Sólo te espera la muerte! ¿Acaso estás deseoso de contemplar su rostro descarnado? ¡Vuelve necio! ¡Retrocede! ¡No merece la pena!

Palin gimió. ¿Cómo había podido estar tan ciego? Dalamar tenía razón: el precio de la ambición era demasiado alto...

—Valor, Palin.

Las palabras de aliento de Dalamar se confundieron con las veces susurrantes.

El muchacho sintió que la Torre lo aplastaba bajo el peso de su oscuro y mágico poder, como si le arrancara la vida. Siguió caminando, vacilante, sin apenas distinguir las losas bajo sus pies a través de la roja niebla de dolor que le enturbiaba los ojos. «¿Se habría sentido él igual cuando llegó por primera vez?», se preguntó el joven en medio de su agonía. No. Por supuesto que no. Raistlin vestía la túnica negra cuando había penetrado en la Torre. Había llegado en la cúspide de su poder, investido como el Amo del Pasado y del Presente. «Las puertas se abrieron a su paso... Todo lo oscuro y sombrío le rindió homenaje»: así rezaba la leyenda.

Y las puertas se abrieron a su paso.

Con un sollozo, Palin se derrumbó en el umbral de la Torre.

—¿Te sientes mejor? —Preguntó Dalamar al muchacho, que se incorporaba tambaleante en el sofá donde lo habían tumbado—. Toma, bebe un poco de vino. Es elfo. Una excelente cosecha. Lo he «traído» de Silvanesti, sin que lo supiera ellos, desde luego. Éste fue el primer vino que se cosechó después de la destrucción que asoló aquella región. Tiene un ligero gusto amargo, como a lágrimas. Se dice que algunos de mis congéneres son incapaces de beberlo sin sollozar. —El elfo oscuro llenó hasta el borde una copa y se la tendió a Palin—. De hecho, yo mismo he notado que un sentimiento de tristeza me invade cuando lo tomo.

—Añoranza —musitó Caramon, mientras declinaba con un ademán la copa que le ofrecía Dalamar.

Por el tono de la voz, Palin adivinó que su padre se sentía desasosegado, triste, asustado por su hijo. El hombre, no obstante, permanecía sentado en la silla con una actitud de fingida indiferencia. Palin le dedicó una mirada agradecida mientras se

tomaba el vino. Sintió un calorillo que expulsaba el singular frío que le agarrotaba el cuerpo.

Advirtió sorprendido que la bebida le estaba haciendo recordar su hogar. «Añoranza», había dicho Caramon. El joven había temido que Dalamar se burlara de su padre y se mofara de la descripción. Después de todo, los elfos oscuros eran los "desterrados de la luz" de la sociedad elfa, y tenían prohibido el acceso a las tierras de sus antepasados. El pecado de Dalamar había sido vestir la túnica negra a fin de obtener el poder con su magia. Atado de pies y manos, con los ojos vendados, lo habían conducido en una carreta hasta la frontera del reino, expulsado del país en el que jamás volvería a pisar. Para un elfo, cuya vida que dura centurias está hondamente arraigada en sus amados bosques y jardines, ser condenado al destierro es un castigo peor que la muerte.

Dalamar actuaba siempre de un modo tan frío e insensible, que Palin se sorprendió al advertir en su rostro una expresión melancólica, un cierto pesar; pero desapareció con tanta rapidez, como la onda en la superficie de un remanso. Aún así, duró el tiempo suficiente para que Palin reparara en ella. Lo miró con otros ojos. No era tan inmovible como pretendía; había algo que le importaba lo bastante para alterarlo.

Mientras se tomaba el vino a pequeños sorbos y paladeaba su ligero gusto amargo, los pensamientos de Palin volaron hacia su hogar, a la espléndida casa que su padre había construido con sus propias manos, y a la posada que era el orgullo y la alegría de sus padres.

Evocó la ciudad de Solace, asentada sobre las ramas de los inmensos vallenwoods, de la que había salido sólo para iniciar sus estudios de magia.

Pensó en su madre; en sus dos hermanas pequeñas —su pesadilla diaria—, que cogían sus saquillos, se metían bajo su túnica para «investigar» o le escondían los libros de hechizos...

¿Cómo hacerse a la idea de no volver a verlas?

No volver a verlas...

Le temblaron las manos, y puso la frágil copa de cristal sobre la mesa, por temor a dejarla caer o derramar el vino. Echó una ojeada para comprobar si su padre o Dalamar habían notado su agitación.

Ninguno de los dos había reparado en él. Estaban cerca de la ventana que se asomaba sobre la ciudad de Palanthas, y mantenían una tranquila conversación.

—¿No has vuelto a entrar en el laboratorio desde aquel día? —Preguntaba en aquel momento Caramon en voz baja.

Dalamar movió la cabeza. Se había quitado la capucha y los largos sedosos cabellos le caían sobre los hombros.

—Volví el mismo día en que partiste de la ciudad —contestó—. Quise

asegurarme de que todo estaba en orden. Después lo clausuré.

—Así pues, todo sigue allí dentro —murmuró Caramon. Palin atisbó en los ojos de su padre una mirada astuta dirigida al elfo oscuro. Éste permaneció impasible, sin apartar los ojos de la ventana, con el frío rostro vacío de expresión—. Imagino que debe de guardar objetos que otorgarían un poder inmenso a un hechicero. ¿Qué hay?

Palin olvidó incluso respirar. Se levantó del sofá y se deslizó silencioso sobre la lujosa alfombra para acercarse más a los dos hombres.

—Los libros de hechizos de Fistantilus y los del propio Raistlin, así como sus anotaciones sobre hierbas medicinales. Y, por supuesto, el Bastón de Mago.

—¿Su bastón? —Exclamó Palin.

Los dos hombres se volvieron hacia el joven; Caramon con actitud circunspecta y Dalamar algo sorprendido.

—¡Dijiste que el bastón de mi tío se había perdido! —Protestó, dirigiendo una mirada de reproche a su padre.

—Y así es, joven —respondió Caramon—. El poder del hechizo con el que clausuré el laboratorio es tal, que ni siquiera las ratas se aventuran por allí. Cualquiera que intente entrar, morirá. Si el famoso Bastón de Mago se encontrara en la profunda sima del mar Sangriento, no estaría más perdido para este mundo de lo que ahora lo está.

—Hay algo más dentro del laboratorio —dijo Caramon con lentitud, al caer de pronto en la cuenta—. El Portal. Si es imposible acceder al laboratorio, ¿cómo se supone que vamos a cruzarlo o cualquiera que sea la locura que vosotros, hechiceros, queréis que haga para probar la muerte de mi gemelo?

Dalamar guardó silencio e hizo girar entre sus dedos la delicada copa de cristal, gesto ausente. La ira enrojeció el rostro de Caramon.

—¡Era un ardid! No era lo que queríais que hiciera. ¿Qué es lo que buscáis al traernos a la Torre? ¿Qué es lo que esperáis de mí?

—De ti nada, Caramon —respondió con frialdad el elfo oscuro.

El semblante del hombretón se demudó.

—¡No! —Su grito fue destemplado—. ¡Mi hijo, no! ¡Malditos seáis, hechiceros! ¡No lo permitiré!

Adelantó un paso y agarró a Dalamar, pero, no bien lo hizo, exhaló un ahogado gemido de dolor, a la vez que apartaba raudo las manos.

Caramon abrió y cerró los dedos repetidamente mientras se frotaba el brazo que sentía como si hubiera sido herido por un rayo.

—¡Padre, por favor, no intervengas! —Suplicó Palin acercándose a él. Luego miró furioso al elfo oscuro—. No era necesario que hicieras eso.

—Se lo advertí —replicó, impasible Dalamar—. Verás, Caramon, amigo mío. La puerta no puede abrirse desde fuera. —Los ojos del elfo oscuro se volvieron hacia

Palin—. Pero, entre nosotros, hay uno para el que podría abrirse... desde dentro.

Capítulo 6

«Las puertas se abrirán a mi paso...».

Palin susurraba estas palabras para sí mismo mientras subía la oscura escalera de caracol.

La noche había caído sobre Palanthas y había sumido a la ciudad en sombras, a la vez que acentuaba las perpetuas tinieblas que envolvían la Torre. Solinari, la plateada luna bienamada de Paladine, brillaba en el cielo, pero sus blancos rayos no alcanzaban la Torre. Sus habitantes alzaron la vista, en busca de otra luna que sólo sus ojos sin vida podían contemplar.

Los peldaños de la escalera eran de piedra negra y, a pesar de la antorcha que portaba Caramon, la débil y temblorosa llama se perdía en la profunda oscuridad.

Palin subía con pasos inseguros y dio un tropezón. El corazón le palpitó con violencia. Se arrojó a la helada pared con un gesto instintivo y cerró los ojos. La pulsante vitalidad de la Torre se clavaba en él con sorda saña. Los escalones subían y subían en una espiral vertiginosa, y sobresalían de la pared a semejanza de las costillas de un inmenso animal muerto.

—No corres peligro, jovencito —dijo Dalamar, con una mano en el brazo del muchacho—. Está diseñada con el propósito de desalentar a los intrusos. La magia nos protege. Te resultará más fácil si no miras abajo.

—¿Por qué subir a pie? ¿Por qué no has utilizado un conjuro para transportarnos? —Preguntó Palin, cuando hizo un alto para recobrar el aliento.

Aún siendo joven, la pronunciada escalada lo había dejado sin resuello, las piernas le dolían, el aire le abrasaba los pulmones... Imaginó lo que estaría sufriendo su padre. Incluso la respiración del elfo oscuro era algo entrecortada, si bien su rostro permanecía frío e impassible como de costumbre.

—No quiero derrochar energías —replicó Dalamar—. No en una noche tan especial como ésta.

Sabiéndose observado por sus ojos subyugantes, Palin guardó silencio y reemprendió la marcha.

—Ahí está nuestra meta —señaló el elfo oscuro.

Palin alzó la vista y divisó una pequeña puerta de madera.

«Las puertas se abrirán a mi paso».

Al igual que se abrieron para Raistlin. El temor de Palin remitió conforme crecía su excitación. Apresuró el paso. A su espalda oía la respiración del elfo oscuro, y la entrecortada —mejor dicho, los jadeos— de su padre. Sintió una punzada de remordimiento.

—¿Quieres descansar, padre? —Preguntó, haciendo un alto.

—No. —Caramon estaba sin aliento—. Acabemos de una vez por todas con esta locura. Luego podremos volver a casa.

Su voz sonaba ronca, pero Palin advirtió un tono que no había escuchado hasta ahora.

Mientras se volvía despacio hacia la puerta, el muchacho comprendió el sentido de aquel tono: miedo. ¡Su padre estaba asustado!

En ese instante, Palin conoció un nuevo sentimiento de gozo; el mismo que debió de haber sentido su tío. Su padre, el Héroe de la Lanza, el hombre más fuerte que conocía, que podría —aun hoy— derrotar al avezado Tanin, y dejar desarmado a hábil Sturm... Aquel hombre extraordinario ¡estaba asustado! ¡Temía la magia!

«Él tiene miedo, y yo no», reflexionó Palin. Cerró los ojos, se apoyó en la fría pared de la Torre y, por primera vez en su vida, se entregó, con una entrega total y sin reservas, a la magia.

La sintió bullir en su sangre, acariciarle la piel con un cosquilleo. Las palabras que susurró fueron de bienvenida, de aceptación absoluta. Su cuerpo se estremeció en un éxtasis.

Al abrir los ojos, Palin contempló su propia exaltación reflejada en la mirada chispeante del elfo oscuro.

—¡Ahora has paladeado el poder! —Musitó Dalamar—. ¡Adelante, Palin. Adelante!

Sonriendo para sí, arropado por la tibieza de la euforia, el joven subió los escalones con rapidez, olvidado ya todo temor. Las puertas se abrirían a su paso. No le cabía la menor duda. El porqué o por la mano de quién, no le preocupaba. No tenía importancia alguna. Por fin iba a entrar en el antiguo laboratorio donde se habían realizado los hechizos más poderosos de Krynn. Vería los libros del legendario Fistandantilus. Y los de su propio tío. Contemplaría el grandioso y terrible Portal que comunicaba este mundo con el Abismo. Y también vería el famoso Bastón de Mago...

Palin había soñado siempre con el bastón de su tío. De todos los tesoros arcanos de Raistlin, éste era el que más le intrigaba. Quizá porque lo había contemplado infinidad de veces representado en cuadros. O porque figuraba de un modo relevante en todas las leyendas y canciones. Palin tenía en su poder una de aquellas pinturas de Raistlin en la que aparecía vestido con la túnica negra, y el Bastón de Mago en la mano, mientras se enfrentaba impasible a la Reina de la Oscuridad.

«Si mi tío estuviera vivo y yo fuera merecedor de sus enseñanzas, quizá me regalaría el bastón», pensaba ilusionado Palin cada vez que miraba en la pintura el bastón de madera, con la brillante bola de cristal facetado aferrada por la garra dorada.

«¡Ahora lo veré y, tal vez, incluso lo toque! —Aquel pensamiento puso en su alma un estremecimiento de deliciosa expectación—. ¿Qué más encontraremos en el laboratorio? ¿Qué veremos al asomarnos al Portal?», se preguntó.

—Lo que padre dijo que veríamos —musitó, con una súbita punzada de inquietud—. Raistlin descansa. ¡No puede ser de otro modo! De lo contrario, padre sufriría. Sufriría mucho...

Si su corazón susurraba unas palabras que decían lo contrario, Palin las desechó. Su tío estaba muerto. Lo había dicho su padre. No podía ser de otro modo. No deseaba que fuera de otro modo.

—¡Alto! —Gritó Dalamar, mientras agarraba el brazo de Palin con fuerza.

Desconcertado, el muchacho se detuvo. Había estado tan inmerso en sus reflexiones, que casi había olvidado dónde se encontraban. Vio que habían alcanzado un amplio rellano situado justo bajo el último tramo de escalones que llevaba a la puerta del laboratorio. Al alzar la vista, Palin se quedó sin aliento. Dos ojos fríos y transparentes los observaban desde la oscuridad. Eran unas pupilas sin cuerpo, a menos que la propia oscuridad formase parte de su carne, su sangre y sus huesos. El joven retrocedió un paso y chocó con Dalamar.

—Calma, muchacho —ordenó el elfo oscuro—. Es el guardián.

La luz de la antorcha tembló a sus espaldas.

—Los recuerdo. Pueden matar con sólo tocarte —dijo Caramon entre dientes.

—Seres vivientes —dijo la cavernosa voz del espectro—. Huelo vuestra sangre. Oigo el latir de vuestros corazones. Acercaos, acercaos más. ¡Estoy hambriento!

Dalamar apartó a Palin, adelantó un paso y se puso delante del joven. Los ojos traslúcidos lanzaron un breve destello y enseguida se inclinaron en señal de respeto.

—Maestro, no reparé en tu presencia. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que visitaste este lugar.

—¿Nadie ha perturbado tu vigilia? ¿Nadie ha intentado entrar? —Preguntó el elfo oscuro.

—¿Acaso ves sus huesos esparcidos por el suelo? Ten la seguridad de que es ahí donde los encontrarías si alguien hubiera osado desobedecer tus órdenes.

—Excelente. Ahora te doy una nueva orden; entrégame la llave de la puerta, hazte a un lado y déjanos pasar.

Los ojos traslúcidos se abrieron y emitieron un pálido destello de ansiedad.

—Imposible, maestro.

—¿Por qué? —Inquirió con frialdad Dalamar. Tenía las manos enlazadas bajo las mangas de sus negros ropajes. Intercambió una fugaz mirada con Caramon.

—Tus órdenes, maestro, fueron: «Toma esta llave y guárdala por toda la eternidad. No se la entregues a nadie, ni siquiera a mí mismo. Desde hoy en adelante, guardarás esta puerta. Que nadie la cruce. Que la muerte alcance a aquellos que lo

intente». Ésas fueron tus palabras, maestro. Y, como ves, se limitó a obedecerlas.

Dalamar sacudió la encapuchada cabeza.

—Oh, ¿de veras? —Murmuró a la vez que adelantaba un paso. Palin contuvo el aliento al notar que el destello de los fantasmales ojos cobraba intensidad—. ¿Y qué harás si me acerco más?

—Tu magia es poderosa, maestro —respondió el guardián, cuyos ojos espectrales se aproximaron a Dalamar—. Pero no surtiría efecto sobre mí. Sólo hubo una persona que poseyó tal poder...

—Lo sé —barbotó iracundo Dalamar, mientras ponía el pie en el primer eslabón.

—No te acerques más, maestro —advirtió el espectro, si bien Palin percibió que sus pupilas relucían con una ansiedad desbordante.

El joven tuvo la súbita visión de unos labios yertos bebiendo sangre de una carne paralizada. Tembloroso, se apretó contra la pared. La cálida sensación de poder se había esfumado ante el sepulcral frío que irradiaba la espantosa criatura; el frío de la muerte y la putrefacción. Ahora no sentía nada dentro de sí, sólo un horrible y gélido vacío. Quizá debería renunciar. No merecía la pena. Palin hundió la cabeza en el pecho. Sintió la mano de su padre en el hombro, y su voz ronca que lo sacaba de la estupefacción.

—Vamos, hijo. —El tono de Caramon denotaba fatiga—. No ha servido de nada. Volvamos a casa...

—¡Alto! —La mirada de los ojos espectrales se apartó del elfo oscuro para posarse en las dos figuras que se encontraban detrás—. ¿Quiénes son? A uno de ellos lo reconozco...

—Vamos, Palin —repitió Caramon con voz ahogada mientras miraba al guardián con temor—. Nos aguarda un largo camino...

Rodeó con un brazo los hombros de su hijo. El joven notó la encubierta prisa de su padre e intentó moverse, pero sus ojos estaban prendidos en los del espectro, que lo observaban de una manera peculiar.

—¡Alto! —Ordenó de nuevo el guardián. La cavernosa voz retumbó en la oscuridad. Sobrevino un pesado silencio. Luego, como preguntándose a sí mismo... o a otro, murmuró con lentitud—: ¿Palin? —Al parecer, llegó a una conclusión, pues su voz llamó con firmeza—: ¡Palin, acércate!

—¡No! —Caramon sujetó a su hijo.

—¡Suéltalo! —Ordenó Dalamar enfurecido—. Te advertí que algo así podía ocurrir. ¡Es nuestra única oportunidad! ¿O es que tienes miedo de lo que podamos encontrar ahí dentro?

—¡No, no lo tengo! —Replicó Caramon con voz rota—. ¡Raistlin está muerto! ¡Lo vi descansando en paz! ¡No me fío de vosotros, magos! ¡No me quitaréis a mi hijo!

Palin sintió temblar a su padre, y vio la angustia de sus ojos. La piedad y la compasión conmovieron al joven. Durante un fugaz instante, lo acosó la necesidad de permanecer refugiado entre los brazos protectores, pero el sentimiento no tardó en consumirse, abrasado por el ansia insaciable surgida de algún recóndito rincón de su ser; un ansia inspirada por la magia.

—¿Le diste acaso la espada a Tanin para decirle después que la rompiera? —Barbotó el muchacho mientras apartaba los brazos de su padre con brusquedad—. ¿Diste acaso a Sturm el escudo aconsejándole que se escondiera tras él?

Caramon abrió la boca para decir algo, pero Palin se le anticipó.

—No, claro. Eso es diferente. Es algo que tú entiendes. Pero a mí nunca me han entendido, ¿verdad, padre? ¿Cuántos años pasaron hasta que logré convencerte para que me dejaras estudiar con el maestro que había enseñado a mi tío? Cuando por fin, y a regañadientes, me la consentiste, era el aprendiz de mayor edad entre los asistentes. Durante años estuve más retrasado que el resto de los discípulos, y tuve que trabajar con ahínco para ponerme a su altura. Y todo ese tiempo, padre, supe que tú y madre me estabais vigilando con ansiedad. Os oía hablar por las noches y decir que, quizá, me cansaría de ese «capricho». ¡Capricho! —La angustia quebró la voz del muchacho—. ¿Es que no te das cuenta? ¡La magia es mi vida! ¡Mi amor!

—¡No, Palin! ¡No digas eso, hijo! —Gritó Caramon con la voz rota.

—¿Por qué no? ¿Por qué te recuerdo a mi tío? ¡A él tampoco lo entendiste nunca! No tenías intención de dejarme que me presentara a la Prueba, ¿verdad, padre?

Caramon se encerró en su mutismo obstinado, con la mirada perdida en la oscuridad.

—No —susurró Palin—. No me lo habrías permitido. Y harás cuanto esté en tu mano para impedírmelo. Tal vez todo esto... —El joven se volvió hacia Dalamar y lo miró con suspicacia—. Todo esto sea sólo una burda pantomima que habéis preparado tus amigos y tú para asustarme, para convencerme de que renuncie a la magia. ¡Tendrías una excusa perfecta! Bien, pues, ¡no ha funcionado vuestra pequeña estratagema! —Lo fría mirada de Palin fue de Dalamar a su padre—. ¡Espero que se os atragante!

—Pasó ante el elfo oscuro y puso el pie en el primer escalón, con los ojos fijos en el espectro que tenía ante él.

—Ven, Palin. —Una mano esquelética surgió de la nada e hizo señas para que se acercara—. Ven.

—¡No! —Gritó desesperado Caramon, a la vez que saltaba hacia adelante.

Palin subió otro peldaño. Caramon alargó el brazo para sujetar a su hijo. En ese instante, se oyó una palabra arcana y el hombretón se quedó paralizado.

—No te interpongas —dijo Dalamar con severidad.

Palin volvió la cabeza y vio a su padre que se debatía impotente contra el hechizo

que lo inmovilizaba. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Por un momento, el corazón del muchacho vaciló. Su padre lo amaba... ¡No! Palin apretó los labios con gesto resuelto. Porque lo amaba, precisamente, debía dejarlo seguir adelante.

«Le demostraré que soy fuerte. Tan fuerte como Tanin y Sturm —pensó—. Le demostraré que ya no soy un chiquillo que necesita su protección».

El joven vio que Dalamar se disponía a seguirlo escaleras arriba. En el mismo momento, se materializaron de improviso otros dos pares de ojos espectrales que salieron al paso del elfo oscuro y le impidieron avanzar.

—¿Qué significa esto? —Bramó encolerizado Dalamar—. ¿Osáis detenerme a mí, el amo de la Torre?

—Sólo hay un verdadero amo de la Torre —dijo el guardián con voz queda—. Aquel que vino a nosotros una noche, hace mucho tiempo. Las puertas se abrieron a su paso.

Mientras pronunciaba estas palabras, el guardián tendió una mano a Palin. Sobre la esquelética palma había una llave de plata.

—¡Palin! —Llamó Dalamar con la voz ronca por el miedo y la ira—. ¡No entres solo! ¡No sabes nada sobre el arte! ¡No has pasado la Prueba! ¡No podrás luchar contra él! ¡Nos destruirá a todos!

—¡Palin! —Suplicó Caramon con angustia—. ¡Palin, hijo! ¡Volvamos a casa! ¿Es que no lo entiendes? ¡Te quiero tanto, hijo mío! No soportaría perderte... como lo perdí a él.

Las voces retumbaban en sus oídos, pero Palin no les prestaba atención. Pía otra voz. Una voz suave, ronca, susurrante...

—Ven a mí, Palin. ¡Te necesito! Tienes que ayudarme...

Un escalofrío lo estremeció. Palin alargó la mano y cogió la llave que le ofrecía el espectro. A pesar de temblarle los dedos por el miedo y la ansiedad, se las arregló para insertarla en la cerradura de plata.

Sonó un corto chasquido.

Palin rozó la hoja de roble con las yemas de los dedos, y empujó con suavidad.

La puerta se abrió a su paso.

Capítulo 7

Palin entró despacio en el oscuro laboratorio; temblaba de excitación. Echó una rápida ojeada atrás para constatar que Dalamar lo seguía también, por qué no, pero alardear ufano de su hazaña. Pero no tuvo oportunidad de disfrutar su triunfo. La puerta se cerró tras él con un golpe seco.

Al verse solo y atrapado en la oscuridad, un terror avasallador le atenazó las entrañas. Buscó desesperado la cerradura de plata e intentó introducir la llave, pero ésta se desvaneció entre sus dedos temblorosos.

—¡Palin! —El grito desgarrado de su padre le llegó amortiguado y lejano. Hubo un tumulto y se escuchó un fuerte golpe, como si algo pesado se hubiera estrellado contra la sólida hoja de madrea. A continuación se oyó un cántico mágico.

La puerta tembló. Por los resquicios se colaba una luz brillante.

«Dalamar está lanzando un conjuro», comprendió el muchacho, que se retiró de la puerta como medida de precaución. El golpe que antes había escuchado había sido obra de su padre, sin duda, al arremeter contra la hoja de madera. La puerta, sin embargo, resistió a las embestidas tanto mágicas como físicas.

A espaldas de Palin surgió un brillo tenue. El joven se encogió de hombros y se dio media vuelta. Por mucho que lo intentaran, ni su padre ni Dalamar conseguirían entrar en el laboratorio.

Lo supo con certeza y, no obstante, sonrió tranquilo. Ya no estaba asustado.

Por primera vez en su vida, hacia algo por sí solo, sin tener a su alrededor ni a su padre, ni a sus hermanos, ni a su maestro para «ayudarlo». La idea era excitante. Palin suspiró complacido, se relajó y miró en derredor. Un estremecimiento de felicidad le recorrió el cuerpo.

Sólo en dos ocasiones le habían descrito este cuarto. La primero, Tanis el Semielfo. La segunda, su padre, que, aunque siempre se había negado a hablar de lo ocurrido en el laboratorio aquel día —el día que murió su gemelo—, por fin accedió a las constantes súplicas de su hijo pequeño, y le relató parte de los hecho. Aún entonces, lo hizo con escasas y entrecortadas frases. Tanis fue más explícito, pero hubo pasajes del agridulce relato de ambición, amor y sacrificio que el semielfo eludió, evitando incluso recordarlos.

Aún así, las descripciones de ambos habían sido bastante precisas. El laboratorio era tal como Palin lo había imaginado en sus sueños.

Sin atreverse casi a respirar, el joven se adentró poco a poco en el cuarto mientras examinaba cada detalle.

Nada ni nadie habían alterado la quietud de la estancia en veinticinco años. Como

había dicho el elfo oscuro, ningún ser vivo había osado entrar en ella. Una gruesa capa de polvo gris cubría el suelo. Ni siquiera las huellas de ratones rompían la uniforme superficie, tan lisa y suave como nieve recién caída. El polvo revestía también los repechos de las ventanas y en los quicios ninguna araña había tejido su tela, ni ningún murciélago agitaba las correosas alas.

Era difícil determinar el tamaño del cuarto. Al principio le había parecido pequeño, pero, a medida que pasaban los minutos su tamaño parecía agrandarse.

—¿O soy yo quien ha empequeñecido? —Susurró el joven.

«Aún no eres mago. No perteneces a este lugar —clamó su mente, a lo que replicó su corazón—: La verdad es que perteneces a él, más que a ninguna otra parte».

El aire estaba cargado de olor a moho y polvo. Todavía flotaba en él un suave aroma picante que le resultaba familiar.

La luz lanzó destellos en unos tarros de cristal que se alineaban sobre un estante de la pared. Estaban llenos de hojas secas, pétalos de rosas y otras hierbas y especias. Eran componentes para los hechizos.

También se advertía otro olor, y éste no tan agradable: el tufo decadente de la muerte. Los esqueletos de unas extrañas e irreconocibles criaturas yacían enroscados en el fondo de pequeñas jaulas. Palin recordó los rumores acerca de los experimentos llevados a cabo por su tío con el propósito de crear vida, y apartó la vista con premura.

Examinó la enorme mesa de piedra, en cuya superficie pulida aparecían grabadas unas runas. ¿Sería cierto que había sido extraída del fondo del mar, como contaba la leyenda?, se preguntó el muchacho, mientras acariciaba la suave superficie con los dedos, que dejaron un rastro sutil sobre el polvo. Su mano se posó reverente en el alto taburete situado junto a la mesa. Palin se imaginó a su tío sentado en él cuando trabajaba o leía...

Su mirada se detuvo en las hileras de libros de hechizos que ocupaban estantería tras estantería, a todo lo largo de una de las paredes del laboratorio. Los latidos de su corazón se aceleraron. Reconocía los libros por la descripción que de ellos le había hecho su padre. Los de encuadernación azul oscuro y runas plateadas eran los del gran archimago Fistandantilus. Un halo helado irradiaba de los volúmenes. Palin, que tiritaba de pies a cabeza, se detuvo, sin atreverse a acercarse más, aunque sus manos se crisparon ansiosas. Mas resistió el impulso. Sólo un mago de alto rango habría podido tocarlos —únicamente tocarlos—; por lo tanto, era impensable leer los conjuros recopilados en sus páginas. De intentarlo, la encuadernación le abrasaría la piel, y las palabras arcanas destruirían su mente y lo conducirían a la locura.

Con un suspiro de amargo pesar, Palin volvió los ojos hacia otra hilera de volúmenes, los negros con runas plateadas: los de su tío.

Se preguntó qué le pasaría si intentara leerlos. Se adelantó para examinarlos más de cerca y entonces de pronto vio de dónde procedía la fuente de luz que alumbraba el laboratorio.

—¡El bastón! —Masculló entre dientes.

En un rincón, recostado contra la pared, estaba el Bastón de Mago. El mágico cristal de la bola emitía una luz fría y blanca; semejante a la de Solinari, se dijo el joven.

Unas lágrimas de añoranza arrasaron sus ojos, y se deslizaron silenciosas por sus mejillas. Parpadeando para contener el llanto que le nublabla la vista, se acercó al bastón, sin atreverse a respirar, temeroso de que la luz se extinguiera en cualquier momento.

Recordó que el cayado, que Par, Salian había entregado a su tío tras superar la Prueba con éxito, poseía el mágico don de iluminarse al pronunciar una palabra arcana. Pero, según la leyenda, sólo la mano de Raistlin podía tocarlo; de lo contrario, su luz se apagaba.

—Pero mi padre lo sostuvo —musitó el joven—. Y, con la ayuda de mi tío, cerró el Portal e impidió que la Reina de la Oscuridad penetrara en el mundo. Después, se apagó, y nada ni nadie habrá conseguido que volviera a iluminarse.

Sin embargo, ahora...

Con un nudo en la garganta y el corazón palpitándole de una manera tan atropellada que le costaba trabajo respirar. Palin alargó una mano trémula hacia el bastón. Si se apagaba, quedaría atrapado en las tinieblas.

Las puntas de sus dedos rozaron la madera.

El resplandor se intensificó.

Los dedos helados del muchacho se cerraron en torno al cayado y lo sujetaron con firmeza.

La bola de cristal relució y derramó su fulgor sobre él, de manera que la blanca túnica resplandecía como si fuera plata fundida.

Al levantarlo, Palin observó extasiado que la fuente de luz crecía, se concentraba en un punto, y lanzaba un destello hacia un apartado rincón del laboratorio; un rincón que, hasta ese momento, había permanecido inmerso en la más profunda oscuridad.

El muchacho avanzó unos pasos y divisó una pesada cortina de terciopelo púrpura que colgaba desde el techo. Las lágrimas se le helaron en el rostro. Un escalofrío le estremeció el cuerpo. No era preciso tirar del dorado cordón de seda que colgaba a un lado del terciopelo, no era necesario correr las cortinas para saber lo que había detrás.

El Portal.

Creados hacía siglos por hechiceros hambrientos de poder y conocimiento, los Portales habían sido la causa de su perdición al abrirles el paso a los dominios de los dioses. Sabiendo las terribles consecuencias que tendrían si caían en manos de algún

insensato, los sabios de las tres Órdenes se reunieron y los clausuraron del mejor y único modo que supieron: estableciendo la premisa de que sólo mediante la actuación conjunta de un poderoso archimago de los Túnicas Negras y un clérigo puro de Paladine se abriría el acceso de los Portales. Creyeron, y ése fue su error, que una asociación tan descabellada jamás tendría lugar. Pero olvidaron algo: el amor.

Valiéndose de tal sentimiento, Raistlin persuadió a Crysania, la Hija Venerable de Paladine, para que colaborara con él en la apertura del Portal. Así fue como logró entrar en el Abismo y desafiar a la Reina de la Oscuridad con el propósito de ocupar su puesto. La consecuencia de tamaña ambición en un ser humano habría sido nefasta: la destrucción total del mundo.

Conocedor de ello, Caramon, su hermano gemelo, se arriesgó a penetrar en el Abismo para impedirselo. Y lo hizo. Pero sólo con la colaboración del propio Raistlin.

Conforme a la leyenda, al comprender todo el alcance de su error, el archimago se había sacrificado a sí mismo a favor del mundo. Fue él quien cerró el Portal, frustrando así las ambiciones de Takhisis. Mas el precio que pagó fue terrible: quedó atrapado al otro lado del acceso.

Palin se acercó poco a poco a la cortina, como si una fuera lo arrastrara en contra de su voluntad. ¿O lo hacía de buen grado? ¿Era el miedo el que hacía inciertos sus pasos, o era la excitación?

En ese instante se escuchó de nuevo la voz susurrante.

—Palin... ayúdame...

¡La voz parecía venir de detrás del cortinaje!

Palin vaciló, se le doblaron las rodillas y tuvo que sujetar al bastón. ¡No! ¡Era imposible! Su padre estaba seguro...

A través de los párpados entrecerrados, vislumbró otra luz al frente. Abrió los ojos sobrecogido y vio un destello multicolor que escapaba por detrás de la cortina.

—Palin... ayúdame...

La mano del joven agarró el dorado cordón con un gesto maquinal. No recordaba haberla movido y, sin embargo, sus dedos se cerraban alrededor de la seda trenzada. Indeciso, miró al bastón y luego volvió la vista hacia atrás, a la puerta del laboratorio.

El tumulto había cesado y ya no se distinguía luz bajo el umbral. Quizá Dalamar y su padre habían renunciado. O quizás el guardián los había...

Palin tembló de pies a cabeza. Debía regresar, renunciar a esta locura. Era demasiado peligroso. ¡Él ni siquiera era mago!

En el mismo instante en que tal idea le pasaba por la mente, la luz del cristal del bastón decreció; o, al menos, así se lo pareció a él.

«No —pensó con resolución—. He de seguir adelante. ¡Tengo que saber la verdad!».

Agarró el cordón de seda con la mano sudorosa y tiró con fuerza. Anhelante, sin respirar, vio cómo la cortina se izaba con lentitud y el resplandor se hacía más deslumbrante conforme el terciopelo se recogía en relucientes dobleces.

Levantó una mano para resguardarse los ojos, y contempló sobrecogido la magnífica, terrible visión. El Portal era un vacío negro al que rodeaban cinco cabezas de dragones metálicas. Talladas por la magia a semejanza de Takhisis, su Oscura Majestad, mostraban las fauces abiertas en un silencioso grito triunfal. Cada una de ellas irradiaba un color diferente: verde, azul, rojo, blanco y negro.

Palin parpadeó, cegado por el fulgor. Los ojos le ardían y tuvo que frotárselos. El brillo de las cabezas se hizo deslumbrante, y en el aire se alzaron unos cánticos.

La primera: *De la oscuridad a la oscuridad, el eco de mi voz resuena en el vacío*

La segunda: *De este mundo al otro, mi voz clama exultante de vida*

La tercera: *De la oscuridad a las tinieblas, llamo. Bajo mis pies, el suelo es firme*

La cuarta: *Tiempo detén el curso de tu marcha*

Y, por último, la quinta cabeza: *Puesto que incluso los dioses se someten al destino, lamentadlo conmigo.*

Palin dedujo que se trataba de un conjuro. Su visión se hizo borrosa, y las lágrimas corrieron a raudales por sus mejillas.

Las luces multicolores formaron un torbellino y giraron alrededor del vacío negro que vibraba palpitante.

Aturdido, Palin apretó de manera inconsciente el bastón. Se sentía incapaz de apartar los ojos del Portal ¡La propia oscuridad se movía, giraba en torno a un punto de mayor negrura en el centro del vacío, como el ojo de un huracán sin forma ni sustancia!

Giraba, giraba, giraba...

El tenebroso vórtice empezó a absorber hacia su centro al aire del laboratorio, el polvo, la luz del bastón...

Aterrado, Palin notó que lo arrastraba también a él.

—¡No! —Su alarido se perdió en las negras espirales.

Se debatió, luchó contra la titánica fuerza, pero la atracción era irresistible. Inerme como un bebé que intentara evitar su nacimiento, Palin atravesó la luz deslumbrante, y salió lanzado hacia la pulsante oscuridad.

Las cabezas de los dragones elevaron sus voces en un cántico de alabanza a su Oscura Majestad.

La presión comprimió el cuerpo de Palin, lo aplastó. Unas garras afiladas lo desgarraron en pedazos, miembro por miembro. Un chorro de fuego lo envolvió y socarró su carne hasta los huesos. Una avalancha de agua se precipitó sobre él, y lo arrastró a sus profundidades.

Exhaló un mudo alarido.

Aguardó anhelante la muerte que pondría fin a aquel sufrimiento insoportable.
Su corazón estalló.

Capítulo 8

La luz, los cánticos, el dolor... Todo desapareció.

Todo fue silencio.

Palin abrió los ojos. Yacía boca abajo, y la luz del Bastón de Mago, todavía sujeto entre sus dedos, brillaba fría y pura. No sentía dolor alguno. Su respiración era pausada y normal. El latido de su corazón, rítmico. El cuerpo no presentaba heridas... Pero no estaba tumbado en el suelo del laboratorio, sino sobre arena.

Se incorporó despacio y echó una ojeada al paisaje desolado, plano como un desierto, que se extendía inviable hasta donde alcanzaba la vista. Desasosegado, giró sobre sus talones. A pesar de no haber estado nunca allí, este lugar le resultaba vagamente familiar. El suelo y el cielo tenían un peculiar color rojizo. La voz de su padre resonó en su mente: «...como si una perpetua puesta de sol ardiera en la lejanía».

Palin sacudió la cabeza para ahuyentar la horrible deducción. Una sofocante oleada de pánico lo dejó sin aliento. Se tambaleó.

—El Abismo —musitó, mientras apretaba el bastón buscando apoyo en él.

—Palin...

El angustiado gemido lo sacó de su estupor. Al oír su nombre, el muchacho abrió los ojos de par en par. Alarmado por el tono de la voz, se volvió con brusquedad y buscó el origen del inquietante sonido. Al frente, donde unos momentos antes no había nada, se alzaba un muro de piedra.

—Dos figuras que arrastraban algo se dirigían hacia allí. Palin se estremeció al reparar en que ese «algo» era humano. Humano, y vivo. La persona forcejeaba para librarse de sus aprehensores, pero toda resistencia era inútil contra aquellos cuya fuerza provenía de más allá de la tumba. El muro parecía ser un punto de destino, pues uno de los zombis lo señaló y soltó una risa siniestra. El humano cesó en su resistencia durante un breve instante, alzó la cabeza, y miró directamente hacia Palin.

Tenía la piel dorada, las pupilas en forma de relojes de arena...

—¿Tío? —Susurró el joven con un soplo de voz.

Adelantó un paso, pero Raistlin negó con un gesto de la cabeza, y su delicada mano hizo un ademán imperceptible, como si dijera: «Ahora no».

En ese mismo momento, Palin cayó en la cuenta de que estaba solo, en el Abismo, en terreno abierto, carente de protección, salvo el Bastón de Mago; un bastón mágico cuyos poderes desconocía e ignoraba cómo utilizar.

Los muertos vivientes estaban atentos sólo a su forcejeante víctima, y no se habían percatado de la presencia del joven; pero, más pronto o más tarde, acabarían por descubrirlo.

Asustado, desesperado, frustrado, Palin miró a su alrededor buscando un sitio

donde esconderse. Para su sorpresa, un espeso arbusto apareció de la nada, como en respuesta a su mudo desea.

Sin parar mientes en cómo o por qué se había materializado, el joven se escondió tras el matorral y cubrió el cristal del bastón con la mano para ocultar su luz. Después, se asomó con sigilo al ardiente paisaje.

Los zombis habían llegado al muro arrastrando a su cautivo. Una palabra conminatoria hizo que aparecieran unas argollas de la piedra. Los muertos vivientes alzaron con facilidad al prisionero y cerraron los grilletes en torno a sus muñecas. Luego, tras hacerle unas burlonas reverencias, se alejaron. Raistlin quedó colgado del muro, la ardiente brisa sacudía la túnica negra.

Palin dio un paso hacia él, pero en ese momento una profunda oscuridad le nubló la visión y le inundó la mente, el alma y el cuerpo de un terror tan brutal que lo paralizó.

A despecho de la espesa y envolvente oscuridad, el joven distinguió una silueta. Era una mujer, la mujer más bella y deseable que había visto en su vida. La contempló extasiado mientras ella se acercaba a su tío, y se fijó que las manos esposadas de él se crispaban. Lo vio todo a pesar de que lo rodeaba una oscuridad tan densa como si hubiera estado en la sima del más profundo océano. Entonces comprendió: las tinieblas estaban en su mente, ya que se hallaba en presencia de Takhisis, la Reina de la Oscuridad en persona.

Mientras la observaba, paralizado por el respeto y el horror, y embargado por una sensación tan reverente que lo inducía a postrarse de rodillas ante ella, Palin presenció su transformación. En medio de la oscuridad, sobre la arena ardiente, apareció un inmenso dragón. Sus alas extendidas cubrían el paisaje de tinieblas. Las cinco cabezas ondeaban sobre los cinco cuellos. Las cinco fauces se abrían en mudos alaridos de gozo y cruel complacencia.

Palin vio que su tío volvía la cabeza a un lado, con un gesto involuntario, y cerraba los ojos dorados como si fuera incapaz de enfrentarse a la visión de la criatura que lo contemplaba con malicia.

Aun entonces, el archimago se debatió en un intento de soltarse de las argollas. Las muñecas se le desgarraron y sangraron por el vano esfuerzo.

Suavemente, con deliberada lentitud, el dragón levantó una garra. Con un golpe fugaz, partió en dos, de arriba abajo, la negra túnica de Raistlin. Después, con idéntica eficacia, desgarró el cuerpo del archimago.

Palin sofocó un grito y apretó los ojos para no presenciar la nauseabunda escena, pero ya era demasiado tarde. Lo había visto. Y lo seguiría viendo en sueños durante el resto de su vida, al igual que seguiría oyendo el grito agónico de su tío. La cabeza le dio vueltas, y se desplomó de rodillas en la arena. Se llevó las manos al estómago y

vomitó con violentas arcadas.

Después, a través del velo de náusea y terror que lo cegaba, Palin recordó a la Reina y supo que también ella había reparado en su presencia. Sintió que lo buscaba, escuchando atenta, olfateando el aire... Y él había olvidado ocultarse. De todas formas, no había adónde ir, ni existía lugar alguno en el que esconderse de ella. Tampoco podía presentarle batalla, puesto que era incapaz incluso de mirarla. Carecía de la fortaleza necesaria. Siguió inmóvil, doblado sobre él mismo, sacudido por violentos temblores, esperando que llegara su fin.

Mas no ocurrió nada. La sombra se alejó y el terror de Palin remitió poco a poco.

—Palin... Ayúdame...

La voz, enronquecida por el dolor, fue un susurro que sonó en la mente del joven. Sus oídos captaron otro sonido horripilante: un lento gotear.

—¡No! —Gimió Palin, sacudiendo la cabeza. Se aplastó contra la arena como si quisiera desaparecer en ella. Se escuchó otro grito ahogado, y Palin vomitó otra vez. Rompió a llorar, conmovido por el horror, por la piedad; se despreció a sí mismo por su debilidad.

—¿Qué puedo hacer? ¡No soy nada, no tengo poder para ayudarte! —Balbuceó. Sus manos se crisparon en torno al bastón. Se tambaleó, incapaz de abrir los ojos, incapaz de mirar...

—Palin... —La voz era un tremor convulso. Se advertía que pronunciar cada palabra le costaba un esfuerzo doloroso—. Debes... ser fuerte. Por tu propio... bien, y... por el mío.

El muchacho era incapaz de responder. Tenía la garganta seca y comprimida. El amargo sabor de la bilis le asqueó. Tenía que ser fuerte... por su propio bien.

Despacio, ayudándose con el bastón, se incorporó poco a poco. Apoyó la cabeza en el cayado y sintió el contacto fresco y reconfortante de la madera. Abrió los ojos.

El cuerpo de Raistlin colgaba inerte por las muñecas, la túnica negra estaba hecha jirones. El largo cabello blanco le caía sobre el rostro, al tener la cabeza reclinada sobre el pecho. Palin procuró mantener fija la mirada en el semblante de su tío, pero los ojos, a pesar suyo, bajaron hasta el torso ensangrentado. Desde el pecho hasta el bajo vientre, el cuerpo de Raistlin estaba desgarrado y quedaban al descubierto los órganos vitales aún palpitantes. El goteo que había escuchado Palin era la sangre al caer sobre un aljibe colocado a sus pies.

El estómago del joven sufrió otra convulsión, pero ya no tenía nada que expulsar. Con los dientes apretados, Palin cruzó la distancia que lo separaba del muro, apoyado en el bastón para mantenerse en pie.

Al llegar al aljibe de piedra, las piernas ya no lo sostenían. Temiendo desmayarse a causa de la espantosa escena, se dejó caer de rodillas y hundió la cabeza en el

pecho. La voz sonó otra vez.

—Mírame... ¿Me... conoces, Palin?

El muchacho levantó la cabeza a su pesar. Los ojos dorados lo miraban con fijeza, las pupilas en forma de relojes de arena estaban dilatadas por la agonía, los labios manchados de sangre, se entreabrieron, pero no emitieron sonido alguno. Una convulsión estremeció el cuerpo destrozado.

—Te conozco, tío. —Palin se dobló en dos y rompió a llorar. Entretanto, unas palabras retumbaban en su mente.

«Padre mintió. ¡Me mintió! ¡Se mintió a sí mismo!».

—Palin, tienes que ser fuerte —musitó Raistlin—. Puedes... liberarme, pero tienes que... darte prisa.

«Tengo que ser fuerte».

—Sí. —El joven se tragó el llanto. Se limpió con brusquedad las lágrimas, se incorporó y miró a su tío—. Lo siento. ¿Qué he de hacer?

—Utiliza... el bastón. Toca con él los grilletes... de mis muñecas. ¡Aprisa! La Reina...

—¿Dónde está? —Tartamudeó el joven, mientras salvaba el aljibe ensangrentado. Alargó el brazo y tocó con la bola de cristal una de las argollas que se soltó de inmediato.

Exánime, agonizante, su tío ya no podía hablar, pero sus palabras llegaron a la mente de Palin.

—Tu presencia la ha alejado. No esperaba encontrarse con un Túnica Blanca. Pero sus vacilaciones no durarán mucho, y volverá. Para entonces, los dos tenemos que estar lejos de aquí.

Palin tocó con el bastón el otro grillete. Al quedar libre de las cadenas, Raistlin se derrumbó y cayó en brazos del joven. La piedad y la compasión de Palin superaron el horror; recostó con delicadeza el cuerpo destrozado y sangrante en el suelo.

—No puedes ir a ninguna parte —susurró Palin—. Estás... estás muriéndote.

—Sí —respondió la voz de Raistlin en su mente. Los finos labios del archimago se apretaron—. Dentro de un instante habré muerto como he muerto incontables amaneceres anteriores a éste. Cuando caiga la noche, volveré a la vida, y pasaré todas esas horas aguardando la llegada del nuevo amanecer y... a la Reina que vendrá y de destrozará hasta arrancarme la vida del mismo modo torturante y doloroso.

—¿Qué puedo hacer? —Gimió Palin—. ¿Cómo te puedo ayudar?

—Ya lo estás haciendo —dijo su tío, que había recobrado la voz. Su mano se alzó temblorosa y se señaló el pecho—. Mira...

Reacio, el muchacho bajó la vista hacia la terrible herida. ¡Se estaba curando! ¡La carne se cerraba poco a poco! Palin abrió los ojos de par en par, perplejo. Ni aun siendo un clérigo de Paladine de alto rango habría podido realizar semejante milagro.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo...? —Balbuceó desconcertado.

—Ha sido tu piedad, tu amor —murmuró Raistlin—. Del mismo modo habría podido salvarme mi hermano... si hubiera tenido el coraje suficiente para entrar en el Abismo. —Una mueca amarga le curvó los labios—. Ayúdame a levantarme.

Palin tragó saliva. Sin decir una palabra, ayudó al archimago a ponerse de pie. ¿Qué iba a decir? Estaba avergonzado, avergonzado por su padre.

—Dame el brazo, sobrino. Puedo caminar. Vamos, tenemos que llegar al Portal antes de que su Oscura Majestad regrese.

Palin rodeó con el brazo el enteco cuerpo de su tío. Notó el calor peculiar que irradiaba de él y que hacía entrar en calor a su propio cuerpo entumecido.

—¿Seguro que puedes caminar? —Preguntó.

—He de hacerlo. No queda más remedio.

Apoyado en el muchacho, el archimago se arrebujó en la destrozada túnica, y los dos echaron a andar por la arena tan rápidamente como les era posible.

A lo lejos, se divisaba el Portal que se alzaba en medio del paisaje rojizo.

Palin miró a su tío con preocupación.

—Toma —ofreció—. Coge tu bastón. Te ayudará a caminar.

Los ojos dorados de Raistlin se posaron en el cayado. Alargó la delicada mano y acarició con ternura la suave madera. Luego, miró a Palin, sonrió y movió la cabeza.

—No, sobrino —dijo con voz queda, ronca—. El bastón es para ti. Un regalo de tu tío. Después de todo, habría sido tuyo algún día. —Como si hablara para sí, añadió—: Te habría enseñado yo mismo. Habría estado presente cuando pasaras la Prueba. Me habrías hecho sentirme tan orgulloso... —Se encogió de hombros y volvió los ojos hacia Palin—. ¿Qué tonterías digo? Ya me siento orgulloso de ti. ¡Tan joven y atreverte a entrar en el abismo...!

Como si quisiera recordarles dónde estaban y el peligro que corrían, la sombra de unas alas se cernió sobre ellos.

—Palin alzó la vista atemorizado. Oteó el Portal, que ahora parecía encontrarse más lejos que antes.

—No llegaremos a tiempo, tío.

—¡Aguarda! —Raistlin hizo un alto para recobrar el aliento. El color le volvía poco a poco a las mejillas—. No hay por qué correr. Mira el Portal, Palin. Concéntrate en él. Imagínalo como si estuviera justo delante de ti.

—No te entiendo...

—¡Obedéceme! —Ordenó el archimago con un tono enigmático.

La sombra crecía y se hacía más y más oscura. Con los ojos fijos en el Portal, Palin intentó hacer lo que le pedía su tío, pero era incapaz de apartar de su mente la cara de su padre, ni la visión del dragón mientras desgarraba la carne de su tío. Las tinieblas se hicieron más densas, oscuras como una noche cerrada, tan negras como

su terror.

—No tengas miedo —oyó la voz de su tío—. Concéntrate.

El disciplinado entrenamiento de la magia acudió en ayuda de Palin. Con los ojos cerrados, el joven se aisló de todo —su miedo, su repulsión, su tristeza—, y evocó la imagen del Portal en su mente, justo enfrente de él.

—Excelente, jovencito —susurró Raistlin.

Palin parpadeó sorprendido. El Portal estaba exactamente como lo había imaginado, a un par de pasos de distancia.

—No vaciles —ordenó Raistlin, al leer la mente del joven—. El camino de regreso no es difícil, al contrario de lo que el de llegada. Adelante. Puedo sostenerme yo solo, te seguiré.

Palin dio un paso. Sintió una ligera sensación de mareo y una momentánea ceguera. Pero todo pasó enseguida. Exhaló un suspiro de alivio; se encontraba de nuevo en el laboratorio. El Portal había quedado atrás, aunque no recordaba cómo lo había cruzado. Raistlin estaba a su lado, pero no lo miraba a él, sus ojos estaban prendidos en el acceso. Una extraña mueca se dibujaba en sus finos labios. Palin creyó entender el motivo de aquel gesto...

—¡Tienes razón, tío! ¡Debemos cerrarlo! —Exclamó—. ¡La Reina intentará traspasarlo!

El joven se adelantó con el bastón enarbolado. Una mano delgada se cerró sobre su brazo con tanta fuerza que le hizo daño; su contacto le quemaba. Palin dio un respingo. Se mordió los labios para contener el grito de dolor, y miró a su tío con desconcierto.

—Todo a su tiempo, querido sobrino. —Siseó Raistlin—. Todo a su tiempo...

Capítulo 9

Raistlin atrajo hacia sí a su sobrino; sus delgados dedos se clavaron en los brazos del muchacho. Esbozó una sonrisa al ver que Palin retrocedía, y advirtió la mirada de dolor en sus ojos verdes. A pesar de ello, el archimago lo retuvo y estudió con detenimiento sus rasgos, así como la profundidad de su alma.

—Hay mucho de mí mismo en ti, jovencito —Raistlin apartó un mechón de pelo que caía sobre el pálido semblante del muchacho—. Sí mucho más de mí que de tu propio padre. Y, por ello, él te ama más que a los otros, ¿verdad? ¡Oh, se siente orgulloso de tus hermanos, desde luego! —Exclamó el archimago para acallar la protesta que iniciaba Palin—. Pero es a ti a quien mima y protege...

Sonrojado, Palin se libró de las manos de su tío de un tirón. Podía haberse ahorrado el esfuerzo, ya que el archimago lo retuvo, si bien esta vez fueron sus ojos los que lo inmovilizaron, no sus manos.

—¡Te agobiará! —Siseó Raistlin—. ¡Te reprimirá, como hizo conmigo! No consentirá que pases la Prueba. Lo sabes, ¿no?

—Él... no lo comprende —tartamudeó el muchacho—. Sólo intenta hacer lo que cree que es...

—No me mientas, Palin —lo interrumpió la voz siseante del archimago, que puso los dedos sobre los labios del joven—. No te mientas a ti mismo. Abre los ojos a la verdad que hay en tu alma. ¡Con qué claridad veo tu espíritu! El rencor, la envidia... ¡úsalos, Palin! Utilízalos para hacerte fuerte, como hice yo.

La mano dorada recorrió la estructura ósea del rostro del joven: la firme barbilla, la fuerte mandíbula, los pómulos altos y suaves. El contacto de sus dedos provocó un estremecimiento en Palin, pero más honda fue la sensación que despertó en su alma la ardiente expresión de las pupilas en forma de relojes de arena.

—Deberías haber sido mío. ¡Mi hijo! —Susurró Raistlin—. ¡Te habría elevado al poder! ¡Cuántas maravillas te habría mostrado, Palin! Con las alas de la magia, habríamos sobrevolado el mundo; habríamos ovacionado al minotauro vendedor de la pugna por la sucesión; habríamos bajado al fondo del océano para nadar con los elfos verdes; habríamos batallado contra gigantes; habríamos presenciado el nacimiento de un dragón... Todo eso podría haber sido tuyo; *debería* haber sido tuyo, Palin, si ellos no...

Un golpe de tos interrumpió al archimago. Se tambaleó y se llevó las manos crispadas al pecho mientras boqueaba para coger aire. Palin lo sostuvo en sus fuertes brazos, y lo condujo hacia un mullido sillón polvoriento que estaba cerca del Portal. Bajo el polvo del asiento se advertían unas manchas parduscas en la tela, como si

mucho tiempo atrás se hubiese manchado de sangre. Preocupado por su tío, el joven no reparó en el detalle. Raistlin se derrumbó en el sillón, sacudido por la tos, y apretó contra los labios un fino pañuelo que Palin había sacado de su túnica. El joven apoyó con cuidado el bastón en la pared y se arrodilló junto a su tío.

—¿Puedo hacer algo para aliviarte? ¿Te traigo alguna cosa? Esas hierbas que bebías... —Echó una mirada a los tarros de cristal alineados sobre la repisa—. Si me dices las mezclas de los ingredientes...

—A su debido tiempo —murmuró, una vez pasado el espasmo—. A su debido tiempo, Palin. —Sonrió con fatiga y posó una mano sobre la cabeza del joven—. A su debido tiempo te enseñaré eso... ¡y mucho más! ¡Cómo han desaprovechado tu talento! ¿Qué te dijeron, jovencito? ¿Con qué argucias te trajeron a esta Torre?

Palin agachó la cabeza. El roce de los delicados dedos le producía una extraña sensación, mezcla de excitación y repulsa. Su piel se estremeció bajo la ardiente caricia.

—Vine... Dijeron que... que tú me... Que intentarías utilizar mi... —Tragó saliva, incapaz de continuar.

—¡Ah, claro! ¡Por supuesto! Es la excusa que sólo a esos estúpidos se les ocurriría. Te dijeron que me apoderaría de tu cuerpo, como Fistandantilus quiso apoderarse del mío. ¡Necios! Sería incapaz de privar al mundo, a la magia, de este joven y brillante intelecto, de este poder asombroso... Los dos juntos, Palin... Porque ahora seremos dos. Te haré mi aprendiz. —Los dedos ardientes revolviéron el cabello rojizo del muchacho.

Palin levantó la cabeza sorprendido.

—¡Estoy a un nivel muy bajo! No he pasado la Prueba.

—La pasarás, jovencito. La pasarás —musitó Raistlin, en cuyo rostro se reflejaba un gran agotamiento—. Y, con mi ayuda, no te será difícil... como me ocurrió a mí. ¡Chist! Ni dogas nada. Tengo que descansar. —Tiritando, Raistlin se arrebujó en la túnica desgarrada—. Tráeme un poco de vino. Y una túnica nueva para cambiarme, o me congelaré. Había olvidado lo húmedo que es este laboratorio.

Recostó la cabeza en el mullido respaldo del sillón y cerró los ojos. Se escuchaba su trabajosa respiración al entrar el aire en los pulmones.

Palin se levantó despacio y miró con desasosiego a sus espaldas.

Las cinco cabezas de dragones que rodeaban el Portal aún brillaban, si bien los colores eran más débiles y habían perdido fulgor. Las fauces permanecían abiertas, pero mudas. Palin, no obstante, tuvo la sensación de que estaban alerta, aguardando el momento propicio. Los cinco pares de ojos chispeantes lo vigilaban, como si conocieran algún oscuro secreto. Miró al Portal. El paisaje teñido de rojo se extendía en la distancia. Lejos, apenas perceptible, se divisaba el muro y el aljibe ensangrentado. Y cubriéndolo todo, la tenebrosa sombra alada.

—Tío. El Portal..., ¿no deberíamos...?

—Palin —interrumpió el archimago con un murmullo—. Te he dado una orden. Tendrás que aprender a obedecerme, aprendiz. Haz lo que te digo.

Entretanto, la sombra se había hecho más densa. La amenazante negrura puso un frío terror en el corazón del muchacho. Iba a decir algo, pero en ese momento se volvió hacia Raistlin y reparó en sus ojos. El archimago los tenía entrecerrados, pero se atisbaba un destello, dorado entre las pestañas. Semejaban los ojos de una serpiente. El joven se mordió y se apresuró a darse media vuelta. Tomó el bastón para alumbrarse y buscó por el laboratorio lo que le había pedido su tío.

Vestido ya con la nueva túnica de suave terciopelo negro, Raistlin se quedó de pie frente al Portal mientras bebía una copa de vino elfo que Palin había encontrado en una garrafa, en algún rincón del laboratorio.

La sombra cernida sobre el paisaje se había hecho tan oscura que daba la sensación de que la noche había caído sobre el Abismo. Pero ninguna estrella ni la luz de ninguna luna aliviaban aquellas tinieblas. El muro era el único objeto distinguible, al brillar de un modo siniestro con luz propia.

Raistlin lo contemplaba fijamente, con el rostro contraído y los ojos nublados por el dolor.

—Así es como me recuerda lo que me aguarda si me atrapa, Palin —dijo en un susurro—. Pero no, no volveré allí.

El archimago volvió la mirada hacia el joven. Los ojos le relucían en las profundidades de la negra capucha.

—He tenido veinticinco años para reflexionar sobre mis errores. Veinticinco años de insoportable agonía, de tormentos sin fin... Mi única alegría, lo único que me daba fuerzas para enfrentarme a la tortura cada amanecer, era tu imagen, que veía en mi mente. Sí, Palin. —Raistlin sonrió, agarró al joven y lo atrajo hacia sí—. Te he estado observando todos estos años. He hecho cuanto podía hacer por ti. Posees una fuerza, una fuerza interna, que te viene de mí. ¡Ese deseo ardiente, ese amor por la magia! Sabía que algún día me buscarías para aprender a utilizarla. Como también sabía que ellos tratarían de impedírtelo. Pero no lo lograron. Todo cuando hicieron para alejarte te iba acercando más y más. Una vez que estuvieras aquí, sabía que oirías mi voz, que me liberarías. Por lo tanto, hice los planes pertinentes...

—Me honra tu interés por mí —comenzó Palin. Se le quebró la voz y tuvo que toser para aclararse la garganta—. Mas tienes que saber la verdad. Yo... yo no fui en tu busca para... para obtener poder. Oí tu voz pidiendo auxilio, y yo... fui porque...

—Movido por la piedad, por la compasión —concluyó Raistlin con una mueca retorcida—. Aún hay en ti mucho de tu padre. Pero es una debilidad que se superará con el tiempo. Como te dije, Palin, tienes que buscar la verdad, ser sincero contigo

mismo. ¿Qué sentiste al entrar en el laboratorio? ¿Qué sentiste al tocar el bastón por primera vez?

Palin intentó eludir la mirada de los penetrantes ojos de su tío. A pesar de que hacía frío en el laboratorio, el joven sudaba de manera copiosa. Raistlin lo retuvo y lo obligó a mirar sus ardientes ojos dorados.

En ellos, Palin se vio a sí mismo. ¿Era verdad lo que había dicho?

El muchacho observó con atención la imagen reflejada en los ojos del archimago. Vio a un hombre joven, vestido con una túnica de color indefinido, ahora blanca, después roa, y por último oscura.

Se estremeció de pies a cabeza.

«Nota mi miedo», comprendió el joven, a la vez que se esforzaba por contener los temblares que le sacudían el cuerpo.

¿Es miedo?, preguntaron aquellos ojos dorados. ¿Es miedo o es exaltación?

Reflejado en ellos, Palin vio el bastón que sostenía en la mano y lo bañaba de luz. Cuanto más tiempo lo tenía en su poder, tanto más sentía la magia en el interior del cayado... y en su propio ser. Los ojos dorados se movieron un poco y él los siguió. Vio el reflejo de los volúmenes de hechizos encuadernados en negro que se alineaban en las estanterías. Sintió otra vez el escalofrío que había experimentado al entrar en el laboratorio, y se humedeció los labios resecos y cortados, como el hombre que, tras deambular por un vasto desierto, encuentra por fin un fresco manantial en el que saciar su ardiente sed. Se vio a sí mismo como si estuviera ante un espejo, de pie, frente al archimago, vistiendo la túnica negra.

—¿Cuáles...? ¿Cuáles son tus planes? —Preguntó Palin con voz ronca.

—Muy simples. Como te he dicho, tuve muchos años para recapacitar sobre mi error. Mi ambición era desmedida. Tuve la osadía de ansiar convertirme en un dios, algo para que no estamos destinados los mortales, como me lo recordaron cada amanecer tan dolorosamente, cuando la garra de su Oscura Majestad me destrozaba el cuerpo.

Palin vio que los delgados labios se crispaban durante un instante, y los ojos dorados centelleaban. Los delgados dedos se contrajeron por la furia al recordar la agonía, y apretaron el brazo del muchacho de manera despiadada.

—He aprendido la lección —continuó Raistlin con un deje de amargura, mientras respiraba de manera anhelante, entrecortada—. He domeñado mi ambición. No volveré a dirigir mi empeño hacia esa meta absurda de convertirme en un dios. Me conformaré con el mundo. —Esbozó una sonrisa sarcástica y palmeó la mano de su sobrino—. Mejor dicho: *nos* contentaremos con el mundo.

—Yo... —Las palabras se le atragantaron a Palin. Estaba aturdido por las dudas, el temor y una excitación salvaje, violenta. Volvió los ojos hacia el Portal, sin embargo, y sintió que se le encogía el corazón—. ¿Pero, y la Reina? ¿No deberíamos

cerrarlo?

—No. Será el regalo que le hago, como muestra de mi lealtad: la entrada expedita al mundo. Y el mundo será su regalo para mí. Ella reinará, y yo... yo obedeceré.

Raistlin masticó literalmente las palabras. Tenía las mandíbulas apretadas, los labios entreabiertos en una mueca tirante y cruel. Palin se estremeció al sentir el odio avasallador y la furia desbordante que irradiaban del enteco cuerpo. El archimago arqueó una ceja.

—¿Escrúpulos, sobrino? —Preguntó con desdén mientras soltaba el brazo del joven—. Con escrúpulos no se alcanza el poder.

—Me dijiste que fuera sincero —respondió Palin, que se apartó de él, aliviado por librarse del ardiente contacto de su mano y, no obstante, anhelando en cierto modo volver a sentirlo—. Bien, pues, lo seré. ¡Estoy asustado! ¡Por los dos! Sé que soy débil... —admitió con la cabeza gacha.

—No, sobrino —dijo Raistlin con suavidad—. Débil, no. Sólo joven. Y siempre tendrás miedo. Pero yo te enseñaré a domeñarlo, a utilizarlo, a hacer de él tu siervo, y no al contrario.

Al alzar la vista, Palin observó que el rostro del archimago estaba conmovido por la ternura; una ternura que muy pocos en Krynn habían visto. La imagen de un joven con túnica negra reflejada en el espejo de las doradas pupilas se desvaneció, y en su lugar surgió un deseo ardiente, una imperiosa necesidad e amor.

Ahora fue el muchacho quien agarró la mano de Raistlin.

—¡Cierra el Portal, tío! —Suplicó—. ¡Ven a casa y vive con nosotros! El cuarto que mi padre construyó para ti sigue igual. Mi madre ha conservado la placa con la insignia de mago. Está guardada en un cofre de palosanto, pero y ola he visto. ¡La he tenido en mis manos infinidad de veces, cuando soñaba con este momento! ¡Ven a casa! ¡Enséñame cuanto sabes! ¡Te honraré, te veneraré! Viajaremos juntos, como has dicho. Muéstrame las maravillas que han contemplado tus ojos...

—A casa... —Los finos labios pronunciaron despacio las palabras, como si las saborearan—. A casa. ¡He soñado con ella tan a menudo...! —Los ojos dorados se volvieron hacia el muro que brillaba con su espantosa luz propia—. En especial, con la llegada de cada amanecer... —Luego, volviendo la mirada hacia Palin, el archimago sonrió—. Sí sobrino. Creo que volveré a casa contigo. Necesito tiempo para descansar, para recobrar las fuerzas, para olvidarme de... viejas pesadillas.

Palin notó que los ojos del archimago se ensombrecían con el recuerdo del sufrimiento. Raistlin empezó a toser, y le hizo una seña que se acercara. El muchacho dejó el bastón contra la pared y ayudó al archimago a llegar hasta el sillón.

Raistlin, agotado, se dejó caer en el asiento e indicó al joven con un ademán que le sirviera otra copa de vino. Después recostó la cabeza en el respaldo con gesto desmayado.

—Sí. Necesito tiempo —continuó tras humedecerse los labios con un sorbo de vino—. Tiempo para instruirte, aprendiz. Tiempo para instruirte... e instruir a tus hermanos.

—¿A mis hermanos? —Repitió perplejo Palin.

—Desde luego, jovencito. —La voz de Raistlin tenía un cariz divertido; observó con detenimiento al joven que tenía ante él—. Necesito generales para mis legiones. Tus hermanos serán perfectos para ese cometido.

—¡Legiones! —Gritó Palin—. ¡No, no es eso a lo que me refería! Vendrás a casa para vivir en paz. ¡Te lo mereces! Ya te sacrificaste por el mundo, y...

—¿Yo? —Lo interrumpió Raistlin—. ¿Qué yo me sacrificué por el mundo?

El archimago se echó a reír; una horrible, espantosa risa, que hizo que las tinieblas del laboratorio se agitaran en una danza demoníaca.

—¿Es eso lo que cuentan de mí? —Raistlin rio hasta que se atragantó. Le sobrevino un violento ataque de tos, mucho peor que los anteriores.

Palin presenció con impotencia cómo su tío se retorció de dolor, mientras la burlona risa seguía resonando en sus oídos. Cuando cesó el espasmo, Raistlin levantó la cabeza y le indicó con un débil ademán que se acercara.

—Escúchame bien, Palin —musitó el archimago. Le costaba un gran esfuerzo hablar, y las palabras eran un susurro apenas audible—. Yo me sacrificué... por mí mismo. —Se desplomó en el sillón e intentó recobrar el aliento. Cuando, por fin, fue capaz de moverse, alargó la temblorosa mano manchada de sangre y agarró al muchacho por la pechera de la túnica—. Vi..., lo que llegaría a ser... si vencía. ¡NADA! Eso es lo que habría sido..., todo cuanto habría conseguido: nada. Disíparme..., reducirme... a la nada. El mundo... muerto. De este otro modo —su mano señaló con gesto desmayado al muro, el aljibe ensangrentado, sus ojos brillaron enfebrecidos—... quedaba una posibilidad... para regresar...

—¡No! —Gritó Palin, mientras se debatía para liberarse de las manos de Raistlin—. ¡No te creo!

—¿Por qué no? —El archimago retuvo a su sobrino. La voz cobró fuerza—. Tú mismo se lo dijiste. ¿No lo recuerdas? «Para un hechicero, la magia es lo primero, y después el mundo...». Ésas fueron tus palabras en la Torre de Wayreth. ¡El mundo te importa tan poco como a mí! ¡Ninguna otra cosa importa! Ni tus hermanos, ni tu padre... ¡La magia! ¡El poder! ¡Eso es lo único que cuenta para nosotros!

—¡No lo sé! —Gimió Palin, mientras aferraba las manos agarrotadas de Raistlin—. ¡No puedo pensar! ¡Suéltame! ¡Suéltame!

Sus dedos se quedaron inertes y aflojaron la presa en torno a las muñecas del archimago. Las lágrimas arrasaron sus ojos, y hundió la cara en las manos.

—Pobre muchacho —susurró Raistlin. Poniendo su mano sobre la cabeza de Palin, lo atrajo con suavidad sobre su regazo y acarició el rojizo cabello con ternura.

Los sollozos sacudieron el cuerpo de Palin. Se sentía solo, traicionado. Mentiras. ¡Todo era mentira! ¡Todos habían mentido! Su padre, los magos, el mundo entero. Al final, ¿qué quedaba? La magia. Eso era lo único que quedaba. Su tío tenía razón. El ardiente contacto de aquellos dedos delicados, el roce del suave terciopelo negro en sus mejillas húmedas por el llanto, el olor a pétalos de rosa y especias... Eso sería su vida de ahora en adelante... Eso, y la sensación amarga de vacío en su interior. Un vacío tan insondable que ni siquiera el mundo entero podría colmar.

—Llora, Palin —dijo Raistlin con voz queda—. Llera, como yo lloré una vez hace mucho, mucho tiempo. Después comprenderás, como yo comprendí, que no sirve de nada. Que nadie te escucha cuando estás solo en la noche, sollozando.

Palin levantó con brusquedad la cabeza y lo miró a los ojos.

—Al fin lo entiendes —sonrió Raistlin. Su mano apartó los mechones caídos sobre el húmedo rostro del joven—. Cálmate, muchacho. Es hora de marcharnos, antes de que su Oscura Majestad llegue. Tenemos mucho que hacer.

Palin siguió inmóvil, contemplando a su tío con calma, a pesar de que los sollozos aún le sacudían el cuerpo y el velo de lágrimas enturbiaba su vista.

—Sí —dijo—. Al fin lo entiendo. Aunque, al parecer, demasiado tarde. Pero lo entiendo. Y eres tú el que está equivocado, tío —añadió con voz enronquecida—. Alguien escuchó tu llanto en la noche: mi padre.

Palin se puso de pie y se limpió los ojos de un manotazo, sin apartar la mirada de su tío.

—Voy a cerrar el Portal.

—No seas estúpido —dijo despectivo Raistlin—. No te lo permitiré. Lo sabes.

—Sí, lo sé. —Palin suspiró tembloroso—. Sé que me detendrás, que me...

—Que te mataré.

—Que me... matarás —repitió Palin fallándole la voz.

Se dio media vuelta y alargó la mano hacia el Bastón de Mago que estaba recostado contra la mesa cercana al sillón de Raistlin. La luz del cristal relució blanca y fría al cerrar su mano en torno a la madera.

—¡Qué estúpido despilfarro! —Siseó Raistlin, mientras rebullí inquieto en su asiento—. ¿Por qué morir en un gesto tan inútil? Porque te aseguro que será en vano, sobrino. Haré las cosas tal como las había planeado. ¡El mundo será mío! Tú habrás muerto... y ¿para qué? ¿Quién lo sabrá? ¿A quién le importará?

—A ti —respondió Palin en voz baja.

Dio la espalda a su tío y caminó con pasos firmes y seguros hasta situarse frente al Portal. Las tinieblas eran cada vez más espesas y hacían que el muro resaltara en un horrible contraste. Palin sintió la maldad, la sintió arrastrándose a través del Portal, como el agua del mar cuando inunda un barco en callado. Pensó en la Reina de la Oscuridad, que al fin tendría la ocasión de entrar en el mundo. De nuevo el

fuego de la guerra arrasaría las tierras, al levantarse las fuerzas del Bien para hacerle frente. Vio a sus hermanos caer víctimas de su fascinante magnetismo; los vio vistiendo las armaduras draconianas, cabalgando a lomos de dragones del Mal, dirigiendo tropas de horrendas criaturas incubadas en las tinieblas.

¡No! Con la ayuda de los dioses, él lo impedirías. Pero al alzar el bastón, Palin comprendió desesperado que ignoraba por completo cómo clausurar el Portal. Sentía el poder del cayado, pero no sabía cómo utilizarlo. Raistlin tenía razón. ¡Qué estúpido, que inútil gesto!

A sus espaldas sonó la risa de su tío. Pero no era una risa burlona. En ella había estupor, indignación.

—Esto es absurdo, Palin. ¡Detente! ¡No me obligues a hacerlo!

El joven respiró hondo de intentó canalizar su energía y su mente en el bastón.

—Cierra el Portal —murmuró, esforzándose por no pensar en nada más, a pesar de que temblaba de miedo.

Comprendió, con orgullosa satisfacción, que no era miedo a morir. Amaba la vida, sí. Y nunca tanto como en este instante. Para podía abandonarla sin pesar; aunque lo entristecía la idea del dolor que su muerte causaría a quienes lo amaban. No obstante, su padre su madre sabría por qué lo había hecho. Lo entenderían. Dijeron lo que dijese su tío.

«Se enfrentarán a ti —pensó Palin—. Se enfrentarán a ti a tu Reina de la Oscuridad, como ya lo hicieron antes. No triunfarás».

Palin apretó el bastón. Le sudaban las manos y temblaba de pies a cabeza. No tenía miedo a la muerte. Tenía miedo al dolor.

¿Sería doloroso... muy doloroso morir?

Furioso, sacudió la cabeza, a la vez que se llamaba cobarde. Clavó la mirada en el Portal. ¡Tenía que concentrarse! ¡Tenía que hacer del miedo su siervo, no lo contrario! ¡Debía alejar aquella idea de su mente! Cabía una posibilidad, aunque remota, de que fuera capaz de cerrar el Portal antes de que su tío..., antes de que...

—Paladine, ayúdame —musitó el joven, mientras alzaba los ojos hacia la luz plateada que brillaba en lo alto del bastón con un fulgor firme, inamovible, en medio de las tinieblas.

—¡Palin! —Gritó la voz ronca de su tío—. Te lo advierto...

De los dedos del archimago salían chispazos, pero el muchacho mantuvo la mirada fija en el bastón. La luz se intensificó e irradió un brillo cuya belleza y claridad alejó sus últimos temores.

—Paladine —musitó.

Su voz, al pronunciar el nombre del dios, apagó la salmodia mágica que se alzó a sus espaldas.

El dolor fue agudo, repentino... Y pronto desapareció.

Capítulo 10

Raistlin estaba a solas en el laboratorio apoyado en el Bastón de Mago. La luz de la bola de cristal no lucía. El archimago permaneció de pie, inmóvil, envuelto en una oscuridad tan densa como el polvo que cubría, intacto, las losas del suelo, la mesa de piedra, los libros de magia, el sillón, la pesada cortina de terciopelo púrpura.

Casi tan denso como la oscuridad, era el silencio que reinaba en el cuarto.

Raistlin contuvo el aliento y escuchó ese silencio. No lo perturbaba el sonido de criatura alguno —ni un ratón, ni una araña—, pues ningún ser viviente había osado entrar en el laboratorio custodiado por aquellos cuya vigilancia perduraría hasta el fin del mundo, y aún más allá. Raistlin creyó que casi podía escucharse un sonido: el del polvo al caer, el del tiempo al pasar.

—Suspirando con fatiga, el archimago alzó la cabeza, miró a la oscuridad, y rompió el silencio de largos años.

—¡He hecho lo que esperaban de mí! —Gritó a lo alto—. ¿Estás satisfecho?

No hubo respuesta, sólo el suave deslizar del polvo al caer en la noche perpetua.

—No —murmuró Raistlin—. No puedes oírme. Y eso está bien.

El silencio reinó de nuevo durante un breve lapso de tiempo. Luego el mago habló otra vez.

—¿No se te ocurrió pensar, Dalamar, que al invocar mi imagen para tu propósito, me invocarías a mí mismo? ¡Oh, no, aprendiz! —El archimago sonrió amargamente—. No te enorgullezcas. Eres diestro, pero no tanto como imaginas. No fue tu magia la que me sacó del sueño. Hubo algo más... —Hizo una pausa e intentó recordar—. ¿Qué fue lo que le dije al muchacho? «La imagen que evocaba mi mente...». Sí, eso fue lo que despertó mi conciencia. ¡Ah, Dalamar! ¡Has tenido suerte!

El archimago movió la encapuchada cabeza. Durante un fugaz instante, en la oscuridad lució el brillo feroz de los ojos dorados, irradiado por una llama interna.

—Si él fuera lo que yo fui, te habrías encontrado en graves aprietos, elfo oscuro. Con su ayuda, habría podido regresar. Pero al igual que su compasión y su amor me sacaron de la oscuridad en la que yo mismo me sumí, así también esa misma compasión y ese amor me han retenido en ella.

La luz de los ojos dorados se apagó. La oscuridad volvió a enseñorearse del laboratorio. Raistlin suspiró.

—Pero no importa —susurró, con la cabeza apoyada en el bastón que lo sostenía—. Estoy cansado. ¡Tan cansado! Quiero volver a dormir.

El archimago avanzó por el suelo de piedra; el repulgo de la negra túnica susurró al rozarle los tobillos. Llegó con pasos suaves e insonoros, que no dejaron huellas en

el polvo, frente a la cortina de terciopelo. Posó en ella la mano, volvió la cabeza y recorrió con la mirada el laboratorio, visible sólo en su memoria, en su mente. Luego, alzó desafiante la voz.

—¡Sólo quiero que sepáis que no hice esto por vosotros, magos! ¡Ni por el cónclave! ¡No por mi hermano! Tenía aún una cuenta pendiente. Ahora está saldada. Puedo descansar en paz.

En la profunda tiniebla, Raistlin no veía el bastón, pero no era necesario. Conocía cada veta, cada minúscula imperfección de la madera. Lo acarició con ternura. Los delicados dedos rozaron la garra dorada del dragón, recorrieron cada faceta del frío cristal apagado.

Los ojos del archimago miraron con fijeza a la oscuridad, y vislumbraron el futuro que percibía a la luz de luna negra.

—Será grande en el arte —musitó con tranquilo orgullo—. El más grande que jamás haya existido. Dará honor y renombre a nuestra profesión. Por él, la magia resurgirá y florecerá en el mundo. —La voz del archimago se hizo más queda—. Toda felicidad y alegría que hubo en mi vida, Palin, me vino de la magia... Y a la magia se la entrego...

Raistlin mantuvo aferrado el bastón un instante más, apretando la suave madera contra su mejilla. Después, con una orden silenciosa y conminatoria, lo envió lejos de sí. El cayado desapareció, engullido por la noche perpetua.

Agotado, Raistlin inclinó la cabeza y posó la mano en la cortina de terciopelo, y se desvaneció, haciéndose uno con la oscuridad, con el silencio, con el polvo...

Capítulo 1

Palin volvió en sí poco a poco. Su primera sensación fue de terror. ¡La ardiente descarga que había abrasado y destrozado su cuerpo, no lo había matado! Llegaría una segunda. Raistlin no lo dejaría con vida. En medio de gemidos, el joven se acurrucó en el frío suelo de piedra y esperó atemorizado que en cualquier momento sonara el cántico mágico, seguido del chasquido de los dardos ardientes creados por aquellos delgados dedos, y luego, una voz más, el agudo, insufrible dolor.

El silencio no se alteró.

Palin escuchó con atención, tembloroso, conteniendo el aliento, pero no oyó nada.

Abrió los ojos con cautela. Estaba oscuro; una oscuridad tan profunda que no veía nada, ni su propio cuero.

—¿Raistlin? —Susurró el muchacho, mientras levantaba la cabeza del húmedo suelo de piedra—. ¿Tío?

—¡Palin! —Gritó una voz.

El corazón le dio un vuelco.

—¡Palin! —Llamó de nuevo la voz; una voz rebosante de amor, de angustia.

El joven suspiró aliviado y se dejó caer otra vez en el suelo de piedra a la vez que lloraba de alegría.

Escuchó unos pasos que subían la escalera. Una antorcha alejó la oscuridad. Las pisadas se detuvieron, la luz de la antorcha parpadeó, como si temblara la mano que la sujetaba. Después, los pasos se reanudaron presurosos y el resplandor se derramó sobre él.

—¡Palin, hijo mío! —El joven se encontró en brazos de su padre—. ¿Qué te han hecho, hijo? —Gimió Caramon con voz ronca.

Tiró a un lado la antorcha, levantó el cuerpo del joven, y lo acunó contra su fuerte pecho.

Palin era incapaz de hablar. Recostó la cabeza en el hombro de su padre, y escuchó el acelerado latido del corazón, debido al esfuerzo de subir la escalera de la Torre. Olfateó los olores familiares de cuero y sudor. Dejó —un instante más— que los brazos de su padre lo acunaran protectores. Luego, soltó un suspiro, alzó la cabeza, y miró el rostro pálido y angustiado de Caramon.

—Nada, padre —dijo con dulzura, mientras se apartaba de él sin brusquedad—. Me encuentro bien, de veras. —Se sentó y miró a su alrededor, aturdido por lo que veía a la trémula luz de la antorcha tirada en el suelo—. ¿Dónde estamos?

—Fuera de..., de ese sitio —gruñó Caramon, que soltó a su hijo pero no le quitó los ojos de encima, vacilante, angustiado.

—El laboratorio —musitó confuso Palin; volvió la vista hacia la puerta cerrada, y a los fantasmales ojos transparentes que flotaban delante de ella. Intentó incorporarse.

—Cuidado —advirtió Caramon, que lo rodeó otra vez con el brazo.

—Estoy bien, padre. Ya te lo he dicho —protestó el muchacho con voz segura, mientras apartaba al hombre y se ponía de pie sin su ayuda. Sin apartar la vista de la puerta, preguntó—: ¿Qué ha ocurrido?

Los ojos del espectro le devolvieron la mirada, inmóviles, impasibles.

—Entraste en... Ahí —explicó Caramon con el entrecejo fruncido, y mirando a su vez la sólida hoja de madera—. Y la puerta se..., se cerró de golpe. Intenté entrar... Dalamar lanzó un conjuro, pero no se abrió. Luego, más de esos..., de esas cosas —señaló con una gesto a los ojos espectrales— aparecieron y no recuerdo mucho más de lo que ocurrió. Cuando recobré el conocimiento, me encontraba con Dalamar en su estudio.

—Que es adonde volveremos ahora —intervino una voz a sus espaldas—, si es que queréis hacerme el honor de acompañarme en el desayuno.

—Al único sitio a donde vamos es a casa —dijo Caramon en voz baja, cortante, mientras se volvía hacia el elfo oscuro que se había materializado en la escalera—. ¡Basta ya de magia! —Agregó con tono desafiante, mirando a Dalamar de hito en hito—. Iremos a pie, si es preciso. Ni mi hijo ni yo volveremos jamás a una de estas malditas Torres y...

Haciendo caso omiso de Caramon, Dalamar pasó ante él y se dirigió hacia Palin que aguardaba de pie, silencioso con las manos enlazadas bajo las mangas de su túnica, y los ojos bajos, como era preceptivo en presencia de un hechicero de alto rango. El elfo oscuro alargó los brazos y asió al joven por los hombros.

—*Quithain, Magus* —dijo sonriente. A continuación besó a Palin en ambas mejillas, siguiendo la costumbre elfa.

El muchacho lo miró desconcertado. Las palabras pronunciadas por Dalamar le daban vueltas en la cabeza, pero no alcanzaba a descifrarlas. Hablaba un poco de lengua élfica, que había aprendido del amigo de su padre, Tanis. Pero, con los recientes acontecimientos, parecía que su mente se había quedado en blanco. Se esforzó frenético en recordar, pues Dalamar seguía parado ante él, mirándolo expectante, sonriendo divertido.

—*Quithain...* —Repitió en voz baja Palin—. Significa... felicidades. Felicidades, *Magus*.

Se quedó sin aliento y miró incrédulo a Dalamar.

—¿Qué significa esto? —Exigió Caramon, observando de reojo al elfo oscuro—. No comprendo...

—Él es ya uno de los nuestros, Caramon —dijo Dalamar con voz reposada. Agarró a Palin por el brazo y, escoltándolo, pasaron ante el hombretón—. Su examen

ha concluido. Ha pasado la Prueba.

—Lamentamos haberte hecho pasar otra vez por todo esto, Caramon —se disculpó el elfo oscuro con el hombretón.

Caramon, sentado ante la mesa ricamente tallada del lujoso estudio de Dalamar, enrojeció y frunció aún más el entrecejo en un gesto de preocupación, temor y cólera.

—Pero —continuó el hechicero— era evidente para todos nosotros que intentarías por todos los medios impedir que tu hijo se sometiera a la Prueba.

—¿Quién podría culparme por ello? —Inquirió Caramon con dureza. Se puso de pie y se acercó al ventanal, desde el que se divisaba el Robledal de Shoikan, envuelto en sombras.

—Nadie —respondió el elfo oscuro—. Ninguno de nosotros podría reprochártelo. Por eso lo preparamos todo de manera que participases en ello sin que sospecharas que se trataba de una farsa.

El semblante del hombretón se ensombreció, se encaró con el hechicero y le apuntó con el dedo.

—¡No teníais ningún derecho! ¡Es demasiado joven! ¡Podría haber muerto!

—Cierto —asintió Dalamar en voz baja—. Pero ése es un riesgo al que todos nos enfrentamos. Es un riesgo que tú aceptas cada vez que envías a tus hijos mayores a la batalla.

—Es diferente. —Caramon le dio la espalda. La tensión contraía los músculos de sus mandíbulas.

—Los ojos de Dalamar fueron del hombre a Palin. El muchacho estaba sentado en una silla y tenía una copa de vino que ni siquiera había probado. El joven mago miraba en derredor, estupefacto, sin dar crédito a lo que había ocurrido.

—¿Por qué es diferente? ¿Por Raistlin? —Dalamar sonrió—. Palin posee un don innato para la magia, Caramon. Tan innato como el de su tío. Para él, como ocurrió con Raistlin, sólo había un camino a seguir en la vida: el de la magia. Pero el amor que tu hijo profesa a su familia es muy fuerte; tanto, que podría haberse visto obligado a renunciar. Y, de hacerlo, habría sido muy desgraciado.

Caramon hundió la cabeza en el pecho y enlazó las manos a la espalda con fuerza. Palin oyó un ahogado gemido; dejó la copa sobre la mesa y se incorporó. Se acercó a su padre. Caramon alargó una mano y atrajo al muchacho hacia sí.

—Dalamar tiene razón —admitió con voz ronca—. Pero yo sólo quería lo mejor para ti. Y estaba asustado. Asustado ante la posibilidad de perderte por la magia... como lo perdía él. Lo siento, Palin. Perdóname.

Por toda respuesta, el joven se abrazó a su padre, que lo estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Así que, ¡la superaste! ¡Estoy orgulloso de ti, hijo! —Musitó Caramon—. Muy,

muy orgulloso.

—Gracias, padre. —A Palin le temblaba la voz—. No tengo nada que perdonarte. Lo comprendí... al final.

El resto de las palabras del joven mago se ahogaron en el fuerte abrazo de Caramon. Después, el hombretón le palmeó la espalda, se apartó del muchacho y, apostándose junto a la ventana, oteó el Robledal de Shoikan con rostro ceñudo.

Palin se acercó al elfo oscuro y lo miró desconcertado.

—La Prueba... —comenzó vacilante—. ¡Parecía..., parecía todo tan real! Y, sin embargo, aquí estoy. Raistlin no me mató.

—¿Raistlin? —Caramon se volvió alarmado, demudado.

—Cálmate, amigo —intervino Dalamar—. La Prueba es diferente para cada aspirante, Palin. Para algunos es tan real que puede traerles consecuencias reales y desastrosas. Tu tío, por ejemplo casi sucumbió en el enfrentamiento con uno de los de mi raza. La Prueba dejó a Justarius una pierna tullida. Pero, para otros, todo transcurre en su mente. —El rostro de Dalamar se tensó, y su cuerpo se estremeció imperceptiblemente al evocar un doloroso recuerdo—. Eso también puede tener consecuencias. A veces, peores incluso que las físicas.

—Es decir que todo ocurrió en mi mente... No entré en el Abismo. Y tampoco mi tío estaba allí.

—No, Palin —respondió Dalamar, que ya había recobrado la compostura—. Raistlin está muerto. No tenemos razón para creer lo contrario, a pesar de lo que dijimos. No tenemos la certeza, por supuesto. Pero suponemos que la visión descrita por tu padre es la verdad: Paladine le otorgó el descanso para aliviar su sufrimiento. Cuando dijimos que teníamos pruebas de que seguía con vida, era todo parte del plan para traerte aquí. No hay tales pruebas. Raistlin está vivo solo en las leyendas.

—Y en nuestros corazones —susurró Caramon desde la ventana.

—Pero... ¡parecía tan real! —Protestó el muchacho. Aún podía sentir el suave roce del terciopelo negro en las puntas de los dedos y el frío contacto de la madera del Bastón del Mago, oír la voz susurrante, ver los ojos dorados y las pupilas en forma de relojes de arena, oler los pétalos de rosa, las especias, la sangre... Hundió la cabeza en el pecho y contuvo un escalofrío.

—Lo sé —dijo Dalamar, con un leve suspiro—. Pero todo fue una ilusión. El guardián permanece ante la puerta, y ésta continúa sellada, como lo estará por toda la eternidad. No estuviste en el laboratorio y, mucho menos, en el Abismo.

—Pero yo lo vi entrar —intervino Caramon.

—Era parte de la ilusión. Sólo yo quedé fuera de su influjo, ya que contribuí a crearla. Estaba preparada de modo que te resultara muy real, Palin. Jamás lo olvidarás. La Prueba tenía por objeto no sólo juzgar tus habilidades en el arte, sino algo más importante: tenías que enfrentarte a la verdad. La verdad sobre tu tío, y

sobre ti mismo.

«Abre los ojos a la verdad que hay en tu alma».

Palin evocó la voz de su tío diciéndole aquella frase. Acarició la tela de túnica blanca.

—Sé cuál es mi verdad y dónde está mi lealtad —dijo con suavidad, mientras rememoraba el amargo instante ante el Portal—. Como dijo el Mago del Mar, me serviré a mí mismo sirviendo al mundo.

El elfo oscuro sonrió y se puso de pie.

—Lo sé. Como también sé que estás impaciente por regresar a tu casa con tu familia, joven mago. No te haré perder más tiempo. Siento que no hicieras otra elección, Palin. Me habría gustado tenerte de aprendiz. En cualquier cosa, serás un magnífico adversario, y yo tendré el honor de haber contribuido en parte a tu victoria. —Dalamar le tendió una mano.

—Gracias. —El muchacho enrojeció, y estrechó la mano del elfo oscuro con gratitud—. Gracias... por todo.

Caramon se apartó de la ventana y fue junto a su hijo. Estrechó también la mano de Dalamar. Los delicados dedos del elfo se perdieron en la manaza del hombretón.

—Yo... Es fin, supongo que no me importaría que utilizases tu poder para enviarnos de regreso a Solace —farfulló Caramon—. Tika estará enferma de preocupación.

—Como quieras —aceptó Dalamar, que intercambió una sonrisa cómplice con Palin—. Poneos juntos. Adiós, Palin. Nos veremos en la Torre de Wayreth.

En ese instante sonó una queda llamada a la puerta. Dalamar frunció el entrecejo.

—¿Qué ocurre? —Preguntó irritado—. Te di instrucciones de que no se nos molestara.

—La puerta se abrió, aparentemente, por propia iniciativa. Dos ojos translúcidos brillaron en las sombras.

—Perdona, maestro —dijo el espectro—. Pero he recibido la orden de dar al joven mago un regalo de despedida.

—¿Orden? ¿De quién? —La cólera hizo relucir los ojos del elfo oscuro—. ¿Justarius? ¿Ha osado poner el pie en mi Torre sin mi permiso?

—No, maestro —respondió el espectro, al tiempo que se adelantaba en la habitación.

El frío de su halo se propagó en el aire. Se acercó despacio al joven mago, con sus descarnadas manos extendidas hacia él. Caramon se movió veloz, y se interpuso entre ellos.

—No, padre —lo tranquilizó Palin, a la vez que impedía al hombre desenvainar la espada—. Apártate, no quiere hacerme daño. ¿Qué tienes que darme? —Preguntó al espectro, que se había detenido a escasos centímetros de él.

Como respuesta, la mano descarnada trazó un símbolo arcano en el aire. El Bastón de Mago se materializó, asido con firmeza entre los dedos esqueléticos.

Caramon se quedó sin aliento y retrocedió un paso. Dalamar lanzó una mirada furibunda al espectro.

—¡Has faltado a tu deber! —La voz del elfo oscuro tembló por la ira—. ¡Juro por nuestra Oscura Soberana que te arrojaré al eterno tormento del abismo por esto!

—No he dejado de cumplir mi misión —replicó el guardián con un tono cavernoso que hizo revivir en Palin el horror del reino en el que había estado, aunque sólo fuera en su mente—. La puerta del laboratorio permanece cerrada y sellada. Como puedes ver, sigo teniendo la llave. —El guardián alargó la otra mano y mostró sobre la huesuda palma la llave de plata—. Como prometí, ningún ser vivo ha entrado allí.

—¿Entonces quién...? —Comenzó furioso Dalamar. De repente, su voz se quebró, su rostro se tornó ceniciento—. Ningún ser vivo...

Temblando de pies a cabeza, el elfo oscuro se dejó caer en la silla sin apartar los ojos desorbitados del Bastón de Mago.

—Es para ti, Palin. Como él te prometió —dijo el espectro, alargando el cayado al joven.

Palin lo asió con mano temblorosa. Al tocarlo, el cristal centelleó e irradió un fulgor frío, radiante, que iluminó la oscura habitación con su luz plateada.

—Es un regalo del verdadero amo de la Torre —añadió el espectro—. Y con él va su bendición.

Las pupilas transparentes se inclinaron en una reverencia. Luego, desaparecieron.

Con el bastón entre sus manos temblorosas, Palin se volvió hacia su padre y lo miró largo rato, estupefacto, maravillado.

Caramon sonrió, a la vez que unas lágrimas silenciosas le humedecían las mejillas. Después, rodeó con el brazo a su hijo y musitó con voz queda:

—Volvamos a casa.